

JAVIER ROMERO

EL DESVÁN DE LOS  
SUEÑOS PERDIDOS



# EL DESVÁN DE LOS SUEÑOS PERDIDOS

T.L,

JAVIER ROMERO

© Javier Romero Marzo de 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diseño de portada: Asesoría literaria Alfa

Imagen de portada: Shutterstock

## Uno

Salió del instituto sin mirar atrás como era costumbre en alguien que se alimentaba del miedo, pero que no deseaba jugar a ser una persona que no era. Lo reconocía, aunque le pesara. No era un chico valiente, pero tampoco era tonto por lo que tenía claro que su mejor opción era la de echar a correr en cuanto sonaba el timbre y no detenerse hasta llegar a casa. Aquella mañana no fue diferente y, nada más escuchar el aviso del fin de las clases, Michael se puso en pie de un salto, agarró su mochila llena de antemano y salió al pasillo como alma que lleva el diablo. Antes de que algún compañero abandonara su aula, él se encontraba corriendo calle abajo en dirección a su hogar, al lugar roto y desvencijado donde se refugiaba cada tarde y desde donde contemplaba, como un voyeur adolescente, la vida de la única persona que lograba hacer latir su corazón.

Un par de manzanas más allá encontró su bicicleta atada a una barandilla y, tras soltar la cadena, se subió en el vehículo tan desportillado como su hogar para escapar de la proximidad de los chavales que, desde hacía años, habían convertido su vida en un infierno. Ni tan siquiera se atrevía a dejar la bicicleta cerca del instituto por temor a encontrarla destrozada. Reconocía que no era una maravilla, pero era la diferencia entre volver a casa en un suspiro o arrastrarse por las avenidas arboladas siempre mirando atrás.

Subido en su bicicleta dejó que la música que abandonaba su móvil lo acompañara y, por primera vez en lo que llevaba de día, se sintió lo más feliz que podía sentirse una persona como él. Pero tal y como iba acercándose a su hogar, la ira que lo seguía como una sombra volvió a hacer acto de presencia en cuanto vio el automóvil de su padre aparcado frente a la puerta del garaje. No soportaba verlo allí, rumiando su desgracia y ahogando sus penas en una botella de whisky como si él no estuviera allí y tan solo importaran sus propios sentimientos. Él no eligió ser su hijo ni tampoco decidió los pasos a seguir hasta la noche en la que la desgracia cayó sobre sus vidas y los convirtió en fantasmas sin alma y, lo peor de todo, sin sueños. Todos esos planes contruidos sobre los cimientos del amor y que habían tomado fuerza con el paso de los años se esfumaron de un plumazo con el chirriar de los neumáticos y las vueltas de campana de un monovolumen.

Michael meneó su cabeza de lado a lado para intentar espantar las imágenes oscuras y confusas que comenzaban a formarse en su cerebro y, nada más dejar caer la bicicleta junto al vehículo de su padre, soltó los brazos a los lados del cuerpo y suspiró con fuerza. Dejó que sus ojos se recrearan en la casa que aún mantenía el mismo aspecto que la última vez que había sido pintada por una familia feliz unos años antes. En el porche de color blanco todavía podían verse las macetas colgando de los soportes trenzados, pero donde las flores habían dejado de existir.

Los cristales de las ventanas no habían sido limpiados en muchos meses y en los canalones se acumulaban las hojas otoñales sin que a nadie le importara las lluvias que estaban por llegar. A pesar de todo eso, era la típica vivienda americana donde desde fuera se intuía la felicidad, pero que escondía un dolor profundo y arraigado. Michael sacó las llaves del bolsillo, echó un rápido vistazo al jardín con el césped sin cortar y los setos convertidos en matorrales y dio un par de pasos hacia la puerta de la entrada. Antes de posar el primero de sus pies en el escalón escuchó un timbre de bicicleta a su espalda y se dio la vuelta con el corazón latiendo en su pecho a toda velocidad.

Beth pedaleaba sobre su bicicleta como si hubiera nacido para ello, como si fuera una prolongación de la máquina y sus piernas se fundieran en los pedales al tiempo que su pelo alborotado y rubio como el sol de mediodía se mecía acariciado por la suave brisa que acariciaba el rostro de Michael. Beth lo saludó con una de sus manos y, tras dirigirle una sonrisa fugaz, entró en su propio garaje y se resguardó en la penumbra del interior de su vivienda. Michael suspiró con fuerza y sonrió, pero este gesto duró lo mismo en su rostro que lo efímero de su felicidad al recibir el impacto de un huevo podrido en su rostro. Con la yema hedionda nublando su vista pudo ver a un chico moreno, fuerte y con el pelo cortado a cepillo riendo a carcajadas sobre su bicicleta. No necesitó más proyectiles porque el daño estaba hecho con el primer intento. Robert, más conocido en el instituto como Rob, se mofaba de Michael al que trataba como escoria, como si no mostrara el más mínimo sentimiento y fuera un animal al que maltratar. Apretó con fuerza los pedales y desapareció de la calle no sin antes lanzar un beso a la joven rubia que contemplaba la escena desde una ventana de la casa situada al otro lado de la calle. Michael, con los restos de yema colgando de su nariz, dedicó una última mirada repleta de melancolía al amor de su vida y giró en redondo para refugiarse en su hogar donde podía rumiar su desgracia en la más completa soledad.

Vio de reojo un movimiento en una de las ventanas de la casa contigua a la suya y un escalofrío le recorrió la columna de arriba a abajo. Todos los vecinos hablaban de la casa de la esquina como una vivienda embrujada donde moraba una vieja ciega que se comía a los niños o los utilizaba para sus hechizos. Michael conocía a la señora Philips, pero nunca había hablado con ella. Su casa era distinta de la de Michael y era la única del barrio de arquitectura victoriana, aunque había vivido mejores épocas y ahora se caía a pedazos. La señora Philips era una mujer de avanzada edad que tan solo abandonaba su vivienda para recoger la caja de cartón que le dejaba el repartidor de un supermercado próximo. Una de las cortinas volvió a moverse en la planta inferior y Michael abrió la puerta de la vivienda lo más pausado que pudo para evitar hacer ruido. Entró al vestíbulo y los primeros tablones del suelo chirriaron bajo sus pies. Se detuvo y aguantó la respiración. Pudo ver el brillo de la televisión en el cuarto de estar y supo que encontraría a su padre en el mismo sitio que ya ocupaba a las ocho de la mañana cuando marchara al instituto sin tan siquiera despedirse de él. Subió las escaleras de dos en dos sin poner el mismo cuidado que al entrar. Sabía que su padre dormía la mona en el sofá del cuarto de estar y para él significaba que no existía. Entró en el baño situado junto a la puerta de su habitación y se lavó el rostro concienzudamente. Apestaba a huevo podrido y su estómago no podía resistir mucho más tiempo el hedor que se le había impregnado como una segunda piel. Una vez acicalado y perfumado con un buen chorro de *after shave* de su padre, atravesó el pasillo hasta su cuarto y abrió la puerta de madera con la pizarra colgada en ella y el mensaje de «no pasar» escrito con claridad en él. Una vez en su refugio, dejó la mochila en la cama, se quitó los zapatos con furia y los lanzó contra la pared más cercana. Encendió su portátil y se sentó frente a él en la silla que acompañaba al escritorio de madera que llevaba en aquella habitación desde que tenía uso de razón. Abrió el chat

del instituto, buscó en los favoritos el nombre de Bran y esperó a ver el punto verde junto a su nombre.

Su mejor amigo tardaba más tiempo en regresar a su casa porque su instituto estaba más lejos que el de Michael. Regresaba a su hogar en bicicleta, pero solía recrearse mientras su cerebro jugaba con recetas imposibles que intentaba cocinar en su mente. Bran vivía en una casa muy similar a la suya, pero construida en la siguiente fase a unos pocos cientos de metros de donde él vivía con su padre. El chico adoraba a sus padres, aunque siempre se quejaba y se refería a ellos como «una carga pesada a soportar». Michael sabía que para él sus padres no eran ninguna carga y mucho menos su padre que compartía con él la pasión por la ciencia y un sinfín de conversaciones abstractas para Michael. Él también era hijo único y le hubiera gustado tener más hermanos. De hecho, era uno de los temas favoritos de su madre cuando se reunían en la cocina para preparar la cena y el tiempo pasaba volando entre los tres que se reían y disfrutaban de la vida como si no hubiera nada más al día siguiente. Michael no pudo evitar pensar en lo último que su madre le dijo antes de sufrir el accidente de coche del que él salió ileso, pero en el que su madre perdió la vida al instante. Entre lágrimas recordó cómo su madre lo miró a los ojos a través del retrovisor en cuanto él comenzó a protestar de lo mal que se portaban sus compañeros con él en el instituto. A su mente llegó como un fogonazo la imagen de su madre sonriendo y con los ojos henchidos de satisfacción y orgullo. «Michael, olvídate de la gente. Tú eres especial y tienes que luchar por tus sueños».

Quizá fue por ese instante de distracción o porque el destino les tenía deparada una broma cruel, pero la relación con su madre no dio para nada más. Un instante de evasión, un volantazo para regresar a la calzada y unos neumáticos que no lograron mantener el vehículo en la calzada. Mientras daba una vuelta tras otra, Michael pudo ver cómo el cuerpo de su madre se zarandeaba de un lado a otro y cómo su cabeza impactaba contra el volante. Sacudió la cabeza con fuerza para huir de la imagen de la sangre tiñendo el pelo ya de por sí cobrizo de su madre y se encontró con el punto verde en la pantalla del ordenador que indicaba que Bran acababa de conectarse al chat del instituto.

Ey, tío! Eres lento con la bici.

*Pues que sepas que mi prima de tres años  
es más rápida que tú.*

Eso seguro. Me he cruzado con Rob.

*Qué ha pasado?*

Ha dejado a Beth en su casa y me ha  
tirado a la cara un huevo podrido.

*Y qué te ha jodido más?*

*Lo del huevo o lo de Beth?*

Qué sepas que me ha saludado al pasar.

*Ni en tus mejores sueños.*

Por eso no tienes amigos.

*Creo que tengo los mismos que tú. Uno.*

Qué listo!

*Eso dicen todas.*

Creo que la señora Philips estaba en una  
de las ventanas.

*¿La bruja?*

No es bruja.

*Si tú lo dices... Por si acaso, echa  
el pestillo en tu habitación esta noche.*

*Ya sabes que se come a los niños de los vecinos.*

Hablando de comer... Tengo hambre.

Te dejo.

*Ok.*

Michael cerró el chat del instituto y dejó caer su peso en el respaldo de la silla. Cruzó los brazos por delante del pecho antes de clavar la vista en el techo de su cuarto. Siempre las mismas manchas que le recordaban que su vida no avanzaba y que se había quedado encerrado en un bucle sin fin que siempre le llevaba a la misma sensación de culpabilidad. Él no conducía el monovolumen, él no dejó de mirar la carretera, pero siempre se preguntaba qué hubiera ocurrido si él no hubiera estado quejándose antes del accidente. Quizá podría haberlo evitado si él no se hubiera dedicado a lloriquear porque unos pocos chicos del instituto le pegaran y lo insultaran un día sí y otro también. Nunca lo sabría y esa era una pesada carga para un chico de quince años que aún no había comenzado a vivir, pero que se había visto obligado a madurar a toda velocidad.

Abandonó su habitación resignado y con el rostro desencajado. Lo que lo esperaba en el piso inferior tampoco ayudaba a que su estado de ánimo mejorara. Bajó las escaleras y entró en el cuarto de estar donde halló a su padre sentado en el sofá, con la vista fija en el televisor y una botella de whisky en la mano. La mirada perdida, la barba sin recortar y la ropa arrugada lo convertían en un auténtico borracho como cualquiera de los que podía ver pidiendo en el centro comercial. Resopló con fuerza y decidió ignorar al hombre que no había logrado sobreponerse a

la muerte de su esposa y que había decidido martirizarse en lugar de optar por cuidar de su hijo. Dio media vuelta para ir a la cocina, pero la voz rasposa de su padre lo detuvo.

—Haz la comida —ordenó su padre desde el sofá.

—Yo voy a prepararme un sándwich. Tú puedes levantarte y hacerte algo.

Michael aguantó la respiración y tensó cada uno de los músculos de su delgado cuerpo. Nunca se había enfrentado a su padre porque él tan solo era un despojo de lo que había sido, pero, por alguna razón que no llegaba a comprender, sentía miedo de la reacción de su progenitor.

—Eres mi hijo. ¡Hazme la comida!

—Háztela tú.

Un silencio sepulcral se cernió entre ellos dos. Michael pudo ver cómo su padre movía la cabeza de lado a lado y apretaba su mano alrededor del cuello de la botella. Sus peores temores se hicieron realidad. Su padre se puso en pie de un salto y lanzó la botella de whisky que se estrelló en la pared a pocos centímetros del rostro de Michael que reaccionó a la velocidad que le permitían sus temblorosas piernas. Salió de la casa a la carrera seguido de su padre que, desde el quicio de la puerta de la entrada, lo señaló con el dedo en plan amenazador.

—¡Si no vas a obedecer, no vuelvas por aquí!

Cerró la puerta dando un fuerte golpe y Michael se quedó en el descuidado jardín sin saber bien qué hacer ni a dónde ir. Su padre había decidido ignorarlo desde el día en el que lo culpó por el accidente de coche y por la muerte de su madre. Atrás habían quedado las tardes jugando al beisbol en el parque o los fines de semana de acampada junto al lago. Su padre había dejado de serlo para convertirse en un ser sin escrúpulos que cobraba una pensión por incapacidad transitoria que dedicaba íntegramente a los gastos básicos y al alcohol. La poca comida que tenían en la nevera era la que Michael podía conseguir en el centro comercial tras arrebatarse algún billete cuando se quedaba dormido en el sofá y la cartera resbalaba de su bolsillo. Los peores días, si tenía hambre y no había nada en la nevera, se veía obligado a hurtar algún panecillo en la panadería del supermercado. No le gustaba hacerlo, pero no le quedaba otra.

Entre el césped crecido vio una figura esférica de color blanco con pequeños ribetes rojo y se inclinó para coger la pelota de beisbol firmada por Paul Goldschmidt, primera base de Arizona, al que pudo conocer tras un partido al que acudió con su padre dos años atrás. Apretó la pelota con fuerza y miró el autógrafo al tiempo que intentaba recordar las sensaciones que pudo experimentar el día que conoció al gran jugador y que pudo compartir con su progenitor. Fue un día feliz en el que ambos se unieron un poco más física y emocionalmente, pero ese sentimiento desapareció tan solo unas semanas después y cualquier atisbo de amor quedó relegado al olvido. El odio empezó a reconcomer el interior de Michael que comenzó a lanzar la pelota con furia a la puerta del garaje. Sin pensar en lo que hacía agarró el bate de beisbol que días atrás había dejado olvidado en el interior de un rollo de mangueras y recogió la pelota una vez más del suelo. La ventana del cuarto de estar se abrió de repente y su padre asomó la cabeza.

—Como vuelva a escuchar un golpe más, te tragas la pelotita.

Sin esperar respuesta cerró de nuevo la ventana y Michael se quedó solo y perdido, pero con la rabia copando cada poro de su ser. Volvió a mirar la pelota y deseó que aquel día que pudo compartir con su padre quedara olvidado para siempre y que no regresara a su mente cada vez que necesitaba hundirse un poco más en el fango. Lanzó la pelota hacia arriba, tomó el bate con ambas manos y bateó con todas sus fuerzas. El sonido metálico fue claro y la pelota comenzó a subir hacia el cielo formando un arco perfecto en dirección hacia el único lugar no deseado por Michael.

—¡No, no, noooo!

Echó a correr en dirección hacia la casa victoriana de su anciana vecina, pero poco o nada podía hacer. La fortuna no estuvo de su lado y la pelota, tras romper un cristal, entró en una de las pequeñas ventanas que coronaban la mansión y que él supuso que servirían para iluminar un desván o una buhardilla.

Se detuvo junto al seto que separaba su propio jardín del terreno prohibido y se vio tentado de dar media vuelta y regresar a su destrozado y malsano hogar, pero un arrebató de valentía cruzó fugazmente por su cerebro instándolo a acudir al rescate de su bien preciado. Saltó el seto y, una vez en el jardín vecino, rodeó la casa agazapado como si de un ladrón se tratara. Al llegar al patio trasero, igual de abandonado que el delantero y sin tan siquiera una silla o una mesa que mostrar, se fijó en todas y cada una de las ventanas hasta que pudo hallar una con una rendija abierta. De puntillas llegó hasta ella, se asomó con sumo cuidado y echó un vistazo en el interior. Todo estaba oscuro y su vista no lograba acostumbrarse a la falta de luz por lo que, tras respirar hondo un par de veces, abrió la ventana, alzó una pierna por encima de la peana y saltó al interior de la vivienda no sin cierto esfuerzo. Una vez dentro, se arrastró por el suelo hasta parapetarse tras un sofá de orejas que parecía ajado por el paso del tiempo y el uso que le había dado su propietaria. Poco a poco, su vista se fue acostumbrando a la oscuridad hasta el punto de poder distinguir una chimenea abierta en un extremo con dos columnas de mármol remarcando la abertura y una biblioteca bien surtida que ocupaba el resto de la pared donde había sido construida la chimenea. En la sobria estancia solo pudo distinguir una pequeña mesita junto a un sofá de estilo isabelino tan envejecido como el sillón de orejas tras el que se escondía.

Intentó aguzar el oído, pero el silencio era absoluto en la vivienda. Una vez hubo comprobado que no había nadie en la cercanía, se puso en pie y salió de la salita al vestíbulo principal, similar al de su propia casa, aunque algo más grande, pero con un papel pintado de color oscuro en las paredes que absorbía la poca luz que lograba entrar por las rendijas de las persianas. Con esa escasa claridad, el chico pudo ser consciente del precario estado de la vivienda de la señora Philips. Michael no se lo pensó dos veces y, sin mirar hacia los lados y con la sensación de no encontrarse solo, comenzó a subir las escaleras. Cada peldaño pisado era una tortura para los oídos y no tenía más remedio que detenerse para intentar suavizar el chirrido que emitían las viejas tablas de madera bajo su peso. Empapado en sudor logró llegar a la primera planta sin que nada ni nadie lo detuviera, pero la visión del siguiente tramo de escaleras le puso el pelo de punta y el corazón en un puño. La poca luz que se filtraba por las ventanas desaparecía en su totalidad al doblar el recodo que conducía hacia el piso superior y se vio obligado a sacar el móvil del bolsillo para iluminar las escaleras con él. Antes de comenzar el ascenso echó un rápido vistazo al pasillo de la planta primera, pero solo pudo ver una serie de puertas cerradas a cal y canto por lo que no se entretuvo más y comenzó el ascenso.

Casi a tientas logró llegar al segundo piso donde el aspecto no difería de lo que acababa de contemplar en la planta inferior. El sudor caía sobre la pantalla de su móvil y sentía las piernas agarrotadas y el pecho como si le hubiera pasado un camión por encima. Escuchaba los latidos de su corazón resonando en su cerebro y se vio tentado de dar por perdida la pelota con el autógrafa de su jugador favorito y regresar a la quietud de su jardín, pero no quería sentirse más cobarde de lo que yo era por huir de los chicos que lo denigraban en el instituto. Tomó aire de nuevo con fuerza y comenzó el ascenso del último tramo de escaleras que terminaba en una puerta de madera que podía observar cerrada desde la segunda planta. Los escalones de ese tramo chirriaban mucho más que los primeros como si nadie los hubiera pisado en mucho tiempo. Al llegar a la altura de la puerta llevó la mano al pomo, lo giró y tiró con suavidad, pero la puerta no se movió ni un milímetro. Un tirón algo más fuerte y las bisagras emitieron un gemido lastimero que pareció

extenderse por toda la lúgubre mansión. Hizo de tripas corazón y abrió en su totalidad la puerta de lo parecía un desván abandonado e iluminado por la única ventana que no se encontraba tapada con cartones y donde se podía ver un cristal roto y los restos del vidrio esparcidos por el suelo de madera. Guardó el móvil en el bolsillo y se movió inquieto en el desván.

Había muchos trastos colocados sin orden ni concierto, pero todas las cajas y objetos parecían formar un círculo perfecto alrededor de la pelota de beisbol que Michael pudo ver en mitad del desván, donde el tejado ascendía en sus dos aguas y se elevaba hasta superar los dos metros y medio de altura. Michael saltó por encima de un pequeño piano de juguete y se encontró junto a la pelota en el centro del claro formado por objetos variopintos. Con un rápido vistazo pudo distinguir una bicicleta de otra época, cientos de libros metidos en cajas, muñecas de aspecto tétrico sentadas por aquí y por allá y un sinfín de objetos más de escaso valor, pero aspecto fúnebre. Sin dejar de mirar a un muñeco vestido como un bufón y que parecía observarlo en cada movimiento, se acuclilló y tanteó para encontrar la pelota, pero la esfera de piel autografiada rodó en dirección hacia una esquina oscura del desván donde desapareció de la vista de Michael. El chico dio un paso hacia aquel rincón, pero, al ver cómo la pelota abandonaba la zona oscura y rodaba hacia él, se acuclilló para cogerla y, una vez la tuvo en su mano, se dispuso a girar para escapar del desván. No tuvo tiempo antes de que una luz brillante apareciera en aquel rincón e iluminara el desván con fuerza. Michael se llevó la mano libre a la cara e intentó proteger sus ojos de la luz, pero no fue necesario porque el brillo descendió en cuanto una figura comenzó a avanzar hacia él desde el interior del globo de luz como si se encontrara en otra dimensión.

—Michael...

Al escuchar la voz femenina proveniente de esa figura borrosa, el chico dio un paso hacia aquel lugar con el corazón latiendo a mil por hora y la garganta seca. Creyó reconocer la voz, pero no encontró en su interior explicación posible. La figura se fue acercando paso a paso, segundo a segundo hasta que pudo distinguir a la perfección la figura esbelta y grácil de su madre. Su pelo cobrizo y largo se movía acariciado por una brisa que él no era capaz de percibir y sus ojos azules brillaban con la misma fuerza que la luz que remarcaba su bonito y sereno rostro. Ella se acercaba hacia él con una mano elevada y los dedos extendidos en su dirección. Michael correspondió al movimiento y, cuando la tuvo a tan solo un par de pasos de distancia, las lágrimas comenzaron a aflorar a sus ojos.

—Mamá...

—Hijo mío...

Ambos dedos se rozaron durante un instante y Michael sintió el alma henchirse de gozo al volver a tocar a su madre, pero, cuando hizo ademán de entrar en el círculo de luz, unas figuras oscuras, pero informes aparecieron de la nada, enlazaron la figura de su madre con unos tentáculos gruesos como maromas y comenzaron a tirar de ella. Michael intentó atravesar lo que parecía una puerta a otra dimensión, pero una de aquellas sombras se abalanzó sobre él con las fauces abiertas y unos colmillos largos y afilados que brillaron en el desván por encima de la propia luz que emanaba del otro mundo. En el preciso instante en el que las fauces parecían cerrarse sobre el brazo de Michael, una mano huesuda lo agarró por el hombro y tiró de él con una fuerza impropia de la anciana de pelo blanco como la nieve y ojos glaucos a quien pertenecía la extremidad.

El círculo de luz se esfumó y el chico, tras dirigirle a su anciana vecina una breve mirada, salió del desván y se lanzó escaleras abajo sin importarle la falta de luz o la pendiente de los tramos. Al llegar al vestíbulo, se lanzó por la ventana abierta por la que había entrado y aterrizó en el descuidado jardín de su vecina. Una vez allí, rodeó la casa, saltó por encima del seto y cayó de bruces en su propio jardín desde donde pudo ver cómo su anciana vecina lo contemplaba desde

la ventana rota del desván. Dirigió una mirada a la pelota con el autógrafo de Paul Goldschmidt y, cuando volvió a mirar hacia la ventana del desván, la anciana había desaparecido. Extendió una de sus manos y observó la punta del dedo índice con el que había tocado a su madre. Presentía que todo aquello había sido un sueño o una cruel pesadilla, pero, cuando ese pensamiento apareció en su mente con fuerza, un leve brillo de color azulado iluminó su rostro sonriente y a la vez preocupado. La luz del color del cielo provenía de la punta de su dedo índice.

## Dos

Lo vio escapar del instituto a toda velocidad y no le extrañó. Tampoco hizo nada por detenerlo porque su novio Rob odiaba a ese chico por alguna razón que escapaba a su entendimiento. Ambos eran vecinos desde que ella se mudara al barrio con tan solo cinco años de edad, pero habían dejado atrás esos juegos infantiles en mitad de la calle y entre ellos se había levantado una barrera de grandes dimensiones que crecía cada día alimentada por el odio de su novio. Se asomó a la ventana de la clase y vio a Michael corriendo calle abajo en dirección hacia el lugar donde escondía la bicicleta. Sintió pena por él, por ese chico que había perdido a su madre hacía dos años y que parecía deambular por el instituto como un alma en pena. Su madre hablaba de él como de un muerto de hambre que no tenía nada que llevarse a la boca porque su padre alcohólico no se preocupaba por él. No había hablado con Michael desde el funeral de su madre, aunque siempre se saludaban con la mano cuando se cruzaban en la calle. A Beth le gustaba su mirada triste y lánguida, pero inteligente y mucho más fuerte de lo que nadie podría imaginarse. Ella sabía que Michael no era un simple chico de barrio perdedor sino un chaval perdido en el dolor y en la soledad que su padre había creado a su alrededor.

—¿En qué piensa mi preciosa novia?

—En nada.

Beth se separó de la ventana al escuchar la voz de Robert e intentó hacer ver que guardaba unos cuantos libros en su mochila, pero el chico fue lo suficientemente vivaz como para asomarse a la ventana en el justo momento en el que Michael doblaba al final de la calle y desaparecía de su vista. Gruñó con fuerza y golpeó una de las mesas con el puño. Beth miró a su alrededor y sintió un escalofrío al encontrarse en un aula vacía.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te gustan los perdedores?

—No sé de qué estás hablando.

Beth empujó a Rob con el hombro y lo desplazó lo suficiente como para poder pasar a su lado, mochila al hombro, y salir al pasillo donde volvió a sentirse segura. Su vida parecía recorrer en breves instantes el camino que separaba el miedo de la seguridad y estaba comenzando a consumirla por dentro. Se había dejado llevar a una existencia en la que poco o nada tenía por decidir y donde las personas que la rodeaban la utilizaban a su antojo como una marioneta. Ella no había elegido ser rubia ni poseer unos bonitos y llamativos ojos azules. Ella no había pedido convertirse en una mujer cuando su mente de quince años todavía la instaba a disfrutar de la adolescencia, pero su novio no la entendía y el monstruo con el que compartía

hogar mucho menos. Recorrió el pasillo que conducía al exterior del instituto al tiempo que saludaba a unos y a otros y disfrutaba de la leve sensación de poder que da el sentirse envidiada y el saberse como una de las chicas más populares del lugar. Estereotipos de los que siempre había intentado huir, pero que se habían adherido a ella como una segunda piel.

Mientras salía al jardín delantero que acompañaba la fachada del edificio volvió a pensar en Michael y en lo distinto que podían llegar a ser. Mientras ella era la típica animadora y futura reina del baile, su vecino parecía deambular por el instituto como un alma en pena y dejándose llevar por una soledad que se vio alimentada cuando su mejor amigo fue trasladado por sus padres a un colegio de educación especial al verse por encima del ritmo normal de las clases. Uno más de los vecinos del barrio que se habían ganado a pulso una fama bien merecida de bicho raro fuera de su entorno, pero que había sabido encontrar su alma gemela en un chico soñador y algo infantil que, con toda seguridad, pedalearía con fuerza para alejarse del instituto y de las bestias que en su interior merodeaban buscando nuevas víctimas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rob al verla caminar hacia el aparcamiento de bicicletas con la cabeza gacha y el rostro serio.

—No me pasa nada. No me apetece ir a casa. Nada más.

—Yo tengo entrenamiento y después voy a comer con los chicos, pero puedo acompañarte a casa.

—No hace falta.

Beth subió en su bicicleta y, sin despedirse de Rob, salió del aparcamiento y enfiló calle abajo hacia el barrio residencial donde vivía en compañía de su madre y de su padrastro. Su verdadero padre las había abandonado cuando ella solo tenía un año y su madre había pasado de una relación a otra hasta que Jeremy había aparecido en su vida con su sonrisa perfecta de dientes blancos como la nieve y sus músculos trabajados en gimnasio que podía seguir inflando junto a sus compañeros de la comisaría de policía un día sí y otro también. Escuchó un zumbido detrás y, al volver la cabeza, vio que Rob la seguía de cerca. Podía haberse sentido halagada, pero supo que no lo hacía por acompañarla sino por vigilarla. No deseaba llegar a casa, aunque lo que la esperaba fuera de su hogar tampoco resultaba halagüeño.

Tardó solo unos minutos en llegar a su barrio y, nada más enfilarse la avenida donde vivía, pudo ver a lo lejos a Michael, de pie en mitad de su jardín, con la vista fija en su casa, acercándose a ella con lentitud, pero sin atreverse a entrar como a ella le pasaba muy a menudo, mucho más de lo que quería admitir. No supo muy bien por qué lo hizo, pero tocó el timbre de su bicicleta al pasar junto a su casa y lo saludó con la mano. Por regla general parecían ignorarse mutuamente, aunque aquella mañana no pudo evitar regalarle una efímera sonrisa que el chico pareció recibir con sorpresa. Beth no se entretuvo en nada más y entró en el garaje oscuro donde apoyó la bicicleta en una esquina junto al banco de trabajo de su padrastro. En la quietud del garaje pudo escuchar el chirrido de una rueda de bicicleta y un golpe seguido de un sonido indefinido, pero que le recordó a la época en la que su madre se entretenía modelando figuras de barro y golpeaba la masa líquida contra la mesa para darle forma. Al volverse, vio a Rob mofarse de su vecino Michael que, con un huevo estrellado en pleno rostro, miraba hacia el garaje donde ella se escondía en la penumbra. Entró en la vivienda y volvió a asomarse a la ventana del recibidor desde donde pudo ver cómo su novio se despedía de ella y le lanzaba un beso mientras Michael observaba la escena con cara de desconcierto. Eso fue lo que más le impactó de la actitud del chico. En lugar de mirar con odio o repulsión, sus ojos tan solo mostraban un desamparo tal que no pudo evitar sentir pena por él. Cuando lo vio entrar en su casa dio media vuelta, cogió de nuevo su mochila y aguzó el oído antes de encaminarse a su habitación. Era una

costumbre que había adquirido y que le servía para saber si estaba sola o no en su casa. No escuchó nada por lo que, tras dejar la mochila en la habitación, coger una toalla de su armario y ropa interior limpia, se encaminó al baño para darse una ducha. El saberse sola en casa la hizo relajarse y comenzar a canturrear una de las últimas canciones de moda que los chicos solían escuchar en sus móviles en el recreo. Cerró la puerta del baño, dejó la ropa limpia sobre el borde del lavabo, colgó la toalla en uno de los ganchos de la pared y, tras mirarse de reojo en el espejo del lavabo, se desnudó, entró en la ducha con cuidado para no resbalar y corrió la cortina decorada con ositos de peluche. Abrió el grifo y esperó a que el agua fría y la caliente se mezclaran y logaran ese fluido con la temperatura justa que tanto le gustaba y que le hacía sentir bien. Comenzó a enjabonarse y, sin pensar en lo que hacía, la imagen de Michael con el huevo cayendo sobre su rostro la visitó. A pesar de lo triste que podía resultar la situación, sonrió al recordar a su vecino, pero su sonrisa se heló en sus labios al escuchar el sonido de unas llaves en la cerradura de la puerta de la entrada. Corrió con cuidado la cortina y sus peores miedos se hicieron realidad al confirmar que, al verse sola, se le había olvidado echar el pestillo del baño. Cogió la toalla del gancho, la extendió en el suelo del baño y puso un pie fuera de la bañera con idea de cerrar el pestillo, pero un crujido en uno de los escalones la hizo detenerse y la sangre se le congeló en las venas. Regresó al interior de la bañera y cerró el agua. Corrió de nuevo la cortina para esconder su desnudez y, una vez más, volvió a aguzar el oído. No escuchó nada más y pensó en la posibilidad de haberse equivocado, pero, justo cuando comenzaba a relajarse, un crujido llegó desde la puerta del baño y el pomo comenzó a girar lentamente. Agarró la cortina con más fuerza y, sin pensar en lo que hacía, con la mano libre sujetó la alcachofa de la ducha con idea de utilizarla para defenderse si llegaba el caso. El pomo terminó su recorrido y la puerta se abrió con la misma lentitud para mostrar el rostro de su padrastro que miraba hacia donde ella se encontraba dentro de la bañera con ojos libidinosos y la lengua recorriendo sus labios en un gesto que Beth ya había visto en alguna ocasión y que repugnaba.

—Vaya, parece que te estabas duchando para mí —dijo con voz rasposa cargada de deseo.

—Vete de aquí —respondió Beth mascando cada una de sus palabras—. Si no te vas, gritaré.

—Puedes hacerlo. Estamos solos. Tu madre tardará una hora en volver.

Su padrastro descendió y se recreó en la visión de un cuerpo adolescente desnudo escondido tras una cortina que no ocultaba en su totalidad el fruto prohibido. Beth, al ver que el hombre avanzaba hacia ella, levantó su mano y le mostró la alcachofa de la ducha.

—Ummmm. Me gustan juguetonas.

—Fuera, ¡fueraaaaaa!

A pesar del grito que escapó de la garganta de la joven, su padrastro la ignoró y siguió avanzando hacia ella por lo que Beth no dudó en actuar. En cuanto lo tuvo lo suficientemente cerca como para atacar, levantó su mano y descargó con fuerza la alcachofa de la ducha sobre la cabeza de su padrastro que se tambaleó un instante antes de golpearla con el puño en la boca.

—¡Eres una zorra!

Beth cayó en la ducha y sintió cómo la sangre comenzaba a manar de su labio partido. Las lágrimas recorrían sus mejillas y desde el suelo de la bañera pudo ver cómo su padrastro ya no la miraba con deseo a pesar de la desnudez que intentaba cubrir con sus brazos, sino que ese sentimiento había dejado paso a otro bien distinto y mucho más peligroso. Su padrastro la miró con odio y solo el sonido del timbre de la puerta de la entrada la salvó de lo que se le avecinaba. En cuanto su padrastro hubo salido del baño, se vistió lo más rápido que pudo y, aún con el cuerpo mojado, atravesó su habitación, salió por la ventana y se encaramó al gran roble que

adornaba su jardín y que le servía como vía de escape cuando quería ver a alguna de sus amigas o regalarle un último beso a su novio. El labio le palpitaba y la mejilla se le estaba comenzado a hinchar por lo que la sentía acolchada. A pesar de ello, fue capaz de descender por el tronco del roble y, en cuanto se encontró en el suelo, echó a correr en dirección hacia la calle y, sin saber qué hacer o a dónde acudir, atravesó la gran avenida y se escondió en el interior de un círculo formado por unos pocos matorrales. Se encogió todo lo que pudo en su escondite y se asomó para ver al cartero que la había salvado con su providencial llegada y que ahora continuaba su recorrido. Vio a su padrastro asomarse por la ventana de su habitación y se encogió aún más tras el matorral. Desde su escondite pudo ver a su vecino Michael salir de su casa con cara de pocos amigos, coger una pelota de beisbol y comenzar a golpear con ella la pared del garaje. También fue testigo del enfrentamiento que tuvo con su padre que, desde la ventana del cuarto de estar, lo amenazó con tragarse la pelota si no dejaba de dar golpes. Se vio tentada de salir de su escondite para intentar animarlo y para decirle que sabía muy bien cómo se sentía, pero el último movimiento del chico detuvo su intención.

—¡No, no, nooooo!

Vio cómo Michael golpeaba la pelota de beisbol con el bate y cómo la esfera de piel entraba por una ventana de la casa de la vecina tras romper el cristal. A pesar de las historias que todos habían escuchado sobre la anciana ciega que vivía en la tétrica mansión, lo vio cruzar el seto que separaba los dos jardines y recorrerlo agachado hasta rodear la vivienda. Lo perdió de vista e imaginó que había decidido allanar la morada de la anciana en busca de su pelota. Por si acaso, se encogió todo lo que pudo dentro del círculo de matorrales y fijó la vista en la fachada de la gran mansión con la mayoría de las persianas bajadas, aunque se podía ver por las rendijas que la oscuridad reinaba en el interior de la vivienda. Unos minutos después vio un fogonazo de luz en una de las ventanas y supuso que Michael se estaría alumbrando con la linterna de su móvil. Con esa suposición acertada en la cabeza pudo seguir el recorrido del joven en su ascenso hacia el desván de la gran mansión. El último destello de luz lo vio en la misma ventana por donde había entrado la pelota de beisbol justo antes de que un fogonazo mucho más potente inundara el desván y fuera visto con mucha claridad desde el exterior. La luz del interior del desván bajó su intensidad y la volvió a subir un par de veces antes de desaparecer en su totalidad. Beth pudo escuchar desde donde se encontraba los pasos precipitados de alguien que se había lanzado escaleras abajo a toda velocidad y que había decidido salir de la gran mansión por el mismo lugar por el que había entrado hasta saltar el seto que separaba los dos jardines.

El rostro de Michael estaba empapado de sudor y blanco como la leche. Beth no supo cómo reaccionar al verlo asustado y estirado sobre el césped y solo se le ocurrió encogerse un poco más. Michael resopló con fuerza, miró hacia una de sus manos e hizo ademán de incorporarse justo en el momento en el que giró la cabeza hacia la gran avenida y la vio en el interior del círculo de matorrales. Abrió y cerró un par de veces los párpados para asegurarse de que era ella.

—¿Beth?

La joven no se movió de su escondite e intentó esconder la cara detrás de uno de sus brazos para que Michael no pudiera ver su labio partido y la sangre que había resbalado por su rostro hasta manchar su camiseta. Tiritaba de frío con el pelo húmedo y Michael no dudó en quitarse la chaqueta, entrar a gatas en el círculo de matorrales y ofrecerle su prenda de estilo militar. Beth no se movió y él se vio obligado a extenderla y a colocársela sobre los hombros. Michael, como si nada hubiera ocurrido en el interior de la mansión de su anciana vecina, se sentó a su lado sin rozarla y suspiró.

—¿Estás bien?

Beth no respondió. Agachó la cabeza y un par de lágrimas rebeldes aparecieron en sus pupilas y comenzaron a resbalar por sus mejillas. Michael, en un gesto espontáneo al no saber qué hacer, sacó su móvil del bolsillo y lo dejó sobre la hierba. La casualidad quiso que su amigo Bran lo llamara en ese preciso instante y, antes de apagarlo, pudo ver gracias al brillo del móvil el rostro de su vecina.

—¿Qué te ha pasado?

Esperó la respuesta de Beth, pero no encontró sonido alguno que saliera de los labios de la joven por lo que dejó volar su imaginación hacia todas las posibilidades que podrían haberla dejado en ese estado hasta que escuchó la puerta de la casa de Beth abrirse y vio salir a su padrastro, bolsa de deporte al hombro que, tras echar un rápido vistazo calle arriba y abajo, se subió a su coche oficial de policía y desapareció devolviendo la quietud al barrio y, por encima de todo, a la joven que al verlo marcharse suspiró aliviada. Michael no se consideraba el chico más inteligente del mundo, pero, como siempre le decía su amigo Bran, tenía el don de saber cómo eran las personas que lo rodeaban y de lo que podían llegar a hacer. Chascó la lengua y, sin pensar más allá de lo razonablemente correcto, elevó su brazo y, con mucho cuidado, lo pasó por encima del hombro de Beth y la atrajo hacia sí. Ni en sus mejores sueños hubiera imaginado una situación semejante y habría dado cualquier cosa para que su amigo Bran lo hubiera podido ver. Sonrió levemente, pero, al escuchar de nuevo suspirar a Beth, volvió a pensar en lo que le había pasado a su vecina.

—¿Te ha...?

Beth elevó la cabeza hacia él y lo miró con sus increíbles ojos azules que brillaban con fuerza debido a las lágrimas. Michael sintió que el corazón se detenía en su pecho esperando la tan temida respuesta.

—No, Solo me ha pegado.

Michael suspiró aliviado al saber que el padrastro de Beth no la había forzado, pero, de la misma manera, sintió un odio que nunca había experimentado hacia nadie, ni tan siquiera hacia esos jóvenes que, como Rob, le hacían la vida imposible y habían convertido su vida en un infierno. Se dijo a sí mismo que sus problemas no eran nada comparados con los de su amiga y, de alguna forma, se vio reconfortado, aunque tampoco pudo evitar sentir la vergüenza que provoca nuestra dicha al saber que otro es más desgraciado. Pensó en cómo podía animarla y en ese preciso instante recordó la aventura que acababa de vivir en la gran mansión de su anciana vecina y en cómo había vuelto a ver a su madre e incluso había podido tocarla. Recordó la luz azul que había emanado de uno de sus dedos y volvió a mirar de nuevo hacia la mano que descansaba junto al móvil sobre la hierba. En cuanto posó la vista en el dedo con el que había podido tocar a su madre, un leve brillo azul volvió a hacer acto de presencia. Levantó la cabeza, sintió el pelo de Beth rozar su barbilla y el corazón comenzó a galopar en su pecho al tiempo que la vida le daba la oportunidad de animar a su amiga.

—¿A qué no sabes lo que me ha pasado?

## Tres

—Normal que no te haya creído.

—Es que... No sé. Tampoco tengo claro eso.

—La verdad es que hay que estar un poco zumbado para creer esa historia del desván.

Michael volvió a sentarse en la cama de su amigo Bran y suspiró con fuerza. Tenía muy claro que lo que le había ocurrido en la casa de la señora Philips no resultaba demasiado racional, pero también sabía que no lo había soñado ni imaginado. Que su amigo lo creyera o no significaba mucho para él, aunque intentara dominar la ansiedad que se había apoderado de su cuerpo.

—¿Tú no me crees?

—Yo sí porque ya sabes que soy un poco raro y soy de mente abierta. Por eso te digo que hay que estar un poco zumbado para tragarse esa historia.

Michael sonrió al escuchar las palabras de Bran y mucho más al escucharlo referirse a sí mismo como un zumbado o un tipo raro cuando resultaba ser todo lo contrario. Un año antes, cuando Bran decidió romper lazos con la sociedad y comenzar a suspender una asignatura tras otra, sus padres decidieron ponerlo en manos de un psicólogo que logró descubrir que el cerebro de su amigo no funcionaba como el de las personas normales. No podía ser llamado un superdotado porque ningún test de inteligencia había logrado escalar su nivel intelectual. Algunos especialistas diagnosticaron un claro ejemplo de síndrome selectivo de Savant y se refirieron a Bran como un caso digno de estudio, frase que divertía sobremanera al chico. Su cerebro tenía una clara particularidad que no era otra que la capacidad de absorber un sinfín de imágenes en tan solo unos segundos que se quedaban grabadas en su interior como si de una película se tratara. Cuando Michael se maravilló de lo que llamó un «súperpoder», Bran le explicó que toda esa información le impedía centrarse en cosas de menor importancia. Ambos chicos habían aprendido a vivir con ello y no representaba un problema mucho más allá de lo que los dos podían superar, aunque a Bran le costaba demasiado relacionarse y no le gustaba que la gente desconocida entrara en lo que él solía llamar «su zona de confort». Cuando Bran se dispersaba en demasía, Michael lo ayudaba a volver al mundo real y, cuando Michael olvidaba algunas situaciones o lugares, éstas, con toda seguridad, habían quedado grabadas en el cerebro de su mejor amigo.

—¿Y por qué me crees?

—Porque no tiene sentido que te inventes algo así para contármelo a mí. Otra cosa es que quisieras ligar con Beth, pero tampoco usarías a tu madre para eso.

—Bien visto.

Michael, una vez más, se sintió orgulloso de su amigo que parecía intercambiar las dos personalidades bien definidas de un friki y de un genio según se diera la situación. Se levantó de la cama y se sentó en una butaca junto a su amigo que tecleaba con frenesí en su portátil como si le fuese la vida en ello.

—¿Qué buscas?

—Algo que tenga que ver con desvanes, brujas y saltos en el espacio o en el tiempo.

Michael volvió a incorporarse y no preguntó nada más porque no lo necesitaba y porque confiaba en la cabeza privilegiada de su amigo. Al mismo tiempo que iba pasando de una página a otra, las imágenes y los datos en los que sus ojos se fijaban quedaban grabados automáticamente en el cerebro de Bran al que, con mucho cariño, Michael llamaba «disco duro». En más de una ocasión había hablado sobre la capacidad de ese supuesto centro de almacenaje y de la cantidad de datos que podría llegar a soportar teniendo en cuenta que nada de lo que Bran grababa en él quedaba relegado al olvido tiempo después. Podía relatar con meridiana claridad y contundencia hechos acaecidos cuando tan solo tenía cuatro años y era capaz de describir con todo lujo de detalles la heladería donde había tomado su primer helado con tres años de edad. Unos minutos después, Michael dejó de pasear por la habitación y volvió a sentarse junto a su amigo al que escuchó gruñir.

—¿Qué ocurre?

—Mucho y nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que he encontrado muchas teorías, pero ninguna válida. Einstein hablaba de una cuarta dimensión que era el tiempo y que estaba estrechamente relacionada con las tres dimensiones espaciales físicas que todos conocemos, pero el tensor de curvatura de Riemann del espacio-tiempo de Minkowski es nulo por lo que queda claro que el espacio-tiempo es plano.

—No he entendido nada de nada. ¿Eso qué significa?

—Ni puta idea. Yo tan solo me quedo con los datos, pero esto no hay quien lo entienda. Eso sí, ahora puedo ligar con las niñas al explicarles la diferencia entre el principio de equivalencia de Einstein y el de Galileo.

—Eso no me ayuda demasiado.

Bran apagó el ordenador, se puso en pie el tiempo suficiente para dejarse caer en la cama boca arriba. Reptó hasta llegar a la altura de la almohada donde reposó la cama no sin antes colocar sus manos entrelazadas debajo. Miró a la lámpara con forma de nave espacial y volvió a gruñir con fuerza.

—Lo único que me queda claro cuando me da por viajar por internet es que no hay explicación clara para casi nada. Para mí que ni tan siquiera Einstein sabía lo que decía.

—Eso tampoco me ayuda —replicó Michael que ocupó el lugar de Bran en la silla de oficina situada junto a la estantería repleta de dragones y otros animales mitológicos que tanto gustaban a su dueño—. Creo que me estoy volviendo loco.

—No te estás volviendo loco. Es mucho más sencillo de lo que parece.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. No hay explicación para todo lo que nos ocurre o lo que nos rodea, pero lo que nos distingue de los animales es que tenemos capacidad para pensar. Aquello de lo que no tenemos explicación se convierte en un misterio hasta que deja de serlo.

—¿Y qué sugieres?

En ese momento se abrió la puerta de la habitación de Bran y ante ellos apareció una mujer de unos cuarenta años, de pelo claro y ojos azules, que sonrió nada más entrar.

—Es hora de irse a la cama. Mañana hay instituto.

—Vale, mamá.

—Michael, ¿has llamado a casa? Tu padre puede estar preocupado.

—Mi padre pasa de todo.

La madre de Bran torció el gesto al escuchar la respuesta de Michael y asintió. Conocía a los padres del chico desde que se mudaran al barrio cuando Bran tan solo era un bebé. La madre de Michael participaba de forma operativa en las reuniones de padres del colegio y solía formar parte del comité de organización de las fiestas de la urbanización por lo que siempre había sido una mujer muy querida y respetada. Cuando falleció en el accidente de coche lo sintió por Michael, que quedaba huérfano de madre con tan solo trece años, pero más lo sintió por el padre del chico que, de la noche a la mañana, se convirtió en un despojo de lo que había logrado ser. Desde aquel triste día, su casa se había convertido en el refugio de un chico que no encontraba apoyo ni consuelo junto a su propio padre y que se veía obligado a buscarlo en el hogar de su mejor amigo.

—A la cama, chicos.

El padre de Bran, alto, moreno y algo desgarbado, apareció detrás de su esposa y, tras esa escueta frase lanzada al viento, volvió a desaparecer para refugiarse de nuevo en los libros científicos que leía y que, de tanto en tanto, se permitía el lujo de escribir.

—¡Papá!

El señor Thompson regresó junto a su mujer y miró por encima del hombro de ella que, al sentir la presencia de su marido, se apartó, le lanzó un beso a su hijo y otro a Michael y desapareció escaleras abajo dejando solos a los tres varones de la casa.

—Dime, hijo.

—¿Existen puertas a otros mundos?

Cualquier otro progenitor se preocuparía al recibir una pregunta de tamaña relevancia por parte de su hijo, pero las conversaciones entre un chico con síndrome de Savant y un adulto con un coeficiente de inteligencia de más de ciento setenta se convertían en el pan nuestro de cada día. Normalmente, Michael se sentía como un estúpido cuando Bran y su padre comenzaban una de sus charlas tecnológicas y futuristas, pero en esta ocasión aguantó la respiración e intentó prestar la máxima atención.

—Bueno, hay muchas teorías sobre eso. Algunos científicos sostienen que los agujeros negros son puertas a otros universos paralelos e incluso que estos mundos pueden llegar a influirse unos a otros. Es el famoso Multiverso.

—Ya. —Bran asintió con la cabeza, pero, tras meditar un instante volvió a gruñir. Era bien cierto que no poseía la capacidad de razonamiento de su padre, aunque su cabeza retenía tal cantidad de detalles que podía llegar a parecer más inteligente que su progenitor—. Pero eso explica que existen mundos paralelos, pero no que podamos viajar a ellos.

—Según algunos científicos, nadie saldría vivo de un agujero de gusano creado a partir de un agujero negro. Hay una teoría sobre la destrucción de la materia en estos agujeros, pero existe otra bien distinta de un aplastamiento de dicha materia. Sea de una forma o de otra, un ser vivo no lo resistiría.

—¿Eso es un no?

El señor Thompson se encogió de hombros como hacía siempre que una conversación

científica se resolvía como una serie de caminos que cada uno debía transitar en soledad con su propio cerebro. Él odiaba la idea de manipular la cabeza de su hijo como sus propios padres habían hecho con la suya al descubrir que era diferente de los demás niños. Él quería que su hijo fuera capaz de pensar por él mismo y, cuando una conversación dependía de lo que cada uno pensara, se encogía de hombros y daba por terminada la charla.

—A la cama que tenéis que descansar.

El señor Thompson apagó la luz y cerró la puerta. Bran encendió una lamparilla con forma de Burt Simpson muy acorde con la decoración ecléctica de su cuarto y se volvió hacia su amigo que, mientras él hablaba, aprovechaba para ponerse el pijama.

—Hoy poco más podemos hacer. Mañana continuamos con la investigación. ¿Te parece?

Michael asintió y se metió debajo de las sábanas al mismo tiempo que lo hacía su amigo. Unos meses atrás, los padres de Bran decidieron cambiar la cama que el chico había tenido desde pequeño por una de matrimonio al darse cuenta de que Michael solía huir de su casa siempre que podía ante la pasividad de su padre y la soledad que el pobre chico parecía sufrir en su propio hogar tras el fallecimiento de su madre. Ahora, ambos chicos podían dormir con un mínimo espacio vital y olvidándose de aquellas noches en las que Michael dormía en un saco de dormir a los pies de la cama de un Bran al que le costaba conciliar el sueño pensando en la incomodidad de su amigo.

Bran no tardó en respirar de forma profunda y Michael, en la oscuridad de la habitación, sonrió al percibir que su amigo había logrado dormirse en tan solo unos segundos. Se volvió y cerró los ojos a su vez, pero no tardó en abrirlos al percibir una luz que provenía del armario cerrado frente a él. Se arrebujó debajo de las sábanas, pero la luz brillaba con tal fuerza que, a pesar de la ropa de cama que lo cubría y apretar con fuerza los párpados, se veía incapaz de dormir por lo que sacó valor de donde no lo tenía y se puso en pie con la respiración entrecortada y el corazón latiendo a toda velocidad en su pecho. Miró de reojo a su amigo, pero continuaba durmiendo profundamente. Michael se puso en pie, dio un par de pasos hacia el armario, donde se filtraba la luz por las rendijas, pero se detuvo de nuevo con la única idea de regresar a la cama de la que no debía haber salido. Aun así, respiró hondo una vez más, y recorrió la breve distancia que lo separaba de la puerta del armario recién lacada en color blanco por lo que brillaba aún más bajo la luz. Colocó la mano en el pomo de la puerta, lo giró con mucho cuidado y, nada más abrir una pequeña rendija, sintió una fuerza que tiraba de él hacia el interior del armario. Intentó gritar con todas sus fuerzas, pero era tal la presión que sentía en su pecho al ser arrastrado por una energía desconocida que se vio incapaz de articular sonido alguno. Antes de poder hacer nada por evitarlo, la puerta del armario se abrió de par en par y Michael se vio arrastrado al interior donde una luz cegadora lo esperaba. Comenzó a caer en una espiral, pero continuaba sin poder gritar. La luz fue apagándose poco a poco y él, con el paso de los segundos, dejó de girar sobre sí mismo. Cuando sus ojos volvieron a acostumbrarse a la falta de luz se vio de rodillas sobre una superficie mullida de color blanco parecida al algodón de azúcar. Levantó la cabeza y, con los dedos entrelazados a las hebras que parecían nacer del suelo, miró al horizonte. Pareció distinguir unas montañas, aunque la oscuridad que se cernía sobre ellas era de tal magnitud que no lograba distinguir con claridad lo que sus ojos observaban. Parecía una tormenta sobre las montañas, pero esas protuberancias no se movían mientras que la masa de color negro que las oscurecía daba la impresión de desplazarse hacia él. El color blanco de la superficie que lo separaba del lejano horizonte comenzó a oscurecerse a gran velocidad al tiempo que un claro sonido atravesó los oídos de Michael. No era otra cosa que el lamento profundo de un ser atormentado y ese ronco suspiro le puso los pelos de punta. La oscuridad, como una nube de mal presagio, extendió unos

tentáculos hacia el cielo y a la mente de Michael regresó a toda velocidad la imagen de su madre, en el desván de la señora Philips, arrastrada por aquellos mismos tentáculos tenebrosos. Se puso en pie con dificultad e intentó huir, pero los pies parecían pegados a la superficie algodonosa al tiempo que sus piernas pesaban como dos yunques. Un par de pasos más allá cayó de rodillas y sus manos rozaron un objeto duro que no tardó en levantar. Se encontró de frente con un cuchillo de bella factura, con la hoja brillante aun en la oscuridad que se cernía sobre él y con una estrella de color marfil en el pomo. Lo agarró con fuerza, pero no supo qué hacer con él. Dio media vuelta e intentó echar a correr de nuevo, pero unas manos emergieron de entre las hebras de color blanco y aferraron sus tobillos con fuerza. Esta vez logró gritar con todas sus fuerzas, pero no pudo mantener la postura y cayó sobre el suelo con el cuchillo en una de sus manos y con la otra sujeta por una extremidad delgada y opaca que parecía mantenerlo pegado al suelo. La oscuridad continuaba avanzando y los tentáculos, a pocos metros de donde se encontraba tendido, se estiraron en su dirección y se abrieron como si la punta de cada uno de ellos fuera el rostro de una bestia sedienta de sangre y con una boca en la que brillaban unos colmillos de gran tamaño que lo buscaban para saciar su apetito. Gritó de nuevo justo en el instante en el que una de aquellas fauces estaba a punto de lanzarse a por su rostro. Una mano lo agarró a la altura del hombro y lo zarandeó con fuerza. Por encima del ronco lamento que provenía de la oscuridad escucho el rugido del viento que traía su propio nombre.

—Michael, Michael, Michael...

Esta vez gritó con mayor fuerza aún y, en el preciso instante en el que el tentáculo abría la boca todavía más y se encogía para lanzar el ataque definitivo, Michael movió el brazo derecho en un arco casi perfecto y el cuchillo con la estrella de marfil cercenó el tentáculo de un solo tajo. Escuchó un rugido proveniente de la masa oscura y decenas de tentáculos surcaron el aire en su dirección. Una vez más gritó con fuerza al tiempo que la mano que lo sostenía del hombro lo zarandeaba una y otra vez y escuchaba de nuevo su nombre flotando en el viento que sentía acariciar su rostro.

—Michael, Michael, Michael...

En el preciso instante en el que uno de los tentáculos se lanzaba a por él, una luz brillante lo cegó durante un segundo y lo obligó a cerrar los ojos. Cuando los abrió de nuevo se encontraba en la cama de Bran mientras su amigo lo tenía sujeto por el hombro y lo zarandeaba con fuerza para que despertara. Los señores Thompson lo observaban desde la puerta con gesto de preocupación, pero, al ver que se encontraba bien y que tan solo había sufrido una pesadilla, regresaron a su habitación aunque esta vez decidieron dejar la puerta abierta por si acaso.

Michael respiraba con dificultad, pero, poco a poco, fue calmándose. El corazón continuaba latiendo a toda velocidad, aunque sintió que se tranquilizaba a cada segundo que pasaba. Su amigo lo miraba con el mismo gesto preocupado que habían mostrado sus padres, pero ahora parecía mostrar la misma tranquilidad que su amigo aunque la procesión fuera por dentro.

—Me has asustado. No dejabas de gritar y no había forma de despertarte.

—Lo siento. Ha sido una pesadilla, pero era tan real...

—¿Qué has soñado?

Michael se incorporó en la cama e intentó pensar en lo que había soñado como hacía siempre que sabía que su mente había viajado durante la noche, aunque las imágenes aparecieran como algo difuso. Para su sorpresa, la pesadilla se veía tan real en su mente que parecía estar viviéndola de nuevo. Suspiró con fuerza antes de comenzar a relatar la aventura. Bran lo miraba en silencio y, de vez en cuando, asentía para mostrarle toda su atención. Unos minutos después Michael dejó de hablar y su mejor amigo se incorporó en la cama, se puso en pie y, sin que

Michael le dijera nada, se acercó al armario y, con un rápido movimiento, abrió la puerta, pero no pudo evitar colocarse en posición defensiva. Dentro del armario no había nada más que los trastos que normalmente guardaba y la ropa que continuaba colgada en sus respectivas perchas. Unos pocos zapatos tirados por acá y por allá y ni rastro de la luz cegadora o de la masa oscura. Bran cerró la puerta del armario de nuevo y regresó a la cama. Se quedó boca arriba con los brazos cruzados por delante del pecho y la vista fija de nuevo en la lámpara con forma de nave espacial.

—No sé, tío. Quizá solo haya sido una pesadilla —comentó Bran con voz queda—. La mente es muy sugestionable.

—Era todo tan real. Hasta podía oler la masa oscura que se acercaba. Era asqueroso. Parece que lo tenga impregnado en la nariz.

Michael agarró un paquete de pañuelos de papel que había dejado sobre la mesita de noche y se sonó con fuerza, pero el olor que se había introducido en su nariz no había desaparecido. Dejó el pañuelo sobre la mesita y gruñó con fuerza. Sabía que su amigo no dudaría de él en ningún momento, pero estaba claro que había sufrido una pesadilla, por muy real que pareciera, y no podía permitirse el lujo de pensar en nada más. Bran apagó de nuevo la luz y no tardó en dormirse otra vez, pero él sentía el hormigueo alrededor de la muñeca donde una mano huesuda lo había agarrado. La luz no brillaba en el interior del armario, pero el viento que movía las ramas de los árboles parecía imitar el ronco lamento de la oscuridad que se cernió sobre él en la pesadilla. Maldijo en voz baja por tener una mente tan débil que se dejaba llevar por una simple pesadilla, pero, al levantarse de la cama para ir al baño, uno de sus pies rozó un objeto metálico que tintineó sobre la moqueta. Se agachó para cogerlo y se incorporó con el rostro desencajado y un cuchillo en una de sus manos. El arma estaba adornada con una estrella de marfil en el pomo que lanzó un brillo de color rojizo el cual refulgió en sus ojos antes de desvanecerse y dejar el cuarto en la penumbra.

## Cuatro

Abrió los ojos y sus dedos dejaron ir la botella de whisky que cayó sobre la alfombra y comenzó a rodar hacia la puerta de la entrada. Sentía la boca pastosa y le dolía la cabeza, pero no era una sensación distinta a la que cualquier mañana. Se puso en pie con cierto esfuerzo, apagó la televisión que llevaba encendida desde la noche anterior y salió al vestíbulo.

—¡Michael!

Esperó la respuesta en silencio, pero, al no escuchar ruido alguno, volvió a pronunciar el nombre de su hijo. Subió las escaleras tambaleándose y con la sensación de quien no sabe bien hacia donde ir, pero con la suficiencia del alcohol recorriendo sus venas. Llegó hasta la puerta de la habitación de su hijo, la abrió con cierta violencia y, al ver la cama sin deshacer y al no encontrar su mochila, comenzó a enfurecerse. Dio una patada a un par de zapatillas que descansaban junto a la puerta y bajó las escaleras de dos en dos a riesgo de caer rondando escalones abajo. Salió a la calle y el sol le atravesó el cerebro. Llevaba casi una semana sin salir de su domicilio y la sensación de encontrarse de frente con el astro rey provocó que el dolor de cabeza aumentara. Los pinchazos que sentía en las sienes no hacían sino enfurecerlo aún más por lo que, a cada paso que lo acercaba al hogar de los Thompson, se iba encendiendo como una antorcha. Al llegar a la casa de Bran se encontró a su hijo y a su mejor amigo subidos en sus bicicletas con idea de acudir al instituto. Se plantó delante de Michael e hizo amago de patear la rueda de su bicicleta, pero estaba tan borracho que no fue capaz de atinar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz áspera.

—He dormido en casa de Bran —contestó Michael que intentaba mostrar una entereza que no poseía. Su padre le daba miedo porque sabía que no controlaba cuando el alcohol se apoderaba de él.

—Yo no te di permiso para hacerlo.

—No lo necesito. Siempre estás borracho.

—¡Quién te crees que eres para hablarme así!

Michael, en contra de lo que deseaba, comenzó a perder los estribos al igual que le pasaba a su padre, un hombre que había dejado de preocuparse por él, pero que ahora aparecía intentando controlar su vida. Lo atravesó con la mirada y, sin detenerse a contestar, apretó el pedal de la bici e intentó pasar por su lado, pero su padre lo detuvo y, sin pensar en lo que hacía, lo

sujeto por la pechera y lo zarandeó.

—¡Suéltame!

—¡Soy tu padre!

—¡Eres un borracho!

Soltó a su hijo y, antes de que los padres de Bran, que acababan de hacer acto de aparición, pudieran detenerlo, lo golpeó en la mejilla con la mano abierta. Michael miró a su padre y los ojos se le anegaron en lágrimas más por la rabia que por el dolor.

—John, vete a casa a descansar —aconsejó el padre de Bran desde el porche de la vivienda y sin atreverse a aproximarse para no agravar más la situación—. Michael tiene que ir al instituto.

El padre de Michael se separó un par de pasos, miró con los ojos enrojecidos al señor Thompson y, tras dirigirle una fugaz mirada a su propio hijo, dio la vuelta y desapareció calle arriba tambaleándose como el borracho que era. Michael se quedó un instante en el jardín y apretó el manillar de su bicicleta. Los nudillos se volvieron blancos por la presión y la respiración agitada se volvió irregular hasta dejar paso a un llanto convulso que logró controlar antes de pisar de nuevo el pedal y salir disparado en dirección al instituto. Bran, con la confirmación de su padre que le hizo un gesto con la cabeza para que acompañara a su amigo, salió disparado tras él y lo alcanzó antes de llegar a la primera esquina. Comenzó a pedalear a la altura de Michael en absoluto silencio a la espera de que su amigo se calmara y comentara algo sobre lo ocurrido, pero, para su sorpresa, Michael tan solo sorbió un par de veces, se enderezó en la bicicleta y respiró con fuerza. Al doblar la esquina se detuvo junto a un parque infantil y Bran se paró a su lado.

—¿Te acuerdas de lo que te he contado esta mañana? —preguntó como si el encuentro con su padre hubiera quedado relegado al olvido o nunca hubiera existido.

—¿Te refieres a la pesadilla?

—Sí. Hay algo de lo que no te he hablado.

Michael dio la vuelta a su mochila y la colocó por delante del pecho. La abrió con solemnidad, comprobó que no hubiera ninguna mirada indiscreta en los alrededores y, tras cerciorarse de que se encontraban solos, metió la mano en la bolsa y extrajo el cuchillo con la estrella de marfil en el pomo. Se lo tendió con solemnidad a Bran y éste lo cogió como si fuera una serpiente venenosa. Lo observó con detenimiento, lo giró entre sus manos, acarició la hoja metálica con la punta de los dedos y comprobó el filo con un hilo que colgaba del bajo de su chaqueta.

—¿De dónde ha salido?

—Después de la pesadilla te quedaste dormido y yo me levanté para ir al baño. Estaba en el suelo.

—¿Quieres decir que el puñal con el que le cortaste un tentáculo a un monstruo negro apareció en mi habitación como por arte de magia? —inquirió Bran al tiempo que le devolvía el cuchillo y Michael lo guardaba en la mochila con mucho cuidado—. ¿Qué un objeto que ha aparecido en uno de tus sueños se ha convertido en realidad?

—Sí. Eso es.

—Vale.

Bran se encogió de hombros y volvió a poner en marcha su bicicleta. Michael se echó de nuevo la mochila al hombro y pedaleó con fuerza para ponerse a su altura.

—Esta tarde iré a la biblioteca de mi instituto para ver si encuentro algo sobre el monstruo de tu pesadilla y el cuchillo.

Michael asintió y sonrió. No podía pedir tener un mejor amigo porque tenía claro que cualquier otro hubiera cuestionado todo lo que le había ocurrido desde que lanzara la pelota de beisbol y entrara por la ventana del desván de la señora Philips. En ese momento se percató de la realidad que había dejado olvidada o que no había querido admitir.

—Ya sé dónde he visto al monstruo de los tentáculos con anterioridad.

—En el desván de la señora Philips —contestó su amigo adelantándose a la esperada explicación.

Michael recordó que el cerebro de su amigo era como una grabadora y asintió de nuevo con un ligero movimiento de cabeza. Esa era la realidad que no había querido reconocer. El mismo ser que había arrastrado a su madre en la visión que había tenido en el desván de su anciana vecina era el que había intentado matarlo en la pesadilla tan real que había tenido en casa de su amigo y de la que se llevaba un objeto aún más real que el propio sueño y que ahora portaba en la mochila con el riesgo que conllevaba introducir un cuchillo en el instituto.

Al llegar a la esquina donde sus caminos se separaban, Bran no giró hacia el instituto en el que ahora se ocupaban de su educación, sino que continuó el pedaleo junto a su amigo que se extrañó al no escuchar la consabida frase de despedida. Se volvió hacia él y bajó el ritmo para escuchar el porqué del cambio en su recorrido.

—Tengo algo que hacer en tu instituto —comentó como única explicación.

Michael, acostumbrado a las reacciones espontaneas de su amigo, no preguntó nada más y continuó pedaleando hasta que llegó al lugar donde normalmente dejaba atada la bicicleta, lo suficientemente cerca del instituto como para no resultar incómodo, pero lejos para evitar que los gamberros del instituto que le hacían la vida imposible la tomaran con su vehículo de dos ruedas. Bran le hizo un gesto con la mano y continuó con su pedalear constante en dirección al instituto. Michael sacó la cadena de la mochila, la ató alrededor de las dos ruedas, le dio una vuelta por la tija del manillar y le dio dos vueltas en una farola cercana. Abrió el candado con una llave que colgaba de la muñequera de su reloj de pulsera y lo colocó entre dos eslabones de la cadena. Volvió a situar la pequeña llave en su lugar, se echó la mochila al hombro de nuevo y comenzó a caminar en dirección al instituto. A pocos metros del edificio de ladrillo se cruzó con Bran que pedaleaba como un loco en dirección contraria. Al llegar a su altura, le sonrió y saludó con un gesto de la mano, pero no se detuvo y, al poco tiempo, entendió por qué.

Varios chavales se arremolinaban alrededor del aparcamiento de bicicletas donde Ron, el novio de Beth y su peor pesadilla, dabas puñetazos al aire y patadas a los matorrales para intentar sosegarlos.

—¡Como descubra quién ha sido se va a enterar! —gritó con los ojos inyectados en sangre y la saliva cayendo por la comisura de sus labios— ¡No sabe con quién se la juega!

Los chavales que observaban la escena se separaron al escuchar el timbre junto a la puerta del instituto y Michael pudo, al fin, contemplar lo que tanto enojaba a Rob. No pudo evitar sonreír al encontrarse con la bicicleta último modelo del camorrista con las dos ruedas rajadas y pintada en su totalidad de color rosa. Por si eso era poco, el autor del atentado había escrito en el suelo con el mismo spray de color una frase lapidaria que parecía haber calado en lo más hondo del chico.

—Soy un cobarde y un cerdo.

Michael se volvió al escuchar la voz melodiosa de Beth recitando en voz alta la frase que alguien había escrito en el suelo del aparcamiento y con una caligrafía que no le había costado reconocer y que llevaba años contemplando en los cuadernos de su mejor amigo. Para su sorpresa, su vecina estaba sonriendo, aunque no pudo continuar haciéndolo en cuanto notó que le ardía la

herida del labio.

—¿Cómo estás? —preguntó Michael que no podía creer que todo hubiera cambiado en tan pocas horas y que ahora pudiera dignarse a hablar con la chica que le había robado el corazón.

—Me duele el labio, pero estoy bien. ¿Y tú? ¿Más aventuras?

Michael pensó en guardar silencio, pero, por extraño que pudiera parecerle, le había contado lo ocurrido en el desván de la señora Philips la tarde anterior y la chica no lo había tomado por loco ni había escapado. Tan solo había continuado sentada en el interior del arbusto, escuchando cada una de las palabras de Michael con atención y respeto, mucho más de lo que él podía esperar de una chica que rara vez le hablaba y que era la novia del chico que le hacía la vida imposible.

—La verdad es que sí. Si quieres, te lo puedo contar luego.

—¡Tú, ¿qué haces hablando con mi novia?!

Michael se separó de Beth al escuchar el vozarrón de Rob y dio un par de pasos hacia la puerta del instituto, pero el camorrista lo agarró por el cuello de la camiseta y lo lanzó contra las escaleras. Michael cayó de espaldas y se clavó una de las aristas en las lumbares. Se encogió de dolor, pero mucho más al sentir la mano de Rob atenazando su cuello.

—¿Has sido tú el que me ha jodido la bicicleta?

—Rob, déjalo. Le estás haciendo daño.

Ante la súplica de Beth, el gamberro soltó a Michael, se puso en pie y, tras agarrar a su novia por la cintura, subió las escaleras y desapareció en el interior del instituto no sin que antes la chica mirara a Michael de reojo y le sonriera con cierta complicidad como si de verdad sintiera lo ocurrido entre su novio y su vecino. Se llevó la mano al cuello e intentó tomar aire, pero le costaba. Hasta ese momento, todo el acoso que había sufrido por parte de Rob y de sus colegas del equipo de fútbol se había quedado en alguna que otra broma como la del huevo podrido que había aterrizado en su cabeza, pero nunca le habían puesto la mano encima como acababa de ocurrir. Se vio tentado de huir del instituto, subir en su bicicleta y no detenerse hasta caer rendido, pero no tenía muchas opciones ni tampoco quería darle la satisfacción a Ron de verlo vencido por lo que se puso en pie, agarró su mochila con rabia y entró en el instituto en el preciso instante en el que las puertas de las aulas comenzaban a cerrarse. Llegó a la suya justo para entrar antes del profesor McKenzie y para dejarse caer en su silla no sin antes dirigirle una leve y fugaz mirada a Beth que no pudo mantener al tropezarse con la pierna de uno de los compañeros de Rob. Como siempre ocurría, la risa fue generalizada, pero el profesor de Literatura la cortó con un rápido movimiento de su mano. Michael escondió la cabeza en los abrigos colgados en la percha situada en la pared del fondo de la clase e intentó prestar atención a las palabras que el profesor comenzaba a dedicar a sus alumnos y con las que pretendía introducirlos en la vida y milagros de los escritores famosos del Siglo de Oro español. Ni tan siquiera fue capaz de escuchar el primero de los nombres de literatos porque el sueño comenzó a adueñarse de su cerebro sin remisión. Había pasado muy mala noche y se sentía agotado por lo que, en cuanto su cabeza se vio apoyada en los mullidos abrigos de sus compañeros y la voz cadenciosa y perfectamente modulada del profesor McKenzie acarició sus oídos, cerró los ojos e intentó descansar unos minutos. Su cuerpo se relajó, pero, al escuchar un lamento ronco, abrió los ojos y se encontró de frente con el profesor McKenzie que lo observaba con el ceño fruncido mientras sus labios se abrían y cerraban, pero de ellos tan solo salía un sonido gutural que atravesaba sus oídos y le helaba la sangre. Los ojos del profesor de literatura se volvieron blancos mientras el lamento continuaba, pero el negro más profundo se adueñó de sus corneas. Michael intentó gritar, aunque un nudo apareció en su garganta. Le hizo un gesto a Beth para que contemplara lo que sus propios ojos

veían, pero la chica se dio la vuelta hacia él y le mostró los mismos ojos que se habían adueñado de su profesor. Poco a poco, sus compañeros fueron girándose hacia él y pudo comprobar, muerto de miedo, que todos ellos parecían haber sido absorbidos por la misma oscuridad. Sus ojos negros se veían remarcados por una piel cerúlea como si la sangre hubiera abandonado sus venas y la vida se hubiera esfumado de sus entrañas. Michael escuchó un rugido que provenía de la garganta de su profesor y los mismos tentáculos de color negro que lo habían atacado en su pesadilla nacieron de la espalda del maestro y se dirigieron hacia él con sus fauces abiertas y los colmillos brillando bajo el sol que penetraba por una de las ventanas. El rostro de Beth desapareció y en su lugar quedó una superficie blanca y lisa que se abrió en una boca terrorífica de la emergió uno más de aquellos tentáculos. En unos segundos se vio rodeado por varias decenas de tentáculos con sus respectivas fauces y con la única intención de devorarlo por lo que reaccionó de la única forma que pudo. Con el horror más oscuro avanzando hacia él, abrió su mochila, se puso en pie y sacó el cuchillo con el que ya había podido destruir a uno de los tentáculos en la pesadilla de la noche anterior. Sin saber muy bien qué hacer, lo agarró fuerte con ambas manos y comenzó a blandirlo delante de su rostro para evitar que los tentáculos llegaran hasta él. Uno de los seres que había nacido de la espalda del profesor McKenzie se abalanzó sobre él y Michael cerró los ojos en un gesto instintivo. Cuando los abrió, se encontró con el rostro atemorizado de su profesor y de todos sus compañeros que lo observaban como si se encontraran delante de un auténtico y peligroso demente.

—Suelte ese cuchillo, señor Gallagher.

Ya no existía la oscuridad. Los ojos negros del profesor habían recobrado su original color marrón y todos sus compañeros lo contemplaban tan aterrorizados como su maestro de Literatura. Miró de reojo a Beth y confirmó sus peores sospechas. Lo miraba como si estuviera loco con su rostro perfecto y sus ojos del color del mar y el corazón de Michael se rompió en mil pedazos. Se encontraba en mitad de una clase de un instituto con un cuchillo en las manos en un país tan acostumbrado a los asesinatos masivos en institutos y a los que tanto temían. Dejó el cuchillo sobre su pupitre y el profesor McKenzie lo cogió con una mano mientras que con la otra lo agarraba del brazo y tiraba de él hacia el exterior del aula. Michael supo lo que se le venía encima por lo que agarró su mochila y se preparó para la expulsión. Sin añadir nada más y sin importarle dejar a una clase de adolescentes sin vigilancia alguna, el profesor arrastró a Michael hasta el despacho del director Burton. El hombre bajito, de panza prominente y escasa cabellera de color blanco miró de reojo a la puerta y, al ver el cuchillo en una de las manos de su colega, se puso en pie y les prestó toda su atención.

—¿Qué ha ocurrido?

—El señor Gallagher se ha puesto en pie en mitad de la clase y nos ha amenazado con este cuchillo.

El director frunció el ceño y miró de frente a Michael que no pudo evitar encogerse ante el responsable de la disciplina del instituto.

—No esperaba esto de usted. ¿Tiene algo que añadir?

Michael negó con la cabeza y el profesor McKenzie dejó el cuchillo sobre la mesa del director y salió del despacho para regresar al aula. El director Burton se sentó de nuevo en su sillón y extrajo de unos de los cajones el bloc con los papeles que utilizaba para comunicarse con los padres de los alumnos cuando algo ocurría o cuando necesitaba ponerse en contacto con ellos. Garabateó durante unos minutos mientras Michael observaba el cuchillo con detenimiento. No se había percatado de que existía un dibujo en la hoja que no había visto con anterioridad, pero que no era capaz de identificar. Le recordaba a la huella dejada en la tierra por la garra de un pájaro.

Mientras el director escribía la orden de expulsión, Michael pensó en las posibilidades de buscar por internet como bien le había comentado su mejor amigo, pero el corazón se le encogió en el pecho al percatarse de que nunca más volvería a ver ese cuchillo.

—Dele esta nota de expulsión a su padre. Sabemos por lo que está pasando en casa, pero no hay excusas para amenazar a sus compañeros con un cuchillo. Aun así, solo le voy a expulsar durante una semana y espero que le sirva como escarmiento.

El director le entregó la nota a Michael y, mientras el chico la guardaba en el interior de su mochila, el señor Burton tomó el cuchillo que el profesor de literatura había dejado sobre su mesa y lo guardó en uno de los archivadores. El chico suspiró con fuerza, pero, al ver el gesto aburrido del director, se dio la vuelta y salió del despacho cariacontecido. Abandonó el instituto y, tras echar una rápida mirada a la bicicleta de color rosa de Rob y sonreír con cierta tristeza, caminó calle abajo hasta llegar al lugar donde había aparcado su bicicleta y donde aún permanecía atada a una farola. Desenganchó la llave de la pulsera de su reloj y abrió el candado. Dejó de nuevo la pequeña llave en su lugar, abrió la mochila y tomó la cadena para guardarla en la bolsa, pero su corazón dejó de latir durante unos segundos. En el interior de la mochila se encontró con el cuchillo y la estrella de marfil volvió a emitir el mismo color rojizo que la noche anterior. Cerró con rapidez la mochila, se subió a la bicicleta y comenzó a pedalear en dirección a su casa. No deseaba enfrentarse con su padre, pero no tenía otro lugar al que acudir. Al pasar a la altura de la casa de la señora Philips, el interior de su mochila se iluminó con más intensidad.

## Cinco

No se atrevía a volver a casa y por eso se sentó junto a un árbol con la vista puesta en la bicicleta que lo había acompañado en tantas y tantas travesuras, pero que ahora se había transformado en el peor de sus temores. Observaba las ruedas rajadas y maldecía por la bajo, aunque eso no era lo que más temía. El pintar su bicicleta de color rosa era una declaración de intenciones y lo que pudiera pensar su padre sí le preocupaba. Sabía que le esperaba una buena tunda en casa acompañada de las burlas de sus hermanos, aunque le preocupaba mucho más la mano grande y pesada de su padre que las palabras hirientes de un par de adolescentes que habían nacido con la única pretensión de convertirse en seres violentos y camorristas viva imagen de su progenitor. Él había seguido la senda marcada en el instituto por sus dos hermanos y también había pasado por el aro de los matones de barrio que logran todo lo que quieren a base de puñetazos y empujones y que tienen la capacidad de conquistar a la reina del baile con tan solo un ligero movimiento de los bíceps. Nunca se había planteado ser otra cosa, pero ahora una realidad bien distinta se había plantado delante de él. Por primera vez desde que tuviera uso de razón, alguien se le había enfrentado y le había pagado con su propia medicina. Conocía la rabia que se sentía al verse mancillado por otro y eso le había trastornado, aunque seguía temiendo mucho más lo que ocurriría al llegar a su casa.

Se puso en pie de nuevo, agarró el manillar de la bicicleta y recorrió los últimos metros con el corazón encogido y la rabia a flor de piel. A cada paso, rezaba para que su madre estuviera en casa y pudiera mediar entre su padre y él mismo, pero, últimamente, pasaba más tiempo en la iglesia que en su propio hogar y no se lo reprochaba. No era agradable para una mujer dulce encontrarse día tras día en un nido de camorristas donde tan solo podía permitirse el lujo de comportarse como una madre cuando Rob dejaba salir al crío que aún llevaba dentro y del que siempre se burlaban sus hermanos.

Llegó a su casa y dejó apoyada la bicicleta en una de las columnas del porche. Arthur, el hermano mayor, se fumaba un cigarrillo sentado en un balancín y, al ver el estado de la bicicleta de Rob, lanzó una carcajada antes de llamar a su hermano y a su padre. Frank, su hermano de diecisiete años, apareció en el porche con una cerveza en la mano y, al ver el estado del vehículo de Rob, se dejó llevar por la risa y no se detuvo hasta que llegó su padre y vio lo que allí ocurría. Tanto Arthur como Frank guardaron silencio y esperaron la reacción de su padre que no tardaría en llegar. Rob escudriñó por el costado de su padre en dirección al interior de la vivienda, pero no vio ningún movimiento dentro por lo que dedujo que su madre estaría en la iglesia. Se echó a

temblar antes de que su padre abriera la boca para preguntar.

—¿Quién te ha hecho eso?

—No lo sé, papá.

—¡Y una mierda! Seguro que lo sabes.

Rob bajó la cabeza y meditó un instante la respuesta. Con una rapidez mental impropia de él reconstruyó el momento en el que se encontró la bicicleta pintada de rosa con las ruedas rajadas y la frase escrita en el suelo. Recordó ver a Michael entre la multitud y cómo hablaba con Beth. Por si eso fuera poco, su compañero de instituto había sacado un cuchillo en mitad de la clase y el que había pintado de rosa su bicicleta también había decidido rajarle las ruedas. Si bien era cierto que cualquiera podía llevar un cuchillo o una navaja escondida, le pareció demasiada casualidad que Michael llevara un arma blanca al instituto el mismo día que rajaban las ruedas de su bicicleta.

—Quizá haya sido Michael.

—¿Gallagher?

Las carcajadas de sus dos hermanos se fundieron con el gruñido que emitió su padre que, al escuchar el nombre del primer acusado, bajó los escalones del porche, levantó la bicicleta por encima de su cabeza y la lanzó a la calle fuera del jardín. Rob suspiró con fuerza y esa fue la gota que colmó el vaso de su padre que, sin pensárselo dos veces, se dio la vuelta y le lanzó un puñetazo a Rob que impactó en su rostro. Su padre le había pegado en más de una ocasión, pero siempre con la mano abierta. Aquello significaba un antes y un después para él y parecía que también para sus hermanos que, al ver al pequeño caer al césped con una mano en el ojo, dejaron de reírse y guardaron silencio al tiempo que se encogían ligeramente. Su padre volvió a subir las escaleras del porche e hizo ademán de entrar en la casa, pero allí se dio la vuelta, le lanzó una mirada terrorífica a Rob y después señaló a la bicicleta.

—No he criado a mis tres hijos para que sean unos perdedores y se dejen avasallar por cualquier capullo —comentó con rabia y los dientes apretados—. Mis hijos se comen a cualquiera y el que no lo vea así que haga la maleta y se largue. ¿Está claro?

Los tres hermanos se miraron, pero ninguno de ellos se atrevió a abrir la boca por temor a las represalias de su padre al que nunca habían visto golpear a uno de sus hijos con la mano cerrada.

—¿¡Está claro!?

—Sí.

Los tres respondieron al unísono, pero ninguno de ellos fue capaz de elevar la voz más allá de lo imprescindible para ser escuchado por su progenitor que, nada más escuchar la respuesta de sus hijos, desapareció en el interior de la vivienda. Frank le tendió la cerveza a Rob y éste se colocó el botellín en el ojo para evitar que se le hinchara más de la cuenta, aunque ya comenzaba a ver borroso y temía que la inflamación era un pequeño daño colateral con respecto a lo que sentía en su interior.

—¿De verdad que te ha hecho eso Michael Gallagher? —preguntó Arthur que conocía perfectamente a todos los vecinos—. Es un perdedor, tío.

—No sé si ha sido él, pero hoy ha llevado un cuchillo a clase —explicó Rob desconcertado. Reconoció que su hermano tenía razón y que no veía a Michael Gallagher como a alguien capaz de enfrentarse a un camorrista, aunque tampoco se lo imaginaba sacando un cuchillo en clase y ese día lo había hecho.

—¿En serio que Michael Gallagher ha sacado un cuchillo en el instituto?

Rob asintió y los dos hermanos mayores se miraron y se encogieron de hombros. Arthur le

dio una última calada al cigarrillo antes de despedirse con un gesto de la mano y marcharse en su destartado Chrysler de 1946 que había rescatado de un desguace y que, tras lograr que funcionara, lo había convertido en la niña de sus ojos. Rob siempre se reía al pensar que pasaba más tiempo con su coche que con su novia, pero también tenía la sensación de que quería más a su coche color amarillo que a la chica que soportaba sus idas y venidas y, sobre todo, sus peleas día sí y día también. Frank, por su parte, dejó el botellín de cerveza encima de la mesa del porche y desapareció en cuanto vio aparecer a su madre cargada con bolsas que casi no podía sujetar. Rob miró hacia el lugar que observaba su hermano antes de la huida y, al ver a su madre caminando con esfuerzo, se puso en pie como pudo y, olvidándose de su ojo por un instante, se acercó a su madre y agarró dos de las bolsas sin comentar nada más.

Su madre se detuvo junto a la bicicleta y la observó con detenimiento, pero sin añadir nada que pudiera hacer sufrir más a su hijo pequeño al que adoraba y que sabía que podía ser distinto a los dos mayores, aunque no lo pareciera. En cuanto Rob giró la cabeza y vio su ojo morado emitió un leve gemido y dejó caer las bolsas al suelo. Miró de nuevo la bicicleta y pensó en que, con toda seguridad, su hijo pequeño se había metido en una pelea de la que había salido mal parado.

—¿Qué ha ocurrido?

—No sé, mamá. Alguien le ha hecho eso a la bici en el instituto.

—¿Y el ojo?

Rob abrió los labios para explicarle a su madre lo que había ocurrido, pero no se vio con fuerzas por lo que bajó la cabeza, pero no sin antes mirar de reojo hacia la casa con cierto temor que no pasó desapercibido a su madre.

—¿Ha sido tu padre?

Rob agachó la cabeza aún más y asintió.

Como ya se imaginaba, su madre no hizo nada más que suspirar con fuerza y volver a coger las bolsas que habían caído sobre la acera. La mujer de voz dulce y mirada angelical se veía entre la espada y la pared en lo que a sus hijos se refería. Su mayor sueño era haberlos visto convertidos en abogados o fontaneros o cualquier otra profesión digna en la que no tuvieran que sacar los puños a relucir para cobrar una deuda de otro o para saldar unas cuentas que ni les iban ni les venían. Sus hijos habían decidido seguir los pasos de su padre al que conoció cuando era un encantador panadero, pero que se había dejado llevar por las malas influencias y se había transformado, de la noche a la mañana, en el ser duro y violento que ahora era. Lo peor de todo para ella era que su marido, en lugar de buscar un futuro mejor para sus hijos, no veía más allá de sus narices e intentaba convertirlos en unos auténticos mafiosos dentro de un mundo donde las palizas y los dedos rotos estaban a la orden del día.

Rob, al ver a su madre mostrar la sumisión a la que tan acostumbrado estaba, acercó las bolsas al porche y se marchó de allí caminando hacia ningún lugar. Al pasar junto a la bicicleta de color rosa le propinó una patada más por la impotencia que por la rabia. No estaba muy acostumbrado a dejar su bicicleta atrás por lo que se puso en marcha con una sensación extraña que ni pudo distinguir. Las casas se iban sucediendo unas tras otras y no se dio cuenta de hacia donde se dirigía hasta que se encontró frente a la de Beth, su novia. Vio la puerta abrirse y dio un par de pasos en esa dirección con la necesidad de encontrarse con su chica, pero, justo en ese momento, vio que ella abandonaba su casa, pero con una dirección muy clara y directa que no era otra que la que la iba a llevar junto a un chico al que conocía muy bien y que en las últimas horas se había convertido en su peor enemigo. Michael Gallagher acababa de abandonar su casa y se dirigía con mucha parsimonia hacia el jardín de su vecina, la señora Philips, a la que Rob

consideraba como una vieja loca aunque todos sus vecinos se referían a ella como a una bruja.

Beth cruzó la calle en el preciso instante en el que Rob lograba esconderse detrás de unos cubos de basura y desde allí pudo ver cómo su novia interceptaba a Michael, hablaba con él unos minutos y, tras un movimiento de aceptación con la cabeza por parte del chico, continuaban su marcha hacia el jardín de la señora Philips. Rob pensó en marcharse de allí, pero quería saber qué era lo que escondían Beth y Michael. No se podía imaginar a su novia interesada por ese chico delgaducho que se mostraba como el polo opuesto a él, pero necesitaba saber qué era lo que se llevaban entre manos para poder actuar en consecuencia. Como siempre decía su hermano Frank en plan mafioso, la información era el poder y él necesitaba saber a lo que enfrentarse por lo que abandonó su escondite y, agazapado, cruzó la calle justo en el momento en el que Beth y Michael rodeaban la casa de la señora Philips en dirección al patio trasero.

Cruzó el jardín de los Gallagher y saltó el seto que lo separaba del de su anciana vecina. Una vez allí caminó hacia el lateral de la casa con todo el cuidado para no hacer ningún ruido que pudiera alertar a los dos adolescentes a los que seguía. Llegó al patio trasero justo en el momento en el que los pies de Beth desaparecían por una de las ventanas de la casa. Aguantó la respiración y soltó todo el aire que retenía en los pulmones antes de ponerse en marcha en dirección a la ventana abierta por la entró sin mucho esfuerzo. Una vez en el interior de la vivienda esperó unos instantes para que su vista se acostumbrara a la oscuridad en lo que parecía ser un salón con una chimenea de mármol y muchos más libros de los que jamás había visto en el interior de una vivienda.

Se escondió detrás de un sofá y, cuando su vista se hubo acostumbrado a la escasa luz que entraba por la ventana entreabierta, se puso de nuevo en pie y caminó hacia la puerta donde se detuvo junto al quicio desde el que podía ver la puerta de la entrada de la vivienda, oscura como el resto de las paredes de la mansión. No sabía hacia donde debía dirigirse, pero, al escuchar el crujido de los escalones que llevaban a la planta superior, salió de su escondite y se acercó a la meseta de la escalera desde donde pudo ver a Michael y a Beth que, con el mismo sigilo que él, desaparecían en la planta superior en dirección al siguiente tramo de escaleras. Subió peldaño a peldaño intentando evitar los crujidos de las tablas de madera hasta llegar a la planta primera donde, tras asegurarse de no toparse con los dos chicos a los que seguía, repitió la operación hasta llegar a la planta segunda y desde allí al último tramo de escaleras que parecía dirigir al desván. Allí se detuvo sin saber si continuar o no, pero una luz brillante iluminó la puerta superior y los últimos peldaños y fue como un reclamo para él que no tardó en poner el pie en el primero de los peldaños. Se detuvo en mitad de la escalera al escuchar un gruñido que provenía de la planta superior, pero continuó su ascensión a pesar del miedo que comenzaba a sentir. Necesitaba saber qué era lo que hacían Beth y Michael allí y para eso tenía que olvidarse de sus temores y continuar. Llegó hasta la puerta y allí se detuvo para recuperar el aliento tras la ascensión. Dio un paso hacia el interior del desván, aunque lo que vio le dejó helado. Frente a él pudo contemplar un círculo que emitía una fuerte luz y que parecía flotar en el aire. Pudo distinguir a Beth y a Michael caminar en el interior del círculo hacia una masa oscura que parecía esperarlos y gritó el nombre de su novia sin importarle quién pudiera escucharlo. Su novia se dio la vuelta y lo vio, pero Michael tiró de su mano y la llevó con él. Rob no dudó ni un instante y avanzó hacia el círculo de luz, pero, justo en el momento en el que estaba a punto de cruzarlo, un tentáculo de color negro se lanzó sobre él con sus extremos abiertos como si se tratara de la boca de un animal. Los colmillos brillaron en el desván y, cuando las fauces estaban a punto de cerrarse en torno a su cabeza, la señora Philips apareció en el desván y lanzó un objeto, que irradiaba una luz roja, en dirección al tentáculo que se encogió antes de desintegrarse. El círculo de luz se apagó y desapareció como si

nunca hubiera estado allí.

—Rob, ven conmigo.

La señora Philips avanzó hacia él con el brazo extendido y la mano abierta, pero un rugido sonó en el desván y Rob no se lo pensó dos veces. Pasó junto a la anciana y echó a correr escaleras abajo con la única idea de salir de aquella casa sin pensar en lo que dejaba atrás. Bajó los tres tramos de escaleras en un suspiro y se lanzó por la ventana por la que había entrado como había hecho el propio Michael la tarde anterior. No se detuvo hasta llegar a la calle asfaltada y allí se dio la vuelta. Volvió a repetir el mismo gesto que el chico al que había acusado de pintar su bicicleta de color rosa y elevó su vista hacia la ventana rota de la señora Philips, pero no vio movimiento alguno. Pensó en llamar a la policía después de ver lo que se habían encontrado en el desván, pero tuvo claro que lo tomarían por loco. Lo único que se le ocurría era entrar de nuevo o esperar el regreso de su novia del lugar donde estuviera. Cruzó la calle, se sentó en el césped junto al porche de la casa de Beth y fijó su vista en el desván de la señora Philips. El sol acariciaba su rostro y le templaba el ánimo por lo que no tardó en cerrar los ojos y en dejarse llevar hacia el mundo de los sueños. Volvió a abrirlos de repente al escuchar el sonido del agua junto a él y se encontró en un valle florido, rodeado de pájaros que volaban a su alrededor y que, de tanto en tanto, se acercaban a beber a un riachuelo cercano. Miró a uno y otro lado y se puso en pie para descubrir que se encontraba apoyado en una roca. No había ni rastro de su barrio y el mismo rugido gutural que había escuchado en el desván de la señora Philips volvió a escucharse en lo más hondo del valle.

## Cinco

Michael aguardaba en su habitación el regreso de su padre con el corazón encogido y los nervios a flor de piel. Sabía que había salido a una entrevista de trabajo, pero temía que acabara como todas a las que había acudido y en las que se presentaba como un tipo borracho y violento que había dejado atrás una vida perfecta para convertirse en un despojo. Lo peor de todo es que solía pagar con Michael la frustración de quien no sabe cómo enderezar su existencia y posee un muñeco de trapo donde descargar su ira. El chico intentó entretenerse de una y mil formas, pero a su mente siempre regresaba la realidad que rodeaba su vida que no era otra que la soledad que lo atenazaba.

Por suerte para su salud emocional escuchó un zumbido que provenía de su portátil encendido y que le avisaba de que un amigo había iniciado una conversación en el chat del instituto. Las posibilidades eran tan escasas que, en seguida, supo quién le estaba escribiendo. Se levantó de la cama y se acercó al escritorio para contestar.

*¡Ey, tío! ¿Estás ahí?*

Sí. Estoy esperando a mi padre.

Tenía una entrevista.

*¡Joder! Espero que le haya salido bien porque si no... No me gustaría estar en tu pellejo.*

A mí tampoco me gusta.

¿Puedo ir a tu casa a comer?

*Ya sabes que siempre eres bienvenido, pero estamos en el instituto.*

*Te estoy escribiendo desde el móvil.*

¿Y qué hacéis ahí?

*Nada. Un pequeño accidente en  
el laboratorio de química.*

¿Qué has hecho esta vez?

*¿Yooooo? Nada.*

Bran...

*¿Tú sabías que si mezclas bicarbonato  
de sodio y vinagre y cierras  
el recipiente puede explotar?*

No tenía ni idea, tío.

*Yo tampoco. Pero ahora ya lo sé.*

¿Y tus padres que han dicho?

*Aún no lo saben, pero acaban de llegar.  
Te dejo, tío.*

Ok

Michael se recostó en la silla y sonrió al pensar en la mente prodigiosa de su amigo que no podía estar quieta ni un instante. Le hubiera gustado estar en ese momento con él para poder hablar de todo lo que rondaba por su cabeza en relación con el cuchillo, el desván de la señora Philips y las pesadillas que comenzaban a formar parte de él de una forma peligrosa y obsesiva. Había intentado buscar en internet algún artículo relacionado con el arma que guardaba en su mochila, la estrella de color marfil o la inscripción en la hoja, pero la búsqueda había sido en vano.

Necesitaba conocer la verdad de lo que le estaba ocurriendo y no encontró una opción mejor que la de regresar al desván de la señora Philips e intentar buscar el agujero de luz donde había visto a su madre. Sin pensárselo dos veces, metió una linterna en la mochila donde todavía guardaba el cuchillo y, sin saber muy bien por qué, añadió un paquete de galletas y un jersey. Se echó la mochila al hombro y, con el miedo de cruzarse con su padre, salió de su casa, cruzó el jardín en dirección al seto que lo separaba del de su vecina y se agachó detrás de unos pocos cubos de basura desde donde podía ver las ventanas de la tétrica mansión. Cuando estaba a punto de ponerse en marcha hacia la casa de la señora

Philips, escuchó un ruido de pisadas a su espalda y suspiró antes de volverse con la idea de enfrentarse a su padre, pero lo que no esperaba era encontrarse con unos preciosos ojos azules que lo observaban con curiosidad.

—Beth, ¿qué haces aquí?

—Eso es lo que te quería preguntar yo.

Michael se revolvió inquieto ante su vecina y balbuceó antes de contestar. No sabía si debía contarle la verdad sobre sus intenciones, pero la tarde anterior ya le había hablado sobre su visita al desván de la señora Philips y la chica no parecía haberse sorprendido demasiado. Respiró hondo antes de comenzar.

—¿Te acuerdas de lo que te conté que me había ocurrido en el desván de la señora Philips? —Beth asintió y Michael se animó a proseguir—. Anoche soñé que viajaba a un mundo donde los mismos tentáculos negros que agarraron a mi madre me atacaron. Logré cortar uno con un cuchillo que encontré allí.

—¿Es el cuchillo que tenías en clase?

Michael asintió antes de proseguir.

—Me desperté de la pesadilla y el cuchillo estaba en el suelo de la habitación. Volví a soñar en clase y esos tentáculos negros salieron de la espalda del señor McKenzie y me atacaron. Lo peor de todo es que vosotros os habíais convertido en algo horrible.

—¿Todos? ¿Y en qué?

—No lo sé. Era algo espeluznante. Como si fuerais una especie de zombis sin rostro. No sé. Fue todo muy raro.

—¿Y por eso sacaste el cuchillo?

—Sí. Intentaba defenderme de los tentáculos del profesor, pero, cuando me desperté, no había nada de lo que defenderme.

Beth miró a Michael con renovado interés y giró la cabeza en un gesto que al chico le encantaba y que ella siempre hacía cuando algo le interesaba o cuando intentaba ponerle sentido a algo que parecía no tenerlo. No supo en cuál de las dos opciones se encontraba, pero ambas le parecieron especiales. Llevó la mano a la cinta de su mochila y esperó en silencio el veredicto de su vecina.

—¿Ibas a la casa de la señora Philips?

—Sí. Quiero saber qué ocurre. Esperaba encontrar de nuevo el círculo de luz.

—Vale. Voy contigo.

—No.

Beth, ante la negativa instantánea de Michael, puso morritos antes de sonreír como si esperara de antemano la respuesta del chico. Michael, por su parte, al ver el rostro angelical de la chica de la que estaba enamorado y su gesto pícaro, dejó caer cada una de las piedras de la muralla que había intentado levantar con una sola palabra de dos letras, pero que había durado lo mismo que un caramelo en la puerta de un colegio.

—Anda, vamos. No quiero perdérme.

Michael asintió como si no hubiera nada que debatir y ambos se pusieron en marcha sin percatarse del chico de los observaba desde la acera de enfrente y que ahora apretaba los puños de rabia. Rodearon la casa de la señora Philips y se asombraron de hallar de nuevo la ventana abierta en el patio trasero como si la propietaria de la casa los invitara a allanar su morada. Michael y Beth entraron en la vieja mansión y recorrieron en absoluto silencio el mismo camino que el chico había transitado la tarde anterior hasta llegar a la puerta del desván que abrieron con mucho cuidado. La decepción fue absoluta nada más entrar en el

pequeño cuarto.

No había nada que diera a entender que se encontraban ante un lugar excepcional. Esperaron un par de minutos, pero nada ocurría por lo que Beth hizo además de abandonar el desván, pero Michael continuó de pie en mitad de la estancia llena de trastos.

—¿Qué ocurre, Michael?

—Creo que ese lugar está relacionado con los sueños. Quizá pueda cerrar los ojos y concentrarme en algo parecido a un sueño.

Michael cerró los ojos e intentó poner la mente en blanco, pero lo único que logró fue que la imagen de su madre apareciera ante sus ojos como había ocurrido un día antes en aquel mismo lugar. Esa imagen dirigió a su mente hacia otra bien distinta ocurrida en la casa vecina tres años atrás en un cumpleaños en el que su madre había hecho una tarta enorme de chocolate coronada con la figura de un jugador de beisbol hecho con fondant. En ese preciso instante se escuchó un rugido en el desván y el agujero de luz se abrió para dejar paso a uno de los tentáculos que, con sus fauces abiertas, se lanzó a por el rostro de Michael como si intentara absorber lo que ocurría en su mente. Beth dio un grito al ver el tentáculo, pero fue lo suficientemente rápida como para empujar a Michael y tirarlo al suelo. El objeto oscuro desapareció en el agujero de luz y ambos chicos se quedaron en el suelo mirando hacia aquel lugar que parecía atraerlos con fuerza.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de esos tentáculos iba a por ti.

Michael pensó en lo curioso que le resultaba que sus sueños o pensamientos más profundos pudieran atraer a la oscuridad de esa forma, pero no quería perder la oportunidad de atravesar el círculo de luz por lo que, sin dejarse llevar por su mente, se puso en pie y dio un paso hacia el brillo que parecía atraerlo como la miel a las moscas. Beth, sin pensar en lo que hacía, se incorporó de igual manera y le cogió la mano para avanzar junto a él. Se miraron durante un instante justo antes de atravesar el círculo de luz y posar sus pies en una pradera de color verde desde donde se podía ver en el horizonte una masa de color oscuro que parecía avanzar hacia ellos absorbiéndolo todo a su paso. Michael esperaba encontrarse con alguno de esos tentáculos negros lanzándose a por él, pero no fue así y lo único que pudo sentir fue el brillo que parecía emanar de una de las montañas que se encontraban en el polo opuesto a la masa oscura y que daba un brillo especial a la pradera de color verde recorrida por un riachuelo que iba a parar a una laguna del color de la plata. Michael y Beth, atraídos por la belleza del páramo, avanzaron hacia la laguna sin percatarse de lo que ocurría a sus espaldas y de la oscuridad que volvía a defender la entrada a ese mundo ante la aparición de un chico en el desván de la señora Philips que, a pesar de llamarla, no obtuvo respuesta.

En silencio continuaron recorriendo el camino de arena dorada que conducía al lago de plata mientras escuchaban de fondo el ronco lamento que parecía provenir de la masa oscura que lentamente se acercaba a donde ellos se encontraban. Llegaron al lago de plata sin pensar en nada más y comprobaron que las aguas permanecían tranquilas y parecían un manto iluminado por el reflejo de la montaña de luz. Beth, con la naturalidad de quien se encuentra dando un paseo por el bosque y desea comprobar la temperatura del agua se acuclilló y extendió su mano en dirección a las aguas plateadas. Michael se abalanzó sobre ella con un mal presentimiento.

—Beth...

No le dio tiempo a nada más. Una figura blanquecina emergió de las aguas y asió el brazo de la joven que gritó con todas sus fuerzas. Michael pudo distinguir que parecía una

mujer joven con rasgos tristes que lloraba lágrimas de plata. Beth intentó retroceder, pero el espectro plateado tiró de ella con fuerza y la arrastró al lago. Michael no lo pensó dos veces y se lanzó a por ella. Abrió los ojos en el interior del agua y vio cómo el espectro arrastraba a Beth hacia el fondo del lago donde miles de figuras se entremezclaban y estiraban sus brazos hacia ella. El chico hizo un esfuerzo y pateó con fuerza en dirección a su amiga a la que logró alcanzar en unas pocas brazadas. La asió por el brazo libre y tiró de ella con toda la fuerza que pudo poner en ese gesto. En cuanto vio que su amiga estaba libre del agarre pateó con todo lo que le quedaba dentro y la arrastró a la superficie de las aguas. Logró sacarla de la laguna plateada en el preciso instante en el que la criatura se lanzaba a por ella y fallaba en el intento. El agua empezó a teñirse de un tono rojizo que no gustó a Michael y la superficie aterciopelada se embraveció como la del mar en un día de tempestad. Un sinfín de lamentos melódicos sonaron en el valle e intentaron rivalizar con el sonido gutural que provenía de la masa oscura que se acercaba a ellos a gran velocidad. Michael tiró de la mano de Beth que logró ponerse en pie con cierto esfuerzo antes de echar a correr. Uno de los seres plateados salió despedido de la superficie de lago en busca de su víctima, pero fue atacado por uno de los tentáculos oscuros que desde la masa se había desplazado a gran velocidad. Michael, en su carrera, pudo ver de reojo cómo las fauces oscuras se cernían sobre el tronco de la figura plateada a la que cercenaba por la mitad antes de devorarla en su totalidad.

La masa oscura continuó avanzando hacia ellos y la distancia que los separaba iba a menguando a cada metro que recorrían en dirección hacia donde creían que se encontraba el círculo de luz. Michael rezó para que los tentáculos que parecían vigilar esa puerta de conexión entre los dos mundos no pudieran evitar su huida, pero la fortuna no le sonrió. Beth y Michael se detuvieron a escasa distancia de la abertura que parecía formada en la nada, aunque estaba remarcada por una superficie gelatinosa de color negro de la que nacían una decena de tentáculos que parecían esperarlos con ansias. Michael miró atrás y vio que la masa de color oscuro había superado la superficie de la laguna y se cernía sobre ellos a una velocidad inusitada. Sin pensárselo dos veces extrajo el cuchillo de la mochila y se puso en guardia al tiempo que avanzaba hacia la abertura con Beth a su espalda.

—No te separes de mí —aconsejó Michael con mucho más aplomo en la voz del que sentía en su interior—. Cuando te avise, echa a correr e intenta colarte por la abertura.

Beth agarró la mano libre de Michael y no la soltó ni en el momento en el que uno de los tentáculos se lanzó a por Michael que pudo repelerlo con un movimiento circular del cuchillo. Un segundo tentáculo acabó junto a sus pies, pero su final parecía cercano. Los tentáculos restantes se unificaron en uno solo que creció de forma desproporcionada y que se lanzó a por Michael con una boca abierta que cuadruplicaba el tamaño del cuchillo. El chico tan solo pudo apretar los pies en el suelo, elevar la daga y esperar el desenlace final.

—¡Apártate, Michael!

El chico volteó la cabeza al escuchar la voz a unos metros de donde se encontraba y, para su sorpresa y la de la propia Beth, se encontró con la figura musculada de Rob que corría hacia ellos con un pequeño objeto de color rojo en una de sus manos que lanzó contra el tentáculo en el instante en el que Michael saltaba hacia atrás arrastrando en su movimiento a Beth. La masa oscura explotó como si le hubieran lanzado una bomba y Michael, tras ponerse en pie, ayudó a incorporarse a Beth y echaron a correr en dirección a la abertura circular que había comenzado a cerrarse en cuanto el tentáculo se hubo desintegrado.

—¡Vamos, tenemos que llegar al agujero! —gritó Rob que, al pasar junto a Michael,

tiró de su camiseta y lo arrastró en dirección a la abertura.

Beth logró atravesar el agujero en primer lugar y Michael fue empujado literalmente por Rob que a unos centímetros del agujero se volvió y clavó su vista en la nube oscura que lo cercaba alrededor de la abertura.

—¡Rob, tienes que cruzar! —espetó Michael de rodillas en el desván de la señora Philips, pero con su mirada posada en otro mundo donde su peor enemigo le acababa de salvar la vida.

—¡Aún no! —gritó el chico para hacerse oír por encima del rugido de la criatura—. ¡No puedo dejar que esta cosa cruce a nuestro mundo!

—¡Vamos, está a punto de cerrarse!

Rob metió la mano en uno de sus bolsillos y extrajo una piedra de color rojo que lanzó contra la masa oscura. Se escuchó una explosión y la masa oscura, tras lanzar un sonido gutural que sonó en todo el valle, se retiró unos metros. Rob aprovechó ese momento de incertidumbre para lanzarse en dirección al agujero, pero un tentáculo emergió de la superficie oscura y enlazó uno de sus tobillos. Michael intentó agarrar su mano, pero fue demasiado tarde y la abertura terminó por cerrarse.

La luz desapareció de repente y la penumbra cubrió a los dos chicos como una segunda piel. De rodillas, en el suelo del desván de la señora Philips, respiraban con dificultad. Beth intentó reprimir las lágrimas, pero, a pesar de sentir por Rob algo muy lejano al amor, acababa de salvarles la vida y lo había visto caer en las fauces de una criatura oscura y maléfica digna de una de sus peores pesadillas.

—Mi... Michael, ¿qué ha pasado? —preguntó la chica hipando ligeramente.

—No lo sé, Beth. Lo único que tengo claro es que Rob nos ha salvado la vida, pero no sé cómo ha podido llegar hasta ese mundo.

—¿Qué podemos hacer?

—Por lo pronto, salir de aquí. No me gustaría encontrarme con la señora Philips.

Michael ayudó a ponerse en pie a su compañera de aventura y ambos salieron del desván y bajaron la escalera con mucho menos cuidado que el que habían puesto en la ascensión. Después de lo que habían vivido y a pesar de la preocupación de Michael, el recuerdo de lo que acababan de sufrir les hizo ser menos precavidos.

—¿Dónde vais, chicos?

La señora Philips apareció en mitad del pasillo y Michael no tardó en tirar de la mano de Beth para sacarla de allí. Desandaron el camino hasta llegar a la salita de la chimenea y salieron al jardín por la misma ventana que habían utilizado para entrar. Rodearon la casa de la anciana hasta llegar al jardín delantero y allí se encontraron con la mayor sorpresa de sus vidas. Apoyado en una de las paredes de la casa de Beth hallaron el cuerpo inerte de Rob.

—¡Mira, es Rob!

Echaron a correr en su dirección y, al llegar al jardín de la chica, los dos se arrodillaron frente al matón y lo zarandearon con cierto temor. Rob abrió los ojos poco a poco y, al ver a los dos chicos, sonrió e intentó ponerse en pie, pero uno de sus tobillos falló y volvió a caer sobre el césped.

—¿Estáis bien? —preguntó con voz apagada—. Creo que me he quedado dormido.

Michael miró de reojo a Beth y ésta se encogió de hombros sin saber si lo que habían vivido era real o fruto de una cruel pesadilla. Rob no parecía haber sufrido la misma experiencia que ellos y eso los desconcertaba. Michel lo último que quería era compartir su

espacio con un joven que le hacía la vida imposible y pensó en ponerse en pie para marcharse a su casa, pero, al hacerlo, rozó con su mano el tobillo de Rob y el chico se encogió como si le hubieran apuñalado. Beth, con sumo cuidado, levantó la pernera de su novio y los ojos se le abrieron como platos al encontrar en su tobillo una marca de color negro como si una cuerda de ese color le hubiera apretado con enorme fuerza. Michael miró a Beth y después volvió la cabeza hacia Rob que, con un gesto peculiar frunciendo los labios, se encogió de hombros.

—Creo que tenemos que hablar.

## Seis

Michael dejó su bicicleta apoyada en uno de los laterales de la casa de su amigo Bran. Miró su reloj de pulsera para cerciorarse de que quedaban pocos minutos para las cinco de la tarde, hora que habían elegido para reunirse. El lugar estaba claro porque era el único en el que los padres se comportaban como adultos normales y no parecían proyectar en sus hijos sus propios problemas personales o sus frustraciones. Michael se lo había comentado a Bran, pero había omitido algún que otro detalle que hubiera hecho que su plan de la reunión ni tan siquiera hubiera comenzado a fraguarse.

El chico subió los peldaños que conducían al porche de la casa de su amigo y allí se detuvo para tomar aire. Temía perder la amistad de Bran, pero no le quedaba otra si quería descubrir lo que estaba ocurriendo y que había trastocado su vida de tal forma. Llamó al timbre y espero a que le abrieran.

—Hola, Michael —lo saludó el padre de su amigo con una seriedad poco habitual en él—. Pasa. Brandon está arriba.

—Gracias, señor Thompson.

En cuanto llegó al cuarto de Bran supo que todo estaba como debía estar. La música clásica sonaba en el interior y la puerta estaba completamente cerrada. Abrió sin llamar como siempre hacía y, nada más cruzar el umbral, se dejó caer en la cama de su amigo y lo saludó con un simple movimiento de mano al que Bran, sentado frente a su portátil, respondió casi sin mirar.

—Creo que tengo algo respecto al cuchillo —explicó sin pararse a protocolos absurdos—. Por cierto, es una daga. Lo he visto en internet y no parece ser un Athame que servía a los druidas para recolectar hierbas, sino que parece más una daga de sacrificios.

—¡Venga ya! ¿Una daga de sacrificios?

—Pues, sí. Se parece mucho a ésta, pero en lugar de una calavera, la tuya tiene una estrella de marfil.

Los dos chicos se quedaron mirando la imagen que señalaba Bran y, por mucho que le pesara, Michael tenía que reconocer que el parecido entre ambas armas era indudable.

—¿Y qué dicen sobre esa daga? —preguntó Michael interesado.

—Que se hizo a partir de un fragmento del arma de Hekarti, la diosa de la magia oscura. Intentó matar con ella a su hermana, pero la daga se partió en dos y desapareció. Habla de

hechiceras elfas, templos oscuros y un montón de cosas raras.

Michael se quedó un rato pensando. Todo aquello le resultaba descabellado y le recordaba a los videojuegos con los que pasaba las tardes muertas con su amigo, pero había estado a punto de morir y sabía que había mucho más en esa daga y en el desván de la señora Philips.

—También se habla del sello de Salomón que se parece a esa estrella de cinco puntas metida en un círculo. Y del poder mágico del marfil. No sé...

Michael fue recopilando información de cada una de las páginas que su amigo mostraba en la pantalla de su portátil hasta que sintió que su cabeza estaba a punto de explotar de tanta información recibida que debía procesar con calma. Por suerte para él y para su cerebro, escucharon unos golpes en la puerta y su padre asomó la cabeza con una sonrisa que contrastaba con la que le había mostrado a Michael unos minutos antes.

—Chicos, tenéis visita.

El señor Thompson le guiñó un ojo a su hijo antes de franquearle el paso a Beth que, cabizbaja y con una timidez que no iba con ella, entró en la habitación de Bran y dejó su mochila junto a la de Michael. Bran abrió los ojos como platos y comenzó a recitar palabras inconexas en voz baja. Su «zona de confort» se había visto vulnerada y Michael sabía que era algo difícil de asumir para él. La puerta volvió a cerrarse tras Beth.

—Ella no debería de estar aquí —comentó Bran al tiempo que su cuerpo comenzaba a balancearse adelante y atrás como hacía siempre que algo le incomoda o cuando no era capaz de controlar la situación. En alguna ocasión había tenido un ataque de pánico en algún lugar público y Michael no sabía muy bien cómo actuar.

—¿Quieres que me vaya?

Bran cerró la tapa de su portátil con fuerza como si la búsqueda de la información sobre la daga fuera alto secreto.

—Sí. Quiero que te vayas.

La chica musitó una disculpa y puso la mano en el pomo de la puerta de la habitación con idea de salir de allí, pero Michael la detuvo con un gesto de la cabeza.

—No hace falta que cierres el ordenador ni que Beth se vaya, Bran —explicó Michael rumiando el siguiente paso a dar—. No te he contado una cosa.

Durante algo más de media hora, Michael y Beth se dedicaron a narrar la aventura vivida desde que se reunieran en el jardín de la señora Philips hasta que regresaron a él y encontraron a Rob sentado en la hierba junto a la casa de Beth. El rostro de Bran era un poema, pero no parecía tan afectado por la aventura vivida por los dos chicos como por la noticia de la intromisión del camorrista Rob en la historia.

—¿Y qué pinta Rob en todo esto? —preguntó Bran sin poder olvidar que en la mochila todavía tenía guardados el cúter con el que había sajado los neumáticos de la bicicleta del matón y el spray de color rosa con el que la había decorado de forma especial.

—Pues parece que pinta mucho más de lo que nos gustaría...

—Michael, no me hagas esto —advirtió Brandon con el dedo levantado—. No habrás...

Se escuchó el timbre de la puerta y Michael se percató de que no lo había oído cuando llegó Beth por lo que imaginó que la chica, debido a su timidez, había decidido llamar con los nudillos. Pensamientos extraños que visitaron su cerebro cuando estaba a punto de perder la amistad con su mejor amigo, hecho que se confirmó cuando el señor Thompson abrió la puerta de la habitación de nuevo y dejó pasar a Rob. Bran, sin pensar demasiado en lo que hacía, empujó su mochila con la punta del pie y la guardó debajo de la cama antes de mirar a Michael con gesto

suplicante y rostro preocupado. Se puso en pie y comenzó a caminar por la habitación de un lado a otro, pero sin atreverse a mirar a Rob. Michael, en un gesto inteligente, invitó al matón a salir de la habitación, pero él clavó los pies en el suelo y no se inmutó.

—¿Qué hace éste aquí? Quiero que se vaya.

Michael levantó los brazos con las palmas alzadas en un gesto conciliador.

—Es evidente que, por alguna extraña razón, está metido en el ajo. Cuantos más seamos...

—Tío, te recuerdo que éste de aquí es el mismo que te metió el año pasado la cara en un retrete justo antes de tirar de la cadena. Es mi casa y mi habitación y quiero que se largue.

Rob sonrió con satisfacción y Bran movió la cabeza de lado a lado al ver que el chico no tenía la más mínima intención de disculparse y que los remordimientos o la buena conciencia no iban con él.

—No se me ha olvidado, Bran, pero necesito saber qué está ocurriendo y Rob, por raro que pueda parecernos, se durmió al mismo tiempo y nos salvó en el mundo extraño.

—Lo de que se duerma en mitad de la calle no me extraña porque es como una mierda de perro, pero lo de que os ayudara...

Rob se acercó a Bran con el puño en alto y Michael se vio obligado a meterse en medio de los dos chicos para evitar que la sangre llegara al río. Beth, mientras tanto, parecía ignorar a los tres chavales mientras miraba la pantalla de su móvil. Un momento después alzó su mano y los tres guardaron silencio como si hubieran recibido una orden nada cuestionable.

—Hay muchas entradas sobre el mundo de los sueños. Está Morfeo que era el dios griego y Evoki, la diosa de los sueños. No sé. Es un poco confuso.

Rob, como si tras el comentario de su novia todo hubiera quedado relegado a un segundo plano, tomó la daga que Michael había dejado sobre la cama y comenzó a darle vueltas en una de sus manos. El símbolo que había grabado en la hoja brilló ligeramente y Rob no dudó en soltar la daga encima de la cama como si pudiera morderlo.

—Ya no me acordaba de lo del símbolo —comentó Bran dejando de lado su mundo de confort y arriesgándose a compartir su habitación con los demás. Miró su ordenador y abrió una página de internet—. Ese símbolo es una runa.

—¿Una runa? —preguntó Rob al tiempo que agarraba la daga y la luz desaparecía—. ¿Qué es eso?

—Es un alfabeto de origen germánico, palurdo. Cada letra tiene una interpretación mágica —explicó Bran sin dejar de mirar la pantalla e ignorando los dientes apretados de Rob—. Ésta se llama Algiz y significa protección o defensa.

—¿Quieres decir que este cuchillo es para protegerse y no para atacar?

—Michael, es una daga y no un cuchillo y de lo demás no tengo ni idea. Solo hay una persona que podría aclararnos todo esto.

Los tres chicos se volvieron hacia Bran y éste guardó silencio durante unos segundos como hacía siempre que deseaba crear algo de tensión. Al ver que Rob comenzaba a apretar la mandíbula impaciente, Bran continuó hablando y desveló el misterio.

—Tenéis que hablar con la señora Philips.

—¿Y eso para qué? —preguntó el matón con la misma escasa clarividencia con la que veía todo lo que le rodeaba—. No es más que una vieja chiflada.

—Te recuerdo que esa vieja chiflada te salvó de uno de esos tentáculos y parecía tener muy claro lo que ocurría en su desván. Es evidente que sabe qué se esconde tras la abertura y qué es esa masa oscura.

Entre ellos se levantó un silencio sepulcral tan solo roto por las respiraciones más

tranquilas o más fatigosas de los cuatro. El cerebro de Bran continuaba funcionando a la velocidad a la que lo tenía acostumbrado y ya sabía lo que debía buscar en internet en cuanto se encontrara solo con su amigo. Había leído las teorías de los clásicos sobre agujeros negros, puertas intergalácticas y mundos paralelos, pero ahora tenía la sensación de encontrarse ante algo más relacionado con la mitología que con la ciencia. Le llamaba la atención que tanto Michael como Rob habían comenzado a soñar después de contactar con ese mundo extraño por lo que tenía una teoría que le hubiera gustado comprobar, aunque no sabía cómo hacerlo.

—¿En qué piensas? —preguntó Michael que conocía de sobra a su amigo y tenía claro cuándo algo le preocupaba o cuándo su mente era una balsa de aceite.

—En el patrón de comportamiento —explicó Bran un enamorado de las series policíacas en las que solía encontrar al culpable mucho antes de que terminaran—. Michael viajó a ese mundo y poco después soñó con esas criaturas. A Rob le pasó algo parecido.

—Pero yo no había viajado a ese mundo.

—Pero contactaste con él y un rato después te quedaste dormido y soñaste con ese lugar.

—¿Y qué quieres decir? —preguntó Michael al que le costaba seguir el razonamiento de su amigo muy dado a las elucubraciones muy elaboradas.

—Que hay una persona que ya ha viajado a ese mundo, pero aún no ha soñado.

Tanto Michael como Rob se volvieron hacia Beth y la chica, sintiéndose observada, levantó la vista del móvil y se quedó mirándolos.

—¿Qué? —preguntó incómoda.

—¿No has oído a Bran?

—Pues, no.

—Tienes que quedarte dormida para soñar. Rob y yo ya lo hemos hecho, pero tú no.

—¿Quieres que me quede dormida ahora mismo delante de vosotros? Ni lo sueñes. Además, no es tan sencillo dormirse.

Michael se permitió el lujo de fantasear durante un instante con la imagen en su mente de la chica de la que estaba perdidamente enamorado tumbada en la cama y él sentado a su lado mirándola. Sus fantasías no pasaban de ahí y no necesitaba nada más para sentirse feliz. Bran se puso en pie, salió de la habitación y regresó un instante después con una pequeña pastilla de color violeta en una de sus manos y un vaso de plástico con un poco de agua en la otra.

—Es una pastilla de esas para dormir. Las toma mi madre.

Le tendió la píldora a Beth y la joven la cogió al tiempo que también agarraba el vaso de agua. No se lo pensó demasiado y se tragó la pastilla ayudada por un trago de agua.

—Cómo vea alguna foto mía en Facebook durmiendo os tragáis ese cuchillo.

—Es una daga —corrigió Bran en tono burlón.

Beth sacó una revista de chicas de su mochila y se tumbó en la cama de Bran. Rob parecía mucho más acostumbrado a la presencia de la chica y decidió ignorarla mientras contemplaba una colección de figuras de vampiros que Bran tenía en una de sus estanterías, pero Michael no podía dejar de observar a la chica de reojo mientras ella leía la revista y bostezaba de vez en cuando. Bran, por su parte no dejaba de balancear su cuerpo adelante y atrás sin poder apartar la vista de Rob.

Las letras de la revista comenzaron a emborronarse delante de los ojos de Beth y le costaba mucho mantener los párpados cerrados por lo que decidió incorporarse en la cama. Poco a poco fue notando cómo el sueño desaparecía por lo que bajó la revista para comentarle a sus compañeros de aventura que la pastilla no había funcionado, pero, con sorpresa, descubrió que se encontraba sola en la habitación. Se puso en pie a toda velocidad y corrió hacia la puerta para

buscar a sus recién bautizados como amigos. Abrió para salir al pasillo, pero se encontró en mitad de una gruta. No era más que una pequeña caverna de paredes verticales y techo alto donde borboteaba el agua en una piscina no más grande que un charco tras un día de lluvia. La superficie líquida brillaba con un color rojo intenso y, cada tanto, una burbuja rompía el silencio de la gruta al reventar sobre el agua.

Beth miró hacia atrás con idea de regresar a la habitación de Bran, pero la puerta del cuarto había desaparecido y, en su lugar, halló una pared de piedra que cerraba en su totalidad la gruta. No había salida y no le quedó otra que acercarse al pequeño charco para buscar en su interior alguna luz que le marcara una vía de escape. Un paso tras otro recorrió la escasa distancia hasta que, a pocos centímetros, se inclinó hacia delante y se asomó con el corazón latiendo a toda velocidad en su pecho. La superficie estaba tranquila y solo podía ver una burbuja que ascendía poco a poco. Salió a la superficie presta para reventar, pero dejó paso a un tentáculo de color negro que emergió de las aguas y, con un inmenso rugido que tronó en la caverna, abrió sus fauces y se lanzó a por la chica que cayó en el frío suelo de piedra sin saber qué hacer. El tentáculo continuó su avance y, a pocos pasos de Beth, abrió sus fauces y los colmillos brillaron en la oscuridad. La chica cerró los ojos esperando la dentellada final, pero una luz blanca y poderosa la obligó a abrirlos de nuevo. Entre ella y el tentáculo acababa de materializarse una joven con una larga túnica de color blanco que era el mismo tono de su piel y de su larga cabellera. Parecía flotar sobre el suelo de piedra de la caverna y Beth se maravilló al ver cómo elevaba los brazos por delante del torso y creaba una bola de luz blanca que giraba vertiginosamente. Comenzó a brillar con tal fuerza que Beth no tuvo más remedio que cerrar los ojos.

—Abre los ojos, Beth.

A pesar de la voz que susurraba junto a su oído, la chica se mantuvo con los párpados cerrados y no pudo contemplar cómo la bola impactaba en el tentáculo y lo desintegraba.

—Beth, abre los ojos.

Una decena de tentáculos emergieron de la superficie rojiza del agua y se lanzaron a por la dama blanca que creó una barrera de luz entre ellos y su propio cuerpo para intentar proteger a la chica.

—Beth...

La figura blanca comenzó a desaparecer y la barrera de luz se quebró como un cristal. Los tentáculos oscuros abrieron sus fauces obedientes a una orden recibida y se lanzaron a por la chica.

—¡Beth, despierta!

El grito la obligó a abrir los ojos y se encontró de nuevo en la habitación de Bran, tumbada en la cama, con su anfitrión y Rob contemplándola desde los pies de la cama y con Michael a su lado y con el rostro desenchajado. Reconoció la voz que la había estado llamando mientras permanecía tumbada en la caverna y no era otra que la de su vecino. Respiraba con dificultad, pero, poco a poco, logró calmarse y sintió cómo le pesaban los brazos y las piernas y se veía incapaz de incorporarse.

—¿Qué has soñado? —preguntó Bran mucho más práctico que su amigo y poco dado a los protocolos.

—Déjala descansar —pidió Michael que empatizaba mucho más con lo que suponía tener un sueño en el que te veías acorralado o amenazado y, por la forma de moverse de la joven, tenía claro que así había sido.

Mientras tanto, Beth le daba vueltas a lo que había soñado y a la sensación de ser tan real como podía serlo cualquier día en el instituto o con sus amigos. No sabía qué pensar, pero tenía

claro que nada volvería a ser como antes.

—Ya ha descansado bastante —volvió a insistir Bran—. Necesitamos saber qué es lo que ha soñado.

Los tres chicos se volvieron hacia Beth y ella abrió los ojos todo lo que pudo tras la pesadilla sufrida, sacudió su larga melena y dedicó esos breves instantes a colocar las ideas en su mente y a decidir cómo contarles su pesadilla. Tomó aire, se incorporó en la cama, miró hacia la puerta de la habitación y suspiró antes de despegar los labios.

—No estamos solos en todo esto.

## Siete

Poco a poco comenzaba a oscurecer, pero Michael no dejaba de pedalear. Le gustaba esa hora del día en la que el sol declinaba hacia el horizonte y los árboles se teñían de un tono rojizo que le recordaba a los paseos que daba con su padre por el parque situado frente a su casa. A ambos les gustaba pisar las hojas caídas de los árboles y escuchar el crujido de las mismas al romperse. Quizá fue esa sensación o quizá tuviera más que ver con la imagen tan real que había podido tocar en el desván de la señora Philips, pero, fuera por lo que fuese, sentía la imperiosa necesidad de hablar con ella.

Tardó poco más de un cuarto de hora en llegar al cementerio. Dejó la bicicleta bien atada junto a la puerta de la entrada y recorrió el camino que conducía hacia la tumba de su madre con las manos en los bolsillos y la vista gacha. Poco antes de llegar tuvo la sensación de que alguien lo seguía por lo que se dio la vuelta, pero se encontraba solo en la senda arbolada rodeada de abetos y pequeños setos con forma esférica. Continuó su caminar hasta dejar la senda atrás y salir a una explanada desde donde se podía contemplar casi todo el cementerio. Michael se sentó en uno de los pocos bancos que acompañaban a los nichos y fijó su vista en el contorno de la gran ciudad que se difuminaba en el horizonte confundido por los fuertes destellos de los edificios de vidrio que refulgían bajo el sol del atardecer. Tonos rojizos se entremezclaban con el metal para crear una amalgama de colores variopintos que sobrecogía el alma de Michael hasta el punto de no atreverse casi ni a respirar. El sol comenzaba a acariciar las colinas cercanas y sabía que le quedaban pocos minutos de luz natural. En el cementerio empezaban a encenderse las farolas y Michael tenía claro que el camposanto de noche, por muy iluminado que estuviera, no era un sitio como para permanecer en él sin que el corazón comenzara a latir a mil por hora. Se puso en pie de nuevo y atravesó el claro para encontrarse con una serie de tumbas que conformaban un círculo perfecto alrededor de la estatua de Edgar Allan Poe, sentado en una silla, con un libro sobre el regazo y una pluma en su mano dispuesta para rasgar el papel. Nunca supo el porqué de esa estatua, pero tampoco investigó demasiado. Para él, tan solo era una figura que acompañaba el descanso eterno de su madre.

Nada más llegar, pudo ver la figura de una anciana que desaparecía entre dos nichos y que le resultó mucho más familiar de lo que le hubiera gustado. Corrió hacia allí, pero, al llegar al lugar, no halló a nadie. Estaba seguro de que la mujer que acababa de ver alejándose de la tumba de su madre no era otra que la señora Philips, pero eso tenía el mismo sentido que el hecho de que una mujer, que con seguridad superaría los ochenta años, acababa de desaparecer delante de su

ojos como si se hubiera desintegrado. Con la vista puesta en el rincón donde había visto por última vez la silueta de la señora Philips, regresó junto a la tumba de su madre. Una rosa blanca recién cortada descansaba sobre la lápida de su madre y parecía iluminarse en la penumbra que se levantaba sobre el cementerio mucho más allá de la poca luz que proyectaban las farolas. La rosa brillaba con luz propia y Michael se acercó para tocarla. Después de sus últimos sueños, sentía la necesidad de tocar, de palpar, de sentir, para cerciorarse de encontrarse despierto y no viviendo una de esas pesadillas en las que se veía atacado por tentáculos voraces. Acarició la rosa blanca con la punta de su dedo índice y sintió un hormigueo que ascendió por su mano hasta llegar a la palma de su extremidad. El chico abrió la mano y se encontró con un círculo de luz que parecía girar en su palma y que fue perdiendo fuerza poco a poco.

Levantó la vista y dio un paso en dirección contraria a la tumba de su madre para separarse un poco de la rosa que había dejado de brillar al alejarse. Necesitaba marcar una distancia entre ese objeto que parecía haber dejado allí la señora Philips y su propio cuerpo para poder hablar con su madre. Fue una sensación muy extraña, pero tan clara como el sol de mediodía. Volvió a mirar hacia el horizonte y suspiró fuerte sin saber muy bien qué decirle a su madre, pero con la sensación de necesitar hablar con ella.

—Hola, mamá. Ya sé que llevo mucho tiempo sin venir, pero ya sabes... Entre el instituto, las tareas y todo eso... Bueno...

Michael volvió a tomar aire y se vio de nuevo como cuando a los seis años de edad rompió el jarrón favorito de su madre e intentó ocultárselo. No fue capaz de mentir a la mujer que le había dado la vida y se plantó delante de ella para confesarle su culpabilidad. Ella lo miró con los ojos henchidos de amor y lo abrazó con fuerza. Nunca supo si lo perdonó simplemente por ser su hijo o quizá porque había sido capaz de responsabilizarse de su error con tan solo seis años.

—Necesitaba verte. Ha pasado algo muy raro y no sé qué hacer.

El chico se apoyó en una de las farolas como si con ese gesto descansara del peso que llevaba sobre los hombros y que intentaba aligerar hablando con su madre. Comenzó a relatar lo ocurrido en las últimas horas y cómo su vida había cambiado hasta el punto de sentirse muy unido al chico que le hacía la vida imposible en el instituto. También le habló de Beth, de Bran y de los sentimientos que no era capaz de compartir con nadie más. Por último, le habló de su padre, pero, por alguna extraña razón que no fue capaz de interpretar, mintió sobre él. Le contó que estaba trabajando, que estaba bien y que había comenzado a rehacer su vida. También le dijo que hacían muchas cosas juntos y que habían planeado una excursión al lago donde los tres solían ir en las vacaciones de verano. Tragó saliva y ya no fue capaz de continuar. Se acercó a la tumba de su madre y puso la mano sobre la lápida. Una lágrima rebelde resbaló por su mejilla y cayó sobre la rosa blanca que, por alguna extraña razón, comenzó a brillar de nuevo con tal fuerza que la luz que emitía era capaz de rivalizar con la de las propias farolas.

Esperó el milagro. Algo que le indicara que su madre lo escuchaba allá donde se encontrara, pero nada ocurrió. Lo único que escapaba a su entendimiento era el brillo de la flor que creía haber dejado la señora Philips sobre la tumba de su madre. No pudo ver más allá antes de marcharse del lugar donde estaba enterrada su madre y que se había convertido en el escondite de sus penas y el páramo de su pesar. Salió del cementerio, se subió en su bicicleta y comenzó el camino de regreso a su casa, pero con la misma apatía que lo invadía cada vez que debía volver a su hogar. Ahora recordaba con añoranza aquella época en la que se sentía feliz al regresar a su casa y con la emoción de no saber qué sorpresa le depararía su padre o con que dulce le alegraría la tarde su madre. Ahora, tan solo lo esperaba la soledad de su habitación o, lo que era peor, la desidia de su padre o la violencia que había comenzado a mostrar cuando él no cumplía con las

escasas expectativas de su progenitor.

Dobló a la izquierda nada más pasar el pequeño parque donde solía pasear con su madre y enfiló en dirección a su casa. A pocos metros de allí distinguió la figura de su vecina Beth que parecía discutir con un chico alto y musculoso que también le resultó muy familiar en la distancia. Detuvo la bicicleta y se escondió detrás de uno de los innumerables setos que adornaban su calle. Abrió la maleza y se asomó para ver cómo Rob levantaba su mano y extendía su dedo índice al tiempo que Beth se daba media vuelta para marcharse, pero el chico no se lo permitía. Ella sacudió el brazo para soltarse y Rob, tras lanzar algún exabrupto que no llegó a los oídos de Michael, se dio la vuelta y desapareció a pie a través del parque frente al que se encontraba él escondido. Salió de detrás del arbusto y se acercó a su casa de pie y empujando su bicicleta. Dejó su vehículo apoyado en la pared de su propia casa y cruzó la calle para hablar con Beth que, sentada en los escalones del porche de su propia casa, escondía la cara entre las rodillas. Al escuchar los pasos, levantó un instante la cabeza y, al ver a Michael, sonrió levemente.

—Eres tú. Pensaba que era otra vez ese capullo.

—¿Has discutido con él?

—Una vez más, pero ésta es la última.

Michael, al escuchar la noticia de la ruptura entre la mujer que amaba y el camorrista que le hacía la vida imposible, sintió tal felicidad invadirlo que tuvo que luchar para no sonreír delante de su joven vecina. Se sentó a su lado y movió uno de sus brazos para colocarlo sobre sus hombros, pero detuvo su movimiento casi antes de comenzar.

—Lo siento mucho.

—No es cierto.

Michael se sorprendió al escuchar la frase áspera de su vecina, pero no le quedó otra que hablar con la misma franqueza que ella.

—Es verdad. No lo siento porque ese tío es un idiota y tú te mereces algo mejor, pero no me gusta verte triste.

Beth levantó la cabeza un instante y sonrió al ver el rostro serio de Michael. Suspiró con fuerza antes de continuar hablando.

—No me gusta volver a casa —confesó avergonzada—. Antes todo era distinto. Mi madre me esperaba después del instituto y hacíamos cosas juntas, pero ahora...

—A mí me pasa igual. Me da miedo volver porque no sé lo que voy a encontrarme. Vaya dos.

Michael se sorprendió al darse cuenta de que le había contado a Beth cómo se sentía cuando solo era capaz de hablar de ello delante de su madre. Con Bran todo era distinto porque a él no tenía que contarle nada ya que lo veía con sus propios ojos. Se sintió más unido a esa joven de lo que jamás hubiera soñado, pero sabía que esa relación era como un castillo de naipes que en cualquier momento podía derrumbarse con tan solo un leve soplo de viento. Les unía una pesadilla que no había hecho más que comenzar y en la que, por si fuera poco, Rob también se veía involucrado. En esos pensamientos estaba cuando sintió un roce en su hombro y sintió el cosquilleo que el pelo rubio de Beth le provocaba en el cuello. La chica suspiró y cerró los ojos con la cabeza apoyada en el hombro de Michael.

—¡Beth! ¡¿Dónde estás?!

La chica, al escuchar la voz fuerte y poderosa de su padrastro se puso en pie de un salto, agarró a Michael de la mano y tiró de él con fuerza. Ambos se lanzaron tras un seto justo en el momento en el que el maltratador salía al porche en busca de la joven. Unos segundos después maldijo de la peor forma posible y regresó al interior de la casa.

—No quiero volver antes que mi madre.

—No me extraña. Te diría que vinieras a mi casa, pero no sé lo que sería peor.

—Nada puede ser peor que un padrastro que intenta abusar de ti.

—Eso es verdad —afirmó Michael muy decidido—. Si quieres, podemos dar un paseo.

Beth asintió, pero en ese preciso instante apareció una vieja ranchera de color marrón por el final de la avenida y el rostro de la joven se transformó al reconocer el coche de su madre. Dio un gritito de alegría y salió de su escondite, aunque Michael se quedó allí quieto como una estatua. No quería que la madre de Beth lo viera rondar por allí porque nunca había tenido buenas relaciones con su padre y no quería tensar la cuerda.

Vio cómo Beth se lanzaba al cuello de su madre y cómo la ayudaba con las bolsas de la compra. La mujer entró en la casa, pero su hija dejó las dos bolsas en el suelo, bajó las escaleras del porche y se acercó al seto tras el que se escondía Michael. Allí, lo miró a los ojos y sonrió.

—Gracias por todo.

Para sorpresa de Michael y posterior sonrojo del chico, Beth se acercó a él y le dio un beso tierno en los labios antes de volverse a toda prisa y desaparecer en el interior de su vivienda. El tiempo se detuvo para Michael y su corazón comenzó a galopar en el pecho como un caballo de carreras desbocado. Intentó dar un paso para regresar a su casa, pero las piernas apenas lo sostenían. Durante unos instantes intentó serenarse, pero el sabor dulce de la chica se había quedado impregnado en sus labios y le costaba que su cuerpo respondiera a las órdenes de su cerebro. Poco a poco logró salir de su estupor y tomar fuerzas para regresar a su casa con una sensación de felicidad que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Aún con las piernas temblorosas subió las escaleras del porche y entró en su casa sin recordar que la tristeza se había apoderado de cada rincón existente entre aquellas paredes. Nada más poner un pie en el vestíbulo escuchó llorar a su padre en la cocina. Se vio tentado de pasar de puntillas y subir a su habitación, pero la palma de su mano comenzó a picarle de tal forma que no pudo evitar levantarla con idea de rascarla lo más fuerte posible. El círculo de luz había vuelto a aparecer y parecía dominar su voluntad hasta el punto de que sus pies comenzaron a recorrer el camino que llevaba a la cocina sin que su voluntad pudiera alzarse victoriosa. Obvió lo que ocurría en la palma de su mano y, una vez en el interior de la cocina, se sentó en una silla frente a su padre, sentado con la cara hundida en los brazos cruzados sobre la mesa. Al escuchar el sonido de la silla moverse, levantó la cabeza y miró a Michael, pero no con ira ni con pena. El chico vio un atisbo de remordimiento en sus ojos que llevaba sin contemplar mucho tiempo. Dejó salir todo el aire que aguantaba en los pulmones y, con un esfuerzo desmedido, avanzó sus manos sobre la mesa y sujetó las de su padre, el cual se estremeció al sentir el contacto, pero no las retiró. Bajó la mirada de nuevo avergonzado.

—Lo... lo siento —balbuceó con un hilo de voz—. No puedo más, hijo.

Michael tragó saliva al escuchar la voz rota de su padre e intentó ponerse en su lugar. Él había perdido a su madre y, de alguna manera, se había culpado por ello, pero su padre había perdido al amor de su vida, a la única persona con la que compartía cada segundo de su existencia y, como bien había dicho en más de una ocasión, al timón que dirigía su navegar y que lo había convertido en mejor persona. Michael no podía ni quería imaginar lo que eso supondría para un hombre que, de la noche a la mañana, había perdido el pilar que sustentaba su existir y que debía permanecer en pie para intentar cuidar de su hijo, aunque no pudiera con ello.

—No te preocupes, papá. Yo estoy aquí... a tu lado.

El padre del chico levantó la cabeza y miró a su hijo con los ojos anegados en lágrimas y sin poder contener la vergüenza que sentía. A pesar de ello, le abrió su corazón y le contó lo que atenazaba su alma.

—Michael, he dejado de soñar con tu madre.

El chico fijó la vista en su padre e intentó interpretar sus palabras como si de un mensaje críptico se tratara, pero no había más allí que una simple verdad que Michael no tardó en hallar tras las lágrimas de su progenitor. No era un mensaje subliminal ni una idea que vagara por su mente. Tan solo era la pura y llana verdad, aquella que compartía con su hijo al que, por mucho que le aterrorizara pensarlo, los sueños en los que aparecía su madre se le hacían esquivos de la misma manera.

—Ya volverás a soñar con ella.

—Hijo, no quiero olvidar a tu madre.

Michael se puso en pie y abrazó a su padre que, como único consuelo, escondió la cabeza entre los brazos cruzados sobre la mesa y comenzó a gimotear como si se encontrara solo. El chico nunca había visto a su padre en ese estado y no sabía bien lo que hacer. Por primera vez en mucho tiempo no lo vio como un ser débil y egoísta que había dejado de lado a su hijo para regodearse en su miseria, sino que lo podía contemplar como lo que era: un hombre que había perdido al amor de su vida y con ello la ilusión de vivir. Sintió lástima por él y se quedó abrazándolo hasta que notó que su respiración se hacía más pesada. Michael fue hasta el salón, cogió la manta con la que su padre se tapaba cuando dormía en el sofá tras la consabida borrachera y se la echó por encima. Apagó la luz de la cocina, salió al vestíbulo y subió las escaleras con cuidado para evitar que los escalones crujieran. De alguna manera y a pesar de los sentimientos que le acababa de mostrar su padre, sabía que aún guardaba en su interior a alguien herido que podía revolverse en cualquier momento por lo que hizo todo lo posible para no despertarlo. Tras lavarse los dientes en el baño del piso superior, se puso el pijama y se metió en la cama, pero, en ese preciso instante, una idea fugaz pasó por su mente como si siempre hubiera estado ahí esperando la decisión de jugar su propia mano en esa partida que no había pedido echar con un destino extraño. Volvió a ponerse el chándal y las zapatillas, metió unas canicas que guardaba en la mesita de noche en uno de sus bolsillos y, tras coger de la estantería un álbum de fotos, se tumbó de nuevo sobre la cama.

Abrió el álbum por la primera página y se quedó quieto como una estatua con la respiración contenida, pero el corazón latiendo a mil por hora. Llevaba mucho tiempo sin ver las fotografías de su madre y supuso un duro golpe para él contemplar aquellas imágenes de una mujer feliz con un niño pequeño en sus brazos que parecía mostrar la energía suficiente para comerse el mundo a bocados y para luchar por mantener su familia unida. Pero nada de eso ocurrió y el corazón de Michael redujo su ritmo para acompañarlo a los hipidos que acompañaban sus lágrimas. En otra de las imágenes, su madre se reía a carcajadas y lo lanzaba por los aires. Fue pasando página tras página hasta el día de su último cumpleaños con ella. Acababa de cumplir los trece años y tanto ella como su padre parecían una pareja feliz, uno a cada lado del homenajeado que, sin mirar a la cámara, soplaba las velas con toda la energía de un adolescente. Acarició el rostro de su madre con la punta de los dedos y se quedó contemplando la imagen hasta que empezó a convertirse en un borrón fruto del sueño que comenzaba a abotargar su mente y a relajar su cuerpo. Cerró los ojos sin darse cuenta y el álbum resbaló de sus piernas hasta caer al suelo. El golpe sobresaltó a Michael que levantó los párpados casi al instante y se lanzó a por el libro con el temor de que pudiera resultar dañado al chocar contra la moqueta, pero se encontró con que la superficie que había detenido el impacto no era la tela marrón que siempre lo acompañaba sino un frío suelo de mármol rosa que brillaba de una forma desproporcionada. Lo que más le desconcertó era que el álbum de fotografías había desaparecido. Poco a poco fue levantando la vista con el corazón latiendo de nuevo en su pecho a gran velocidad y se quedó extasiado con el espectáculo

maravilloso que se alzaba ante él.

Ya no se encontraba en su habitación. Se hallaba en una sala circular rodeada por un claustro con la misma forma separado de la zona central por una decena de columnas esbeltas que sustentaban una cúpula en la que se podía ver un fresco que mostraba lo que parecía ser la lucha entre la luz y la oscuridad, la primera representada por unas hadas que portaban varitas mágicas y la segunda por los tentáculos de fauces abiertas y terroríficas que tan bien conocía el chico. El fondo le recordaba al valle de la laguna plateada e intentó buscar algo más que le diera alguna pista de por qué se encontraba allí, pero un crujido llamó su atención. El suelo de mármol estaba formado por círculos concéntricos de diferentes tipos de piedra pulida y el más pequeño de ellos, que debía tener un diámetro de unos tres metros, comenzó a abrirse en dos y del interior emergió una fuente del mismo material, pero con la blancura de la nieve tan solo rota por unos brillos de color verdoso que parecían atraerlo. Michael se puso en pie, aunque, antes de avanzar, recordó lo que quería comprobar cuando se tumbó en la cama vestido y con esa misma ropa que ahora llevaba puesta. Metió la mano en uno de los bolsillos de su chándal y acarició las canicas que había guardado cuando estaba en su habitación por lo que pudo descubrir la capacidad de portar objetos entre los dos mundos que ahora lo acogían como uno solo.

Un sonido como de un riachuelo se hizo patente en el interior de la fuente y Michael dio un par de pasos hacia el lugar que ahora ocupaba el pequeño monumento. Temió verse atacado por los tentáculos negros pero algo le decía que la pureza que copaba aquel lugar tenía mucho más que ver con el mundo de la luz que con la oscuridad, pero también estaba claro que eso eran sus propias elucubraciones y que poco entendía de lo que le estaba pasando y mucho menos de aquel lugar que podía visitar en sueños. Apoyó una de sus manos en el borde de la fuente y, cuando estaba a punto de asomarse a su interior, un crujido proveniente de su espalda lo hizo incorporarse. Ante él se materializó de la nada su vecina Beth y a su lado hizo lo propio Rob casi al mismo tiempo. Los dos se miraron de reojo antes de dirigir su vista hacia Michael que los observaba con los ojos muy abiertos y con cierta desconfianza.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó sin tener muy claro si podía llegar a mantener una conversación con ellos dentro de su propio sueño que ahora parecía compartir.

—Creo que lo mismo que tú —explicó Beth al tiempo que observaba todo con la misma curiosidad que Michael—. Me quedé dormida en el sofá del salón y me he despertado aquí.

—Yo más o menos lo mismo.

Michael entrecerró los ojos antes de fruncir el ceño.

—Creo que no hemos despertado y que seguimos durmiendo.

—Pero, estamos aquí.

—O no —negó Michael encogiéndose de hombros—. Creo que mañana deberíamos hablar con la señora Philips.

—¿Y eso qué es? —preguntó Rob tras señalar la fuente con un ligero movimiento de su cabeza.

—No lo sé, pero podemos averiguarlo.

Los tres chicos se inclinaron al mismo tiempo y se quedaron contemplando el agua que, poco a poco, comenzó a enturbiarse como si algo en su interior hubiera comenzado a moverse. Michael creyó distinguir una imagen que iba formándose en el interior y no se equivocaba. Era un recuerdo que había olvidado para siempre, pero que ahora volvía a sus ojos como una imagen emitida en la televisión. Su padre lo llevaba a caballito sobre los hombros y su madre le hacía cosquillas en uno de sus pies. Caminaban los tres juntos y él calculó que podía tener unos cinco años. Llegaron a un parque y su madre extendió un mantel sobre el césped y abrió una mochila en

la que llevaba unas latas de refresco para ellos dos, un zumo de frutas para Michael y varias bolsas de frutos secos que dejó sobre el mantel.

—¿Qué ves? —preguntó Beth a su lado.

—Estoy en el parque con mi padre y con mi madre. ¿Y tú?

—Es mi madre antes de conocer a mi padrastro. Las últimas navidades. Se la ve tan feliz colocando los regalos bajo el árbol.

Rob gruñó con tanta fuerza que Beth se vio obligada a callarse. Tanto ella como Michael pensaron en preguntarle lo que le ocurría, aunque tenían su respuesta, pero no fue necesario porque el chico habló sin que nadie se lo pidiera.

—Estoy viendo a mi padre —explicó el chico con la voz entrecortada—. Mis hermanos y yo somos pequeños y estamos jugando delante de la chimenea. Mi madre acaba de llegar con una fuente de magdalenas. Me acuerdo de ese día. Nos quedamos a dormir en el salón y mi padre nos estuvo contando historias hasta que nos quedamos dormidos.

Los tres continuaron contemplando sus recuerdos respectivos hasta que el fondo de la fuente volvió a moverse y las imágenes desaparecieron dando paso a la superficie lisa del agua. Se incorporaron y se miraron con cierta aprensión. Había sido un momento duro en el que los tres habían podido recordar cómo era su vida antes de que todo cambiara y la felicidad dejara paso a la violencia, la acritud y la tristeza. Guardaron silencio unos instantes. Michael miró a Rob de reojo y vio que el chico apretaba los dientes de rabia al tiempo que Beth, a su lado, no podía evitar que una lágrima resbalara por su mejilla. Ella intentó sonreír, pero su rostro tan solo fue una mueca que reflejaba la tristeza de un tiempo perdido que no creía poder recuperar. Rob aflojó los puños y se relajó un instante antes de desaparecer como si nunca hubiera estado allí. Tanto Michael como Beth supusieron que se habría despertado antes que ellos. El chico abrió la boca para darle ánimos a su vecina, pero vio cómo la camiseta del pijama de su vecina comenzaba a levantarse sin nadie que la sujetara. Beth, con el rostro desencajado, intentó detener el movimiento de la prenda mientras Michael no sabía qué hacer para ayudar a la chica que lo miraba pidiéndole ayuda. Michael intentó sujetar el borde de la camiseta, pero fue como atravesar un fantasma. Su mano pasó de largo y rozó el borde de la fuente allá donde la joven parecía apoyarse en ella. Cuando la camiseta estaba a punto de dejar expuestos los pechos de su joven vecina, Michael cerró los ojos por respeto y, cuando los volvió a abrir, se encontró con que ella había desaparecido.

No sabía qué podía hacer para despertar. Necesitaba regresar de su sueño de alguna forma si quería ayudar a su amiga de lo que parecía ser la agresión sexual de su padrastro. Comenzó a dar vueltas de un lado a otro de la sala impotente y metió las manos en los bolsillos de su chándal. Sus dedos se encontraron con las canicas y no se lo pensó dos veces sin saber si podía funcionar o lo que podía acarrear como represalias por parte de su padre. Agarró las canicas y las lanzó con fuerza hacia una de las paredes de la sala. Las bolas de cristales sonaron estrepitosamente y Michael esperó. Unos segundos después notó una presión en sus hombros y cómo lo zarandeaban por lo que cerró los ojos esperanzado y los volvió a abrir. Se encontraba de nuevo en su habitación y su padre lo miraba con acritud, pero a la vez con cierta preocupación.

—Michael, ¿has tirado tú esas canicas?

El chico miró de reojo hacia el sitio que señalaba su padre y, cuando vio las bolas de cristal en el suelo, sonrió satisfecho antes de apartar a su padre y levantarse de la cama.

—Perdona, papá, las habré tirado en sueños —explicó sin pararse a contar nada más.

Ante la atónita mirada de su padre y sin darle oportunidad a enfadarse, salió de la habitación, bajó corriendo las escaleras y, en el vestíbulo cogió el teléfono de pared y marcó el número de la casa de Beth a toda velocidad y rezando por no confundirse. Su padre lo siguió y se

detuvo en la escalera con el ceño fruncido. No estaba bebido y recordaba lo ocurrido con su hijo en la cocina cuando el mundo se la había venido encima y el chico lo había consolado por lo que decidió darle un voto de confianza y esperar sus explicaciones. Michael, escuchó los tonos al otro lado de la línea con el corazón encogido y se asomó a una de las ventanas del vestíbulo desde la que podía ver la casa de su vecina. Cuando vio cómo se encendían las luces de la habitación de la madre de Beth y posteriormente la del vestíbulo y el salón supo que su amiga estaba a salvo. Escuchó una voz de hombre al teléfono y colgó al instante. Contuvo la respiración y esperó mientras su padre rumiaba algo inconexo y subía las escaleras para acostarse, por primera vez en muchos días, en su propia cama.

El chico ni tan siquiera lo escuchó marcharse y tan solo tenía ojos para la casa de su vecina donde su padrastro había intentado propasarse con una joven que se había quedado dormida en el sofá. Vio los visillos del salón moverse y a su amiga aparecer ante él con las lágrimas a flor de piel y temblando como un cervatillo. Deseó con todas sus fuerzas estar a su lado para abrazarla y consolarla como había hecho hacía poco con su padre, pero eso también pertenecía al mundo de los sueños. Ella le sonrió con ternura y agradecimiento y, con un gesto de la mano apoyada en el cristal, le dio a entender que sabía lo que había hecho y que se lo agradecía con toda su alma. Él asintió, bajó la mirada algo avergonzado y, sin saber muy bien por qué lo hacía, le lanzó un beso llevándose la mano a los labios. Para su sorpresa, antes de desaparecer tras los visillos, Beth volvió a sonreír y le correspondió lanzándole otro beso que el chico recogió en la noche y atesoró en su corazón.

Regresó a su habitación y allí esperó en silencio hasta escuchar la respiración pesada de su padre que le indicaba que se había quedado dormido de nuevo. Rezó para que su padre no recayera y para que fuera capaz de mostrarle de nuevo sus sentimientos. Unos minutos antes, en la cocina había creído reencontrarse con el hombre que le había dado la vida y que siempre había luchado por él hasta la pérdida de su madre. Recordó el rostro enfurecido de Rob y sintió pena por él al igual que le entristecía la situación que estaba viviendo Beth y que ningún adolescente se merecía. Se acercó a la ventana para comprobar si las luces seguían encendidas en la casa de su vecina, pero comprobó que la calle estaba a oscuras. Cuando estaba a punto de regresar a la cama, un movimiento a su derecha llamó su atención. La señora Philips acababa de salir de su mansión y parecía brillar en la noche. Elevó la cabeza hacia la luna y levantó los brazos en cruz. Su cuerpo pareció levitar por encima del suelo del porche y, durante un breve instante, se mostró como una joven morena de cuerpo esbelto y pelo largo y blanco vestida con una túnica del color de la luna. Michael retiró la mirada un instante y, cuando volvió a fijarla en la vivienda de la señora Philips, se encontró con la anciana que de nuevo que lo observaba desde la distancia. Se estremeció antes de refugiarse en la oscuridad de su habitación.

## Ocho

Michael durmió poco aquella noche. Su cabeza no dejaba de dar vueltas y su cerebro intentaba asimilar todo lo acaecido desde que entrara en la mansión de la señora Philips un par de días atrás. Una parte de su ser le decía que se olvidara de todo y que intentara continuar con su vida como si nada hubiera ocurrido, pero no podía obviar los sueños que estaba teniendo y que compartía con la chica que tanto le gustaba y con el matón que le había hecho la vida imposible desde que cumpliera los diez años y comenzara a verlo como a un saco de boxeo al que golpear.

Se levantó de la cama con los ojos entrecerrados por la luz que penetraba por las rendijas de la persiana y, cuando la levantó en su totalidad, masculló una protesta y se puso la mano delante de los ojos para protegerse del sol mañanero. Descorrió las cortinas y clavó su vista en la casa de su vecina que a esa hora de la mañana no mostraba ninguna actividad. Cuando estaba a punto de volver a cerrar las cortinas, las de la casa de enfrente se movieron y en una de las ventanas de la planta superior apareció Beth, en pijama, y lo sonrió. Michael saludó con la mano, pero sin poder evitar poner cara de tonto y ella correspondió de la misma forma. Para su sorpresa, la chica comenzó a hacer gestos. Le enseñó ocho dedos extendidos y con dos dedos moviendo en círculos sobre la palma de una de sus extremidades le dio a entender que estaba montando en bicicleta. Michael, sin tener del todo claras las instrucciones, le hizo la seña del okey con el dedo pulgar levantado y se sentó de nuevo en la cama rezando para que los ocho dedos extendidos significaran las ocho en punto de la mañana y los dos dedos en movimiento circular fueran una invitación a ir los dos juntos en bicicleta al instituto.

Se lavó todo lo rápido que pudo en el baño de la planta superior y prefirió no llamar a la puerta de la habitación de su padre para no despertarlo, aunque la realidad que lo esperaba en el vestíbulo de la planta inferior cortó de raíz cualquier atisbo de esperanza. Su progenitor dormía la mona en el sillón que llevaba ocupando los dos últimos años y una botella de whisky de mala calidad parecía una prolongación de su mano. Michael suspiró con fuerza antes de apretar los dientes. Sentía rabia por ese hombre que no era capaz de superar la muerte de su esposa y sentía rabia por cualquier ente que hubiera decidido llevarse a su madre en la flor de la vida. Pero, por encima de todo, se odiaba a sí mismo por distraer a su madre el día del accidente, por haber destrozado a una familia que lo era todo para él, por no poder ayudar a su padre...

Entró en la cocina y cogió un par de magdalenas de una bolsa. Era lo poco que le quedaba de la última visita al supermercado y en el que, una vez más, se había visto obligado a sustraer algo para desayunar ya que el poco dinero que su padre tenía ahorrado estaba a punto de agotarse.

Salió a la calle en silencio y allí cogió su bicicleta sobre la que esperó la buena nueva de la correcta interpretación de las señales de su amiga. Miró su reloj de pulsera una vez más y el corazón se le encogió en el pecho al ver la manecilla larga mostrando el horripilante mensaje de los diez minutos que sobrepasaban a la hora convenida. Movié la cabeza de lado a lado y apretó con fuerza y rabia uno de los pedales para marcharse solo al instituto, pero el sonido de una puerta al abrirse lo detuvo.

—¿Te ibas sin mí? —preguntó Beth con la misma sonrisa que le había dedicado desde la ventana.

—Son las ocho y diez.

—Las mujeres siempre tardamos. ¿No lo sabías?

Michael agachó la cabeza algo avergonzado mientras Beth sacaba la bicicleta del garaje y se montaba sobre ella. Pedaleó hasta situarse a su altura y chasqueó la lengua.

—No conozco muy bien a las mujeres —musitó con el rostro colorado—. Nunca he tenido novia.

Beth sonrió de nuevo y despegó los labios para añadir algo más, pero en el último momento decidió guardar silencio. Tan solo puso uno de sus pies sobre el pedal consiguiente y lo apretó con menos fuerza de la que había puesto Michael unos segundos antes. El chico se puso a su lado sin ningún esfuerzo y comenzaron el recorrido hacia el instituto en completo silencio.

Por alguna extraña razón, ambos decidieron al mismo tiempo no hablar sobre lo ocurrido la noche anterior. Parecía claro que los dos habían soñado con el mismo lugar y se habían encontrado en aquel mundo donde una masa oscura quería destrozarlo todo a su paso. Además, estaba el tema de su padrastro y de la llamada que Michael se había visto obligado a hacer para despertarla y para poner a su madre sobre aviso. Demasiadas cosas de las que ninguno de los dos quería hablar.

Michael se alegró de ello. No podía creer lo que le estaba ocurriendo. Había soñado con aquello un millar de veces y ahora pedaleaba junto al amor de su vida como si fueran novios. ¿Novios? Esa palabra estalló en su cerebro como una bomba al recordar al chico musculoso al que había visto en sus sueños esa misma noche.

—Ayer te vi discutiendo con Rob.

—Sí —aclaró Beth, pero sin añadir nada más.

—Bueno, supongo que eso es lo normal en una pareja —comentó Michael sin tener claro si acababa de soltar una estupidez o realmente aquello tenía una base científica en la que sustentarse.

—Ya no somos pareja. Ayer rompí con Rob.

Michael detuvo su pedaleo al escuchar la noticia, pero Beth no reaccionó de la misma manera por lo que el chico se vio obligado a pedaleo con fuerza para volver a ponerse a su altura. Durante unos minutos avanzaron en completo silencio hasta que la chica miró de reojo hacia su compañero de viaje y lo vio sonreír.

—¿Por qué sonríes? —inquirió Beth sin saber si debía enfadarse o no con su vecino.

—No estoy sonriendo.

—Sí, lo estás haciendo —afirmó la chica con el rostro serio.

—Bueno, puede que sí, pero es que yo..., verás..., yo es que... tú me pareces...

Beth se separó un instante de Michael para mostrar un enfado que era más una actuación que otra cosa. Le gustaba su vecino y se lo había demostrado dándole un efímero beso en los labios frente a su casa, pero no estaba dispuesta a dar ningún paso más si él no se acercaba a ella.

—¡Eh, Michael! ¡No me has esperado!

Michael frunció el ceño al escuchar la voz de su amigo Bran y, al verlo pedalear hacia ellos, no pudo evitar musitar una protesta que llegó a oídos de Beth, aunque se encontrara unos metros alejada. Era evidente que Bran no la había visto.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te alegras de ver a tu amigo?

Michael frenó en seco y Beth se acercó a él y se detuvo a su lado. Bran no tardó en llegar hasta el lugar donde ellos esperaban en un cruce entre dos avenidas anchas y, al ver a la chica rubia junto a su amigo, se detuvo en seco y pensó en dar media vuelta, aunque no quería mostrarse tan débil delante de ella. Haciendo de tripas corazón recorrió la distancia que los separaba y llegó junto a ellos con la cabeza gacha.

—Vas a llegar tarde al instituto —comentó Michael en tono serio como si de un hermano mayor se tratara, pero sin poder disimular el deseo de estar a solas con su vecina.

—¡Oye, si estorbo me voy!

—No digas tonterías —dijo Beth al tiempo que miraba a Michael de reojo en espera de alguna palabra amable que no llegó.

—Está claro que molesto —explicó Bran sin atreverse a levantar la cabeza—. Mejor me voy por la calle doce para no molestaros.

Bran puso su pie en uno de los pedales y se dispuso a marcharse. Beth miraba a Michael ahora sin disimulo, pero el chico no movía ni un músculo de su cuerpo. Abrió la boca para decirle a su amigo que no hacía falta que se fuera, pero con el deseo de que los dejaran solos para poder disfrutar de su primer viaje junto, pero no hizo falta.

—¿Ya le has dicho a Beth lo mucho que te gusta?

Bran levantó la cabeza lo justo para mostrar una sonrisa pícaro y, tras propinarle a Michael un cachete amistoso en el hombro, dio un fuerte golpe de pedal para alejarse. Michael hizo ademán de perseguirlo, pero ni tan siquiera fue capaz de separarse de la chica un par de metros. En cuanto volvió a su lado esperó alguna frase ácida o despectiva por parte de ella, aunque ésta no llegó. La miró con el rostro contrariado y con la seguridad de verla marchar en dirección al instituto dejándolo allí con un palmo de narices y con la cara de idiota, pero, para su sorpresa, eso tampoco ocurrió.

—Vamos a llegar tarde —comentó la chica antes de ponerse en marcha de nuevo—. No quiero que me pongan falta.

Michael asintió y comenzó a pedalear para ponerse a la altura de su vecina. Avanzaron en silencio hasta llegar al lugar donde el chico tenía por costumbre atar la bicicleta y se detuvo. Beth frenó a su lado y lo vio sacar la cadena de la mochila.

—¿Por qué paras aquí?

—Porque no quiero que Rob o alguno de sus amigos me destruya la bici.

—¿Quieres que hable con él?

—No, muchas gracias. No quiero complicarlo más. Ya hablaremos luego los tres sobre el sueño de anoche, pero no creo que Rob y yo podamos ser nunca amigos.

—No digo eso. Tan solo es que... no me gusta cómo se porta contigo.

Michael sonrió de forma forzada y se encogió de hombros como si estuviera muy por encima del *bullying* al que se estaba viendo sometido. Pero, mucho más allá de la realidad, Michael temía la reacción de Rob y de sus amigos y mucho más ahora que Beth lo había dejado y había perdido el trofeo del que presumía en cada una de las fiestas del instituto o en los partidos de fútbol sellados con un simple beso tras la victoria.

—No te preocupes. Algún día me iré de aquí y no volveré a verlo. Solo tengo que aguantar dos años más.

Beth sintió lástima por Michael al verlo allí, arrodillado junto a su bicicleta con mucho más valor del que ella había mostrado en toda su vida. Quizá no fuera valor sino resignación, pero el chico parecía luchar a su manera contra los matones del instituto. Sacudió la cabeza de lado a lado y se alejó subida en su bicicleta, pero unos metros más allá se detuvo de nuevo y se giró hacia su vecino.

—¡Michael!

El chico levantó la cabeza y miró a Beth. Su pelo rubio brillaba acariciado por los rayos lanzados por el astro rey y le pareció la mujer más bonita del mundo. Solo con pensar en ello se ruborizó, aunque Beth, algo alejada, no pudo apreciarlo.

—¡Dime!

—¿Es verdad que te gusto?

Michael volvió a bajar la cabeza con la única intención de convertirse en un avestruz, pero decidió, por primera vez en su vida, coger el toro por los cuernos y no dejar pasar la ocasión de luchar por la chica de sus sueños, por el amor de su vida. Elevó de nuevo la testa, miró a Beth con una fijeza inusual en él y sonrió. La chica entendió el mensaje sin que fuera necesaria comunicación alguna y sonrió a su vez, pero no pudo evitar sonrojarse al igual que le había pasado a Michael, aunque la distancia jugó un papel importante en el orgullo de los dos chicos y ninguno de los dos pudo ver el rostro azorado del otro.

Beth le hizo un gesto con la mano para despedirse y pedaleó en dirección al instituto. Michael, a su vez, terminó de colocar la cadena y de cerrar el candado antes de ponerse la mochila sobre el hombro y echar a correr hacia el edificio de ladrillo que engulló a Beth tras dejar su bicicleta junto a la de sus amigas. Rob caminaba despacio calle arriba también en dirección al instituto y Michael no pudo eludirlo al encontrarlo en su camino. Por alguna extraña razón que ni el mismo fue capaz de interpretar, se detuvo a su lado y acompañó su caminar al de él.

—¡Vaya, el bicho raro!

Michael no esperaba ninguna palabra amable tras lo ocurrido el día anterior, pero, de alguna manera, el comentario de Rob le molestó más de lo normal. Intentó esconderlo, como siempre hacía, en lo más oscuro del desván de sus recuerdos para poder mantener una conversación normal con su compañero de clase.

—Luego tenemos que hablar —comentó con tono duro y firme.

—No sé de qué.

—Lo sabes muy bien.

Rob se detuvo de repente, se enfrentó a Michael y lo cogió por la camiseta. Lo empujó con fuerza hacia uno de los muros que rodeaban al instituto y acercó su cara a la de su débil oponente.

—No sé si tú tienes algo que ver con el hecho de que me haya dejado Beth, pero si es así...

—Yo no sé nada de eso —mintió Michael—. Solo quiero hablar de los sueños.

—Eso es una mierda.

—Di lo que quieras, pero anoche nos encontramos los tres en un sueño. No puedes negarlo.

Rob giró un poco más su mano y el cuello de la camiseta de Michael se cerró hasta el punto de impedirle respirar. A pesar de ello, no hizo nada para defenderse. Tan solo esperó a que Rob se diera cuenta de que la situación no era como la de antes.

—No quiero saber nada de todo esto.

El matón lo empujó contra la pared de ladrillo y Michael se llevó la mano al cuello como

un gesto instintivo, aunque ni tan siquiera le dolía. Tomó aire con todas sus fuerzas y, justo cuando Rob estaba a punto de entrar en el instituto, sacó fuerzas de donde no las tenía para gritarle.

—¡Nos vemos a las once junto al cobertizo de las herramientas!

Rob desapareció sin darse por enterado y Michael avanzó hacia las escaleras del instituto, pero, en el instante en el que estaba punto de poner un pie en el primero de los peldaños, a su mente llegó como un fogonazo el recuerdo de lo ocurrido la mañana anterior cuando se había quedado dormido en clase y había sacado la daga de la mochila para defenderse del ataque del profesor McKenzie.

—¡Joder, si estoy expulsado!

El chico se dio un golpe en la frente y maldijo su mala cabeza, aunque, en cuanto recordó el viaje en bicicleta junto a Beth, dio por buena su olvidadiza memoria. Decidió aprovechar la mañana y, sin que nadie lo viera, entró en el instituto y se dirigió a la biblioteca que solía visitar de vez en cuando. Allí se encontró con la señora Martínez, una mujer menuda, de tez morena y acento hispano que llevaba allí mucho más tiempo que el propio director. Conocía muy bien a Michael y le tenía el mismo cariño que a todos los chicos que se movían por la biblioteca con respeto y mesura.

—Buenos días, señora Martínez.

—Buenos días, Michael —saludó la mujer al tiempo que se calaba las gafas y lo miraba con curiosidad—. ¿Hoy no tienes clase?

—Hoy no —explicó, pero sin querer dar ninguna pista del verdadero motivo por el que estaba allí y no junto a sus compañeros—. Tengo que hacer un trabajo y quería buscar algún libro.

—¿Y sobre qué es el trabajo?

Michael dudó un instante antes de proseguir no porque desconfiara de la señora Martínez sino porque desconfiaba de su propia forma de pensar y le hacía sentirse extraño el estar buscando información sobre un mundo que tan solo existía en su subconsciente. Aun así, no tenía nada que perder.

—Es sobre el mundo de los sueños y esas cosas.

A Michael le pareció que los ojos de la señora Martínez comenzaban a brillar de una forma especial al oír hablar del tema que había nombrado el chico. No tardó en levantarse y rodear el mostrador de madera para apoyarse en él frente a Michael. Cruzó los brazos por delante del pecho y su rostro mutó a uno mucho más académico y profesional.

—Antes de venir aquí, yo era profesora de historia mesoamericana en Méjico.

—¿Historia qué? —preguntó Michael sin maldad.

La señora Martínez meneó la cabeza de lado a lado al encontrarse con las lagunas culturales del chico que llevaba estudiando toda la vida en un país que se daba de mucho más intelectual que Méjico, pero que también mostraba unas carencias infinitas para su gusto.

—Historia mesoamericana. ¿Te suenan los Mayas?

—Sí, claro.

—Pues los Mayas creían en los sueños como algo muy ligado al alma —explicó la señora Martínez con un tono de voz que en seguida embelesó a Michael—. De hecho, llegaron a pensar que existía un mundo al que nuestras almas viajaban cuando dormíamos para regresar al despertar.

—¿Y eso tiene algún sentido?

—En la época de las tecnologías en la que vivimos me imagino que no, pero nadie ha sido capaz de demostrar que no exista el alma así que...

Michael meditó un instante lo que la señora Martínez le había contado y se dio cuenta de que el ser humano desconocía tantas y tantas cosas que nadie podía dar por verdad algo que no se

podía demostrar. El mundo de los sueños parecía encontrarse dentro de esa verdad desconocida a la que nadie había podido acceder. O quizá sí.

—Entonces, ¿puede existir un mundo de los sueños?

—Nada nos indica lo contrario. Es verdad que no se ha podido demostrar su existencia, pero tampoco lo contrario. Es lo bonito de la mente. Más allá de la realidad que vivimos hay un territorio infinito por explorar. Tan solo hay que tener el valor para hacerlo y dejarse llevar por el instinto.

Aquella última frase le pareció a Michael reveladora como ninguna ya que parecía escrita para él y para vivir la situación que se le había planteado. ¿Debía dejarse llevar por su instinto y explorar esos mundos desconocidos? Nada se lo impedía excepto su propio valor.

—¿Te puedo ayudar en algo más? —preguntó la señora Martínez tras volver a su posición como bibliotecaria anodina.

—No, muchas gracias. Ya puedo empezar el trabajo. Si necesito algo más, no dudaré en venir.

Michael salió de la biblioteca y recorrió los pasillos con lentitud, pero cerciorándose de que nadie lo viera. No sabía si podía visitar el edificio estando expulsado, pero no le apetecía averiguarlo. Salió a la calle y se sentó con la espalda apoyada en una de las paredes del instituto. Tan solo tenía que esperar hasta las once de la mañana para ver quién iba a la reunión y quién no. En ese momento se acordó de que no se lo había dicho a Beth por lo que arrancó una de las hojas de su cuaderno de matemáticas, escribió en él «quedamos a las once junto a la caseta de las herramientas» y se puso en pie de nuevo. Agachado fue acercándose a la ventana de su clase y, al llegar allí, le hizo señas a uno de sus compañeros para que avisara a Beth. En cuanto vio que la chica le prestaba atención, apoyó el cartel en el cristal de la ventana, lo mantuvo allí unos segundos y después salió corriendo hacia la calle por si acaso el profesor hubiera visto la nota.

Un par de minutos antes de las once abandonó su escondite en un parque cercano y atravesó el campo de fútbol de instituto para llegar a la explanada que se extendía tras él y que abarcaba una buena parte de la zona verde del instituto. En una de las esquinas de esa superficie se erigía una caseta de madera donde el jardinero tenía por costumbre guardar las herramientas y hacia allí se dirigió no sin antes asegurarse de no ser visto. Se sentó en el suelo detrás de la caseta y se mantuvo en completo silencio hasta que el sonido de los pasos le indicó la proximidad de alguien que no tardó en materializarse con su sonrisa y su pelo largo y rubio mecido por la suave brisa.

—¿Esto es una cita? —preguntó la chica sin poder evitar ponerse colorada.

—Yo... no...

Tras el balbuceo de Michael hizo acto de aparición Rob que, al ver a Beth allí, torció el gesto e hizo ademán de marcharse. A Beth tampoco le gustó la aparición del chico que había sido su novio durante el último curso y lo que llevaban de éste, pero no dijo nada. Michael sintió la tensión que se había levantado entre los dos chicos y decidió explicar los motivos de la reunión antes de que la sangre llegara al río y no pudiera llevar a cabo la misión que se había auto impuesto.

—Está claro que, por alguna razón, los tres soñamos y coincidimos dentro del sueño.

—Eso es una gilipollez —apostilló Rob.

—Puede ser, pero es una gilipollez que los tres hemos vivido —explicó Michael con una seguridad en la voz que ni él mismo conocía—. Algo tenemos que hacer.

—Podemos dejar de soñar —añadió Beth, pero con un tono de voz que no dejaba lugar a ninguna duda sobre la falta de peso de sus palabras.

—Nadie puede dejar de soñar así como así. —Rob se removió inquieto y apartó la vista de Beth—. Te lo aseguro.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Michael se apoyó en la pared de la caseta y cruzó los brazos por delante del pecho. No sabía si para hacerse el interesante o porque se sintiera protegido con esa mal fingida pose de tipo duro.

—Solo se me ocurre una cosa.

—¿El qué?

—Tenemos que hablar con la señora Philips.

—¿La bruja? —preguntaron al mismo tiempo Beth y Rob.

—Está claro que hemos empezado a viajar a ese mundo porque hemos tenido contacto con él —razonó Michael que parecía haberse erigido como jefe del grupo—. Mi amigo Bran no ha estado allí y no sueña con eso.

—Porque es un bicho raro. —Ron sonrió con socarronería al meterse con el chico superdotado, pero Michael decidió ignorar su comentario.

—Me da igual lo que digáis —añadió Michael al tiempo que se separaba de la pared y hacia ademán de marcharse—. Yo voy a ir esta tarde a hablar con ella. Creo que sería conveniente que fuéramos los tres.

—Yo me apunto. —Beth dio un paso hacia él y, como si aquello fuera un pacto entre caballeros, le tendió la mano para estrechársela.

Rob vio cómo los dos chicos intercambiaban el saludo y aprovechó ese gesto que le pareció estúpido para meditar. Podía esconderse de la realidad, pero no podría huir de ella por mucho que lo intentara. Estaba claro que había comenzado a soñar y a compartir esos sueños con sus compañeros de instituto y eso no era nada bueno. Aquella oscuridad de los tentáculos parecía tener la intención de atravesar la barrera que separaba ambos mundos para apoderarse de todo lo que existía. No lo había comentado con Michael ni con Beth, pero esa era la sensación que tenía sobre esa criatura. Sentía miedo, pero no un pavor como el que se puede experimentar cuando uno ve en el cine una película de terror sino aquel que sufres en tus carnes cuando crees perder algo que realmente te importa. Se sentía impotente y quizá la pauta marcada por Michael fuera la correcta, aunque no tragara al chico.

—Yo también me apunto —dijo al fin—. A ver qué nos cuenta la bruja.

—Lo he estado pensando y no creo que esa mujer sea una bruja —explicó Michael para sorpresa de los otros dos.

—¿Y quién crees que es?

—La mujer que te ayudó en tu sueño —comentó Michael con el recuerdo de lo que le había contado Beth con relación a la joven que le había salvado la vida—. Creo que la señora Philips es la Dama Blanca.

## Nueve

Michael salió de su casa con el corazón encogido y la respiración entrecortada. Por suerte para él, su padre no estaba en casa y no tenía que lidiar con un borracho con ganas de pelea. La tarde que habían logrado compartir y que les había unido mucho más que los últimos dos años ya había quedado relegada al olvido más absoluto y el caos había regresado a su triste hogar. Se sentó en los escalones del porche y esperó la llegada de las dos personas que en un par de días se habían convertido en compañeros de una aventura extraña que no hacía más que dar vueltas en su cabeza como una peonza.

Necesitaba hablar con la señora Philips. Desde que regresara del cementerio con la extraña marca en la palma de la mano no había dejado de picarle y, en ocasiones, aparecía como un pequeño torbellino de luz que daba vueltas y que parecía querer transmitirle un mensaje que no comprendía. Por si eso fuera poco, estaba el cuchillo y todo lo que eso representaba. Parecía un arma destinada a destruir a esos seres oscuros de fauces inmensas y colmillos afilados, pero tampoco encontraba el porqué, el cuándo y el dónde. Lo único que tenía claro, de momento, era el cómo. Esa arma afilada con la estrella de marfil en el pomo se había convertido para él en un objeto máspreciado que el teléfono móvil para un adolescente.

Michael rumiaba sus pensamientos sin encontrar respuesta satisfactoria. En lo concerniente a su amistad con Bran se encontraba en un callejón sin salida. Nunca había hecho nada sin su amigo y no quería dejarlo de lado en esta aventura, pero la presencia de Beth y, sobre todo, de Rob lo hacía regresar a los días en los que le costaba relacionarse con la gente y se convertía, poco a poco, en un completo ermitaño. Michael lo sacó del encierro de los primeros síntomas del autismo y ahora luchaba cada día para hacerlo participe de sus inquietudes y temores. Para demostrarle que era alguien imprescindible en su vida y que no necesitaba ser el más popular del instituto para ser un adolescente feliz.

Con todos esos pensamientos en la cabeza sacó el móvil del bolsillo y comenzó a darle vueltas entre los dedos mientras una idea comenzaba a formar una imagen clara en su cerebro. Bran no necesitaba formar parte del equipo operativo y Michael lo sabía. En muchas películas había visto cómo el protagonista llevaba a cabo las misiones peligrosas en el terreno al tiempo que alguien con una cabeza privilegiada buscaba información frente a un ordenador. Ahí estaba la respuesta y no quería esperar para comunicársela a su amigo.

¿Estás ahí?

Michael esperó un par de minutos la contestación y comenzó a ponerse nervioso al ver que su amigo estaba «en línea» y, por si ello fuera poco, las dos rayitas azules que mostraban que el mensaje había sido leído parecían mirarlo de forma burlona. Normalmente solía ser muy paciente con los mensajes de whatsapp porque sabía que su amigo tomaba la mensajería instantánea con mucha calma, pero ahora no podía. Levantó de nuevo el móvil y volvió a la carga.

Sé que has leído mi mensaje.

¿Estás enfadado conmigo? 😞

Las mismas marcas de color azul volvieron a hacer acto de aparición y Michael aguantó el aire dentro de los pulmones sin atreverse ni tan siquiera a respirar. Treinta segundos, cuarenta y cinco segundos, un minuto...

Eres un capullo integral. 😞

No era mi intención darte de lado.

Pues lo has hecho.  
Puedes quedarte con  
tus nuevos amigos.

Michael comenzaba a desesperarse al no encontrar la manera de templar el enfado de su amigo. Sabía que Bran tenía razón, pero pensaba que él también tenía que hacer un esfuerzo para comprender que lo que les estaba pasando no era lo más normal del mundo y no sabía cómo actuar para contentar a todos. Le hubiera gustado que Bran hubiera estado dispuesto a hablar con la señora Philips, pero su amigo no se mostraba cómodo con la idea de visitar a una supuesta bruja en su mansión y mucho menos si iba acompañado del matón de turno al que le había destrozado la bici un par de días antes. Michael tenía claro que la única forma de llevarse a Bran a su terreno era el halago.

He pensado que tú podías  
ser como el profesor  
Xavier de los X-Men.

¿Quieres que me  
rape la cabeza y vaya  
en silla de ruedas?

Sonrió al reconocer a su amigo en ese comentario mordaz que le recordaba las charlas en los que ambos se dedicaban a meterse con el otro hasta que algún comentario se les iba de las manos y se convertía en una daga demasiado afilada para poder soportarla.

Tú vas a ser el cerebro de  
la operación.

Eso suena bien. ¿Y  
qué tengo que hacer?

Estar pendiente del  
teléfono y ayudarnos  
cuando necesitemos  
información o apoyo  
logístico.

Cuenta conmigo.  
Seré vuestros ojos en  
la distancia. 🤖

Cuando estemos con la  
señora Philips te llamo y  
así puedes escuchar la  
conversación.

Ok.

Michael guardó el teléfono en el bolsillo y sonrió satisfecho. Había recuperado a su amigo y también había encontrado en él el apoyo logístico, como bien había escuchado en más de una película, que sabía que podía ayudarlos con su cerebro privilegiado y su forma de navegar por internet como pez en el agua. Se puso en pie nervioso y, como si se tratara de una seña entre ellos, Beth salió de su casa, cruzó la calle y se acercó a él muy lentamente y con las manos en los bolsillos. Michael volvió a aguantar la respiración y ella, con el rostro azorado y las mejillas ardiendo, le dio un beso tierno en los labios que él recibió como el mejor de los regalos. Por suerte para ellos dos, fue un gesto rápido y fugaz que no pudo ver el chaval que estaba punto de llegar a pie y que, al verlos allí esperando, puso cara de pocos amigos antes de cruzar los brazos por delante del pecho y mostrar una actitud tan dura como su comportamiento. Michael no quería pasar más tiempo con Rob del estrictamente imprescindible por lo que les hizo un gesto de que lo siguieran y, sin más dilaciones, rodearon el seto que separaba ambos jardines y llegaron al porche de la señora Philips que, a diferencia del resto de vecinos, no mostraba ningún adorno que diera a entender la existencia de vida alguna en el interior de la vivienda.

Michael tomó aire con fuerza, miró a sus compañeros y, sin esperar confirmación por su parte, apretó el timbre un par de veces. Los tres guardaron silencio y esperaron expectantes algún ruido en el interior pero nada ocurrió. Un segundo intento con el mismo resultado y los chicos bajaron los escalones del porche y se alejaron unos metros de la casa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Rob algo más inquieto de lo que había mostrado nada más llegar.

—Yo voto porque entremos por la ventana de atrás —comentó Michael con decisión tras echar un rápido vistazo a su espalda y comprobar el camino libre por el lateral de la mansión.

—No creo que sea buena idea entrar sin llamar si lo que queremos es hablar con la señora Philips.

—Beth, ya hemos llamado y no ha contestado nadie.

—Quizá será mejor que volvamos en otro momento.

Beth hizo ademán de alejarse en dirección a su propia casa, pero, al ver que los dos chicos continuaban allí plantados con la vista fija en la mansión, regresó a su lado y esperó su reacción que no tardó en llegar.

—Yo voy a entrar —dijo Michael al tiempo que se ponía en marcha sin esperar contestación por parte de sus compañeros.

Rob siguió tras él y Beth no tardó en ponerse en marcha, pero no sin refunfuñar antes y mostrar su descontento aunque nadie pudiera escucharla. Los tres chicos rodearon la mansión y llegaron al patio trasero tan desangelado como el delantero donde se encontraron la misma ventana abierta que habían utilizado en más de una ocasión para entrar en la casa de la señora Philips. Michael se acercó a la abertura agachado y allí echó un rápido vistazo al interior, pero toda la salita estaba a oscuras y tan solo podía ver el lateral de uno de los sofás y la parte trasera del que él había utilizado para ocultarse.

—Está oscuro —anunció al mismo tiempo que elevaba una de sus piernas y la introducía por el hueco de la ventana.

Con todo el silencio que fue capaz de poner en su acción, Michael entró en el vestíbulo y aguardó a que sus compañeros lo imitaran. Una vez en el interior, guardaron silencio y se aseguraron de estar solos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Beth agarrada al brazo de Michael y temblando como una hoja mecida por el viento.

—Vamos a buscar a la señora Philips.

Los tres chicos dieron un par de pasos hacia donde recordaban que se encontraba la puerta de entrada al vestíbulo y Michael llevó la mano al bolsillo para sacar el teléfono móvil y poder utilizar la linterna integrada. En ese preciso instante un rugido llegó a ellos proveniente del interior de la salita y una gran llamarada apareció de la nada en el interior de la chimenea. Rob gritó asustado y se acuclilló para recorrer la breve distancia que lo separaba de la ventana. Beth volvió a agarrarse del brazo de Michael y lo apretó con fuerza. El chico sintió las uñas del amor de su vida clavadas en el brazo y, lejos de sentir dolor, su corazón comenzó a latir a mil por hora mezcla de emoción y miedo.

—Bienvenidos a mi humilde morada —Un sillón giratorio dio la vuelta y ante ellos apareció la señora Philips cuyo rostro parecía el de un fantasma iluminado por las llamas que crepitaban en la chimenea—. Os estaba esperando.

Michael fue el primero en reaccionar al movimiento de la mano de la anciana que señalaba a un sillón de tres plazas colocado estratégicamente frente a la chimenea. El chico se sentó en el centro y Beth, como un autómatas, tomó asiento a su derecha. Rob se puso de nuevo en pie y rodeó el sofá, pero poniendo cuidado en alejarse todo lo posible de su anfitriona. Una vez acomodados, la señora Philips asintió conforme antes de comenzar a hablar.

—Vosotros tres sois los elegidos para luchar contra el Señor de las sombras. La batalla ha comenzado y tenemos que prepararnos.

La anciana se puso en pie y se dirigió hacia la puerta que conducía al vestíbulo. Los tres chicos se quedaron quietos en el sofá y ella, al percatarse de este hecho, se detuvo y regresó al centro del saloncito.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre que no puede decirnos eso sin explicar nada más.

Ante la frase de Michael, que definía claramente cómo se sentían tanto él como sus compañeros de aventura, la señora Philips volvió a asentir, regresó de nuevo al sofá que ocupaba cuando ellos llegaron y comenzó su explicación no sin antes dar una muestra de su poder.

—Tienes que llamar a tu amigo Bran. Él es una pieza importante es esta partida de

ajedrez.

Sin añadir nada más y sin pedir ninguna explicación, Michael llamó a su amigo y, en cuanto se cercioró de tenerlo al otro lado de la línea y atento como el que más, dejó el móvil sobre su pierna y puso toda su atención en su vecina.

—Vosotros me conocéis como la señora Philips, pero en realidad soy, desde hace varios siglos, una de las veladoras de los sueños. Somos las encargadas de que los sueños alimenten el mundo de la luz, pero hace poco el Señor de las sombras despertó de su letargo y nos envió a los ladrones de sueños para destruir nuestro mundo.

Michael se removió inquieto al escuchar la explicación dada por la señora Philips y miró a sus compañeros de reojo, aunque ellos dos no movían ni un músculo de su cuerpo como si se encontraran en estado de shock.

—¿Y todo eso qué significa?

—Verás, el mundo de la luz se alimenta de nuestros sueños y, gracias a ellos, nuestra vida existe tal y como es. Los niños siempre han sido la fuente más importante de sueños, pero cada vez hay menos niños en el mundo y los adultos nos vemos incapaces de soñar.

—¿Y eso por qué?

—Porque los ladrones de sueños se encargan de robarnos hasta las peores de nuestras pesadillas con tal de alimentar a su amo y señor. Todos esos sueños perdidos son robados por esos seres oscuros y logran con ellos destruir, poco a poco, el mundo de la luz que ya conocéis. En ciertas partes del mundo existen desvanes que conectan con ese mundo y por el que se escapan esos sueños. Los llamamos los desvanes de los sueños perdidos.

—¿Pero esa es la única forma de conectar con el mundo de la luz? —preguntó Beth metida de lleno en la conversación.

—No, también están los sueños, pero los ladrones se encargan de robarlos por lo que no hay muchas posibilidades. Vosotros habéis abierto la brecha que conecta con el mundo de la luz y por eso tenéis la capacidad de soñar y viajar a ese mundo. Tenemos que luchar juntos para destruir al Señor de las sombras.

—Yo paso de todo esto.

Rob se puso en pie y se dirigió hacia la puerta de la salita a pesar de que Michael intentó detenerlo. No hizo falta porque la señora Philips se encargó de ponerlo en su lugar.

—Ya no hay marcha atrás, Robert. Cada vez que sueñes, viajarás al mundo de la luz y te encontrarás con el Señor de las sombras. No tendrás más piedras de poder para luchar contra sus secuaces.

Rob recordó las piedras de color rojo que la señora Philips había utilizado para destruir el tentáculo que lo había atacado en el desván y las que habían aparecido, como por arte de magia, en uno de sus bolsillos y que había utilizado para salvar a sus compañeros.

—Eso va por todos vosotros. Habéis viajado al mundo de la luz y estáis unidos a él de por vida. Tenéis que ayudarme en esto. Las veladoras de sueños no podemos luchar. Nuestro cometido es proteger los sueños.

Michael tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar. Quería saber por qué había soñado con su madre, por qué había dejado la flor blanca sobre su tumba y qué significaba el círculo de luz que aparecía de tanto en tanto en la palma de su mano. Pero también necesitaba que le explicaran el significado del lago que existía en el mundo de la luz o los demás lugares que había visitado en su periplo por el otro mundo.

—Lo sé, Michael. Muchas preguntas en tu mente y de todas tendrás la respuesta, pero poco a poco. Ahora tenemos que pensar en nuestro siguiente paso. Debemos...

—Debemos..., debemos... Ya estoy cansado de esta gilipollez —comentó Rob con los dientes apretados como siempre que algo le importunaba—. Creo que nos están sorbiendo el cerebro. Quizá sea hipnosis o cualquier otra cosa, pero esto no tiene ni pies ni cabeza. Yo me largo.

La señora Philips, al escuchar la amenaza del matón, se puso en pie, elevó los brazos alejándolos de los costados de su cuerpo y, una vez en cruz, los ojos se le pusieron en blanco y su cuerpo se elevó unos centímetros por encima del suelo del saloncito. Para sorpresa de los tres chicos, la decoración de la salita comenzó a difuminarse y, en su lugar, apareció el mismo valle que habían visitado la tarde anterior y donde habían sido atacados por la oscuridad. La misma criatura de color negro se cernía sobre el lago y los tentáculos que de él emergían se introducían en el interior de la masa de agua y salían de él con una figura humana de color blanco entre sus colmillos que devoraban con fruición. Michael se volvió para mirar a la señora Philips y pedir alguna explicación, pero se encontró ante una joven de piel marmolada y pelo blanco que, con su belleza sobria, observaba la escena con el rostro descompuesto.

—¿Qué ocurre? ¿Qué son esas figuras?

—Son nuestros sueños, nuestros recuerdos. Los ladrones de sueños los sustraen de nuestro subconsciente y los devoran para alimentar a su señor. Son los sueños perdidos.

Una lágrima de impotencia resbaló por la mejilla de la veladora de sueños y Michael no dudó en mirar a Rob que, con el rostro tan descompuesto como el de la señora Philips, observaba la escena y se movía inquieto. Uno de los tentáculos se sumergió en las aguas antes calmadas del lago y regresó a la superficie con la figura de una anciana de pelo blanco entre sus colmillos. Rob dio un grito y echó a correr en dirección al lago, pero Michael fue capaz de detenerlo unos metros más allá. Rob cayó al suelo y comenzó a sollozar al mismo tiempo que el ladrón de sueños devoraba la imagen de la anciana.

—Era mi abuela...

—No lo era —aclaró la veladora de sueños con la voz quebrada—. Solo era una imagen, un recuerdo de ella, un sueño perdido. Nadie volverá a soñar jamás con ese instante vivido con ella.

Rob apartó a Michael con fuerza, se puso en pie de nuevo y gruñó con fuerza. Apretó los puños y lanzó una maldición que atronó en el valle. Uno de los tentáculos se elevó al escuchar el sonido y se enfrentó a ellos, pero la veladora de sueños volvió a elevar los brazos y el valle desapareció para dejar paso de nuevo al saloncito con la chimenea encendida.

—Esto es lo que ocurre con los sueños perdidos —explicó la señora Philips tras recobrar de nuevo su aspecto—. Poco a poco dejamos de soñar porque perdemos nuestros recuerdos. La luz se desvanece y la oscuridad se hace más y más fuerte.

—¿Y cómo podemos destruir al Señor de las sombras?

—No lo sé.

La señora Philips agachó la cabeza apesadumbrada como si los años pesaran más de la cuenta y llevara sobre los hombros una carga muy grande y desproporcionada. Michael sintió pena por ella y por el mundo que les había tocado vivir donde ya no se soñaba y donde la oscuridad estaba comenzando a devorar el mundo de la luz. Sin saber muy bien por qué, abrió la boca y comenzó a elucubrar en voz alta.

—La oscuridad crece porque devora los sueños de los adultos, pero los niños sueñan más y esos sueños no desaparecen. No tiene sentido.

—Sí lo tiene.

Los tres se volvieron hacia la señora Philips que había vuelto a levantar la cabeza mostrando unos ojos brillantes de los que emanaba tal energía que Michael tuvo claro el poder que encerraba su enjuto cuerpo.

—El Señor de los sueños se alimenta de los recuerdos y, cuanto más importantes para nosotros, más interés para él —explicó la anciana al tiempo que parecía pensar en todo ello—. Por eso no puede robar los sueños de los niños porque ellos sueñan el día a día y no los recuerdos que aún no tienen. Los sueños perdidos pertenecen a los adultos.

—¿Y eso en qué puede ayudarnos? —preguntó Beth tan interesada como Michael en buscar un arma para luchar contra el Señor de las sombras.

—Ese lago que habéis visto es el lugar donde descansan los recuerdos hasta que vuelven a ser soñados. Todos los que devoran los ladrones de sueños no vuelven a su dueño y se convierten en un sueño perdido. Tenemos que liberar esos recuerdos de alguna forma.

Michael no dejaba de pensar en todo lo que la señora Philips explicaba, pero le costaba concentrarse. El círculo de luz había comenzado a brillar en su mano y sentía tal picor que ni tan siquiera rascándose podía calmarlo.

—Es tu madre...

Michael se volvió hacia la anciana y frunció el ceño al ver que ella lo miraba con cierto cariño como si entre ellos hubiera una conexión que él no era capaz de entender.

—¿Qué pasa con mi madre?

—Estás conectado a su recuerdo de tal forma que se ha materializado en tu mano. Ella es y siempre será parte de ti.

—Usted dejó una rosa blanca encima de su tumba —comentó Michael deseoso que obtener alguna respuesta a tantas y tantas preguntas—. ¿Por qué lo hizo?

—Ella era una mujer excepcional y también conocía mi secreto. No tenía que haber muerto aquella noche, pero el Señor de las sombras le había lanzado un guante que ella no pudo esquivar.

—No... no entiendo.

—Tu madre estaba dispuesta a luchar conmigo, pero la oscuridad pudo con ella. Durante varias noches fue privada de un plácido sueño hasta que aquella tarde no pudo mantener los ojos abiertos...

—¡Eso no fue así! —exclamó Michael confuso—. ¡Yo la distraje! ¡Yo la mate!

—No fuiste tú, Michael. Ella... ella cerró los ojos un instante porque el sueño estaba a punto de vencerla y fue su final y casi el tuyo.

El chico cayó de rodillas sobre la alfombra, hundió la cara en ella y se echó a llorar desconsolado. Beth se arrodilló a su lado y lo abrazó mientras Rob miraba la escena con cara de pocos amigos. No entendía qué conexión había entre su novia y ese perdedor y ni tan siquiera era capaz de recordar que ella lo había dejado la tarde anterior. Se quedó en una esquina de la salita con los brazos cruzados por delante del pecho y sintiendo la rabia bullir en su interior.

Michael dejó de llorar y volvió a incorporarse. Beth seguía a su lado y él podía notar el contacto de su delicada mano en su propio antebrazo. En otra ocasión aquello hubiera supuesto un mundo para él, pero ahora no podía quitarse de la cabeza la información que había obtenido de la señora Philips. Llevaba dos años culpándose de la muerte de su madre y, para su sorpresa, acababa de descubrir que el principal culpable del accidente ocurrido era un ente oscuro y siniestro que vivía en un mundo paralelo al suyo y que se alimentaba de

los sueños y recuerdos de los adultos.

—Llevo dejando una rosa blanca sobre la tumba de tu madre desde que murió y pienso seguir haciéndolo. Es una forma de honrar su memoria

Michael recordó lo que su padre le había contado cuando lo encontrara llorando en la cocina. Un momento de complicidad que ahora podía suponer mucho más al conocer el sentido del mundo de la luz.

—Mi padre me dijo que había dejado de soñar con mi madre y que temía perder su recuerdo.

La señora Philips miró de nuevo a Michael con un cariño que ahora no intentaba disimular. Durante años lo había visto crecer como si fuera su propio nieto y sentía algo especial hacia él. Su madre le hablaba del pequeño Michael cada vez que, a escondidas, pasaba a hacerle una visita a la señora Philips.

—El tiempo no es el que devora los recuerdos, sino que es el Señor de las sombras quien se encarga de quitarnos lo único que nos queda de nuestros seres queridos. Con ello logra que el mundo se vuelva oscuro como él y que la luz se extinga poco a poco de nuestras vidas.

—¿Quiere decir que mi padre es como es porque está perdiendo el recuerdo de mi madre?

—En parte sí —comentó la señora Philips mirando de reojo a Rob—. Todos vosotros habéis vivido un pasado mejor y la única forma de que vuelva a hacerse realidad es recordarlo.

El matón se movió inquieto en la esquina que ocupaba. No estaba acostumbrado a que nadie le hablara con tal franqueza y mucho menos de lo que estaba viviendo en su casa con su padre y sus hermanos.

—¿Quiere decir que mi padre puede dejar de ser un capullo si yo sueño con eso? —preguntó Rob algo confundido.

—No, eso puede ocurrir si él sueña con cómo era todo antes.

La mente de Beth comenzó a bailar una danza que no era capaz de controlar. Recordaba cómo era su vida antes de que su padrastro entrara en ella como un elefante en una cacharrería destrozándolo todo a su paso. Ellas dos vivían sin la presencia de un hombre en su casa y eran felices. Hablaban como dos amigas y su madre pasaba todo el tiempo del mundo con ella. Ahora, su padrastro la tenía anulada como mujer y como madre y, por si ello fuera poco, se había convertido en un peligroso acosador para una mujer que acababa de cumplir los quince años y que aún se veía como una niña.

—Necesitamos liberar los recuerdos encerrados en el lago.

—Pero, siempre han estado ahí, ¿no?

—Sí, solo se liberaban cuando alguien soñaba con ellos, pero después regresaban al lago. Ningún recuerdo perdido. Esa es la misión de las veladoras de sueños.

Michael recordó que tenía el móvil abierto para que su amigo pudiera escuchar la conversación por lo que lo cogió de nuevo y se lo llevó al oído.

—Bran, ¿lo has escuchado todo?

—Alto y claro —respondió su amigo desde el otro lado de la línea—. Tienes que venir por mi casa. Tengo algo que puede ayudarnos.

—Ahora se lo digo a los chicos y vamos.

—No, tú solo.

Michael no quiso discutir con su amigo ni explicarle que ahora eran un equipo porque

se sentía agotado como para tener que lidiar con la forma de ser de Bran. Por suerte para él, la señora Philips lo ayudó a sobrellevar la situación con las palabras perfectas.

—Tu amigo es especial y tienes que respetarlo. A su manera, puede ayudarnos mucho.

Michael asintió y, como si se hubiera erigido como líder del grupo, se volvió hacia los otros dos chicos y los invitó, con un ligero movimiento de cabeza, a abandonar la vivienda de la señora Philips.

—¡No me jodas! —exclamó Rob de malos modos. ¿Tenemos que volver a salir por la ventana?

—Es mejor que nadie nos vea abandonar la casa de la señora Philips —explicó Michael al chico que, en ocasiones, se mostraba mucho más obtuso de lo que en realidad era.

Los tres salieron por la ventana y rodearon la mansión con sigilo y con cuidado para no ser vistos por algún vecino. Una vez en el patio delantero, salieron a la acera y allí se sentaron en el bordillo con la vista puesta en la casa de Beth donde su padrastro cortaba el césped en camiseta de tirantes. En cuanto vio a Beth, le dirigió una mirada que no dejaba lugar a ninguna duda. Michael, que sabía la verdad sobre ese hombre, rozó la pierna de la chica con su dedo para que recordara que se encontraba a su lado. Rob no vio ese gesto, pero sí la mirada cómplice que Beth le dedicó a su vecino. No quería contemplar nada más por lo que, sin añadir palabra alguna, desapareció en dirección a su casa. Michael se quedó sentado en el bordillo junto a su vecina y pensó en que aquel podía ser un buen momento para afianzar un poco más una relación que ni siquiera sabía que existía, pero la chica tenía otras preocupaciones en su cabeza.

—¿Qué crees que debemos hacer ahora?

—No lo sé, pero la señora Philips tampoco. Quizá confiar en nuestro instinto.

—Puede ser.

La madre de Beth hizo acto de aparición en su coche justo en el instante en el que ambos chicos se miraban y acercaban sus rostros. La mujer tocó el claxon y Beth se puso en pie de un salto. Sin que Michael pudiera despedirse, desapareció en el interior de la vivienda acompañada de su madre y de su padrastro. Por primera vez en su vida, Michael sintió celos de un hombre que vivía bajo el mismo techo que el amor de su vida y que, por horroroso que pudiera parecer, la deseaba.

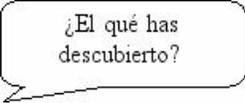
El chico se puso en pie sin saber bien lo que hacer cuando el móvil vibró en su pantalón reclamando su atención. Extrajo el aparato del bolsillo y lo encendió. No pudo evitar sonreír al leer el mensaje de Bran.

Deja a tu novia en paz y ven a mi casa.

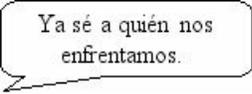
Ya voy, tío coñazo.

Y tráete la daga.  
Creo que he descubierto algo.

Michael se sintió extrañado de que su amigo hubiera podido descubrir algo tan rápido, pero, teniendo en cuenta su mente privilegiada, cualquier dato podía estar almacenado en el interior de su cerebro con anterioridad y no aparecer hasta ser necesitado.



¿El qué has  
descubierto?



Ya sé a quién nos  
enfrentamos.

## Diez

Media hora después se encontraron en el porche de los Thompson donde Bran se entretenía con su ordenador portátil mientras jugueteaba con una pelota de tenis y le daba vueltas sobre la mesa con la punta del dedo índice de su mano izquierda.

—Ey, ¿qué haces?

—Deporte.

Michael miró a uno y otro lado del jardín intentando buscar una respuesta a la contestación de su amigo, pero, una vez más, demostraba que su cabeza funcionaba de una forma peculiar. Por fin, Bran levantó la cabeza y dejó en paz la pelota.

—¿Tú te crees? Ahora resulta que tengo que hacer deporte porque es bueno para mi desarrollo físico, mental y emocional.

—Quizá tengan razón.

Bran se encogió de hombros antes de volver a fijar la vista en su ordenador.

—Lo malo de todo es que la tienen, pero quién soy yo para darles la razón sin protestar un poco. A fin de cuentas, soy un adolescente díscolo y rebelde.

Michael sonrió al escuchar la definición que Bran hacía de sí mismo y no pudo estar más a gusto. Bran siempre había sido un buen chico, pero su cerebro funcionaba de una manera que muy pocas personas podían entender y tenía la capacidad innata de meterse en líos. Por suerte para él, su padre tenía una mente privilegiada y ambos eran dos elementos extraños que formaban una ecuación perfecta en la que la única variable constante era su madre.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Michael que había aprendido de su amigo a ser directo cuando algo le interesaba.

—Por supuesto. Llevaba horas pensando en una imagen que no dejaba de revolotear por mi cerebro. Sabía que había visto la daga de la estrella en alguna parte, pero no sabía dónde.

—¿Y ya la has encontrado?

—Bueno, esperaba dar un poco más de suspense, pero ya veo que hoy no es mi día —bromeó Bran—. Sí, ya sé dónde he visto esa daga antes.

—¿Dónde?

—En un libro de la biblioteca de mi madre.

Michael se encogió de hombros porque no recordaba que la madre de Bran poseyera

biblioteca propia. A diferencia de su padre que había almacenado miles de libros en cajas que dormían el sueño de los justos en el desván, la señora Thompson era mucho más aficionada a la pintura que a la literatura por lo que el espacio que podía ocupar en su despacho alguna estantería se veía adornado por unos pocos cuadros con reproducciones de pintores reconocidos.

—¿Y en qué libro lo viste? —inquirió Michael algo confuso—. ¿De arte? ¿De historia?

—En «El oso y el jaguar».

—¿Eso qué es?

—Un libro infantil que mi madre me leía cuando tenía un par de años.

Michael se quedó callado durante unos segundos. Su cerebro comenzó a rodar a una velocidad de vértigo, pero no usando como combustible la información que le interesaba sino intentando discernir si era más raro que se encontrara una daga de sacrificios en un libro infantil o que su amigo, con quince años, recordara cada imagen de un cuento que su madre le leía cuando solo tenía dos años. Se había intentado acostumbrar a la mente privilegiada de su amigo, pero seguía siendo un absoluto y descabellado misterio para él. Bran rompió con su concentración mental al colocar sobre la mesa un libro muy fino de tapas duras que mostraba a un oso intentando cortar con una de sus garras la cuerda que aprisionaba la zarpa de un jaguar.

—¿No hay nada que te llame la atención? —preguntó Bran al tiempo que tamborileaba con los dedos sobre la mesa—. Piensa.

Michael se llevó la mano al mentón y comenzó a frotarlo con fuerza como hacía siempre que intentaba hallar la respuesta a un acertijo complicado. Y aquel lo era.

—No sé. El jaguar tiene cara de cachondeo y no creo que sea lo más normal si está a punto de palmarla—. Michael elevó la vista hacia su amigo esperando el visto bueno, pero Bran meneó la cabeza de lado a lado—. ¿No es eso?

—Pues claro que no. Ahora me vas a decir que el oso tiene el culo muy gordo o cualquier chorrada.

—Oye, yo no soy tan listo como tú.

—Eso está claro. Si lo fueras, no harías el tonto con tu vecina.

Michael frunció el ceño al escuchar la reprimenda de parte de su amigo, pero se negó a dar su brazo a torcer o a reconocer que el que callaba tenía por costumbre otorgar.

—¿Y eso por qué lo dices?

—Porque eres tan tonto que se te ocurre liarte con la novia del tipo que tiene como hobby el meterte la cabeza en la taza del váter. Eso no es muy inteligente que digamos.

—Eso no es justo. Ya sabes que me gusta Beth desde hace mucho.

—Pues podías haberte esperado unos años a que metieran a Rob en la cárcel o algo por estilo—. Michael curvó los labios ofendido, pero Bran no se dio por enterado. Volvió a bajar la vista y dio un par de golpecitos en la portada rígida del cuento—. ¿Qué es lo que te llama la atención?

El chico volvió a bajar la vista para centrarse en la portada que le señalaba su amigo y fue cuando se dio cuenta de lo que Bran intentaba mostrarle. Todo el escenario donde se encontraban los dos animales parecía una selva muy tupida, pero en la que destacaba con mucha claridad una pirámide de estilo mesoamericano que despertó los recuerdos de Michael.

—¿Eso no es Chichen Itza? —preguntó con la imagen del edificio que había visto unos días antes en su libro de historia.

—Por los pelos. Es el templo dedicado a Tezcatlipoca.

—¿Y ese quién era?

—El dios azteca de la oscuridad —explicó Bran sin necesidad de leer nada en su

ordenador para dar la explicación—. Digamos que es el antagónico de Quetzalcóatl. Aunque algunas culturas hablan de él como el señor del cielo y de la tierra, los Nahuas se referían a Quetzalcóatl como dualidad y a Tezcatlipoca como antagonía, la luz y la oscuridad. ¿Eso no te dice nada?

Michael asintió con la cabeza al tiempo que no podía dejar de pensar en aquella mancha oscura que quería dominar el mundo de la luz alimentado por los sueños. Luz y oscuridad. Quetzalcóatl y Tezcatlipoca.

—Pues aún hay más. Es un libro infantil porque la historia habla de un jaguar que se ríe de un oso por lento y perezoso hasta que el jaguar mete su zarpa en una trampa y le pide ayuda al oso.

—¿Y eso que tiene que ver con nosotros?

—Eso nada, pero resulta que el oso no puede cortar la cuerda con sus zarpas y entra en el templo buscando algo con lo que cortar y esto es lo que encuentra.

Bran levantó el libro, lo abrió por la página que quería mostrar y le dio la vuelta para que Michael pudiera ver la ilustración de vivos colores donde se veía al oso cogiendo con la boca una daga situada en un altar frente a un dios de piedra, demasiado tétrico para un libro infantil, que parecía una calavera con el rostro pintado con dos franjas negras y una azul en la mitad. Pero lo más importante de todo era la forma de la empuñadura de la daga que mostraba una estrella de marfil. Por si todo ello fuera poco, la figura de una runa aparecía tallada en la hoja. La marca de Algiz se mostraba inconfundible.

—Ese dios es Tezcatlipoca y parece que esa daga le pertenece. Quizá por eso puedes destruir los tentáculos con tanta facilidad.

—¿Me estás diciendo que esa mancha que está intentando destruir el mundo de luz es el dios azteca de la oscuridad?

Bran se encogió de hombros y cerró el portátil con cierta apatía. Volvió a posar la punta de su dedo índice sobre la pelota de tenis y comenzó a rodarla por encima de la mesa.

—Lo único que sé es que no hay diferentes dioses según la cultura de la que hablemos, sino que nos referimos a ellos aunque con distintos nombres. Tezcatlipoca en la cultura azteca, Domnu en la mitología celta o Nótt para los vikingos.

—¿Quieres decir que en pleno siglo XXI estamos luchando contra un dios en el que creían hace millones de años?

—¡Qué bruto eres en ocasiones! Hace miles de años o tan solo hace cientos. Da igual el tiempo porque hay tantas cosas que no conocemos que cualquier cosa es posible.

Michael pensó en las teorías del padre de Bran y se dio cuenta de que el chico tenía tanta razón como cualquier científico con años de conocimiento que elucubrara sobre la materia o los agujeros negros. Era tanto lo que se escapaba a su entendimiento que no podía ni quería, con tan solo quince años, cerrarse a nada. En ese momento hizo acto de aparición el señor Thompson y, al ver a Michael, sonrió de oreja a oreja y le revolvió el cabello en un gesto cariñoso. Su hijo le debía mucho a Michael y el padre de Bran lo tenía muy claro.

—¿A qué jugáis? —pregunto algo extrañado al ver el cuento infantil sobre la mesa del porche.

—Papá, ¿tú crees que puede haber dioses que intentan destruir el mundo?

Michael, acostumbrado a las preguntas directas y, en ocasiones, descabelladas que se dirigían padre e hijo, esperó los segundos que tardó el señor Thompson en ordenar sus ideas en el cerebro.

—La verdad es que creo en aquello que puedo demostrar, pero no por eso hay que negarse a la realidad de que hay tantos pensamientos como personas—. El señor Thompson se sentó junto

a ellos y cogió la pelota de tenis—. Hace siglos, quemaban a la gente por afirmar que la tierra era una esfera. Aunque no podían demostrarlo, el pensamiento estaba ahí y no por eso era falso. ¿Me entendéis?

—Creo que sí —dijo Michael al mismo tiempo que su amigo asentía con mucha más decisión que él.

El señor Thompson se puso de nuevo en pie y se despidió de los chicos tras dejar la pelota otra vez sobre la mesa de madera. Bran, como por un acto reflejo, colocó uno de sus dedos sobre ella y comenzó a rodarla por encima de la superficie.

—Esto es demasiado para mí. —Michael se levantó, se acercó a los escalones del porche y miró al horizonte.

—¿Sabes una cosa? Cuando me dijeron que tenía que irme del instituto a otro especial, me derrumbé y tú lo sabes porque estabas ahí. Esto no es nada comparado con lo que hemos vivido.

—Tienes razón —replicó Michael con tono burlón—. Descubrir que hay un mundo paralelo donde unos tentáculos oscuros se comen nuestros recuerdos es lo mismo que cambiar de instituto.

Bran sonrió y le guiñó un ojo a su amigo.

—Cuando lo pienses detenidamente, pillarás lo que quiero decirte.

Michael se encogió de hombros, se despidió de su amigo y se montó en la bicicleta para regresar a casa. En el camino intentó descifrar la última frese de Bran, pero para él no tenía sentido. Le ocurría mucho más a menudo de lo que le gustaría. La mente de su amigo era un intrincado laberinto de pensamientos que, en muchas ocasiones, escapaban al entendimiento de cualquiera que lo escuchara. Michael tenía muchas más cosas en la cabeza además de lo relacionado con la señora Philips. Aún no le había dicho a su padre que lo habían expulsado una semana y estaba pensando en cómo decírselo para evitar un arranque de ira por parte de su progenitor. Llegó a su casa y respiró aliviado al ver que las luces estaban apagadas. Temía regresar a su hogar y la incertidumbre de no saber qué se iba a encontrar le provocaba tal desequilibrio que intentaba retrasar la vuelta todo lo que podía.

Entró en su casa, se preparó un sándwich rápido con un par de lonchas de jamón york que habían dejado bien atrás su frescura inicial y un trozo de queso seco y algo rancio. Una vez más, le tocaba hacer frente a una noche de hambruna y a un despertar con el rugido de sus tripas como recordatorio de su situación. Subió a su habitación, se puso el pijama y dio buena cuenta de la frugal cena mientras se entretenía leyendo un cómic que llevaba esperándolo varios días. Un buen rato después escuchó la puerta de la entrada de la vivienda abrirse y cerrarse y no tardó más de cinco segundos en apagar la luz y meterse bajo las mantas. Escuchó los pasos titubeantes de su padre subiendo las escaleras y el crujido de la madera del corredor en dirección a su cuarto. Supo que se había detenido frente a su puerta en cuanto el silencio copó cada rincón de la vivienda. Se imaginó a su progenitor al otro lado de la puerta con los ojos enrojecidos por el alcohol y las lágrimas vertidas y en la cabeza la sensación de no saber qué hacer. Sueños perdidos como los que había nombrado en más de una ocasión la señora Philips y que podían llegar a arruinar la vida de una persona.

Recordó lo que le había dicho su vecina sobre lo ocurrido el día del accidente y sobre el cansancio que su madre había acumulado tras noches de insomnio y, sobre todo, que su madre conocía el secreto de la señora Philips y que había estado dispuesta a ayudarla. Mientras su padre se alejaba de su habitación, Michael sintió que las lágrimas recorrían sus mejillas en dirección a las sábanas humedecidas por la tristeza de los recuerdos que habían llegado a él sin avisar y que amenazaban con destruirlo todo a su paso. Poco a poco fue dejándose vencer por el sueño hasta

que un golpe fuerte sonó en toda la casa y lo obligó a abrir los ojos de nuevo. Michael se puso en pie, se calzó las deportivas y se colocó una sudadera encima de la chaqueta del pijama. Como un acto instintivo que llevara haciendo toda la vida, cogió la mochila que llevaba un par de días preparada en el interior del armario y, con el corazón latiendo a mil por hora, abrió la puerta de la habitación. Encontró la casa tal y como la había dejado antes de entrar en su cuarto por lo que intentó serenarse. Bajó las escaleras con mucho cuidado para no hacer ruido y despertar a su padre y, una vez en el vestíbulo, echó un rápido vistazo a las habitaciones para buscar la fuente del golpe que había escuchado. Todo estaba tranquilo, pero, cuando estaba a punto de regresar a la habitación, escuchó de nuevo un ruido en el exterior de la casa que parecía el eco de un lamento profundo. Colocó la mano en el pomo de la entrada, descorrió el pestillo y, con el alma encogida, abrió la puerta para darse de bruces con la realidad que parecía perseguirlo las últimas noches. El barrio había desaparecido delante de sus narices para dejar su lugar al valle donde el lago brillaba como una superficie de plata bañada por la luna. Dio un par de pasos hacia la oscuridad y su casa desapareció. Se vio solo, en mitad de la noche, en un lugar extraño y tan solo con su mochila al hombro y poco más.

Comenzó a caminar hacia el lago, pero no era capaz de discernir si el Señor de las sombras estaría recorriendo el valle o de alguna manera descansaría bajo la luna. No le quedaba otra que arriesgarse y aproximarse al lago. Veía a pocos metros delante de sus pies y el camino se iba ensanchando tal y como se aproximaba a la superficie de agua. A cada paso que daba para acercarse, el lago parecía brillar con más y más fuerza hasta el punto de deslumbrar. Michael se arrodilló junto a la superficie del agua y miró en el interior colocando su mano como visera, pero sin tener la certeza de conseguir nada con ello. De nuevo vio todos esos recuerdos girando una y otra vez en el fondo del lago como sirenas plateadas. Eran millares de personas que, como almas en pena, nadaban de acá para allá, pero sin un destino, sin una razón clara para hacerlo. Se veían encerradas en aquel lago sin la posibilidad de ser recordados y esa era su misión. Debía liberar esos recuerdos para que llegaran a sus dueños, a esas personas que iban a disfrutarlos y que podían llegar a cambiar su vida gracias a ellos.

Le dio un par de vueltas a la cabeza hasta que una idea comenzó a germinar dentro de ella. Quizá no fuera de utilidad su plan, pero no perdía nada por probarlo. Abrió la mochila y sacó de ella uno de los múltiples objetos que, en plan supervivencia, había guardado en el interior de la bolsa de lona. Dejó la cuerda sobre el suelo, volvió a colocar la mochila en sus hombros y miró de nuevo al interior del lago. Las figuras que se movían en círculos en el interior no parecían haberse percatado de su presencia, pero, en ese preciso instante, recordó la reacción de una de ellas cuando, en una desesperación extraña, había arrastrado a Beth en dirección al fondo del lago. Desenrolló la cuerda a su alrededor y se ató uno de los extremos a la cintura al tiempo que dejaba caer el resto en el interior del lago. No sabía si las figuras plateadas iban a enganchar la cuerda, pero tenía claro, tras lo sucedido con Beth, que podían tocar las cosas y aferrarse a ellas. Vio cómo la cuerda iba descendiendo hasta adentrarse en la marea de recuerdos. Una de aquellas imágenes que parecía un joven de poco más de veinte años agarró la cuerda, dio un suave tirón y, tras mirar hacia la superficie del lago, comenzó a ascender en dirección a Michael. Poco a poco, varias figuras lo imitaron y Michael, con pavor, sintió cómo su cuerpo se acercaba poco a poco al borde del lago sin poder hacer nada para remediarlo. Una vez el joven hubo llegado a la superficie, Michael tuvo oportunidad de dar varios pasos hacia atrás justo en el preciso instante en el que escuchaba un rugido sobre el lago y de la nada se materializaba una masa oscura de la que parecía provenir el sonido. Un tentáculo con las fauces abierta se abalanzó a por la figura del joven y, tras lanzarla por los aires, la devoró de un único bocado.

—*Relâchez la corde!* [Suelta la cuerda]

Michael giró la cabeza en dirección a la voz y vio a un par de chicos que podían tener su misma edad correr en su dirección. Eran un chico y una chica parecidos como dos gotas de agua a excepción del color del pelo. Al igual que él vestían con ropa cómoda y también portaban mochilas sobre los hombros. El chico, de melena negra como la noche, llevaba una daga en la mano que parecía un arma gemela a la que Michael llevaba en la mochila, pero la chica iba armada con una especie de honda fabricada con un trozo de piel.

—*Tomber au sol!*

Michael no entendía lo que los chicos le decían, pero, al ver cómo ella comenzaba a dar vueltas a la honda, se agachó y colocó los brazos por encima de la cabeza justo en el preciso instante en el que otro de los tentáculos se abalanzaba a por él. Escuchó una explosión sobre su cabeza y vio caer a su alrededor trozos humeantes de color oscuro. Fue a ponerse en pie, pero los recuerdos comenzaron a salir del agua agarrados a la cuerda que él todavía llevaba atada a la cintura. Una decena de tentáculos emergieron de la masa oscura y, con sus fauces abiertas, agarraron a las figuras plateadas y las arrastraron en dirección al Señor de las sombras. Michael se vio resbalando por el suelo en dirección al lago y, lo que era peor, en dirección al lugar donde el dueño de la oscuridad comenzaba a engullir todos los recuerdos.

Cuando pensaba que todo estaba perdido, el chico moreno llegó a donde él se encontraba y, lanzándose por encima de uno de los tentáculos, logró cortar la cuerda de un único tajo dado con la daga de la estrella de marfil. Como un rayo se dio la vuelta en el aire y cercenó otro de los tentáculos con el arma. Michael y el chico se vieron rodeados por los ladrones de sueños por lo que ambos se encontraron, espalda con espalda, con sus dagas en la mano y lanzando mandobles por acá y por allá. Cuando creían que todo había terminado para ellos, una explosión dejó un camino libre en dirección a la chica rubia que los esperaba con la honda en una mano y un puñado de piedras rojas en la otra.

—Gracias por ayudarme —dijo Michael en inglés sin saber si lo entenderían.

—*¡Vamos, hay que escapar!* —aconsejó el chico moreno con evidente acento francés que se vio refrendado en la última letra arrastrada.

Ni Michael ni su compañero se hicieron de rogar al ver que el Señor de las sombras avanzaba hacia ellos con determinación. Poco a poco iba ganándoles terreno y el francés se detuvo al ver que la escapada era imposible.

—*¿Qué haces?* —preguntó Michael detenido unos metros más allá junto a la joven rubia —. *¡Corre!*

—*¡No podemos escapar!* —gritó el chico—. *Escapad vosotros. Yo intentaré detenerlo.*

Michael corrió hacia él y se situó a su lado al tiempo que la que parecía su hermana hacía lo propio. Los tentáculos se acercaban a ellos peligrosamente, pero esta vez la batalla estaba perdida de antemano. Ellos tan solo eran tres y los tentáculos se movían por decenas cubriendo el cielo azul y tiñéndolo de negro. Michael sintió un picor repentino en la palma de su mano que pasó a convertirse en una quemazón insoportable. Apretó los dientes y miró su mano en la que acababa de hacer acto de presencia el círculo de luz dando vueltas sin parar. El chico francés lo vio de reojo y le dio un codazo a su hermana. Ambos abrieron las bocas de par en par en el momento en el que Michael, movido por una fuerza irrefrenable, levantó su mano y enfrentó el círculo de luz a las criaturas. De la palma salió un haz de luz blanca que golpeó con fuerza allá donde varios tentáculos avanzaban hacia ellos con sus fauces abiertas. El Señor de las sombras rugió y retrocedió hasta situarse a salvo de la luz que emanaba del cuerpo de Michael.

Los chicos aprovecharon ese momento de indecisión para continuar con la carrera que les

condujera a la salvación. Llegaron a un cruce de caminos y los dos jóvenes se detuvieron frente a Michael.

—Somos Pierre y Margery —saludó el chico con el mismo acento que su hermana—. Volveremos a vernos. Ahora hay que regresar.

—Pero, no sé cómo hacerlo. No sé volver a mi mundo.

Pierre le enseñó a Michael una piedra de color verde intenso que llevaba en el bolsillo y se la puso en la palma de la mano.

—Yo usaré la de mi hermana. Busca el punto de entrada y piensa en el lugar donde estabas durmiendo. Como te he dicho antes, volveremos a encontrarnos.

—Pierre, la cápsula.

Margery le entregó a Pierre un pequeño recipiente de metal que extrajo del bolsillo interior de su chaqueta. El chico francés se la dio a Michael con solemnidad y éste la guardó en el bolsillo de la chaqueta que llevaba sin saber de qué se trataba, pero con la idea de descubrirlo cuando se encontrara a salvo en su habitación. Se miraron a los ojos y los tres asintieron al mismo tiempo como si con ese gesto sellaran un pacto silencioso de por vida.

Los dos chicos echaron a correr hacia una colina tras la que desaparecieron y Michael, al ver al Señor de las sombras acercarse a él, comenzó una carrera desenfrenada hacia el lugar por donde creía haberse materializado. Una vez allí, apretó la piedra con fuerza en la palma de su mano, cerró los ojos y pensó en su habitación. Sentía la presencia de los ladrones de sueños cerca de él, pero, un instante después, el silencio absoluto rodeó su figura. Se atrevió a abrir los ojos y suspiró aliviado al encontrarse de nuevo en su habitación. Saltó de la cama, bajó las escaleras a la carrera sin preocuparse por el ruido y abrió a toda prisa la puerta de la entrada. Su corazón se tranquilizó al encontrarse con su propio jardín y con la silueta de la casa de Beth recortada por la luz de la luna.

Se sentó en los escalones del porche y recordó a los dos chicos que le habían salvado la vida en el mundo de luz. La señora Philips había hablado de otras veladoras de sueños por lo que dedujo que había más entradas a ese mundo y, por lo tanto, había más personas luchando contra el Señor de las sombras. Dos adolescentes más que aún se aferraban al mundo de los sueños y que habían decidido jugarse la vida para devolver la ilusión a sus familias sin saber que el futuro podía ser mucho más negro de lo que la imaginación era capaz de crear. El plan de su vecina no había funcionado y el lago de los recuerdos era más una trampa mortal que un lugar plácido y seguro. Volvió a dejar volar su mente hacia el mundo de la luz y se sintió orgulloso de luchar contra el Señor de las sombras. A su mente llegaron las palabras de Pierre recordándole que se verían en breve y se preguntó cómo harían para llevar a cabo ese encuentro. Recordó la cápsula de metal que el chico le había entregado y la sacó del bolsillo. La abrió con mucho cuidado y en su interior halló un trozo de papel con un número de teléfono escrito en él. Pensó en llamar, pero no sabía si los chicos habrían vuelto a su mundo por lo que decidió sobre la marcha posponerlo al día siguiente. Mientras sus pensamientos volaban de un lugar a otro, un hombre con lágrimas en los ojos se asomaba a la ventana y observaba a su hijo con el alma rota por el dolor.

## Once

En las proximidades de la Rue Lecourbe, dos jóvenes observaban la Torre Eiffel desde la azotea del edificio donde vivían en una habitación junto a su madre. Unas vistas maravillosas desde un lugar oscuro y triste.

—¿Qué piensas?

—En ese chico. Cada vez somos más, pero no estamos organizados y nuestro sistema de comunicación deja mucho que desear.

—Ya hablas como papá.

—Lo echo de menos, pero él nunca entendió cuál era el problema y tampoco nos creyó cuando se lo contamos.

Margery se sentó en una de las tumbonas que la dueña del edificio había colocado en la azotea para que los inquilinos pudieran disfrutar del sol y de las vistas parisinas, pero Pierre continuó apoyado en el murete de ladrillo con la vista fija en la torre de metal que, iluminada por varios miles de bombillas, parecía brillar con luz propia.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó la chica rubia que siempre dejaba que su hermano tomara sus propias decisiones—. Tú lo has dicho. Somos muchos, pero no sabemos qué hacer.

—Pero hoy todo es distinto. Lo hemos encontrado. Era él.

—¿Estás seguro?

—Ya has visto su mano —comentó Pierre con la vista fija en las luces de la torre—. La señora Gounod nos dirá qué tenemos que hacer.

—Yo creo que tampoco ella lo tiene claro. Solo nos habló de alguien especial, pero no nos dijo nada más.

—Tendremos que esperar a que se ponga en contacto con nosotros. —Pierre miró su reloj de pulsera y vio la aguja pequeña señalando al número siete—. Ese chico tenía acento norteamericano y, como poco, nos llevamos cinco horas de diferencia. Para él todavía son las dos de la madrugada.

Pierre se incorporó, se acercó a su hermana y se sentó a su lado en una de las tumbonas. El sol comenzaba a acariciar el perfil de la gran ciudad y los dos chicos intentaban organizar sus

mentes ya que no podían continuar durmiendo después de la experiencia vivida. A pesar de estar mucho más acostumbrados que Michael a viajar al mundo de la luz, cada vez que regresaban de una misión de reconocimiento, era tal el grado de excitación que se les hacía imposible conciliar de nuevo el sueño. Llevaban más de dos años buscando una forma de destruir al Señor de las sombras que, poco a poco, iba tomando más poder devorando los sueños de los adultos y, cada vez, de más adolescentes.

A los dos hermanos, como buenos hijos de un militar, les gustaban las aventuras y una de ellas les había conducido, dos años atrás, al desván del edificio donde se dieron de bruces con la señora Gounod, una mujer de unos cuarenta años de pelo negro y ojos oscuros, que vestía de forma sobria y solía mostrarse seria y algo cortante con ellos. Pierre siempre la había visto como una mujer estirada y altiva sin vida interior, pero aquel día se la encontraron en el desván y todo cambió. Brillaba con luz propia e intentaba cerrar un agujero abierto en la nada por el que asomaban criaturas terroríficas, negras como la noche y semejantes a tentáculos con fauces abiertas y colmillos desgarradores y afilados. Aquel día nada pudieron hacer para ayudarla, pero hablaron con ella largo y tendido y les contó su secreto.

Quizá aquella historia no hubiera tenido sentido de no haber vivido la experiencia traumática de perder a un padre en acto de servicio y verse tirados en la calle con lo justo para alquilar una habitación y poco más. Habían visto cómo los sueños de su madre se esfumaban y cómo aquellos planes de futuro en los que su padre jugaba un papel muy importante ya ni tan siquiera eran recuerdos. La señora Gounod les habló de los sueños perdidos y de todas aquellas imágenes que quedaban relegadas al olvido y que nunca más regresaban. Juraron luchar para destruir al Señor de las sombras sin saber que era una labor harto complicada y, lo peor de todo, sin tener claro qué hacer para derrotarlo y acabar con él. Poco tiempo después, la señora Gounod les habló de la Sala de la Esperanza donde en el agua de una fuente se podía observar el máspreciado de los recuerdos si tu alma era pura. Pierre y Margery lograron viajar a esa sala gracias a unas piedras de color verde que les había entregado la señora Gounod y allí la chica pudo ver en el fondo de la fuente la imagen de un bonito día que pasaron junto a su padre en el Parque de atracciones de la ciudad, pero lo que Pierre observó en el lago fue algo bien distinto. Pudo ver la silueta de un chico joven aunque era una figura completamente negra y poco le podía aportar hasta que el chico levantó una de sus manos y en ella apareció un círculo de luz que comenzó a dar vueltas. Varios tentáculos aparecieron ante él como sombras chinescas y cercaron al chico que, sin dudar ni un instante, levantó una de sus manos y de ella emergió un haz de luz que destruyó los tentáculos.

Regresaron de su primer viaje con una sola idea en la cabeza que no era otra que recibir información sobre el chico del círculo de luz en la mano, pero la señora Gounod solo les pudo hablar de una leyenda antigua que hablaba sobre un joven valiente y sagaz que sería capaz de destruir al Señor de las sombras. Poco más. Todo aquello acababa de ocurrir y el chico de la profecía se acababa de materializar delante de ellos y tenían que comunicárselo a la señora Gounod. Cuando estaban a punto de abandonar la azotea apareció su madre que sabía muy bien dónde encontrarlos cuando hallaba sus camas vacías. Ya no se extrañaba de verlos despiertos a esas horas porque eran chicos responsables y no podía desconfiar de ellos.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, hijos.

La voz quebrada de la mujer unida a los ojos llorosos mostraba la realidad de una noche triste que no se podía enmascarar. Pierre se acercó a ella y la abrazó. Margery se quedó quieta junto a la tumbona hasta que vio cómo su madre abrió el brazo libre y la atraía hacia ella. Así

estuvieron durante un par de minutos hasta que su madre comentó que tenía que irse a trabajar. Pero Pierre necesitaba saber el porqué de la tristeza repentina de su madre y no dudó en preguntarlo a pesar de la mirada de reproche de su hermana.

—Esta noche he soñado con el día en que naciste, hija. Estábamos todos en el hospital y yo era la mujer más feliz del mundo.

—¿Y eso te ha puesto triste?

—No era eso. No recordaba la cara de vuestro padre. Estaba sentado a mi lado, pero no podía ver su rostro.

Pierre miró de reojo a su madre y ambos chicos asintieron con comprensión. Lo normal hubiera sido pensar en la posibilidad de un mal sueño o, simplemente, en el paso del tiempo que todo lo borra o lo difumina, pero los chicos sabían que detrás de ese olvido estaba el Señor de las sombras. Ya les había avisado la señora Gounod de la capacidad de esa criatura de atacar a los seres queridos de sus enemigos y violar su sueño y sus recuerdos. Aquel era un claro ejemplo. El Señor de las sombras había borrado el rostro de su padre de la mente de la mujer que lo había amado más que a su propia vida y con ello quería destruirla o, como poco, mandar un mensaje de advertencia a los chicos. Cada vez era más evidente que tenían que hablar con la señora Gounod.

—Preparaos para ir al colegio —comentó su madre con la voz rota—. No quiero que lleguéis tarde otra vez.

—Hoy no hay colegio, mamá. Es sábado.

La madre de los chicos los miró con cariño y se percató de que ni tan siquiera sabía en el día en el que vivía y eso le hacía sentir que estaba fallando como madre, que era incapaz de saber si sus hijos tenían que ir al colegio o no. Pierre, como si pudiera leer la mente de su madre, le acarició el brazo con ternura.

—No te preocupes, mamá. Cualquiera puede despistarse. Luego vamos a verte a la cafetería.

La mujer se despidió de sus hijos, pero éstos la acompañaron hasta la planta en la que vivían e hicieron ademán de dirigirse a la habitación que ocupaban, pero, en cuanto perdieron de vista a su madre, dieron media vuelta y volvieron a subir hasta la última planta donde vivía su casera, la señora Gounod, en un piso que no era mucho más grande que la habitación donde vivían, pero que, por lo menos, tenía un baño propio y una cocina que no estaba pegada a las camas donde dormían. Margery siempre se quejaba de que su ropa olía a mantequilla y no iba muy desencaminada. Recorrieron el oscuro pasillo hasta detenerse frente a la puerta del apartamento veintitrés donde vivía la señora Gounod. Quizá para otros podría parecer demasiado temprano importunar a alguien a las siete y cuarto de la mañana, pero ellos sabían que su casera dormía muy poco y, además, la información que ahora poseían bien merecía un madrugón. Llamaron a la puerta con los nudillos y unos segundos después escucharon pasos al otro lado de la puerta. La mirilla se abrió y volvió a cerrarse con un bamboleo para dejar paso a un ir a y venir de cerraduras y pestillos varios. Cuando, al fin, la puerta se abrió, la señora Gounod, en pijama, pero cubierta con una bata de color lila, les franqueó el paso como si recibir la visita de dos adolescentes a primera hora de la mañana fuera de lo más normal.

—¿Habéis vuelto a viajar? —preguntó sin más dilaciones aún en el vestíbulo.

—Sí, pero esta vez hemos encontrado al elegido.

La señora Gounod los miró con renovado interés y les hizo un gesto de la mano para que entraran en el salón y se sentarán en un sofá ligeramente descolorido que había vivido mejores tiempos.

—Iba a desayunar. Sentaos.

Para su sorpresa, descubrieron que era verdad que la señora Gounod estaba a punto de desayunar, pero también encontraron, junto a su taza llena de café y a la tostada en el plato, otras dos tazas humeantes de cacao y otro plato a rebosar de galletas de mantequilla de las que tanto gustaban a los chicos, pero que solo podían disfrutar cuando visitaban a la señora Gounod. El presupuesto de su madre era tan ajustado que, en su casa, el desayuno consistía en leche con cacao y algún bollo que la noche anterior podía llevarse de la cafetería donde trabajaba de sol a sol por unos pocos euros que les permitía malvivir hasta final de mes. Los bollos llevaban en la vitrina desde primera hora de la mañana, pero, a pesar de ello, los chicos se habían acostumbrado y los disfrutaban como si fueran los mejores cruasanes de mantequilla de París.

—¿Sabía que íbamos a venir? —preguntó Pierre algo confundido.

—Os olvidáis de que soy una veladora de sueños —comentó la señora Gounod al tiempo que se sentaba en un silloncito frente a su café y su tostada—. Lleváis mis piedras y sé cuándo viajáis.

—Pero...

La señora Gounod levantó la mano con solemnidad y logró que Pierre guardara silencio al instante. El chico aprovechó la pausa para hacerse con un par de galletas de mantequilla y dar buena cuenta de ellas. Su hermana se le había adelantado y ya había comenzado a mojar las pastas en el cacao.

—Contadme que ha ocurrido en el mundo de luz y habládme de ese elegido.

Pierre comió un par de galletas más antes de comenzar con el relato y también se tomó su tiempo para beber de un solo trago la mitad del contenido de la taza que aún humeaba delante de él. Con otras dos galletas en la mano, se recostó en el sofá y comenzó a contar lo ocurrido en el mundo de luz desde que llegaron a las proximidades de lo que habían bautizado como las llanuras de los lamentos hasta que se despidieron del chico del círculo de luz en la mano. No omitieron ningún detalle y Pierre pudo ver cómo la señora Gounod se removía inquieta en su sillón cuando comenzó a hablar de cómo el chico desconocido había intentado rescatar los recuerdos del fondo del lago con la ayuda de una cuerda. A Pierre no le pasó desapercibido ese hecho y, en cuanto terminó su relato, no dejó que las dudas pudieran con él.

—¿Por qué se ha extrañado tanto de lo de la cuerda y el lago?

—No es eso lo que más me ha extrañado. Es el ímpetu de ese joven...

Pierre y Margery se miraron de reojo sin comprender y ambos se encogieron de hombros al mismo tiempo. En ocasiones, la señora Gounod resultaba demasiado críptica, aunque siempre lograba hacerse comprender y aquella fue una de esas ocasiones.

—Me parece raro que un joven que ni tan siquiera sabe volver a su mundo sea tan expeditivo con sus métodos.

—¿Qué quiere decir?

—Veréis, las veladoras de sueños existimos desde los comienzos de la Humanidad y, cuando una fallece, es nuestra obligación que la puerta no se cierre. Una puerta necesita a una veladora como razón de ser. —La señora Gounod se detuvo un instante y meditó cómo continuar—. En los tiempos en los que el Señor de las sombras tenía más poder nació una niña destinada a proteger el mundo de los sueños que estaba a punto de desaparecer. Fue una época sombría.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó Margery que no podía apartar la vista de la señora Gounod.

—En la Edad Media. La peor época para el mundo de los sueños. La maldad campaba a sus anchas y los niños dejaban de ser niños a una edad tan temprana que no les daba tiempo a soñar. El mundo de luz dejó de recibir su energía y estuvo a punto de desaparecer.

—¿Y qué ocurrió?

—Lo que os he contado. Nació una niña que se convirtió en la veladora de sueños más poderosa que ha existido. La llamamos la Dama Blanca.

Pierre dejó el vacío tazón encima de la mesa y se incorporó hasta sentarse en el borde del sillón con los antebrazos sobre los muslos. Su rostro reflejaba la tensión del momento y un sinfín de preguntas se agolpaban en su cerebro.

—¿La llamamos? ¿Quiere decir que sigue viva después de todos estos siglos?

—Sí, pero las veladoras no nos conocemos así que no puedo saber dónde está ni puedo comunicarme con ella. Eso sí, tengo claro que es la veladora que está dirigiendo al elegido.

—¿Y cómo puede estar tan segura?

La señora Gounod dirigió la vista hacia la pared de color blanco situada frente a ella y dio la sensación de ver mucho más allá, de observar un mundo que quedaba oculto para los dos chicos. La mujer se puso en pie de repente y se dirigió hacia esa pared.

—La Dama Blanca logró derrotar al Señor de las sombras rescatando los recuerdos y entregándoselos a sus dueños. Pero eso fue en el Medioevo y los ladrones de sueños saben que pueden alimentarse de todos esos recuerdos y hacerse más fuertes.

—¿Y qué podemos hacer ahora que sabemos que ese chico está guiado por la Dama Blanca?

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que ese chico se ponga en contacto con vosotros. Pero mucho me temo que poco podemos hacer si los ladrones de sueños no nos permiten rescatar los recuerdos.

La señora Gounod hizo un gesto con la mano dando a entender que estaba cansada y que no deseaba continuar con la charla y Pierre y Margery, que la conocían muy bien, se pusieron en pie y salieron del apartamento sin preguntar nada más. Una vez en el rellano, se detuvieron y se sentaron en las escaleras como hacían siempre que tenían una conversación con la señora Gounod.

—No me gusta esperar a que los demás actúen sin poder hacer nada —soltó Pierre con tal rotundidad que su hermana no pudo evitar sonreír. Siempre había sido un chico cabezota y muy decidido y con la edad no había variado ni un ápice.

—Pero es así. Tenemos que esperar a que ese chico se ponga en contacto con nosotros.

—Si no lo hace podemos viajar al mundo de luz y esperar a que aparezca.

—Eso estaba bien antes de que el Señor de las sombras ocupara todo el valle. No hay donde esconderse.

—¿Y en la Sala de la Esperanza? —preguntó Pierre con el ceño fruncido.

—Sería un milagro coincidir. Llevamos dos años viajando al mundo de la luz y solo nos hemos encontrado con unos pocos viajeros.

—Es normal. La señora Gounod nos contó que hay tres puertas en el hemisferio norte y otras tres en el hemisferio sur. Una en cada continente. No somos muchos viajeros.

—Quizá podamos quedar por whatsapp.

—¿Cómo una cita? —preguntó el chico con tono burlón.

—Ahora tiene tu piedra...

Margery se encogió de hombros sin saber qué más podía aportar ante una misión que se tornaba imposible. No sabían qué hacer ni cuál podía ser el siguiente paso a dar. Lo único que tenían claro es que no podían ni debían quedarse sentados esperando. Se pusieron en pie al mismo tiempo y se miraron con complicidad.

—Vamos a ver a mamá —comentó Pierre al recordar que su madre se lo había pedido y

que no era una buena época para ella.

No sabía el día en que vivía y echaba tanto de menos a su marido que muchas noches se despertaba gritando su nombre. No le contaba gran cosa a sus hijos, pero suponían que esas pesadillas tenían mucho que ver con el día en el que se enteró de que el avión en el que viajaba su marido había caído al mar. Ahí empezó su calvario y el de sus hijos. El aparato no pudo ser encontrado por lo que el gobierno francés se vio imposibilitado para certificar su fallecimiento. Fue declarado desaparecido y su viuda no pudo cobrar ningún tipo de pensión. Había dejado de trabajar quince años atrás para dedicarse a sus hijos y no tuvo más remedio que dejar el piso donde vivían de alquiler, ponerse a trabajar en una cafetería y alquilar lo único que había podido pagar con lo poco que ganaba. Una auténtica pesadilla que había llevado a los chicos junto a la señora Gounod, la cual les había enseñado que las pesadillas tan solo son sueños con un final triste o duro, pero que lo peor que a alguien le podía ocurrir no era sufrir pesadillas sino dejar de soñar y eso es lo que le estaba ocurriendo a su madre. El Señor de las sombras se alimentaba de los recuerdos más necesarios de los adultos y su madre precisaba la imagen del amor de su vida para seguir viviendo.

Los chicos bajaron las escaleras y, sin tan siquiera detenerse un instante en su propio apartamento, salieron a la calle y comenzaron a caminar en dirección a la Torre Eiffel que se mostraba imponente en el horizonte. Era una de las pocas cosas buenas que podían decir del edificio donde vivían. Ni es sus mejores sueños se hubieran visto viviendo en aquel lugar, pero, en ocasiones, los mejores sueños podían transformarse de la noche a la mañana en la peor de las pesadillas. Con las manos en los bolsillos para resguardarse del relente matinal fueron recorriendo una manzana tras otra hasta llegar a las proximidades del Pont de Grenelie donde su madre se encargaba de limpiar las mesas y atender a los clientes en una de las muchas cafeterías cercanas a la Torre Eiffel y a la Statue de la Liberté.

A pocos metros de la cafetería se detuvieron y se parapetaron detrás de uno de los coches aparcados frente al local para observar el interior donde su madre, con un vestido horroroso de color amarillo y un delantal del mismo tono, colocaba unas tazas de café sobre una bandeja para llevarla a una de las mesas donde dos hombres trajeados y maletines junto a sus pies charlaban mientras observaban unos papeles esparcidos sobre la mesa. Pierre y Margery siempre que iban a ver a su madre preferían escrutar el interior del local antes de entrar para evitar encontrarse con el dueño, un hombre cincuentón hosco y desagradable, que trataba a su madre como si fuera una pordiosera. Se miraron de reojo y asintieron al mismo tiempo, pero justo en el momento en el que iban a dejar su escondite para entrar en el local vieron un movimiento junto a la puerta del almacén y se percataron de la presencia del dueño sentado junto a los fogones y observando todo el local como si le fuera la vida en ello. Bajo la atenta mirada de los dos chicos vieron cómo su madre cogía la bandeja con las dos manos y se giraba para llevar los cafés a los dos hombres de negocios, pero con tan mala suerte que el delantal se enganchaba en una de las sillas y lograba que la mujer se trastabillara. Una de las dos tazas de café salió despedida por los aires y aterrizó en mitad de la mesa que ocupaban los dos jóvenes trajeados que, al sentir el líquido caliente y oscuro, se pusieron en pie de un salto e increparon a la camarera. Uno de ellos cogió los papeles a toda velocidad y comenzó a sacudirlos al tiempo que el otro amenazaba a la camarera con el dedo índice extendido en dirección a su rostro. La madre de los chicos parecía encogerse a cada segundo que pasaba y, cuando el dueño de la cafetería se acercó a ella y le hizo un gesto inconfundible chascando el dedo índice y el pulgar, la mujer agachó la cabeza, se quitó el delantal con parsimonia y, tras recoger el abrigo y el bolso guardados tras el mostrador, salió de la cafetería. Los dos chicos se agacharon detrás del vehículo donde se habían escondido y, al ver a

su madre alejarse en dirección al Parc du Champ de Mars donde solía pasear años atrás junto a su marido, se alejaron corriendo por una bocacalle con la idea de hacerse los encontradizos con su madre y no ponerla en la tesitura de verse observada por sus hijos en el momento del despido. Le dieron alcance en el Boulevard de Grenelle y ella pareció tan sorprendida como aliviada de encontrar a sus hijos lejos de la cafetería.

—Hola, mamá.

Los dos chicos le dieron un beso a la mujer y se abrazaron a ella. Sin tener que añadir palabra alguna comenzaron a caminar como una piña en dirección a la Torre Eiffel. Uno a cada lado de su madre se convirtieron en una escolta de amor y comprensión. Pierre no podía dejar de pensar en el instante en el que el dueño de la cafetería había despedido a su madre con tan malos modos después de que ella llevaba dejándose la piel en el negocio algo menos de dos años. Se apoderó de todo su ser la sensación de que el mundo había dejado de lado la bondad y que tan solo los malos sin escrúpulos tenían sentido de una justicia ruin y depravada en la que su madre era un títere más. Un títere sin cabeza, sin sueños y sin recuerdos. Esa última palabra supuso un antes y un después en su forma de pensar. Supo que el mundo no se estaba convirtiendo en un lugar triste y oscuro por la maldad innata de los hombres sino por el hecho de la que la verdadera oscuridad estaba conquistando su propio mundo mientras que el de la luz comenzaba a apagarse. Todos los sueños de los que los adultos habían disfrutado estaban desapareciendo y los recuerdos que los anclaban a una vida feliz con los suyos que aún estaban a su lado y los que ya habían desaparecido se estaban desintegrando a cada minuto que pasaba sin que ellos pudieran destruir al Señor de las sombras y a los ladrones de sueños.

—Voy a dar un paseo por el parque. Me trae tantos recuerdos...

Pierre pensó en aquel gesto de su madre como en una pequeña lucha contra el Señor de las sombras, aunque sabía muy bien que él se alimentaba de los sueños y no de los breves y efímeros recuerdos creados en un lugar como aquel. Se despidieron de su madre con sendos besos repleto de amor y, mientras la mujer comenzaba su paseo en dirección a la Torre Eiffel, los dos chicos dieron media vuelta y se encaminaron de nuevo hacia su triste y vacío hogar. Pierre, más pragmático que su hermana, pensó que todo estaba perdido, pero, en ese preciso instante y como si de una premonición se tratara, su teléfono móvil emitió un pitido. Su hermana giró el tronco hacia él para poder mirar al chico mientras éste leía el mensaje recibido en la aplicación de whatsapp. Le guiñó un ojo a Margery y, tras leer ese mensaje de un completo desconocido al que solo había visto una vez, tuvo la sensación de que quizá, y tan solo quizá, no hubiera llegado el fin de la Humanidad. Sonrió y aceleró el paso.

—Vamos, tenemos que volver a casa.

## Doce

—Así que te encontraste con un chico y una chica en ese mundo...

—Pues sí. Es todo muy extraño. Ni tan siquiera sé si todo esto es real.

—¿Y por qué no va a serlo?

Michael y Bran se sentaron en los columpios del parque situado detrás del Centro Comercial y comenzaron a balancearse como cuando eran unos críos. A pesar de no tener que ir al instituto, Bran se había levantado muy temprano como solía ocurrirle cuando su cerebro se convertía en una olla a presión con tal cantidad de datos que se veía incapaz de conciliar el sueño una vez se había despertado. Ni corto ni perezoso había llamado por teléfono a Michael que, tras la noche movida en la que había conocido a los dos chicos franceses, lo que menos le apetecía era dormir. Ni tan siquiera se había despedido de su padre que, una vez más, dormitaba en el sofá con la televisión encendida y una botella de whisky barato sobre la alfombra del cuarto de estar. El leve atisbo de lo que había sido su padre desapareció a la misma velocidad que el contenido de la botella de licor y Michael, tras rumiar su desgracia en voz baja, había salido de su casa como si de una huida se tratara.

—Eso de que me esté jugando la vida cada noche no es muy gracioso que digamos —comentó Michael frunciendo los labios al mismo tiempo.

—Ya sabes lo que decía el tío de Spiderman.

—Lo sé, pero yo no tengo un gran don ni una gran responsabilidad.

—No estoy de acuerdo —negó Bran al tiempo que acompañaba su frase con un energético movimiento de la cabeza—. Tienes una daga con la que puedes acabar con los ladrones de sueños. Creo que tienes un don y una responsabilidad.

—Pero yo no he pedido todo esto.

—Yo tampoco pedí lo que tengo en la cabeza y tengo que aguantarme —protestó Bran que no soportaba cuando su amigo se ponía en plan negativo.

—Pero lo tuyo sí que es un don. Puedes recordarlo todo.

—Tú no tienes ni idea de lo que significa no poder ver una puñetera película en el cine porque recibes tanta información de todo lo que te rodea que tu cabeza parece a punto de explotar. O lo que es subirte en un coche de viaje y quedarte con más datos de lo que aprenderías en dos años de instituto.

Michael detuvo el movimiento del columpio y miró a su amigo sin disimulo. Nunca había pensado en el síndrome que sufría Bran como en un contratiempo sino como en una gran ventaja que él nunca podría llegar a saborear. Podía aprender lo escrito en un libro en tan solo unas horas y no olvidarlo jamás, pero cada vez que Bran asemejaba su cerebro a un disco duro no lo había interpretado de la misma forma que su amigo. Lo que Michael pensaba que era positivo podía llegar a ser la peor tortura del mundo para un chaval que con su edad solo tendría que estar preocupándose de la chica que le gusta o del jugador de beisbol en conseguir más Home Run para su equipo.

—No me lo había planteado de esa forma —se disculpó Michael—. Pensaba que te gustaba ser un superdotado.

—Bueno, tampoco está tan mal, pero hay momentos en los que preferiría ser normal.

—¿Cómo yo?

—¡Ni de coña! —exclamó Bran mientras echaba el cuerpo para atrás y fruncía los labios—. Yo no quiero una daga de sacrificios ni tener que jugarme la vida luchando contra tentáculos con colmillos afilados y seres malignos que pueden destruir el mundo.

—¡Joder! Si lo planteas así.

Los dos chicos se miraron y se echaron a reír. Por primera vez desde que le diagnosticaran el síndrome de Savant al chico, Michael se sentía como un igual y no como el amigo tonto del protagonista de la historia. Parecía haber recibido las instrucciones para llevar a cabo una misión como ocurría en las películas que tanto le gustaban donde los protagonistas eran adolescentes como él, pero donde portaban varitas mágicas y no una daga con la que matar criaturas oscuras. Aun así, por primera vez en su vida se veía especial y tenía la extraña sensación de servir para algo y no ser un chico más con la única expectativa en la vida de escapar del barrio y formar una familia lejos de la rutina conocida y destructiva.

—¿Qué hacemos entonces? —inquirió Michael que, tras contarle a su amigo lo ocurrido la noche anterior, se había quedado más tranquilo al pensar en que Bran podría tener la solución al problema. Una vez más, no se equivocaba.

—Esos chicos te dieron lo que parece un número de móvil. Solo tienes que usarlo.

—Claro, les llamo y les digo que soy el tipo con el que coincidieron anoche en el mundo de los sueños. Es ridículo.

Bran resopló de malos modos.

—Si tanto te lo parece, mándales un whatsapp. No tienes nada que perder.

Michael se lo pensó durante un instante y rumió cada una de las palabras de su amigo que rara vez se equivocaba. Todos esos datos almacenados en su cerebro lo habían obligado a convertirse en una mente privilegiada capaz de racionalizar cada dato obtenido hasta el punto de volverlo inservible o almacenarlo como un tesoro. Esa vez no era distinta y algo tan estrambótico para Michael se convertía en una obviedad para su amigo.

—¿Y qué les digo en el mensaje?

—Tío, hay que dártelo todo mascado. Di quién eres y espera respuesta. Son ellos los que te han dado el número.

—Claro, como cuando le pides el teléfono a una chica.

Bran volvió a resoplar.

—Sé que nunca le has pedido el teléfono a una chica así que no me vengas con gilipolleces. Anda, escribe.

Michael sonrió, aunque no pudo evitar sonrojarse al escuchar la verdad sin

contemplaciones expresada por su amigo que lo conocía tan bien como él mismo. Sacó el móvil del bolsillo y lo colocó sobre las rodillas al tiempo que intentaba calentar sus manos con el vahó que desprendía de su boca. Hacía frío a aquella hora intempestiva de la mañana y ahora se arrepentía de no haber cogido los guantes. Por un momento pensó en la temperatura constante que parecía existir en el mundo de la luz y que nunca variaba fuera la hora que fuese. Una temperatura agradable y primaveral, aunque ahora se daba cuenta de que sentía algo más de frío cada vez que el Señor de las sombras o cualquiera de sus lacayos se acercaba a él. Meneó la cabeza de lado a lado para espantar todos esos pensamientos y centrarse en la misión que debía llevar a cabo. Abrió la aplicación de mensajería instantánea y, tras añadir en número de teléfono del chico francés a la agenda de contactos, pulsó el botón de nuevo mensaje y escribió. El pulso le temblaba de forma incompresible.

Hola, soy el chico de  
anoche.

Michael le leyó el mensaje a su amigo y éste puso cara de asco como si hubiera escuchado el peor de los discursos.

—¿Estás de coña? ¿Quieres destruir a un ente que tiene como misión devorar nuestros sueños y ése es el mensaje que escribes?

—¿Y qué quieres que diga?

—Si es que...

Bran le quitó el móvil a su amigo y, tras pensar durante unos segundos, colocó los dos pulgares sobre el teclado virtual y comenzó a pulsar a toda velocidad un mensaje tras otro.

Mi nombre es Michael y  
vivo en los Estados  
Unidos.

Tenemos que volver a  
vernos en el mundo de  
luz.

Decidme cuándo y allí  
estaré.

Michael le arrebató el móvil a su amigo de malos modos y lo guardó en el bolsillo sin tan siquiera esperar respuesta de los chicos franceses. No tenía ni idea del paso siguiente que debía dar, pero tenía claro que la mente privilegiada de Bran funcionaba y decidía por los dos.

—¿Qué has querido decir con eso de «allí estaré»?

—Pues eso. Es evidente que tenéis que veros para decidir qué hacer.

—¿Y si son dos pirados?

—¿Cómo tú y cómo yo? ¿Sentados en un columpio a las siete de la mañana pensando cómo salvar el mundo?

Michael gruñó al escuchar, una vez más, el razonamiento inductivo de su amigo y se metió las manos en los bolsillos. En ese momento se percató de una cosa.

—Oye, ¿tus padres saben que no estás en casa?

—¡Qué va! He dejado una almohada debajo de las sábanas.

—Ah, vale.

Michael comenzó a balancearse en el columpio como cuando eran pequeños y apoyó la cabeza en la cadena metálica. La sensación de frescor le hizo recordar un instante de su infancia en aquel mismo parque junto a su madre y pensó en la posibilidad de no volver a soñar con ella, de no volver a recordar cómo era a pesar de las fotografías y los vídeos. Sus recuerdos eran solo suyos y no quería perderlos, no podía perderlos. Era lo único verdadero y puro que le quedaba de su madre y presentía que el comportamiento destructivo de su padre tenía mucho que ver con esa pérdida de los recuerdos provocada por el Señor de las sombras. Por muy absurdo que pudiera parecerle unos días antes, ahora creía en aquel ser oscuro y terrorífico que tenía como única misión destruir el mundo de luz y con él la ilusión de los adultos y sus sueños. No podía consentirlo y su móvil pitó para corroborar que estaba en lo cierto. Lo sacó del bolsillo y leyó el mensaje recibido.

Quedamos en cinco minutos en la Sala de la Esperanza.

Nada más que le indicara que todo estaba bien y que aquella conversación iba a derivar en algo bueno para él. Debía confiar en esos dos chicos franceses y no le quedaba otra que viajar al mundo de la luz donde unos seres escalofriantes habían intentado devorarlo en varias ocasiones. Leyó el mensaje en voz alta y Bran asintió conforme como si realmente no fuera con él.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó Michael con voz temblorosa.

—Pues viajar al sitio ése. No te queda otra si quieres destruir a esa cosa.

—¿Y cómo quieres que viaje a la Sala de la Esperanza cuando no sé dónde está ni tampoco estoy dormido?

—Tienes la piedra que te dio ese chico y parece que puedes viajar con ella pensando en el sitio al que quieres desplazarte.

Michael metió la mano en el bolsillo interior del abrigo donde solía guardar las llaves de su casa para no perderlas y extrajo de él la piedra de color verde.

—Lo malo de todo es que no puedo pensar en algo que no sé lo que es.

Bran resopló una vez más al ver la pasividad del cerebro de su amigo cuando para el suyo todo resultaba evidente mucho antes de que ocurriera. La capacidad que tenía para no relacionarse con la gente le permitía trabajar el orden de los recuerdos y de las ideas y llevaba años trabajando en un sistema mental que se parecía al archivo físico de una

biblioteca. Algo incomprensible para los demás resultaba evidente y sencillo para él.

—Pues mándale un mensaje y le preguntas.

—Es verdad.

Bran meneó la cabeza al mismo tiempo que Michael escribía en el móvil algo más lento que su amigo.

¿Cuál es la Sala de la Esperanza?

Es una con una fuente en el centro y columnas a los lados.  
¿La conoces?

Michael dio un par de vueltas a la piedra verde en la palma de su mano y, sin poder evitarlo y sin prever las consecuencias, en su cerebro apareció la imagen de la sala revestida de piedra de color blanco y con las columnas del mismo material separando lo que parecía un claustro de la zona central de círculos concéntricos marcados en el suelo con claridad. Esa imagen se entremezcló con la del parque donde ahora se columpiaba junto a su amigo y, poco a poco, esta última fue difuminándose en su mente para dejar paso a la de la Sala de la Esperanza donde, unos instantes después de aparecer él, se materializaron los dos chicos franceses. Los tres se miraron como si se trataran de extraños que se ven por primera vez, pero, al ver a Pierre y a Margery sonriendo, Michael se relajó y les tendió la mano con solemnidad.

—Hola, soy Michael.

—Hola, Michael. Anoche me presenté, pero creo que no fue el mejor momento. Yo soy Pierre y ella es mi hermana Margery.

La chica rubia saludó acompañando el movimiento de su mano con una gran sonrisa. Era importante que confiaran los unos en los otros y ese era el punto de partida. Michael sonrió a su vez, pero con más timidez que la chica. Se daba cuenta de que los franceses lo miraban de una forma extraña y necesitaba saber qué era lo que ocurría.

—¿Qué pasa? —preguntó sin más dilaciones—. ¿Por qué me miráis así?

Pierre se sentó en el suelo y cruzó las piernas al estilo indio. Su hermana lo imitó y Michael no tenía la más mínima intención de quedarse de pie. Una vez estuvieron los tres acomodados en el frío suelo de mármol, Pierre dio comienzo a su explicación.

—Supongo que conoces la existencia de las veladoras de sueños y la tuya te habrá hablado del Señor de las sombras, de los ladrones de sueños y del mundo de luz. ¿Me equivoco?

—No. La señora Philips me lo ha contado todo.

Pierre sonrió al ver la similitud entre ellos tres. Francia era para ellos como los Estados Unidos para Michael y la señora Gounod encarnaba el espíritu de las veladoras de sueños que para Michael correspondía a la señora Philips. La diferencia más importante es que ella era la Dama Blanca de la que les había hablado la mujer francesa y que el chico que ahora permanecía sentado delante de ellos con las manos sobre las rodillas y la mirada huidiza era el elegido que

debía salvar el mundo de luz del Señor de las sombras y con ello recuperar los recuerdos para los adultos.

—Lo que no creo que te haya contado es que ella no es una veladora como las demás — continuó Pierre más animado al ver que Michael sabía mucho más de lo que esperaba—. En total hay seis portales en todo el mundo y seis veladoras que cuidan de ellos, pero hace siglos nació una mujer que ya protegió en su día el mundo de luz. La llamaban y la siguen llamando la Dama Blanca.

Michael recordó que él mismo se había referido a la señora Philips de esa forma cuando descubrió que una mujer vestida completamente de blanco había ayudado a Beth cuando fue atacada en la caverna. Le resultó curioso que el sobrenombre de «la Dama Blanca» fuera tan apropiado para la señora Philips, pero lo que no le resultó tan curioso fue darse cuenta de que el chico francés había hablado del nacimiento de esa veladora hace siglos.

—¿Me estás diciendo que la señora Philips lleva viviendo varios siglos?

—Así es. Ella es el centro de las veladoras y todas la veneran como la Dama Blanca y creen en su poder.

—Ya.

Michael se puso en pie sin saber qué más añadir y comenzó a caminar de un lado a otro de la Sala de la Esperanza rumiando sus ideas en voz baja. Pierre y Margery lo observaban y esperaban con paciencia. Sabían que era demasiada información de golpe y no querían colapsar la mente de Michael. El chico dio por terminada su disertación interna y se volvió hacia los franceses con el ceño fruncido y con una única pregunta a punto de abandonar sus labios.

—¿Y yo qué pinto en todo esto?

—Eres el elegido.

—¿El elegido para qué?

—Para destruir al Señor de las sombras y recuperar el mundo de luz y los recuerdos que en él viven.

—Yo no... no...

Michael hizo amago de sentarse de nuevo frente a los chicos, pero era tal el estado de nervios que lo atenazaba que se vio obligado a seguir caminando de lado a lado para que sus músculos siguieran en movimiento y, lo más importante de todo, que su cerebro no se colapsara por la noticia recibida. Él, que ni tan siquiera era capaz de jugar al fútbol o de pertenecer a alguno de esos clubes del instituto que podían volverlo popular, se había convertido de la noche a la mañana en el elegido para salvar a la Humanidad del robo de sus sueños, de sus ilusiones y recuerdos. Todo ello le superaba de tal forma que, sin remisión, comenzó a temblar como si se encontrara en un campo helado.

—Sé que es una gran responsabilidad —comentó Pierre algo descorazonado al ver los nervios a flor de piel del chico norteamericano—. Nosotros te ayudaremos y seguro que podremos con el Señor de las sombras.

—No estás solo —añadió Margery—. Tenemos que ponernos en contacto con los viajeros de las demás puertas y entre todos...

—¿Entre todos? —le cortó Michael—. ¿De cuántas personas estás hablando?

Pierre miró a su hermana de reojo y soltó todo el aire que retenía en los pulmones.

—Unos veinte.

—Fantástico. Veinte adolescentes para destruir a un ente oscuro que quiere devorar nuestros sueños y recuerdos.

Pierre se puso en pie y ayudó a su hermana a incorporarse. Ambos chicos se plantaron

frente a Michael y lo miraron con determinación.

—No importa cómo sea tu vida —explicó Pierre con voz decidida—. La nuestra es una auténtica mierda, pero en nuestra mano está poderla cambiar.

—¿Y crees que servirá para algo?

—Estoy convencido de ello. Creo que los adultos están perdiendo la ilusión de vivir porque no les quedan sueños y porque los recuerdos bonitos que atesoraban están desapareciendo.

Michael agachó la cabeza apesadumbrado, y pensó en su padre y en cómo había ido cayendo en un pozo sin fin desde que ocurriera lo peor que les podía haber pasado. Necesitaba compartir su desazón con alguien y los dos chicos franceses parecían comprenderlo.

—Mi madre murió hace dos años y mi padre no ha podido superarlo. Ayer me dijo que ya no recordaba a mi madre y se hundió aún más.

Margery cogió la mano de Pierre, lo miró y sonrió con pena, pero con esperanza. Abrió su corazón al igual que había hecho Michael.

—Nuestro padre era militar y también murió. Su avión desapareció sobre el Atlántico y ahora vivimos casi en la indigencia. Estamos convencidos de que nuestra madre también ha perdido la ilusión por vivir y por eso llevamos dos años luchando.

Michael levantó la cabeza, miró a los chicos franceses con renovado interés y, por primera vez desde que llegara a la Sala de la Esperanza, sonrió.

—¿De verdad creéis que todo puede cambiar si derrotamos al Señor de las sombras?

—De no ser así no estaríamos aquí.

Michael asintió y tendió su mano hacia los dos chicos franceses. Margery obvió el gesto del chico norteamericano y lo abrazó. Pierre fue un poco más comedido que su hermana y estrechó la mano de Michael, pero sin dejar de sonreír ni un instante.

—¿Cuál es nuestro siguiente paso? —preguntó Michael más animado.

—Nosotros intentaremos ponernos en contacto con los demás. Tú tienes que pensar cómo podemos destruir al Señor de las sombras. Por algo eres el elegido.

Le guiñó un ojo y, sin añadir nada más, cogió la mano de su hermana, sacó una piedra de color verde del bolsillo de sus pantalones y ambos chicos desaparecieron. Michael se quedó solo en la Sala de la Esperanza y aprovechó la quietud que emanaba de aquel lugar para pensar en lo que estaba ocurriendo y en el siguiente paso a dar. Comenzó a caminar inquieto, pero con el ánimo renovado y tal energía que se creía capaz de cambiar el mundo. Por más vueltas que le dio a la posibilidad de destruir al Señor de las sombras y a los ladrones de sueños no supo ni por dónde empezar. Quizá Bran tuviera alguna idea en su cerebro privilegiado. En ese momento se acordó de su amigo y de que lo había dejado en el parque para viajar al mundo de luz. Siempre se había desplazado a aquel lugar desde su cama y no sabía lo que podía ocurrir al encontrarse en un parque a plena luz del día. A toda prisa sacó la piedra verde del bolsillo, pensó en el parque y la apretó con fuerza.

—Vamos, chico, respira.

Michael abrió los párpados y se encontró con varios pares de ojos que lo miraban preocupados. Los primeros en los que reparó pertenecían a un auxiliar sanitario que intentaba colocarle una vía en el antebrazo ayudado de una enfermera morena y joven. Dos policías vigilaban a Bran que miraba a su amigo preocupado, pero mucho más por no saber cómo escapar de aquel lío.

—Chico, has perdido el conocimiento en este parque y has podido morir de hipotermia.

—Es... estoy bien —balbuceó Michael que a punto estuvo de gritar al sentir la aguja atravesar su piel—. Quiero irme a casa.

—Ahora te llevamos al hospital —añadió la enfermera morena al tiempo que sujetaba la bolsa de suero—. Tienes que darnos el número de teléfono de tus padres para llamarlos.

—Mi madre está muerta.

—Pues el de tu padre.

—Ya nos lo ha dado este chico —comentó uno de los dos policías con la vista fija en Bran.

El chico miró a Michael y se encogió de hombros para darle a entender que no había tenido más remedio que obedecer a los policías. Antes de que pudieran añadir nada más extendieron las patas de la camilla donde habían colocado a Michael y, ante la mirada curiosa de algún vecino, lo introdujeron en la ambulancia. Los dos policías permitieron que Bran lo acompañara en el vehículo y, cuando al fin se cerraron las puertas de la ambulancia, Michael lo miró y, a pesar de sentirse sobrepasado por la situación, levantó el pulgar en dirección a su amigo.

—Tío, no he podido hacer nada. Llegaron esos polis y pensaron que estabas muerto o algo peor. No pudieron despertarte y llamaron a la ambulancia.

—Es curioso —comentó Michael en voz baja para no ser escuchado por ninguno de los auxiliares—. Beth sintió cómo su padrastro la tocaba y yo pude lograr que mi padre me despertara al escuchar las canicas. Pero ahora no han podido despertarme.

Una vez más, el cerebro de Bran demostró el poder que acumulaba y la capacidad de razonamiento que atesoraba.

—Quizá tenga que ver con el hecho de que no has viajado desde un sueño sino con la ayuda de la piedra. Realmente no estabas dormido. Fue como si hubieras perdido el conocimiento.

—Seguro que es por eso. Tengo que tener más cuidado la próxima vez que viaje.

—¿Viste a esos chicos?

—Sí.

—¿Y qué te han dicho?

—Que soy el elegido.

—Ah...

Michael, ante la pasividad de su amigo, guardó silencio y apoyó la cabeza en la almohada. Estaba cansado y necesitaba ordenar sus ideas, pero la cabeza de Bran seguía siendo un auténtico torbellino ávido de respuestas.

—¿El elegido para qué?

## Trece

Michael se encontraba algo adormilado y no sabía bien por qué. Según su amigo, no le habían administrado ningún calmante y no debería sentirse tan cansado. A pesar de ello, agradecía encontrarse en la cama de aquel hospital, aunque temía la llegada de su padre al que habían localizado en cuanto Bran cantó como un pajarito, según palabras de Michael.

—Ya verás el cabreo de mi padre.

—No entiendo por qué. Estás en el hospital y no tienes nada roto. Eso es para alegrarse.

—Sí. Tú porque tienes padres normales.

Bran intentó pensar en la normalidad de sus progenitores y no pudo evitar sonreír al recordar a su padre el día en que, con solo un par de años de edad, se grapó uno de sus dedos con una grapadora. Esa supuesta normalidad se convirtió en un desmayo al ver una simple gota de sangre que conllevó un golpe en la frente con la mesita de centro del salón y los correspondientes puntos de sutura mientras que el propio Bran se sacó la grapa del dedo y se lamió las heridas literalmente.

A Michael lo habían llevado al hospital más cercano a pesar de no presentar ningún síntoma de congelación y de tener las constantes vitales y la tensión acorde a los parámetros normales a su edad. Lo peor de todo había sido que, al ser menor de edad, se vieron obligados a dar el teléfono de su padre. Michael le pidió a Bran que entregara el número de su propio padre, pero el chico, como solía pasarle en las situaciones en las que se veía presionado por desconocidos, no supo reaccionar y, tras consultarlo en su propio teléfono, dio en recepción el número del padre de su amigo. Ahora ambos temían la reacción de John al enterarse de que su hijo había sido encontrado sin conocimiento en un parque cercano a su casa a las siete de la mañana.

—¿Qué le vas a contar a tu padre? —preguntó Bran como si le hubiera leído la mente a Michael.

—No lo sé. Quizá que no podía dormir y que quedé contigo para ir pronto al instituto.

—¿No sabe que te han expulsado?

—No se lo he dicho.

—Esto no pinta muy bien.

Michael se encogió de hombros ante la preocupación de su amigo. Sabía que nada de lo que ocurriera a continuación podía ser bueno para él y mucho menos ahora que su padre parecía

haber perdido el control de nuevo. Quizá no le importara demasiado lo que Michael hiciera en un parque a las siete de la mañana, pero lo que no le iba a gustar era el tema de la expulsión y mucho menos que no se lo hubiera contado. Bran, mientras su amigo daba vueltas a todos esos temas y cuestiones, dejó que su mente hiciera uno de esos trabajos de campo, como a él le gustaba llamarlo, en el que comenzaba a sondear todas y cada una de las posibilidades que se le ocurrían sobre un tema hasta que lograba desgranarlas y encontrar la que más se adaptaba a su forma de pensar o a sus necesidades. Michael reparó en el gesto impertérrito que mostraba y supo que no podía ni quería molestarlo. Los minutos pasaron en completo silencio hasta que, como si regresara de una alucinación o de una abducción extraterrestre, Bran parecía despertar y se mostraba de nuevo como el chico tranquilo y reservado que era.

—¿Alguna conclusión? —preguntó Michael a sabiendas de que se encontraba ante uno de los trabajos de campo de su amigo.

—Solo una. Que no hay explicación racional ni científica para todo esto. Y he dicho racional y no razonable porque, como dijo Friedrich Hegel, todo lo racional es real y todo lo real es racional. Lo malo es que nos encontramos ante algo que no sabemos si es real o solo ocurre en el mundo de los sueños. De ahí que quizá sea razonable, aunque no sea racional.

En la mayoría de los casos, Michael no tenía ni la más remota idea de lo que hablaba su amigo Bran cuando regresaba de uno de sus trabajos de campo y soltaba una retahíla de teorías poco convencionales que tan solo su propio padre podía seguir. En esta ocasión, Michael tuvo muy claro de lo que hablaba su amigo porque él sentía en su interior una concepción de lo que ocurría a su alrededor a la que había definido en silencio como una locura sin sentido, pero a la que le gustaría dárselo. Algo así como lo irracional que no es real, pero que, por su experiencia, sentía que era más razonable que muchas teorías demostradas por científicos de renombre. Le seguía pareciendo una locura, pero era su propia locura, la que estaba viviendo y en la que se sentía alguien con una misión especial. Como le había transmitido Pierre, él era el elegido para salvar el mundo de los sueños y con ello el mundo en el que vivía y, pasara lo que pasase, no quería dejar ese rol.

—Entonces, lo único que podemos hacer es continuar con la misión —comentó Michael con el ceño fruncido y la mente funcionando a toda velocidad.

—O eso o pensar en que todo es un sueño y no hacer nada —elucubró Bran al tiempo que se encogía de hombros y se sentaba en una silla bajo el televisor—. Lo malo de esa opción es que está muy bien si creemos a pies juntilla lo que dijo Hegel.

—Lo racional es real y lo real es racional.

—Exacto. Lo malo de esa teoría es que es bastante objetiva y el mundo es subjetivo. Lo irreal es todo aquello que no somos capaces de tocar con nuestras manos o ver con nuestros ojos, pero mi padre me enseñó a comprender el mundo como un prisma de infinitos colores. Solo podemos ver un color a la vez, pero, si cambiamos de posición, el color cambia con nosotros.

—Parece una buena teoría.

—Ya lo creo —comentó Bran entusiasmado al comprobar que podía hablar con su amigo de temas que creía vedados para él y que ahora sentía de los dos. Quizá fuera por la experiencia vivida, pero sentía que la mente de su amigo había florecido como una margarita en primavera.

Michael sonrió al ver el rostro de satisfacción de su amigo, pero, en cuanto escuchó una voz conocida y grave en el pasillo, el corazón se detuvo en su pecho y le hizo un gesto a Bran para que guardara silencio. Las cortinas estaban echadas y no se podía ver nada a través de las cristaleras que separaban la habitación del pasillo, pero la voz de su padre era inconfundible y John no tardó en entrar en la habitación. Al ver a su hijo en la cama se detuvo en la puerta y

respiró hondo para calmar el ímpetu que siempre lo guiaba allá donde fuera. Michael miró a su padre con cierto temor y mucho más al descubrir en su rostro las señales que siempre le indicaban cuándo había bebido o cuándo la sobriedad mandaba en su vida. Los ojos vidriosos y la mirada ligeramente perdida no dejaban lugar a ninguna duda. A pesar de todo, John miró de reojo a Bran y le hizo un gesto con la mano en forma de saludo antes de dirigirse hacia la cama y colocar sus manos en el varal.

—¿Qué ha pasado?

—No podía dormir y quedé con Bran para ir pronto al instituto —explicó Michael con una mal fingida templanza—. Nos sentamos en los columpios y me quedé como dormido.

El chico miró a su amigo buscando algún gesto de complicidad, pero el rostro de Bran era una máscara de piedra. John agachó la cabeza y Michael vio una lágrima brillar en la mejilla de su padre. Quizá fueran remordimientos o la preocupación que cualquier padre mostraría ante lo ocurrido, aunque nadie podría saberlo jamás. En ese momento entró un médico con una carpeta en la mano y Michael aprovechó la tesitura para expresar sus verdaderos sentimientos.

—Estoy bien —comentó con la vista fija en el médico—. Quiero irme a casa.

El doctor abrió la carpeta y extrajo de ella un papel que miró con detenimiento de arriba abajo para no perder detalle de ninguno de los datos allí escritos. Una vez terminada la lectura volvió a guardar la hoja en la carpeta y asintió conforme.

—Estás bien y no hay motivos para tenerte en observación. Yo mismo te quito la vía y, en cuanto te vistas, podéis recoger el alta en recepción.

—¿Alguna recomendación, doctor? —preguntó John visiblemente preocupado.

—Nada. Si nota algo raro que no dude en volver por aquí, pero debe llevar vida normal. Quizá fuera una bajada de tensión.

El doctor dejó la carpeta sobre la cama de Michael y tomó su mano para retirarle la vía. Al extender los dedos para facilitar la extracción de la aguja el médico vio la marca circular en la palma de la mano de Michael y frunció el ceño al tiempo que emitía un gruñido que no gustó al chico.

—¿Cómo te has hecho esto?

Michael dudó un instante y esa fue la sentencia.

—Yo... fue... jugando con mi amigo. ¿A qué sí, Bran?

—Eh... ah... Claro —añadió Bran al que acababan de pillar en un renuncio.

El médico miró de reojo al padre de Michael y dejó la vía en su sitio. Volvió a coger la carpeta y salió de la habitación a toda prisa. Michael vio que antes de salir del cuarto ya llevaba el móvil en la mano y parecía marcar un número.

—¿Qué ocurre? —preguntó John que, al ver la marca circular en la mano de su hijo, se quedó con la boca abierta—. ¿Cómo te has hecho eso?

A Michael no le dio tiempo ni a responder. Un miembro del personal de seguridad del hospital se plantó en la puerta de la habitación y, antes de que se dieran cuenta, aparecieron dos agentes de policía que entraron en el cuarto acompañados por el médico.

—¿Es usted el señor Gallagher? —preguntó uno de los agentes con voz neutra y gesto duro y amenazador.

—Sí, lo soy. ¿Qué ocurre?

—Tendrá que acompañarnos hasta que lleguen los de asuntos sociales.

El padre de Michael se movió inquieto y se acercó aún más a su hijo como si con ese gesto lo defendiera de algún posible ataque sin saber que el que realmente estaba en peligro era él mismo.

—¿Asuntos sociales? —preguntó sorprendido—. No lo entiendo.

Uno de los agentes se acercó a él con un brazo extendido, pero Michael pudo ver cómo el otro extraía la porra del cinturón y se preparaba para lo peor. Bran se acercó a la cama de su amigo y se parapetó tras ella. No podía soportar estar en un cuarto tan pequeño y con tanta gente, pero mucho menos podía soportar la violencia que se veía venir.

—No nos lo ponga difícil —explicó el agente que con el brazo extendido parecía algo más conciliador—. Hay evidencias en su hijo de maltratos físicos y puedo oler el whisky desde aquí. Usted nos acompaña y esperamos a los de asuntos sociales en otra sala.

John se giró para mirar a su hijo y los agentes le dieron el tiempo justo para que le dirigiera una última mirada cómplice que atravesó el corazón de Michael como una saeta. Uno de los policías dio un par de pasos hacia él y le puso la mano en el hombro, pero John, al sentir el contacto y abotargado por los efectos del alcohol, se revolvió y se soltó del agarre. El otro agente, porra en mano, se abalanzó sobre el padre de Michael, le dio la vuelta y pasó el arma por detrás de sus brazos para inmovilizarlo. John cayó de rodillas e intentó ponerse en pie, aunque el policía que había intentado mediar, evidentemente harto de la situación, le colocó la rodilla en la espalda y tumbó al padre del chico en el suelo al tiempo que sacaba las esposas de un compartimento de su cinturón e intentaba colocárselas en las muñecas.

Bran, al verse superado por la situación, se encogió todo lo que pudo detrás de la cama de Michael, pero éste, sin poder contenerse al ver a su padre tumbado en el suelo, se arrancó la vía de la muñeca y se arrodilló a los pies de la cama desde donde intentó detener a los policías.

—Déjanos hacer nuestro trabajo, chico —comentó uno de los agentes—. Luego nos lo agradecerás.

—Pero es que él no ha hecho nada —explicó Michael sin que le hicieran demasiado caso y sintiendo el sabor amargo de las lágrimas—. Nunca me ha puesto la mano encima.

El agente de la porra dejó que su compañero le pusiera las esposas a John, lo levantó y se acercó a Michael al que intentó poner la mano en el hombro. El chico se inclinó hacia un lado y no dejó que lo tocaran.

—Estás confundido, chico. Lo entiendo, pero es lo mejor para ti.

Michael guardó silencio, pero no podía evitar que la rabia comenzara a copar cada rincón de su ser. Aquel hombre no era el mejor padre del mundo, aunque nunca le había puesto la mano encima. De hecho, la primera muestra de violencia por parte de su padre la había experimentado unas horas antes cuando una botella de whisky había acabado rota en mitad del salón junto a sus pies. Él sabía que el alcohol podía embotar los sentidos y lo disculpaba, pero no podía consentir que detuvieran a su padre por unos maltratos que no habían existido.

—Por favor, déjenlo en paz.

—No pasa nada, chico.

Los agentes levantaron a John con esfuerzo y lo empujaron de malos modos hacia la puerta donde el padre de Michael se volvió hacia él y, con evidente vergüenza, miró a su hijo y le sonrió como pudo. A Michael se le quebró el corazón y sintió cómo la palma de su mano comenzaba a quemarle. Colocó las manos sobre el varal metálico que, casi al instante, comenzó a desprender un humo casi imperceptible, pero que Bran pudo observar con claridad desde donde se encontraba junto a su amigo.

—Esto no pinta bien —susurró al ver las manos de su amigo y comprobar que la temperatura de la estructura de la cama comenzaba a subir.

—¡Dejad a mi padre en paz! —gritó Michael sin poder contener la rabia—. ¡Él no ha hecho nada!

John, al escuchar el grito desesperado de su hijo, se dio la vuelta, volvió a sonreír con una complicidad que llevaba sin mostrarle varios años y le guiñó un ojo para que se calmara, pero Michael estaba muy lejos de tranquilizarse.

—No te preocupes, hijo. Todo se va a aclarar. Te quiero.

—¡Nooooo!

Michael sintió cómo el calor que emanaba de sus manos ascendía por sus brazos e inundaba todo su ser. Sintió un deseo irrefrenable de lanzar toda esa vaharada de calor en dirección a los agentes de policía, pero temía herir a su padre por lo que se concentró en todo lo que le rodeaba. Los ojos se le pusieron en blanco y su cuerpo comenzó a convulsionar ligeramente. Las luces de la habitación y del pasillo comenzaron a parpadear, las cortinas que cubrían las cristaleras empezaron a moverse de un lado a otro y el aparato que se utilizaba para los electrocardiogramas se convirtió en un instante en un polígrafo del que nacía una lengua de papel que comenzaba a caer por el suelo. Una bombilla explotó sobre las cabezas de los agentes de policía que tuvieron el tiempo justo para agacharse y cubrirse a la vez que lo hacía el padre de Michael. Los tres hombres se volvieron hacia el chico y vieron cómo caía sobre la cama al tiempo que las bombillas volvían a lucir con normalidad. John se separó de los policías y se acercó a su hijo que intentaba incorporarse con cierta dificultad.

—Mi padre... mi padre nunca me ha puesto la mano encima —balbuceó al tiempo que se ponía en pie y se abrazaba a él—. Ya tengo quince años. No soy ningún crío.

John sonrió a su hijo, pero este gesto dejó paso a un llanto convulso que terminó por conmocionar a los dos agentes de policía que parecieron compadecerse del hombre detenido. Intercambiaron una mirada y ambos asintieron al mismo tiempo. Uno de ellos, aún confundido por lo que había ocurrido en la habitación del hospital, se acercó a John y le quitó las esposas.

—Nosotros nos encargamos de todo —comentó el policía de la porra con un tono de voz menos autoritario—. Hablaremos con el médico.

—Chico, tienes que explicarnos algún día como has hecho lo de las luces —comentó el otro agente antes de salir de la habitación—. Cuida de tu padre y consigue que deje de beber.

Una vez a solas y al verse libre de las esposas, John rodeó el cuerpo de su hijo y lo atrajo hacia sí con fuerza. Bran se incorporó y abandonó su escondite. Al verlo, el padre de Michael extendió uno de sus brazos y lo invitó a unirse al abrazo aún a sabiendas de que el carácter del chico era muy reservado. Para su sorpresa, Bran tan solo dudó un instante antes de rodear la cama, acercarse a John y dejar que éste también lo rodeara con el brazo que le quedaba libre. En ese momento hizo acto de aparición el padre de Bran que, al ver los cristales de la bombilla en el suelo y a los tres abrazándose, se detuvo en la puerta y observó la escena con incredulidad.

—¡Papá!

Bran se separó del abrazo multitudinario y se lanzó a los brazos de su propio padre que lo acogió con dulzura y amor.

—¿Qué ha pasado, Bran? Me he asustado mucho.

—Nada, papá. Quedé con Michael para ir juntos al insti, pero le dio una bajada de tensión en el parque. ¿Papá, crees en la acumulación de la energía como algo inherente al ser humano?

—Creo que todos somos energía en estado puro y que debemos aprender a gestionarla.

Como si nada hubiera ocurrido, el señor Thompson y su hijo se despidieron de Michael y de su padre con un gesto de la mano y se marcharon al tiempo que intercambiaban opiniones sobre uno de los múltiples temas que parecían elegidos al azar, pero que, en este caso, significaba mucho para Bran y para la misión que tenía entre manos y que compartía con su mejor amigo, con su peor enemigo, con la chica de la que estaba enamorado Michael y, ahora, con dos chicos

franceses a los que no conocía. John achuchó a su hijo una vez más antes de acercarle la bolsa donde estaba guardada su ropa.

—¿Quieres que te ayude a vestirte?

Michael cogió la bolsa y dudó un instante antes de dirigirse a su padre con tal franqueza que temió su respuesta.

—No, papá. No me gusta el olor del whisky.

John agachó la cabeza al escuchar el comentario mordaz de su hijo, pero, en lugar de ofenderse o enfadarse, elevó la cabeza con altivez y miró a Michael con un brillo en los ojos que parecía olvidado.

—Dejarás de olerlo, hijo. Te lo prometo.

Michael sabía que, cuando vivía su madre, las promesas de su padre eran algo sagrado. Incluso, en algunas ocasiones, ella había ganado alguna riña hogareña al aprovecharse de la bondad de su marido y de los ideales que él defendía y por lo que se había enamorado de él. Su palabra era sagrada y Michael cruzó los dedos para que aquella vez no fuera distinta. Como si pudiera leer sus pensamientos, su padre se puso serio y lo miró a los ojos.

—Una promesa es una promesa y la palabra de un hombre es su mayor tesoro. ¿Recuerdas?

Michael recordó al instante y no pudo evitar que las lágrimas anegaran sus pupilas. Esas palabras solía repetirlas su padre cada vez que alguien le fallaba o cuando Michael prometía alguna cosa que luego no cumplía. Llevaba dos años sin escuchar esa frase que tantas y tantas veces le dijo a su madre y no pudo evitar emocionarse. Recorrió la breve distancia que lo separaba de su progenitor y se abrazó a él.

—Siento el olor a whisky —se disculpó.

—No te preocupes, papá. Ahora mismo no me molesta.

Michael se separó de su padre, se cambió de ropa y dejó la bata sobre la cama. Miró de nuevo el cuarto donde había pasado las últimas horas y pasó por encima de los cristales rotos antes de abandonar la habitación. John hizo lo mismo y, nada más llegar al pasillo, pasó su brazo por encima del hombro de su hijo y se sintió cercano a él como siempre lo había estado hasta aquella fatídica tarde. Llegaron al ascensor y bajaron las tres plantas en absoluto silencio. Una vez en el aparcamiento, Michael buscó el coche, pero no lo encontró. Su padre esquivó su mirada avergonzado, pero el chico hizo caso omiso de ese gesto.

—¿Dónde está el coche?

—Estropeado. No tengo dinero para el taller.

Ambos guardaron silencio y un instante de tensión se elevó entre ellos, pero Michael no estaba dispuesto a romper de nuevo con lo que su padre le transmitía. Necesitaba sentirlo y no quería romper ese frágil hilo de cristal por algo material. Se encogió de hombros, se agarró del brazo de su padre y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Sabes una cosa, papá? —preguntó Michael con dulzura—. Hace mucho que tú y yo no montamos juntos en un autobús.

John se separó ligeramente de su hijo y lo besó en la nuca al escuchar sus palabras. Sentía que la confianza que depositaba su hijo en él no era algo que debía menospreciar por lo que se prometió a sí mismo hacer lo posible para cambiar y para recuperar el amor de su hijo. Lo era todo para él y mucho más ahora que su mujer no estaba entre ellos. Comenzaron a caminar muy juntos en dirección a la parada del autobús, pero a pocos pasos del cartel que indicaba la línea tres que los acercaría a su barrio, John se detuvo y frunció el ceño.

—Michael, ¿cómo has hecho lo de las luces?

El chico, sin separarse de su padre, suspiró al escuchar la pregunta, pensó un instante en la respuesta más acertada y se dejó llevar por sus sensaciones y por lo que sentía cuando veía la relación que mantenía Bran con su padre.

—Papá, ¿crees en el poder de los sueños?

## Catorce

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Es que no es tan sencillo.

Bran se puso en pie de nuevo y comenzó a moverse por la habitación con las manos enlazadas detrás de la espalda tal y como le gustaba hacer cuando se comportaba como un pensador o cuando algo realmente le preocupaba.

—Estuve un rato hablando con él, pero no dijo gran cosa.

—Pero, ¿qué fue lo que le contaste?

—Que podía viajar al mundo de los sueños y que estaba haciendo todo lo posible para destruir al Señor de las sombras.

—¿Nada más?

—Bueno, y que los ladrones de sueños se apoderan de los recuerdos de los adultos y por eso dejan de soñar.

Bran detuvo su caminar, miró a su amigo con cierta condescendencia y se dejó caer en la cama de Michael como un fardo. Cerró los ojos y volvió a enlazar las manos, pero esta vez por detrás de la nuca. Unos segundos después volvió a incorporarse en la cama para hacerle un gesto a su amigo con el dedo índice pegado a la sien.

—Tú estás como un cencerro —afirmó sin ninguna duda.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque no puedes contarle todo esto a tu padre sin que él te meta en un manicomio. Demasiado que te deja ir por ahí sin la camisa de fuerza.

—Pero...

—Ponte en su lugar —le cortó Bran sin contemplaciones—. Si yo te hubiera contado algo parecido hace unos días, ¿qué hubieras pensado?

—Que estabas loco.

—Pues eso.

Michael se sentó en su cama junto a Bran y ambos se quedaron contemplando la blanca pared de la habitación. Estuvieron en esa posición durante unos pocos minutos hasta que el timbre de la puerta de la entrada los sacó de su ensimismamiento y los devolvió al mundo real del que

había escapado un instante. Escucharon una voz suave y cálida en la planta baja mezclada con la grave y algo autoritaria de John y ese sonido se vio acompañado por los pasos de dos personas subiendo las escaleras. Poco a poco se fueron acercando a la habitación de Michael y ambos chicos aguantaron la respiración y esperaron impacientes. La puerta se abrió sin que John se molestara en llamar y ante ellos se mostró el rostro sonriente y los ojos brillantes de Beth.

—Tenéis visita, chicos.

John no pudo evitar sonreír al ver las mejillas sonrosadas de su hijo y le hizo un gesto cómplice a Bran, pero que el chico rechazó con una muestra de asco. Por si ello fuera poco, la presencia de la chica incomodaba al amigo de Michael que, como solía ser costumbre en él, se puso en pie y se alejó todo lo que pudo de la chica. Ella vio el movimiento previsible de Bran, pero no hizo ningún gesto que mostrara molestia o algo similar. Tan solo se acercó a Michael y se sentó junto a él en la cama ante la mirada divertida de John. Michael atravesó a su padre con la mirada y éste desapareció sin poder evitar sonreír. Haberse encontrado con su hijo en el hospital y descubrir un mundo que se escapaba a su entendimiento le había hecho avanzar un simple pasito, pero lo suficiente para salir de la ciénaga en la que se encontraba.

—¿Cómo estás? Ya me he enterado de que te llevaron al hospital.

—¿Y cómo te has enterado?

Beth soltó una risita que a Michael le sonó a música celestial. Bran, por su parte, jugueteaba con la figura de un Transformer y no dejaba de resoplar.

—Ya sabes que esto es como un pueblo. Esta mañana ha entrado una señora en el súper y ha comentado en voz alta que al chico de los Gallagher se lo había llevado la policía drogado y no sé qué más.

Michael dio un respingo.

—¡Eso es mentira!

—Ya lo sé. La gente es muy mala. Rascando un poquito, mi madre ha descubierto la verdad. ¿Te quedaste dormido en el parque?

—La verdad es que no.

Michael dedicó la siguiente media hora a explicarle a su amiga lo que le había ocurrido la tarde anterior al viajar al mundo de los sueños y de cómo había conocido a Pierre y a su hermana Margery. También le explicó que el chico le había salvado la vida y que le había entregado una piedra de color verde con la que podía viajar a voluntad del mundo de los sueños al mundo real y viceversa.

—¿Y eso es lo que hiciste en el parque?

—Sí. Lo malo es que parece que, si viajo con la piedra, nadie me puede despertar. Eso es lo que me ocurrió y por eso acabé en el hospital.

—¡Vaya!

Beth miró a Michael con verdadera admiración y él comprendió lo que ella demandaba con la mirada. Le enseñó la piedra del color de la aguamarina, pero en ningún momento hizo ademán de entregársela. Tampoco ella extendió la mano para apoderarse de la pequeña piedra. A pesar de eso, los planes de la chica daban vueltas en su cabeza y no tardó en exponerlos.

—Podíamos dar una vuelta por el mundo de los sueños.

Bran dio un respingo en la silla que ocupaba y el Transformer acabó en el suelo con la cabeza separada del cuerpo.

—Eso es una gilipollez. ¿Para qué viajar al mundo de los sueños sin un plan que llevar a cabo? No tiene sentido.

Beth se dio la vuelta y atravesó a Bran con la mirada.

—¿No puedes desconectar un segundo tu mente cuadrículada? Esto es lo que se llama vivir una aventura y lo tenemos al alcance de la mano.

—Esto es lo que se llama jugarse la vida y también está al alcance de vuestra mano.

—Ya vale, chicos.

Michael se metió en la disputa y acabó con ella con tan solo una frase. Beth se olvidó al instante de Bran y se centró en la piedra verde. Bran volvió a recoger la figura articulada del suelo y la devolvió a la estantería mientras miraba a Beth con furia. Michael vio el gesto, lo miró de reojo y le hizo un gesto con la palma de la mano para que se tranquilizara, pero su amigo hizo caso omiso, cruzó los brazos por delante del pecho y le dio la vuelta en la silla. Michael no se lo pensó dos veces. Tenía delante la ocasión de demostrarle al amor de su vida que era un chico valiente y que sabía vivir aventuras como un adolescente popular y no como la escoria que se creía. Tomó la mano de Beth y ella no lo rechazó. Sintió un hormigueo ascender por su brazo al sentir la calidez de la piel de su amiga y, ante el movimiento de cabeza de ella, se concentró y pensó en la vereda que llevaba a la laguna de los recuerdos. Todo se esfumó a su alrededor y lo último que vio fue a su amigo que se incorporaba de la silla y le decía algo que no fue capaz de oír.

Ambos chicos cayeron sobre la cama con los ojos cerrados y Bran se quedó allí, junto a sus pies, y con la daga en la mano. Le había gritado a su amigo que no se fuera, pero él no lo había escuchado y ahora había viajado al mundo de los sueños sin la única arma que parecía poder utilizar para defenderse del ataque de los ladrones de sueños. Lo que más le extrañaba era el poder ver los cuerpos de Michael y de Beth sobre la cama, aunque con la certeza de no estar junto a ellos. Rezaba para que al padre de su amigo no le diera por subir a la habitación porque entonces no podría explicar por qué los dos chicos se encontraban sobre la cama, pero sin estar allí realmente. Arrastró la silla hasta colocarla frente a los dos cuerpos y, con la daga en la mano, fijó su vista en ellos como si con ese gesto les estuviera brindando todo su apoyo. Los dedos de la mano de Michael continuaban rodeando la piedra y la mano sobrante seguía unida a la de Beth. Bran no pudo evitar sonreír al recordar la cara de felicidad de su amigo al sentir la piel de la chica junto a su brazo. Quería a Michael como a un hermano y lo único que le deseaba era que fuera feliz y que recuperara a su padre. Cuando su madre murió se unió a él mucho más de lo que lo hubiera hecho si hubieran sido hermanos y, durante unas pocas noches, compartieron habitación y lágrimas. Bran solía caer dormir como un tronco, pero en mitad de la noche se despertaba y escuchaba el llanto suave de su amigo que intentaba no despertarlo. Por la mañana hacía como que no lo había escuchado y todo quedaba entre ellos, aunque Michael sabía que Bran se despertaba por las noches y lo escuchaba. Poco a poco se fueron haciendo uña y carne y Michael le devolvió todo lo que había hecho por él cuando descubrieron que el cerebro de Bran no funcionaba al ritmo que el de los demás chicos y se había encontrado, de repente y sin comerlo ni beberlo, en el mundo de los adolescentes asociales y rechazados por la sencilla razón de ser distintos. Para Michael siempre fue el mismo chico feliz e inteligente que era capaz de ver en el interior de las personas mucho más de lo que nadie podía intuir. Ambos se debían mucho y eso los había convertido en los mejores amigos, pero ahora Michael parecía descontrolado y a Bran no le quedaba otra que mostrar el lado racional que parecía faltarle a su amigo. Decidió esperar unos minutos antes de intentar despertarlos así que se puso en pie y comenzó a caminar por la habitación con la vista fija en su amigo y la cabeza a pleno rendimiento.

Michael abrió los ojos y se encontró en el sendero que conducía a la laguna de los recuerdos. Sintió la calidez de la piel de Beth en su mano izquierda y se vio tentado de no separarla jamás. Ella lo miraba con cierta admiración y también parecía retener el contacto lo más

posible. Ambos sonrieron al mismo tiempo y, cogidos de la mano, comenzaron a descender por el sendero en dirección al valle. A medio camino escucharon un lamento que provenía de las montañas cercanas y se detuvieron para escuchar con más detenimiento. Una pequeña senda nacía de la que ellos transitaban y se alejaba del valle en dirección a uno de los picos que se elevaban en el horizonte. A Michael aquellas montañas le recordaban a las que visitaban cada año en vacaciones de verano y donde disfrutaba buscando huellas de osos o sintiendo la brisa acariciar su rostro. El recuerdo de su madre junto a él en mitad de un bosque de grandes secuoyas se hizo tan tangible que le quebró el corazón en tan solo un instante.

—¿Qué te ocurre? —preguntó su amiga al ver el rostro contrariado de Michael.

—Un mal recuerdo. No te preocupes.

Aquello estaba muy lejos de ser un mal recuerdo, pero era la única forma que en ese momento encontraba para definirlo ya que, lejos de hacerlo sentir bien, aquel lugar volvía las imágenes felices del pasado recuerdos oscuros que absorbían las energías positivas y en su lugar dejaba un poso de desesperanza que rompía el alma en mil pedazos. Michael sacudió la cabeza para espantar la imagen de su madre en el interior del bosque de árboles gigantes, pero ya era demasiado tarde. A lo lejos escucharon un aullido seguido de otro y que poco a poco comenzaron a llenar el valle. La suave brisa les traía los chillidos de los ladrones de sueños que, al percibir el recuerdo doloroso de Michael, se habían sentido atraídos por la energía negativa que desprendía.

—¿Qué es eso? —preguntó Beth aterrorizada al escuchar el grito al unísono de los ladrones de sueños—. Parece que se acerca.

—Son los ladrones de sueños —se aventuró a afirmar Michael que ya había escuchado muy cerca ese mismo lamento—. Creo que me han sentido y ahora vienen a por nosotros. ¡Corre!

Michael cogió a Beth de la mano y la arrastró en dirección a la montaña que se elevaba frente a ellos y donde quizá pudiera encontrar una abertura que significara para ellos un refugio. Corrieron todo lo rápido que pudieron hasta que sintieron los latidos de sus corazones en las sienes. Los aullidos se iban acercando y supieron en ese momento que los ladrones de sueños se estaban aproximando a ellos de forma peligrosa. Un paso tras otro se fueron acercando a las montañas, pero una sombra oscura pasó junto a ellos y rozó el cuello de Michael. Sintió cómo su corazón se encogía y una tristeza infinita se apoderaba de todo su ser. Experimentó en su interior la necesidad de detener su escapada y entregarse a esos seres que se alimentaban de lo más hondo y profundo que poseía: sus recuerdos.

—¡Corre, Michael! —gritó Beth al ver que su amigo dudaba—. ¡No te detengas ahora!

Él intentó obedecer la orden de su amiga, pero una fuerza más poderosa que su propia voluntad se apoderó de su mente y lo obligó a detenerse. Beth frenó su carrera al ver a uno de los ladrones de sueños aproximarse a Michael, pero no supo qué hacer. Se agachó, agarró la primera piedra que encontró y se la lanzó a la criatura oscura, pero el proyectil la atravesó como si nada. Michael permanecía de pie, con los ojos en blanco y la voluntad a merced del ser lúgubre que se había apoderado de ella.

—¡Michael!

El ladrón de sueños esperó la llegada de otros seres oscuros que, al ver la figura inmóvil del chico, emitieron una especie de carcajada que se clavó en el alma de Beth. Ella permanecía inmóvil sin saber qué hacer y con la vista fija en su amigo mientras los ladrones de sueños extendían sus tentáculos y abrían las fauces para atacar a su vecino.

—Michael...

Cuando ya creía que todo estaba perdido para su amigo y para ella misma escuchó un crujido a su izquierda y vio un objeto de color rojizo que atravesaba el aire en dirección a una de

las criaturas oscuras y que impactaba en ella. Sonó un aullido aterrador que retumbó en el valle y el ladrón de sueños se desintegró como si nunca hubiera estado allí. Sus compañeros se volvieron en dirección al lugar de donde había provenido el proyectil y se encontraron con una chica rubia que, honda en ristre, los observaba desde lo alto de un risco. Una de las criaturas oscuras se lanzó a por ella, pero en mitad del recorrido se encontró con la daga de un chico que parecía acompañar a la joven y que guardaba un gran parecido con ella. Uno de los tentáculos fue cercenado y el ladrón de sueños se encogió sobre sí mismo antes de ser partido por la mitad por el chico recién llegado.

De las tres criaturas que aún permanecían junto a Michael dos se abalanzaron sobre los hermanos, pero una de ellas se quedó junto al chico americano y se acercó a él de forma peligrosa. Beth intentó llamar su atención, pero sin ningún resultado y los dos chicos franceses estaban ocupados intentando repeler el ataque de los otros dos seres. El ladrón de sueños se acercó a Michael y siseó junto a su oído. Con uno de sus tentáculos rozó el brazo de Michael y Beth pudo ver cómo la carne de Michael se abría en aquel lugar y un humo de color negro hacía acto de presencia.

—¡Michael! ¡Noooooo!

Bran se sobresaltó en la habitación. Sin saber muy bien cómo, escuchó el grito de Beth y la carne se le puso de gallina. Sabía que algo malo le ocurría a su amigo y, al acercarse a él, supo que estaba en lo cierto. El cuerpo de Michael se estremecía sobre la cama junto al de su amiga y pudo ver cómo una herida comenzaba a abrirse en el antebrazo. Sin pensarlo dos veces cogió una camiseta de su amigo del cesto de la ropa sucia y presionó con ella la herida con idea de evitar una hemorragia, pero, casi al instante, una mancha de color oscuro apareció en la pechera del chico. Bran dejó de presionar y le subió la camiseta a Michael para comprobar horrorizado que una herida similar a la del brazo había aparecido en el pecho del chico. Se incorporó sin saber muy bien qué hacer para ayudar a Michael cuando vio algo brillar a sus pies y que llamó poderosamente su atención. Se agachó y volvió a incorporarse con la daga en una de sus manos. La estrella de nácar brillaba con fuerza y una luz azul iluminaba toda la habitación. Pero ese fulgor no provenía tan solo de la daga que Bran sostenía, sino que el chico pudo ver un brillo similar, pero de color verde luchar por abrirse paso entre los dedos de la mano derecha de Michael. Al instante supo lo que tenía que hacer, aunque una duda lo atenazó. Abrió la mano de su amigo y apretó la piedra ahora de color verde intenso en su mano, pero para poder viajar al mundo de los sueños debía imaginárselo y él nunca había estado allí. Por mucho que intentara crear una imagen real en su mente de lo que su amigo le había explicado, no se movía de la habitación en la que se encontraba. El miedo comenzaba a atenazarle cosa extraña en él muy dado a los pensamientos abstractos y a las ideas más absurdas que solían provocarle una gran satisfacción. Logró calmarse al recordar que su mente podía funcionar como una máquina perfecta siempre y cuando no dejara que el miedo al fracaso la atenazara. Se sentó en la cama junto a su amigo y respiró hondo varias veces seguidas hasta que logró que su mente prodigiosa desechara la imagen absurda que había creado con un amasijo de pistas que su amigo le había entregado. Supo que no podía viajar al mundo de los sueños pensando en aquel lugar, pero quizá el modo de transporte no fuera tan sofisticado como para no permitir que alguien acudiera junto a una persona que ya se encontrara en el mundo onírico al que deseaba viajar. Apretó en una de sus manos la daga y en la otra la piedra verde antes de cerrar los ojos y pensar en su amigo en un lugar neutro y sin ningún tipo de escenario. No le costó mucho esfuerzo pensar en Michael ya que pasaba con él la mayor parte de su tiempo libre. Sintió que el suelo temblaba ligeramente bajo sus pies y que la cabeza le daba vueltas, pero de una forma tan sutil que no podía pensar en un posible mareo o desequilibrio.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró ante un espectáculo dantesco que le heló la sangre en las venas.

Se encontraba en un bello paraje donde la hierba de color verde estaba dejando paso a un manto grisáceo que comenzaba a devorarla como si de la nieve se tratara. Las suaves colinas de roca se encontraban desperdigadas por acá y por allá y, apoyada en una de ellas, encontró a su amigo o lo que quedaba de él. Una de las criaturas oscuras que tantas veces había descrito se preparaba para el ataque final mientras Beth intentaba llamar la atención de aquel ser lanzándole piedras que traspasaban su cuerpo como si fuera de humo negro como el carbón. Bran vio a dos chicos jóvenes que luchaban con sendas criaturas muy cerca de donde ellos se encontraban. El chico blandía una daga parecida a la que él mismo portaba y la chica de pelo rubio que lo acompañaba hacía lo propio con un palo de madera de unos dos metros de longitud que blandía con destreza.

—¡Michael!

Bran se volvió al escuchar el grito de Beth y vio cómo la criatura oscura echaba uno de sus tentáculos hacia atrás y se preparaba, con las fauces abiertas, para dar el golpe de gracia al chico que parecía el objetivo a destruir. En contra de todo lo que su cerebro le ordenaba, Bran echó a correr en dirección al lugar donde su amigo yacía, pero, a pocos metros de él, giro hacia la derecha, apoyó uno de sus pies en una roca cercana y la aprovechó para saltar hacia el ladrón de sueños y para cercenar el tentáculo de un solo tajo. Para su propia sorpresa y teniendo en cuenta que no era muy ducho en los deportes, cayó sobre sus pies y pudo estirar el brazo en dirección a la nube oscura a la que atravesó con la daga sin saber el efecto que podía causar en la criatura. El ladrón de sueños lanzó un grito que se hundió en el alma de Bran que pudo escuchar varias voces que pedían socorro al unísono como si vivieran en el interior de la criatura. Supo que los sueños perdidos de los que Michael hablaba acababan de ser liberados al destruir a aquel ser malévolo. La criatura dejó de existir y Bran se encontró con los ojos azules de una joven rubia que intentaba, con gran esfuerzo, acabar con la existencia de otra de esas criaturas, pero que parecía llevar la voz cantante y mucho más cuando logró desarmar a la joven francesa que comenzó a retroceder, pero que dio con su espalda en una gran roca que le cortó la huida. Bran miró su mano y observó la daga que en ella parecía palpitar como si portara un verdadero corazón en su interior. En un alarde de osadía que ni él mismo creyó, dio la vuelta a la daga en su mano, la agarró de la punta con sus dedos como había visto en alguna película de artes marciales y, tras echar el brazo atrás para tomar impulso, la lanzó en dirección a la masa oscura que intentaba acabar con la vida de la joven francesa. Nunca supo si fue la fortuna o un alarde de maestría que su cuerpo mostró para enseñarle al cerebro que aún tenía mucho por decir, pero, cuando la daga atravesó de parte a parte al ladrón de sombras, lanzó un grito de júbilo que espoleó al chico francés para acabar con la otra criatura en un movimiento aprendido en clases de esgrima recibidas con tan solo seis años, cuando su padre aún vivía y creía que algún día podría servirle para algo.

Los cuatro chicos se abalanzaron sobre Michael que comenzaba a convulsionarse de tal forma que a Bran le recordó el ataque de epilepsia que uno de sus primos sufrió cuando fueron a visitarlo el verano anterior. Se arrodilló junto a su amigo y vio cómo el humo negro que parecía formar a la criatura oscura emanaba del interior de las heridas provocadas por aquel. Se volvió hacia los hermanos franceses y los miró con el rostro desfigurado por el miedo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó sin encontrar en su interior ninguna respuesta válida—. No podemos dejarlo morir.

Pierre se arrodilló a su lado y le colocó la mano en el hombro como señal de apoyo. Margery se situó al otro lado junto a Beth que lloraba amargamente al ver a Michael en ese

estado. Le dolía verlo así, pero aún le dolía más el no haber podido ayudarlo a pesar de estar dispuesta a dar su vida por el chico que tanto le gustaba y que había destronado de su corazón al chico malo y popular por excelencia. Se arrodilló a su lado y le dio un beso tierno en los labios que fue contemplado por un joven que acababa de hacer acto de presencia sin que ninguno de ellos se hubiera percatado. Al escuchar un carraspeo, los cuatro se volvieron y se encontraron con Rob que observaba la escena con el ceño fruncido, pero conservando la calma, cosa poca frecuente en él.

—Me envía la señora Philips —explicó con calma—. De alguna forma se enteró de lo que estaba ocurriendo y se puso en contacto conmigo. Ha abierto la puerta de acceso al desván y quiere que llevemos a Michael a su casa. No hay tiempo que perder.

Tanto Beth como Bran asintieron y los dos chicos franceses se relajaron al comprobar que sus compañeros de lucha conocían al recién llegado y parecían confiar en él. Bran pasó los brazos por debajo del cuerpo de su amigo e intentó levantarlo, pero su propio cuerpo parecía haberlo dado todo al lanzar la daga contra la criatura oscura. Rob lo apartó de un manotazo y, sin aparente esfuerzo, levantó a Michael y comenzó a caminar con paso decidido por un sendero casi invisible que ya había recorrido un instante antes en dirección contraria. Pierre detuvo a Bran antes de que desaparecieran.

—Escríbeme en cuanto puedas para decirme cómo está Michael.

—Lo haré.

Se estrecharon la mano y Bran, por primera vez en mucho tiempo, sintió que la parte cerebral que siempre controlaba cada una de sus decisiones dejaba paso a una mucho más espontánea que no terminaba de desagradarle, pero que parecía hacer acto de presencia de vez en cuando. Se despidió de la chica francesa con un gesto con la cabeza, pero ella lo detuvo y se plantó frente a él.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí —le dijo con tono dulce al tiempo que le entregaba la daga que había lanzado contra la criatura oscura—. Me has salvado la vida.

Para sorpresa de Pierre y del propio Bran, la chica se acercó a él y le dio un beso tierno en los labios similar al que Beth había entregado a Michael unos instantes antes. El corazón de Bran comenzó a latir a mil por hora y, sin poder comentar nada, se vio arrastrado por Beth hacia el lugar donde Rob los esperaba impaciente sobre la loma de una colina.

—El Señor de las sombras se acerca —comentó el chico con Michael en sus brazos—. Podíamos dejar las mariconadas para otro momento y regresar a nuestro mundo.

Tanto Bran como Beth asintieron y comenzaron a caminar detrás de Rob en dirección a la puerta que ya podían observar junto a una arboleda al final del sendero. Bran se dio la vuelta y vio cómo los dos hermanos franceses desaparecían tras unas rocas y no pudo evitar suspirar con fuerza. Aquella chica rubia de ojos azules le había dado su primer beso y ahora se sentía muy extraño al tiempo que sus pies le hacían moverse con ligereza hacia el lugar que los unía al desván de la señora Philips, aquel lugar que su amigo ya había bautizado con anterioridad como el desván de los sueños perdidos.

## Quince

Nada más cruzar el portal que unía el desván de la señora Philips con el mundo de los sueños, Rob dejó el cuerpo de Michael sobre el suelo de tablas de madera. Los tres chicos lo rodearon con el alma encogida y sin saber qué hacer. El rostro de Michael era una máscara cerúlea y gotas de sudor perlaban su frente. La camiseta de color claro mostraba varias marcas de sangre allá donde los tentáculos de los ladrones de sombra habían sajado la piel. Parecía un muñeco desmadejado y Beth, a pesar de la incómoda presencia de Rob, se arrodilló al lado de Michael y le dio un suave y tierno beso en los labios. Bran permanecía a su lado sin saber cómo actuar. La situación lo había superado y lo único que anhelaba era regresar a la seguridad de su habitación, cerrar los ojos y olvidar la pesadilla que acababa de vivir. Para un adolescente, que huía sistemáticamente de las masas y del contacto con otras personas, la aventura vivida suponía mucho más de lo que alguien con su cerebro podía soportar. Sintió el peso de la daga en la mano y la miró con cierta acritud como si ella fuera la culpable de lo ocurrido. Aún goteaba un líquido oscuro y Bran la dejó caer a los pies de Michael.

—Recógela y límpiala. Os volverá a servir.

Al escuchar la voz quebrada de la señora Philips, los tres chicos se volvieron al unísono en el preciso instante en el que la puerta de entrada al desván de arriba de par en par y entraba la anciana. Su rostro se mostraba sereno, pero, al ver el cuerpo de Michael sobre el suelo de madera, cambió la expresión a otra mucho más preocupada y acorde con la situación.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al tiempo que se arrodillaba junto a Michael sin esfuerzo y tomaba su muñeca entre los dedos envejecidos para comprobar el pulso.

—Viaj... viajamos al mundo de los sueños —explicó Beth sin poder dejar de hipar y con la voz entrecortada—. No queríamos hacerlo, pero...

—Pero os pareció buena idea ir de excursión. —La señora Philips endureció sus facciones durante un instante, pero de nuevo regresó la anciana dulce y afable con la que habían comenzado a tener trato—. Ahora no es tiempo de lloriqueos. Los ladrones de sueños son capaces de matar a alguien tan solo con un suspiro. Michael está muy grave.

—¿Va a morir? —preguntó Bran asustado.

—No lo sé. Puede ser. Hay que actuar rápido.

Rob se adelantó e infló pecho ante la joven que seguía siendo la dueña de su corazón, aunque ella tan solo tenía ojos para el chico postrado y malherido.

—¿Y qué podemos hacer?

—Vosotros nada —explicó la anciana—. Yo puedo intentar algo...

La señora Philips se agarró del brazo de Bran para incorporarse, aunque no pareciera necesitarlo. Una vez en pie, cerró los ojos y elevó los brazos en cruz a la vez que pronunciaba una letanía incomprensible en voz baja que poco a poco se iba elevando como si con ellos arrojara el cuerpo de Michael que, de la misma forma, se había separado del suelo y ascendía muy despacio. Al llegar a la altura de los ojos de la señora Philips, el cuerpo del chico se arqueó y una luz cegadora salió de él como si de un gran faro se tratara. Los tres chicos se vieron obligados a cerrar los ojos y, al volver a abrirlos, se encontraron con la mirada vivaz e inteligente de una mujer con el pelo blanco y largo hasta la cintura que vestía una sencilla camisola de lino del color de la nieve.

—La Dama Blanca —susurró Bran al ver a la joven que había dejado atrás el cuerpo de la señora Philips y se había mostrado ante ellos con toda su magnificencia y su poder.

La mujer le dio la espalda al cuerpo flotante de Michael y juntó sus manos delante del pecho para volver a separarlas unos segundos después. El portal que unía ambos mundos, como si siguiera una orden divina de la Dama Blanca, se cerró y se volvió a abrir al mismo tiempo que actuaban sus extremidades. Cuando las manos de la joven dama se separaron, un nuevo portal apareció ante los ojos atónitos de los tres chicos. Rob, el más audaz de los tres, se aproximó al círculo de luz y, ante la mirada atenta de la Dama Blanca, echó un rápido vistazo. Se encontró al otro lado del portal con la sala de la Esperanza, con sus paredes cubiertas de mármol y las columnas que formaban el claustro alrededor de la pequeña plaza.

La Dama Blanca se volvió hacia ellos y sonrió con dulzura. El corazón de Beth se encogió y Bran comenzó a moverse inquieto de un lado al otro del desván. El único que parecía no perder la compostura y que, con toda seguridad, menos se jugaba era Rob.

—Utilizaré toda mi magia para intentar que los recuerdos de la sala de la Esperanza curen a vuestro amigo.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Rob.

—Voy a intentarlo con todas mis fuerzas y con toda mi alma. No puedo deciros nada más.

La Dama Blanca levantó la mano y el cuerpo de Michael flotó en dirección al portal que unía el mundo de los sueños con el que ellos ocupaban. Dedicó una última mirada a los tres adolescentes y, siguiendo el cuerpo inerte, atravesó el círculo de luz que se cerró tras ella. No pudo ver cómo los chicos suspiraban y se miraban unos a otros. Tampoco pudo sentir el corazón de Beth y las oraciones que había comenzado a recitar en voz baja acompañando el movimiento acompasado del cuerpo de Bran, poco acostumbrado a estas lides.

La Dama Blanca esperó a que el portal se cerrara a sus espaldas antes de pronunciar unas palabras que sonaron huecas en la sala del mármol. El suelo seguía mostrando el mismo dibujo y las piedras de un color distinto al de las demás se separaron con un ligero chirrido y formaron un hueco de buen tamaño por el que comenzó a ascender una construcción circular del mismo material que el chapado de las paredes y donde el agua brillaba con luz propia. La Dama Blanca se acercó al borde de la fuente de los recuerdos y miró a su interior. La superficie del líquido se mostraba de un color plateado que impedía ver en su interior. La mujer acarició el borde de la fuente con la mano y, poco a poco, fue acercándola a la superficie opaca del líquido elemento. Movié la superficie del agua con la punta de sus dedos y un triste lamento pareció apoderarse de la estancia. Los recuerdos que moraban en el interior de la fuente necesitaban ser recordados por

una persona para la que significaran un todo. Sin esa conexión, tan solo eran imágenes sin alma condenadas a la desaparición. Al sentir la presencia de la Dama Blanca, los recuerdos comenzaron a alzar un ronco llanto que parecía rodear el cuerpo inerte de Michael. La mujer sintió la fuerza que arrastraba el cuerpo del joven en dirección a la fuente. Tenía claro que, si se equivocaba, el chico moriría y el mundo de los recuerdos se alimentaría de una víctima inocente que los acercaría aún más al mundo oscuro del Señor de las sombras. Pero no podía hacer nada más. Tenía una oportunidad de salvar a Michael y no le quedaba otra; se lo debía a su madre.

Se puso en pie y movió las manos en dirección a la fuente. El cuerpo del chico se fue acercando al círculo que proyectaba la fuente y, una vez sobre él, la Dama Blanca descendió sus extremidades para acompañar el movimiento lento y descendente de Michael. El cuerpo del chico rozó la superficie plateada y se perdió en su interior acompañado de un estridente chillido que provenía del interior de la fuente de los recuerdos. Poco después se hizo el silencio absoluto que logró que la mujer se estremeciera. La Dama Blanca esperó durante unos minutos que le parecieron horas hasta que la superficie lisa e inmóvil del agua comenzó a agitarse, primero de una forma casi imperceptible para dejar paso a un movimiento circular que se alejaba del lugar por el que emergió una mujer de pelo oscuro y corto que portaba en sus brazos el cuerpo aún inerte de Michael. A pesar de su apariencia frágil y cuerpo delgado, la recién llegada no parecía soportar el cuerpo de un adolescente de quince años. Levantó una de sus piernas para sortear el borde de la fuente y, una vez fuera de ella, depositó el cuerpo de Michael en el suelo con un amor tan palpable que solo podía provenir de una madre. La mujer colocó la mano derecha en la mejilla de Michael y una lágrima cayó sobre el pecho del chico que, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, tosió y arqueó su cuerpo antes de volver al reposo absoluto.

—¿Se pondrá bien? —preguntó la Dama Blanca a la mujer del pelo corto.

Ella, sin separar la mano de la mejilla de Michael, levantó la cabeza y sonrió a la Dama Blanca.

—No hay nada que el amor de una madre no pueda lograr. Se pondrá bien.

Michael abrió los ojos poco a poco y, al ver el rostro de su madre frente a él, comenzó a sollozar al tiempo que lograba sonreír. Una mezcla de sentimientos encontrados que se habían apoderado de él nada más despertar del sueño del vencido. No sabía si alegrarse por encontrarse de nuevo con el rostro pálido, pero vivaz de su madre o dejarse llevar por la tristeza que le indicaba que aquello no era sino uno más de los recuerdos que alimentaban el mundo de los sueños. A pesar de todo, había vuelto a ver a su madre una vez más y eso le llenaba de gozo.

—Mamá.

—Hola, Michael. Escucha...

El joven tenía un millón de cosas que decirle a la mujer que le había dado la vida, pero que había perdido la suya propia en un estúpido accidente de coche. A pesar de ello, guardó silencio y escuchó lo que su madre tuviera que decirle.

—El mundo de los sueños está perdiendo la batalla frente a la oscuridad.

—Ya lo sé, mamá. Pero no puedo detenerlo.

—Tú solo no puedes, aunque sé que te ayudan tus amigos, pero, por encima de todo, está el amor.

—¿El amor?

La madre de Michael sonrió una vez más antes de acariciar por última vez el rostro de su hijo. Se puso en pie, le dedicó un gesto con la cabeza a la Dama Blanca y volvió a introducirse en la fuente. Poco a poco comenzó a desaparecer en el líquido plateado, pero, antes de desvanecerse en su totalidad, le dedicó una última mirada a su hijo y le lanzó un beso.

—Al igual que el amor de una madre puede salvar a un hijo, el amor de un padre todo lo puede.

Michael se incorporó y, como pudo, se acercó a la fuente y apoyó las manos en su borde con la idea de ver por última vez a su madre, pero era demasiado tarde. La mujer había desaparecido en el interior del líquido que ahora se mostraba como una capa tersa y brillante que parecía burlarse de Michael al reflejar su propia imagen. El chico se puso en pie y se acercó a la Dama Blanca.

—Solo era un recuerdo...

La mujer le rodeó los hombros con uno de sus brazos y lo atrajo hacia sí para consolarlo.

—No era solo un recuerdo. Era tu recuerdo y eso es lo que mantiene viva a tu madre en vuestros corazones. Es por lo que hay que luchar. Solo por eso.

Michael comprendió que, sin ese amor, todos los recuerdos desaparecerían y con ellos la esencia de todas las personas que habían fallecido y que continuaban alimentando el mundo de luz con sus propias almas. Por primera vez entendió el concepto del alma y todo lo que significaba en un mundo en el que las tecnologías y la pura maldad se habían apropiado del día a día y no dejaban lugar a la ilusión o la esperanza. Debía luchar por todos esos recuerdos para que permanecieran vivos en los corazones de aquellos que los habían creado. Debía descubrir cómo hacerlo y ahora mismo le parecía una misión ardua y casi imposible de llevar a cabo.

—Por lo menos, estás vivo —comentó la Dama Blanca—. Se lo debes a tu madre y tienes que luchar por su recuerdo.

La mujer abrió los brazos sin esperar ninguna respuesta de Michael y el círculo de luz se abrió ante ellos. Sin mirar atrás, atravesaron el portal y se encontraron de nuevo en el desván donde los tres chicos esperaban sentados en el suelo. Michael no sabía el tiempo que había pasado, pero los encontró agotados aunque esa sensación duró el mismo tiempo que tardaron en verlo regresar por su propio pie. Beth se lanzó a sus brazos y lo besó en los labios sin poder contener las lágrimas. Bran le dio un amistoso golpe en el hombro en señal de una complicidad que bien se podía demostrar de un millón de formas que no necesitaran un contacto físico que no terminaba de gustar a Bran. Para sorpresa de todos los que allí se congregaban, Rob dio un paso hacia Michael y le tendió la mano.

—Me alegro de que estés bien.

Michael, que recordaba como una imagen difusa a Rob corriendo hacia él en el mundo de los sueños, se separó de Beth, recorrió la corta distancia que lo separaba del matón y lo abrazó. Todos los presentes aguantaron la respiración hasta que Rob le dio unos golpecitos amistosos en la espalda a Michael y le correspondió al abrazo.

—Gracias por salvarme la vida —susurró Michael a su oído.

Mientras tanto, el cuerpo de la Dama Blanca se había encogido sobre sí mismo y había dejado paso al enjuto de la señora Philips. La anciana miraba a Michael con cariño y se alegraba por todo lo que estaba sintiendo y en ese momento sintió que debía mantener viva en ese chico la relación que su madre le había ofrecido años atrás y que ella había aceptado con sumo gusto. En él vio la imagen y la fortaleza de la mujer que había perecido en un accidente de tráfico y por la que se había quebrado su marchito corazón.

Al otro lado del jardín, en la casa de madera desconchada y césped sin cortar, un hombre subía las escaleras preocupado por la ausencia de ruido en la planta superior. John Gallagher había permitido que la vecina visitara a su hijo porque veía cómo él la miraba y quería recordar lo que se sentía estando enamorado, aunque ese recuerdo hubiera quedado relegado al olvido como tantos otros. Años en los que había suspirado en la universidad por un amor no

correspondido hasta el día que nunca podría olvidar en el que resbaló en un charco de barro junto a la entrada y la joven de ojos azules y pelo corto lo había mirado y se había echado a reír. La vergüenza y la posibilidad de huida dejaron paso a una sonrisa franca y sincera con la que él ofrecía su corazón y el resto de sus días. Se casaron tres años después y Michael vino al mundo como un niño no esperado, pero deseado hasta lo más hondo de su ser. Una familia feliz rota en tan solo un instante.

A John le extrañaba no escuchar la voz algo aflautada de Bran al que había visto nervioso por la presencia de la chica rubia y eso le hizo pensar en que algo malo podía estar ocurriendo. Dejó la bandeja de horno, donde pretendía colocar los cruasanes que con tanto cariño había hecho, sobre los fogones y cruzó el vestíbulo a toda velocidad. El deseo de recrear una de las conocidas recetas de su mujer para darle una alegría a su hijo había dejado paso a un temor extraño que se vio acrecentado al abrir la puerta de la habitación de Michael y encontrar el cuarto vacío. Dio una vuelta rápida por la estancia con el corazón latiendo a mil por hora y, cuando estaba a punto de abandonarlo, se percató de un hecho extraño en el que no había reparado. La cama no se encontraba perfectamente alisada y, aunque eso podría ser normal en la habitación de un adolescente, lo que había llamado su atención eran dos hoyos que podía percibir sobre el edredón y que, poco a poco, comenzaban a desaparecer como si dos cuerpos se encontraran allí tumbados, se hubieran puesto en pie y el colchón comenzara a recobrar su posición inicial. John acercó la mano a la cama y, cuando sus dedos parecían decididos a rozar el edredón, percibió en su rostro un viento gélido y suave que atravesó su cuerpo y le hizo estremecerse. Se volvió hacia el pasillo y creyó ver la figura de su hijo caminando junto a Beth en dirección a las escaleras. Se acercó a la barandilla y uno de los escalones crujió un par de segundos después. Cuando más convencido estaba de que todo era un sueño, vio su abrigo y el de Michael moverse en el perchero de la entrada como si la puerta se hubiera abierto de repente y el viento de la primavera hubiera decidido visitarlos.

Bajó las escaleras a toda velocidad y abrió la puerta que conducía a la calle. Se detuvo en el porche y observó la tranquila calle donde tan solo encontró a una mujer que corría por la acera contraria acompañado de su perro Collie. Descendió los dos peldaños y se apoyó en la barandilla sin saber qué pensar. Por una parte, su hijo y sus dos amigos habían desaparecido delante de sus narices. Quizá lo más sensato hubiera sido llamarlo al móvil para preguntarle dónde se encontraba y para regañarlo por no decirle que iban a dejar la casa, pero todo lo que había ocurrido a posteriori lo había trastornado y ahora se encontraba en tierra de nadie. A punto estaba de volver al interior para buscar su teléfono móvil cuando vio de reojo que los arbustos que separaban su jardín del de la señora Philips se habían agitado de repente cuando el viento estaba en calma y ningún vehículo había recorrido la calle en el ese instante.

Recordó la conversación que había mantenido la tarde anterior con su hijo sentados en el autobús de la línea tres y todo lo que él le había contado sobre su anciana vecina, el portal de luz que conducía a otro mundo y la criatura tenebrosa que parecía querer adueñarse de los recuerdos y los sueños de los adultos. Aunque se quedó preocupado al escucharlo, no lo rebatió ni intentó convencerlo de lo contrario. Lo achacó al shock postraumático provocado por la hipotermia, aunque sabía que todo lo que le estaba contando Michael no parecía sacado de su propia mente, mucho más productiva y centrada de lo que le estaba demostrando. También barajó la posibilidad de que se estuviera dejando influir por algún amigo que le estaba llenando la cabeza de pájaros, pero el único chico con quien su hijo se relacionaba era lo más parecido a una computadora que un humano podía llegar a ser y tenía claro que Bran nunca se hubiera dejado llevar por una historia fantástica de mundos paralelos y criaturas oscuras.

Llegó al porche de la mansión de la señora Philips y, antes de llamar al timbre, colocó la oreja sobre la plancha de madera para intentar escuchar el interior de la vivienda, pero sin ningún resultado. No se lo pensó dos veces y apretó el botón para dejar paso a un juego de tintineantes campanitas. El silencio continuó en el interior de la vivienda y, cuando estaba a punto de repetir la operación, escuchó unos pasos al otro lado de la puerta. Un pestillo que giraba, un cerrojo que se descorría y la respiración fatigada de una anciana. Cuando la puerta se abrió, el rostro dulce y conciliador de la señora Philips desmontó cualquier atisbo violento que pudiera haber albergado el corazón del padre de Michael.

—Buenos días, John.

—Buenos días. ¿Está mi hijo en su casa? —preguntó sin más dilaciones.

—Sí, ha venido con sus amigos —respondió la anciana al tiempo que daba media vuelta y caminaba en dirección al interior de la mansión—. Pasa.

John dudó un instante, pero tenía claro que nada debía temer de la señora Philips por lo que la siguió hacia uno de los saloncitos de la gran mansión donde se encontró a su hijo junto a Bran, Beth y a otro chico corpulento que no logró reconocer. Michael parecía encontrarse bien, aunque, al ver su ropa rota en uno de los brazos y en el costado, se preocupó.

—¿Qué te ha ocurrido? —inquirió John sin saber qué pensar al respecto.

—Yo... verás...

—Tú hijo ha viajado al mundo de la luz y se ha enfrentado al Señor de las sombras.

John se dio la vuelta al escuchar la explicación de la señora Philips y se vio tentado de decirle lo que realmente pensaba de todo aquello, aunque la avanzada edad de la mujer y el hecho de que se hubiera llevado muy bien con su mujer le impedía hacerlo. Realmente pensaba que era una anciana a la que la capacidad de raciocinio la había abandonado tiempo atrás, pero lo que no iba a permitir es que arrastrara a su hijo a un mundo fantástico y fantasioso en el que nadie podía creer. Las sensaciones que había experimentado al ver lo que parecía la imagen de su hijo y su vecina desplazándose desde su propia casa hasta la de la señora Philips había quedado atrás. Decidió ser lo más cauto y tranquilo posible, pero sabía que podía ser una tarea complicada.

—Vámonos a casa, Michael.

—Papá, la señora Philips no miente. Tenemos que...

—Tenemos que irnos a casa. No hagas que me enfade.

Michael dudó un instante. Miró de reojo a su amigo y Bran se encogió de hombros, pero lo que más le dolió fue cruzar su mirada con la de Beth y sentirse de nuevo como un niño pequeño al que su padre castiga delante de la chica que le gusta. John le puso una mano en el brazo para invitarlo a abandonar la mansión, pero él se revolvió y, con un manotazo, se alejó del gesto de su padre. John resopló con fuerza, pero, al ver a su hijo ponerse en marcha en dirección a la salida, intentó serenarse. Dejaron atrás la vivienda de la señora Philips y cruzaron el jardín. Cualquiera que los hubiera visto en la lejanía habría asegurado que tan solo se trataban de un padre y de su hijo regresando a casa tras un corto paseo, pero la realidad era bien distinta. La tensión entre ellos iba en aumento y no tardó en explotar el polvorín. Nada más entrar en su casa, Michael se dio la vuelta en el vestíbulo y se encaró con su padre.

—No tienes ni idea de lo que está pasando.

—Vete a tu habitación.

Ante la orden recibida, Michael dio media vuelta y caminó hacia las escaleras, pero, nada más poner el pie en el primer peldaño, se volvió de nuevo hacia su padre.

—Mamá lo entendía todo, pero tú eres obtuso.

John dio un paso hacia su hijo, pero a mitad de camino logró obviar el comentario de

Michael y cambiar la dirección. Entró en el saloncito y comenzó a cerrar la puerta corredera.

—¡Eso es! ¡Regresa con tu botella de whisky!

El padre de Michael se detuvo y, aunque sabía que nada bueno podía salir de esa confrontación con un chico de quince años dolido y solo, regresó al vestíbulo y se enfrentó a su hijo.

—Tú no tienes ni idea de nada —acusó John—. No sabes lo que es perder al amor de tu vida.

—Y tú no tienes ni idea de lo que es perder a una madre —se revolvió Michael—. Cuando más te necesitaba te comportaste como un borracho.

—No sigas por ahí, Michael.

—¿Que no siga por dónde? Eres un maldito alcohólico y mamá estaría avergonzada si aún...

El bofetón sonó en todo el vestíbulo y cortó la frase hiriente de Michael. El chico miró a su padre antes de llevarse la mano a la mejilla y que las lágrimas resbalaran por su rostro en dirección al suelo de madera. John hizo ademán de acercarse a él, pero Michael retrocedió un paso y subió un peldaño más. Antes de que su padre pudiera hacer o decir nada más, dio media vuelta y subió las escaleras a la carrera para esconderse en su habitación donde cerró la puerta y echó el pestillo; no porque temiera a su padre sino porque necesitaba una intimidad que, con toda seguridad, su progenitor no estaría dispuesto a darle. Tal y como imaginaba, dos golpecitos sonaron en la puerta, pero él se dejó caer en la cama e hizo oídos sordos. John lo intentó una vez más, pero, al no recibir respuesta por parte de su hijo, desistió y bajó las escalas de nuevo.

Michael intentaba no dejarse llevar por la pena y por la sensación de soledad que comenzaba a atenazarle el pecho, pero no podía evitar que la imagen de su madre lo visitara. No una fotografía alegre como las que guardaba en los álbumes sino una triste en la que ella lloraba por la pérdida del que, como bien había dicho su padre, era el amor de su vida. Comprendía el dolor de su padre, aunque necesitaba que John comprendiera que su hijo también sufría lo mismo o más que él. Supuso que, con el tiempo, lograrían comunicarse, pero aún no había llegado ese día. Por suerte para él que comenzaba a dejarse llevar por la tristeza, escuchó un tintineo en el cristal de su ventana. Se puso en pie a toda prisa y se acercó con la idea de encontrarse con Bran, pero cuál fue su sorpresa al encontrarse con que la que estaba tirando piedrecitas contra su ventana era Beth y no su amigo del alma. Abrió la ventana y apoyó los codos en el alféizar.

—¿Estás bien? —preguntó ella jugueteando con las piedrecitas.

—Bueno, he estado mejor, pero supongo que es normal.

Beth pudo ver desde donde se encontraba la marca de color rojo en la mejilla que el chico no podía disimular y su rostro dulce se tornó en otro bien distinto. Recordaba otros episodios en los que ella misma había sido la víctima de la violencia de un adulto y no estaba dispuesta a que Michael pasara por lo mismo.

—¿Quieres que hable con la policía? —preguntó para sorpresa de Michael.

—¡No, no! —pidió a toda prisa el chico—. Tan solo ha sido... una discusión. Es la primera vez que me pone la mano encima y creo que ya se ha arrepentido.

Beth asintió, aunque ella no creía en las disculpas de los adultos y en las promesas de que nunca más volvería a ocurrir. Llevaba dos años sufriendo el acoso y la violencia del novio de su madre y todas esas escenas iban seguidas de unas pocas palabras de conmiseración y la promesa de un futuro mejor. Aun así, Beth conocía al padre de Michael y sabía que no era un hombre como su padrastro por lo que decidió darle el mismo voto de confianza que le había conferido su propio hijo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Beth por cambiar de tema.

—No lo sé. El recuerdo de mi madre me dijo que lo único que puede destruir al Señor de las sombras es el amor.

—Pero, ¿cómo podemos utilizarlo?

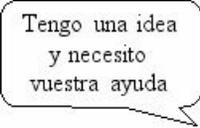
—Ni idea. Mi madre me habló de lo importante que era el amor de un padre, pero el mío se ha convertido en un alcohólico y no cree en el mundo de los sueños. Si lo viera con sus propios ojos...

Michael guardó silencio y su frente se frunció en un par de arrugas que había heredado de su madre. Beth vio ese gesto y supo que su amigo estaba pensando.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó con ansiedad.

—Puede ser. Tengo que comprobar una cosa. Luego te llamo.

Sin esperar contestación por parte de su vecina y, lo peor de todo, sin ver el beso que ella le había lanzado, entró en la habitación, tomó su teléfono móvil y, con el pulso tembloroso, tecleó.



Tengo una idea  
y necesito  
vuestra ayuda

Contuvo la respiración sin saber si obtendría respuesta, aunque se imaginaba que los dos chicos franceses no tardarían en contestar. Tan solo tuvo que esperar un par de minutos. Su teléfono móvil emitió un pitido y Michael no tardó en encender la pantalla para leer la contestación proveniente de París. Leyó y no pudo evitar sonreír. Su plan para destruir al Señor de las sombras acababa de dar comienzo.

## Dieciséis

Michael no dejaba de dar vueltas en la habitación pensando en todo lo que había ocurrido desde que la pelota de beisbol se colara desafortunadamente en el desván de la señora Philips, y la única conclusión a la que podía acercarse y de forma efímera no era otra que la de estar viviendo una realidad paralela o un mal sueño del que podría despertar en cualquier instante. Lo más curioso de todo es que, en cuanto percibía la sensación de que nada era real, la marca circular que había aparecido en la palma de su mano brillaba con fuerza y se hacía notar con un picor muy molesto.

Acababa de dar comienzo al plan para destruir al Señor de las sombras y se sentí nervioso y algo descorazonado. No se imaginaba lo que podría suceder si su plan no tenía éxito y el poder oscuro derrotaba a la luz y comenzaba a alimentarse de ella. Llegó a preguntárselo a la señora Philips y ella tan solo pudo contarle una época de la historia en la que esa oscuridad había estado a punto de hacerse con el mundo. Muertes, violencia por doquier y un lugar en el que la Inquisición había logrado alzarse con el poder en representación del Señor de las sombras en el mundo de los hombres. La luz había estado a punto de desaparecer, pero la valentía de unos pocos, llamados caballeros, lograron imponer la ley de su propia convicción y de la realidad en la que querían vivir.

Michael se detuvo en el centro de la habitación y se sentó en el borde de la cama con la daga en una mano y el teléfono móvil en la otra. No había logrado convencer a su padre de lo que estaba ocurriendo a su alrededor y ahora se encontraba perdido, con una idea extravagante en la cabeza y la necesidad de pedir ayuda a sus amigos, a otros que no lo eran tanto e incluso a unos pocos desconocidos. Dejó la daga de la estrella de marfil sobre la almohada y encendió el teléfono para dar comienzo a lo que había decidido llamar, en un alarde de presunción, la operación recuerdos. Decidió comenzar por la persona que sabía que le iba a responder afirmativamente y en un corto espacio de tiempo.

Bran, a las siete  
en mi casa. No  
lames a la  
puerta.

El siguiente mensaje no le costó escribirlo y sonrió justo en el instante en el que estaba a punto de apretar el botón de enviar. A su mente llegó la imagen de la chica rubia a la que no se atrevía a etiquetar como su novia, pero que parecía, por extraño que pudiera parecerle, interesada en él. Había dejado de lado al chico más popular del instituto para acercarse a él y eso no tenía precio. Apretó el botón y volvió a sonreír.

Beth, a las siete  
en mi casa. No  
lames a la  
puerta.

Le quedaba un tercer mensaje que enviar, pero no tenía tanta confianza depositada en su destinatario como en los dos anteriores. Sin hacer nada, le había quitado la novia al matón del instituto que le hacía la vida imposible y ahora se había convertido en un compañero de aventuras que, por si eso fuera poco, le había salvado la vida cuando se encontraba herido de muerte en el mundo de la luz. No se lo pensó mucho más y, tras escribir el mensaje, apretó el botón de enviar.

Rob, a las siete  
en mi casa. No  
lames a la  
puerta.

Tras este último mensaje, dejó el móvil sobre el escritorio, abrió uno de los cajones de la cómoda en la que guardaba la ropa interior y las camisetas y comenzó a buscar entre los objetos que, de forma desordenada y algo caótica, había ido guardando en aquel lugar año tras año. No tardó en encontrar lo que andaba buscando. Sacó del cajón una pequeña figura de madera con la forma de locomotora de tren y la dejó al lado del móvil. Un instante después, volvió a coger el tren de juguete, lo movió entre los dedos de su mano y una lágrima rebelde surcó una de sus mejillas. A su mente llegó con fuerza una de las imágenes más bonitas que podía haber atesorado en el baúl de sus propios recuerdos. Su madre y él jugando con aquel trenecito sobre la encimera de la cocina que, como por arte de magia, ella había convertido en un santiamén en una auténtica estación de tren donde la caja de cereales hacía las veces de estación, un salero se había transformado en un pasajero y los trozos de brócoli diseminados sobre la mesa formaban un bosque perfecto que daba glamur al escenario ferroviario. Michael se sentó sobre la cama y suspiró. Se estaba dejando llevar por la nostalgia, pero no podía permitir que la pena se apoderara de todo su ser cuando estaba a punto de jugarse la vida por una humanidad plagada de adultos que quizá no merecieran ser salvados. Sacudió la cabeza para espantar a todos esos

fantasmas y ese movimiento se vio acompañado por el pitido del teléfono móvil que le indicaba que uno de los tres receptores de los mensajes había decidido responder. Supuso que la respuesta no podía pertenecer a otra persona que no fuera su amigo Bran, pero se equivocaba y aquella fue la primera de las sorpresas que le tenía deparado el destino.

¡Vete a la mierda!  
No pienso ir a tu  
casa.

Quizá fuera una respuesta demasiado brusca, pero no le extrañó que Rob no se mostrara precisamente entusiasmado ante la idea de dejar lo que estuviera haciendo para acudir a la llamada de la persona a la que consideraba un ser inferior y débil. No le quedaba otra que intentar convencerlo le costara lo que le costase.

Siento que Beth  
te haya dejado.

Se jugaba el todo por el todo porque sabía que con un gesto de complacencia por su parte podía lograr el efecto contrario al deseado, pero no le quedaba otra que arriesgarse.

Tengo cosas más  
importantes en que  
pensar.

Michael supo que iba en buen camino. Por lo menos no había respondido de forma ofensiva y, lo más importante de todo, había respondido dándole una nueva oportunidad para atraerlo a su casa como la luz atrae a las polillas.

Te necesitamos  
para destruir al  
Señor de las  
sombras.

Yo creo que no.

Me salvaste la vida. Te necesitamos.

Michael sabía que había puesto toda la carnaza en ese último mensaje, pero también sabía que Rob era un chico orgulloso que podía anteponer sus propios sentimientos y necesidades y que podía obviar el hecho de que nada de lo que ocurriera en su futuro iba a tener sentido si no lograban destruir al Señor de las sombras. Por pretencioso que pudiera parecerle, el mundo tal y como lo conocían dependía de unos pocos adolescentes que aún lograban recordar un pasado maravilloso que se negaban a olvidar.

A las siete.

Michael suspiró aliviado y mucho más cuando le llegaron los mensajes de Bran y de Beth confirmando su asistencia a la reunión. Aunque suponía que no se iban a escaquear, también tenía claro que podían suceder un millón de cosas que les impidiera acudir al encuentro. Por suerte para él y para la misión que tenía entre manos, una hora después escuchó el tintineo tan familiar en la ventana de su dormitorio. Miró al exterior sin abrir la hoja para no hacer ruido y se encontró con el rostro sereno y algo aniñado de su amigo Bran. Miró más allá y descubrió el cuerpo grácil y juvenil de Beth como una sombra que cruzaba la calle en dirección a su propia casa. Se puso una chaqueta sobre la sudadera gris, metió en uno de los bolsillos el móvil y en el otro el tren de juguete y, tras coger también la daga, salió de la habitación con cuidado para no hacer ningún ruido. Bajó las escaleras muy pegado a la barandilla de madera para evitar que las traviesas de los peldaños chirriaran bajo su peso. Largo tiempo atrás había descubierto que las escaleras solo chirriaban cuando pisaba en el medio de los peldaños. Al llegar al vestíbulo vio luz en el saloncito y se asomó. Lo que se encontró en el interior lo llenó de tristeza y quebró su corazón. Su padre se encontraba mirando un partido de fútbol con una copa de whisky en la mano mientras la botella de líquido ambarino esperaba en el suelo volver a ser solicitada por un alcohólico que parecía no querer luchar por una vida mejor, por una vida con su hijo. Michael tragó saliva y sintió cómo ese nudo tan conocido que le dolía en el alma volvía a hacer acto de presencia.

Sin mirar atrás salió al jardín y se encontró con sus dos amigos. Hizo un esfuerzo sobrehumano para dejar atrás la imagen de su padre con el vaso de whisky en la mano y lo logró a duras penas. Intentó centrarse en lo que debía decirles a sus amigos, pero aún tenía que esperar la llegada del tercero, el más inestable, el más voluble. Los tres se giraron al escuchar un chirrido y vieron a un joven voluminoso acercarse hacia ellos en una bicicleta de color de rosa. Dejó caer el vehículo en el interior de unos arbustos y se acercó al grupo con cara de pocos amigos.

—A ver. ¿Qué es eso tan importante? —preguntó de malos modos nada más llegar a su altura.

Michael no se dejó amedrentar por el matón que llevaba años atormentándolo, pero al que iba conociendo poco a poco y del que sabía que sufría como el que más a pesar de que intentara mostrarse como un ser duro e indestructible.

—Vamos al cobertizo. Allí os lo cuento todo.

Sin esperar confirmación por parte de los otros tres, Michael rodeó la casa y se dirigió al jardín trasero, mucho más descuidado que el delantero y donde la hiedra campaba a sus anchas y los mapaches lo habían destrozado todo con sus juegos y sus correrías nocturnas. En otra época, ese jardín había sido la envidia de muchos vecinos y el orgullo de su madre, pero John Gallagher a duras penas podía luchar por sí mismo como para plantearse el perder el tiempo en un jardín que poco le reportaba y que, por encima de todo, le traía recuerdos que deseaba olvidar sin saber que nunca iba a poder recuperarlos si su hijo y los chicos que lo acompañaban no luchaban juntos para lograrlo.

Una vez en el interior del cobertizo, Michael cerró la puerta de chapa y encendió la luz. El lugar era como cualquier otro cobertizo y allí reinaba un orden y una pulcritud poco acorde con el jardín en el que se hallaba. Bran era el único que sabía que ese cobertizo no se había vuelto a abrir desde que muriera la madre de su mejor amigo. A pesar de ello, Michael no parecía afectado, sino que daba vueltas alrededor de los tres chicos en un lugar en el que apenas podían moverse. El nerviosismo se palpaba en el ambiente.

—Esta noche es la noche —anunció con cierto suspense.

—¿La noche de qué? —preguntó Rob al que se veía ciertamente incómodo compartiendo un lugar tan pequeño con personas a las que no respetaba.

—La noche de destruir al Señor de las sombras. —Michael dejó de hablar unos segundos para mantener el suspense—. He hablado con los chicos franceses y vamos a quedar todos en el mundo de la luz. Ellos se encargaban de llamar a los demás.

—¿A los demás? —preguntó Beth sin entender las palabras de Michael.

—Veréis. El nuestro no es el único portal al mundo de la luz. De hecho, hay uno en cada continente y más chicos visitando el mundo de los sueños.

Bran intentaba comprender a su amigo, pero todo lo que no significaba un razonamiento inductivo o empírico se volvía un misterio para él.

—¿Y vamos a quedar todos?

—Esa es la idea. Tengo algo que enseñaros.

—¿Y qué es? —inquirió Beth con evidente curiosidad.

Michael sonrió con picardía, metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y extrajo de ella el pequeño tren de madera que mostró orgulloso a sus compañeros de aventuras.

—El arma que nos permitirá acabar con el Señor de las sombras.

Los tres chicos se quedaron contemplando la locomotora con el ceño fruncido como si se hubieran puesto de acuerdo. Rob fue el primero en reaccionar y de la forma que Michael sospechaba. Dio media vuelta y abrió la puerta del cobertizo para marcharse de allí.

—¡Esto es una gilipollez! No contéis conmigo.

Beth fue la más rápida en reaccionar. Se acercó a Rob y, sin poder prever la reacción del que había sido su novio, lo agarró por la muñeca e intentó detenerlo. Michael vio la oportunidad que se le brindaba y no se lo pensó dos veces. Sacó la piedra de color verde del bolsillo del pantalón, agarró con la mano libre el brazo de Beth y, con la mano que sostenía la piedra, agarró a Bran. Intentó pensar en la caverna de rojas paredes de piedra donde Beth había sido atacada por uno de los ladrones de sueños y la Dama blanca la había salvado cuando ellos aún no sabían que esa mujer era una veladora de sueños que vivía en el cuerpo enjuto de la señora Philips. Vio un fogonazo ante sus ojos y no tuvo más remedio que cerrarlos para no quedarse ciego. Cuando volvió a abrirlos se encontró en el centro de la caverna y junto a él los tres chicos que lo miraban desconcertados. Los cuatro dieron un paso atrás en cuanto vieron la superficie del agua de donde había emergido un ladrón de sueños días atrás, pero, aquella tarde, la intención de Michael era

bien distinta.

—¿Para qué nos has traído aquí? —preguntó Rob al tiempo que apretaba los puños en un gesto amenazador que Michael bien conocía.

—Es la única forma de que veáis que todo esto tiene solución —explicó Michael sin amedrentarse—. Nuestra vida es una mierda, pero no es por culpa de nuestros padres. Ellos también están sufriendo.

—Mi padre es un capullo que solo quiere que me convierta en un matón. No lo veo sufrir mucho por ello.

Michael dio un paso hacia la pequeña abertura en el suelo de roca donde las aguas oscuras se movían inquietas.

—Tu padre no siempre ha sido así. Ya no recuerda lo que era una vida mejor.

—No tienes ni idea. ¡Cállate!

Rob dio un paso hacia Michael para obligarlo a guardar silencio, pero, cuando estaba a punto de ponerle la mano encima, las aguas se revolviéron con más fuerza como si los seres que allí moraban anhelaran sentir la furia del chico y pudieran alimentarse de ella. Rob no tardó en recular, pero Michael se mantuvo junto a la poza sin mostrar el más mínimo temor.

—¡Michael!

Bran intentó avanzar hacia su amigo, pero sus pies no le respondían. En aquellos últimos días había hecho mucho más de lo que nunca hubiera imaginado y ahora su mente le instaba a retroceder y a alejarse de ese lugar. Comenzó a balancear su cuerpo adelante y atrás como un niño pequeño que no sabe cómo responder a los estímulos externos. Michael dio un paso más hacia la superficie del agua, pero fue Beth la que lo sujetó del brazo.

—Michael —lo llamó con voz dulce—, ¿qué quieres demostrar?

—Quiero demostrar que hay una forma de derrotar al Señor de las sombras y por eso os he reunido aquí.

—Pero, solo somos cuatro —protestó la chica rubia.

—Somos algunos más.

Los cuatro chicos se volvieron al escuchar la voz con acento de un joven francés y se encontraron con los dos hermanos que, al igual que ellos, acababan de hacer acto de aparición en la caverna como por arte de magia. Pierre se acercó a Michael y le dio una palmada amistosa en el hombro. Por su parte, Margery se aproximó a Bran y se colocó a su lado como si aquel fuera su lugar natural en la caverna. El chico tragó saliva, pero no pudo evitar sonreír al ver de nuevo a la chica francesa y al comprobar que no había sido un bonito sueño.

—Con vosotros somos seis —explicó Rob como si no fuera evidente—. Creo que muy pocos para destruir al Señor de las sombras.

—He avisado a unos pocos amigos.

Con una perfecta sincronización fueron haciendo acto de aparición en la caverna varios chicos y chicas de diferentes nacionalidades. Tanto Michael como sus tres compañeros se quedaron atónitos al ver a algunos chicos de piel oscura, dos jóvenes asiáticos muy parecidos y otros con evidente aspecto latinoamericano. En total aparecieron otros quince chicos que, tras mirarse unos a otros, tomaron posiciones alrededor de Michael sin añadir nada que pudiera empeñar el momento crucial que estaban a punto de vivir.

Pierre, ante la pasividad del norteamericano, tomó las riendas de la situación y comenzó a caminar de un lado a otro como un buen político en un mitin. Comenzó a hablar en inglés y uno de los chicos de piel del color de la canela fue traduciendo al español su mensaje.

—Michael es el elegido para destruir al Señor de las sombras y él nos ha llamado. Hasta

ahora, poco hemos podido hacer para que no siga alimentándose del mundo de la luz, pero Michael tiene una idea y nos necesita a todos. Michael...

Todos los presentes se movieron inquietos y esperaron con impaciencia. La persona que debía guiarlos parecía sumida en sus pensamientos con la vista fija en las aguas oscuras. Se le veía tan frágil y con tan poco poder que algunos chicos comenzaron a pensar en que todo aquello era un error y que nada se podía hacer ante la oscuridad. Michael movió una de sus manos en el interior del bolsillo de la chaqueta y sonrió antes de elevar la cabeza y mirar a los demás chicos.

—Me alegro mucho de veros —comentó con una seguridad que sorprendió a los que lo conocían como Bran—. Como ha dicho Pierre, estamos aquí para destruir al Señor de las sombras y proteger el mundo de la luz.

—Pero, no sabemos qué podemos hacer —explicó una chica de piel oscura y pelo rizado y negro—. El Señor de las sombras es muy poderoso. Podemos destruir a algunos de los ladrones de sueños, pero nada podemos hacer con esa masa oscura.

Michael se acercó a la joven y le sonrió con la suficiencia de quien conoce la respuesta a todos los problemas del universo.

—El Señor de las sombras se alimenta de los recuerdos que los adultos dejan olvidados. Esos sueños perdidos que algún día fueron importantes para ellos, pero que ahora se han visto superados por una realidad que no les gusta, pero que han elegido vivir.

—¿Y qué podemos hacer?

—Lo de hoy tan solo es una prueba para comprobar mi teoría y ver si podemos vencer al Señor de las sombras con sus mismas armas.

—¿Y qué armas son esas?

Michael volvió a sonreír, pero ahora se le veía inquieto. Estaba a punto de desvelar su teoría y sabía que se jugaba el todo por el todo a una única carta que, por si fuera poco, podía resultar absurda. Tomó aire con todas sus fuerzas y continuó su disertación.

—El Señor de las sombras necesita esos recuerdos perdidos para vivir y para hacerse más poderoso. —Michael agachó la cabeza y bajó su tono de voz, aunque todos podían escucharlo—. Mi madre murió hace dos años en un accidente de coche. Me he culpado de lo ocurrido durante ese tiempo, pero hace poco descubrí que todo fue culpa del Señor de las sombras. Ella me ha guiado desde donde está y me ha enseñado la forma de destruirlo.

—¿Y cuál es? —preguntó uno de los pocos chicos que no se había quedado sin palabras ante la revelación de Michael.

—El amor.

Se escuchó un cuchicheo general y algún que otro resoplido de indignación o desilusión. El propio Rob esperaba escuchar que lo único que podía destruir al Señor de las sombras era una guerra sin cuartel en la que podían perder la vida, pero de la que su padre podría sentirse orgulloso. El amor no entraba dentro de sus previsiones y dio un paso atrás como si con ese gesto pudiera desaparecer de allí.

—¡Esto es lo que puede destruir al Señor de las sombras! —Michael metió de nuevo la mano en el bolsillo y sacó el pequeño tren de madera con el que había jugado infinidad de horas con su madre.

Rob volvió a resoplar al recordar que Michael había descrito ese juguete en el cobertizo como el arma que podía destruir al Señor de las sombras. Acompañando a su gesto, varios chicos comenzaron a cuchichear. Pierre vio que la situación comenzaba a complicarse y se acercó a Michael para cerciorarse de que todo aquello no se trataba de una pesada broma.

—¿Qué es eso? —le preguntó en voz baja—. ¿De verdad crees que ese tren puede destruir

al Señor de las sombras?

Michael lo miró con determinación y el chico francés descubrió en él una fuerza que hasta ahora no habría podido ni imaginar. Aguantó la respiración y esperó la respuesta de Michael.

—Estoy seguro de ello y os lo puedo demostrar ahora mismo.

Pierre se irguió lo más que pudo, tomó aire y, tras dedicarle una última mirada a Michael, se colocó en el centro de la caverna, levantó las manos y pidió silencio. Los demás jóvenes se mostraron respetuosos con su petición y se callaron.

—Michael nos puede demostrar que tiene en sus manos la solución a todos nuestros problemas. Debemos confiar en él.

El chico norteamericano se volvió hacia los demás jóvenes y, al ver sus rostros descompuestos y la desesperación que en ellos se reflejaba, tomó una decisión sobre la marcha; una decisión que bien podía costarle la vida, pero que, de salir bien, formaría el ejército que necesitaba. Se giró en dirección a la pequeña poza oscura donde el agua se movía inquieta y se arrodilló junto a ella. Con la mano izquierda asió con fuerza el pequeño tren de madera al tiempo que acercaba la derecha a la superficie del líquido elemento. Pudo escuchar cómo los demás chicos murmuraban entre ellos.

—Michael...

A pesar de la voz dulce de Beth pronunciando su nombre, Michael no tuvo ninguna duda y rozó la superficie del agua con la punta de los dedos. Poco a poco comenzó a formarse un remolino y un rugido se elevó hasta el techo de la caverna para rebotar en la dura piedra y traspasar los oídos de los chicos que no tuvieron más remedio que colocar las manos en los laterales de sus cabezas para amortiguar el sonido. Michael vio cómo salía a la superficie un tentáculo de color negro que parecía buscarlo con ansia. Dio un paso atrás y, cuando el ladrón de sueños apareció ante ellos con dos tentáculos que nacían en los laterales de su cuerpo gelatinoso, Pierre y el propio Bran levantaron sus dagas y se dispusieron a defender a Michael. Este último vio de reojo el movimiento del chico francés y de su propio amigo y les hizo un gesto para que se detuvieran. Los demás jóvenes habían retrocedido hacia el fondo de la caverna atemorizados, pero Michael no se movió de donde estaba. El ladrón de sombras, al percatarse de la presencia del elegido y verlo indefenso, emitió una sonora y lúgubre carcajada antes de abrir las fauces de sus tentáculos y lanzarse a por el chico. Cuando estaba a punto de ser mordido por la siniestra criatura, levantó la mano izquierda y mostró el pequeño tren. La palma de la mano de Michael se iluminó y el juguete de madera refulgió con fuerza. Con un rápido movimiento, cercenó de un solo tajo uno de los tentáculos del ladrón de sueños que lanzó un grave quejido. Michael se arrodilló junto a la abertura del suelo e introdujo el tren de juguete en el agua que, poco a poco comenzó a perder su color oscuro. El ladrón de sueños intentó regresar a su escondite, pero se desintegró mucho antes de que pudiera lograr su objetivo. De la pequeña charca emergió un chorro de luz blanca que rebotó en el techo y comenzó a bañar todas las paredes de la caverna. El color rojizo desapareció y la gruta se convirtió en un santiamén en un lugar similar a la Sala de la Esperanza donde el mármol parecía haberse convertido en el material principal. Allí donde estaba la pequeña charca oscura apareció una fuente que nació del frío suelo de la caverna. El agua pura y cristalina refrescó al instante la sala y con ello los corazones de los chicos. Michael se incorporó y, a pesar de parecer realmente agotado, sonrió con satisfacción y mostró de nuevo el pequeño tren de madera.

—Mi madre me regaló este juguete y para mí lo ha significado todo. Es el nexo de unión con ella y está impregnado con todo su amor. Puedo sentirlo y vosotros lo habéis visto.

—¿Dices que debemos buscar un juguete y usarlo como arma? —preguntó Pierre con el

ceño fruncido.

—Vamos a necesitar algo mucho más importante.

—¿Y qué es?

—El amor de nuestros padres o lo que queda de él.

## Diecisiete

Michael pedaleaba con mucha calma. La cabeza le daba vueltas e intentaba no pensar en lo que se le venía encima, pero no le quedaba otra que dejarse llevar por el futuro; un futuro oscuro y gris si no lograba remediarlo. Había pasado toda la noche en vela intentando descifrar todas y cada una de las señales que había ido recibiendo, pero tan solo había hallado en su interior una laguna negra y poca claridad. Con las primeras luces del alba se puso en pie y decidió que solo había un lugar al que acudir.

A pesar de la tranquilidad en el pedaleo no tardó más que unos minutos en llegar al cementerio. Dejó una vez más la bicicleta enganchada con una cadena a la verja de la entrada y atravesó el portalón como ya había hecho unos días atrás cuando se encontrara con la señora Philips visitando la tumba de su madre. Recorrió la senda arbolada hasta llegar a la explanada repleta de bancos y allí se detuvo para contemplar la estatua de Edgar Allan Poe que siempre le había causado un gran impacto, quizá por el aspecto tétrico del escritor o porque, tras leer su poema El cuervo para un trabajo del instituto, se había sentido como aquel personaje observado por el pájaro de ébano, como el propio poeta lo había bautizado, y que para él era un auténtico demonio. Ahora veía en ese poema una profecía de lo que había vivido en el mundo de la luz. El Señor de las sombras era como ese cuerpo demoniaco que intentaba apoderarse de su ser y que no parecía dispuesto a echar a volar y a desaparecer. Intentó espantar de su mente la idea de que quizá lo que el poeta escribió fuera un vaticinio de lo que podría llegar a ocurrir en el mundo si permitían que la oscuridad copara cada rincón de sus frágiles almas y se posara en lo alto de aquel dintel y observando el mundo oscuro y gris como un rey observa a su pueblo desde la seguridad de las almenas de la fortaleza que lo protege. Sabía que su misión era destruir al cuervo y permitir que la luz ganara la batalla a la oscuridad.

Se vio tentado de sentarse en uno de los bancos de la explanada del cementerio con la intención de contemplar la ciudad que lo tenía enamorado y que siempre absorbía su interés en cuanto ponía los pies en aquel lugar de recogimiento y descanso eterno. Posó su mano en el pedestal de la estatua de Edgar Allan Poe como despedida y se adentró en el círculo de lápidas adornado por flores, unas de color violeta y otras níveas como el invierno. Se acercó

a la tumba de su madre, pero, antes de llegar, se detuvo y se giró para cerciorarse de que nadie lo seguía y de que estaba allí solo. No había nada que esconder porque sabía que, si alguien escuchaba lo que quería contarle a su madre, lo tomaría por un adolescente desequilibrado y destrozado por la pérdida de un ser querido. Una vez se hubo asegurado de estar solo, se aproximó a la lápida donde descansaba la rosa blanca y la acarició con la punta de uno de sus dedos. Para su sorpresa, los pétalos marchitos de la flor comenzaron a refulgir con fuerza en cuanto él la hubo rozado. El capullo se abrió con fuerza y el aroma suave de la rosa se mezcló con la tranquila brisa y adornó el lugar con un embriagador perfume que parecía acariciar el rostro de Michael. El chico sonrió al ver la flor brillar y, tras meter la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó el pequeño tren de juguete y lo dejó junto a la flor.

—Hola, mamá.

Michael esperó unos instantes en silencio como si esperara la respuesta de la mujer que le había dado la vida, pero el silencio que emanaba de aquel lugar era tal que el chico se sintió sobrecogido y a punto estuvo de levantarse para abandonar aquel sitio. No podía ni quería hacerlo. Necesitaba contarle a su madre lo que estaba a punto de hacer y necesitaba ser iluminado por la única persona adulta que lo hubiera comprendido y, lo más importante de todo, lo hubiera acompañado en esa aventura en la que se jugaba su propia vida.

—Te vi en el mundo de los sueños y pude sentirte —comentó con una lágrima rebelde resbalando por su mejilla—. Ahora sé que no fue culpa mía lo del accidente. ¿Sabes una cosa? Te echo mucho de menos, pero sé que me acompañas allá donde estés.

Michael tragó saliva y se dispuso a hablar de su padre. Tenía la sensación de que no estaba bien que hablara de él, pero también necesitaba desahogarse y aquel era un lugar perfecto para hacerlo. Respiró hondo y comenzó a hablar.

—Papá está bien, pero un poco perdido. No sé qué puedo hacer para ayudarlo y tampoco tengo muy claro que quiera mi ayuda. Bebe mucho y ya no trabaja.

Michael agachó la cabeza y volvió a tragar saliva. Sintió un nudo inmenso en la garganta y la sensación de quemazón que tan bien conocía.

—Lo necesito. Necesito que vuelva mi padre, aquel hombre que me llevaba de pesca y que iba a buscarme al instituto para ir a comer una hamburguesa sorpresa. ¿Te acuerdas, mamá? Tú te enfadabas porque él lo hacía sin avisarte, pero yo sé que eso te gustaba, que sentías que era algo que debíamos hacer él y yo. ¡No, no! Ya sé que no te dejábamos de lado. Era... nuestro momento y tú lo respetabas y lo entendías.

Michael hincó la rodilla en el suelo y puso una de sus manos sobre el tren de juguete al tiempo que su mente giraba en torno a un sinfín de imágenes, a cual más feliz. Sonrió y sintió que su alma renacía con todos esos recuerdos que ya no podía compartir con su propio padre porque había dejado de soñar.

—¿Sabes una cosa, mamá? El día que me regalaste este tren fue uno de los más felices de mi vida. Quizá pueda parecer una tontería, pero me dormí abrazado a este trozo de madera, pero con la sensación de que me protegería toda la vida... tan solo porque tu alma se había impregnado en él. En ese momento no lo entendí del todo, pero ahora lo comprendo. Ahora sé que mi alma está impregnada de la tuya y que siempre lo estará.

Michael dio un beso a la fría lápida de mármol y se vio tentado de recoger el tren de juguete, pero deseaba que permaneciera allí junto a la rosa y en el lugar de descanso eterno de su madre, la persona que más le había dado en el mundo y a la que nunca podría olvidar aunque el Señor de las sombras arrasara con el mundo de la luz. Sintió que debía pedirle

consejo a su madre, aunque también tenía claro que no iba a recibir respuesta alguna.

—Mamá, no sé qué hacer —continuó Michael con la cabeza gacha, pero la vista fija en la lápida—. Me dijiste en la Sala de la Esperanza que se podía destruir al Señor de las sombras con el amor y hablaste de papá. Él está... No sé cómo puede ayudarnos. Siento que lo estoy perdiendo y lo peor de todo es que ha dejado de soñar. Dice que ya no te recuerda y yo no sé cómo actuar.

Michael guardó silencio y dio media vuelta para marcharse de allí con la sensación de haberse despedido de su madre, pero de necesitar algo más. La brisa comenzó a balancear las ramas de los árboles y un suave crujido sonó en el interior del círculo de lápidas. Creyó haberlo imaginado, pero al escuchar un chirrido a su espalda supo que algo estaba ocurriendo y, antes de dar media vuelta, supo que era importante. Un ligero movimiento atrajo su vista hacia la lápida de su madre y vio que el pequeño tren rodaba muy despacio en dirección a la rosa blanca que parecía esperarlo para acogerlo en su seno. Michael aguantó la respiración y no soltó el aire que retenía en los pulmones hasta que el tren no rozó a la preciosa flor que comenzó a brillar aún con más fuerza. Supo al instante que ahí estaba la respuesta que necesitaba, el consejo que había demandado de su madre y que ella, de alguna forma, le había transmitido.

Todo en su interior se removió como el mar en un día de tormenta. Podía haber asumido que aquello era fruto del destino y que la suave brisa había movido el pequeño tren, pero su mente fue más allá y comenzó a trabajar sobre aquello, sobre la sensación de que algo importante había ocurrido sobre la lápida de su madre. El acercamiento de los dos objetos que mostraban el amor más puro le hizo plantearse el hecho de que debía acercarse a su padre lo más posible y que, con el amor que él había sentido por su esposa y que con toda seguridad aún sentía, podría llegar a destruir al Señor de las sombras. Quizá debiera confiar mucho más en él y pensar en que, llegado el caso, haría cualquier cosa para recuperar el recuerdo del amor de su vida, de la mujer que lo había sido todo para él. Llevó la mano a los labios y le lanzó a su madre un beso repleto de amor y de agradecimiento.

Recorrió el camino de regreso hasta la entrada del cementerio con ánimo renovado y con la sensación de que ahora podía cumplir con su misión, pero con el apoyo de su madre. Sabía que, de haber estado viva, se habría sentido muy orgullosa de él. Desenganchó la bicicleta de la verja y volvió a su barrio, al lugar donde se había criado junto a su padre y a su madre y donde, a pesar de todo, se sentía libre y seguro al mismo tiempo. Decidió que tenía mucho por lo que luchar y que, lo mejor de todo, no estaba solo. Además de Bran, contaba con el apoyo y la ayuda de una chica maravillosa que se había convertido en su novia, de un chico camorrista, pero con un corazón que no le cabía en el pecho y dispuesto a dar su vida por él, de dos chicos franceses que habían demostrado un valor y una entrega fuera de lo común. Y de un grupo de adolescentes preparados para dar su vida por un mundo más justo y donde el amor y los sueños tuvieran cabida.

Nada más llegar a su calle bajó el ritmo de pedaleo y se detuvo frente a la casa de la señora Philips. En todo el barrio se respiraba tranquilidad y ningún vecino podría llegar a imaginar que muy cerca de donde ellos vivían, con paz, pero sin sueños, estaba a punto de librarse una batalla que podía salvar el mundo de la luz y destruir de una vez por todas al Señor de las sombras. Dejó la bicicleta junto a unos arbustos y entró en el jardín de la señora Philips. Podía haber llegado hasta el porche como había hecho su padre unas horas antes y llamar al timbre, pero sintió la necesidad de recorrer el mismo camino que siempre lo había llevado al interior de la gran mansión. Pensó que, de no hacerlo, traicionaría el impulso y el

destino que lo había llevado hasta allí y que lo había ayudado a descubrir el desván de los sueños perdidos y el secreto que ocultaba. Rodeó la gran casa y llegó al jardín trasero donde encontró la ventana del saloncito abierta de par en par. Sonrió antes de introducir el tronco por la abertura con mucha más serenidad que las veces anteriores en las que creía estar cometiendo un delito. Cayó sobre la moqueta descolorida como un saco de patatas y no pudo evitar estremecerse al escuchar la voz tranquila y segura de la señora Philips.

—Te esperaba, Michael.

El chico se echó hacia atrás instintivamente buscando el refugio de la sombras, aunque había reconocido la voz entrecortada, pero poderosa de la señora Philips. Se puso en pie lo más rápido que pudo antes de sentarse en el apoyabrazos del sofá más cercano.

—He ido a ver a mi madre al cementerio. Lo necesitaba.

—Eso está bien. Todos precisamos de alguien que nos comprenda y nos apoye... aunque no esté entre nosotros.

Michael frunció el ceño al escuchar la frase de la señora Philips que más que un comentario al azar parecía una triste reflexión o a un grito de auxilio de alguien que se sentía solo. No dejó pasar la ocasión de preguntar.

—¿No hay nadie en su vida? Me refiero a un marido o a hijos.

—Hace muchos, muchos años hubo alguien que supo comprenderme y entender cuál era mi destino.

—¿Y qué pasó con él?

La señora Philips agachó la cabeza lo más rápido que pudo, pero Michael pudo distinguir el brillo de una lágrima rebelde que rozaba su mejilla en dirección a la descolorida alfombra.

—Murió como todos los que alguna vez han significado algo para mí. Soy una veladora de sueños y seguiré siéndolo por toda la eternidad. Es mi misión. Es mi vida.

Michael guardó silencio y se tomó unos segundos para reflexionar sobre la información que acababa de recibir. Se hallaba ante una mujer que llevaba sobre la faz de la tierra varios siglos y que no podía hacer otra cosa que no fuera proteger el mundo de los sueños de la oscuridad sin importar a quien pudiera dejar atrás o lo solitaria que fuera su existencia. Tan solo era eso: una veladora de sueños.

—Creo que tienes que irte. Te espera la mayor aventura de toda tu vida.

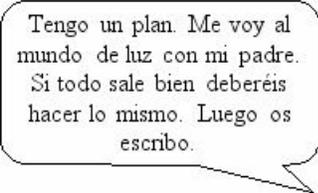
El chico asintió y se acercó para despedirse de la anciana con un beso con el que sellar un pacto silencioso de compromiso, pero ella, poco dada a las muestras de afecto, lo despachó con un movimiento de la mano. Michael no se lo tomó a mal y, tras dedicarle a la anciana una sonrisa sincera, volvió a escabullirse por la ventana para regresar a su casa, al lugar que había abandonado cuando el sol comenzaba a acariciar el horizonte para despedirse del día y dejar paso a la noche. Entró a la vivienda de puntillas y poniendo el mayor cuidado en no hacer ruido al abrir la puerta. El primer objetivo estaba cumplido. Su padre estaba tumbado en el sofá que siempre ocupaba en el saloncito y no quería molestarlo y tampoco deseaba ser reprendido por él una vez más. Llegó hasta las escaleras y posó uno de sus pies en el primer peldaño. Se detuvo y fue entonces cuando vio el brillo que provenía del centro de la salita donde su padre se encontraba frente a la televisión. En un primer momento pensó en que podía tratarse del reflejo de la televisión en la botella de whisky que solía acompañar a su padre en las tardes solitarias en las que ya no podía soportar el paso del tiempo sin la ayuda del líquido ambarino. Su sorpresa fue descubrir la botella encima del aparador y un objeto de cristal sobre el regazo de su padre. John Gallagher se había quedado

dormido con una fotografía de su mujer y de su hijo en las rodillas. Una imagen que había sido tomada por él mismo unas semanas antes del fallecimiento de su esposa y en la que se la veía feliz junto a Michael en el jardín, rodeados de unos pocos vecinos que había acudido a la barbacoa que tenían por costumbre hacer al principio de la primavera y en la que disfrutaban y compartían su felicidad con aquellos a los que sentían como amigos. Ahora todo eso había quedado relegado al olvido y tan solo alguna efímera imagen tomada por casualidad podía recordar aquel tiempo pasado que, con toda seguridad, había sido mejor.

Michael pensó en continuar hacia la habitación, pero no pudo hacerlo. Sabía que todavía tenía que idear un plan para destruir al Señor de las sombras y donde su padre debía ocupar un papel importante, pero algo lo atraía hacia el saloncito y no le permitía alejarse de su padre. Se puso en pie con cuidado para no hacer ruido y evitando el crujir del suelo de madera y avanzó en dirección a su padre. Nada más entrar en el salón se detuvo y aguantó la respiración, pero no vio ningún movimiento sobre el sofá de la estancia. En unos pocos pasos se plantó junto a su padre y se arrodilló a su lado. Dormía con una tranquilidad que se veía truncada por los movimientos convulsos de los párpados que mostraban que la mente de su padre seguía trabajando a un mundo frenético allá donde los sueños se encontraran. Quizá una mala pesadilla fruto de la imagen que parecía haber estado contemplando antes de dormirse o pudiera tratarse de un bonito sueño en el que volvía a encontrarse con su mujer, con el amor de su vida.

Este pensamiento explotó en el cerebro de Michael como un trueno en un día de tormenta y se percató, casi al instante, del hecho de haber descubierto la forma de destruir al Señor de las sombras. Si bien podía tratarse de un plan muy arriesgado, comprender que su padre se mantenía con vida gracias a la imagen de su madre que él mismo proyectaba en su mente le hizo cambiar y sentirse más cerca de él de lo que lo había estado en los últimos dos años. Quizá aquel viaje en autobús desde el hospital los hubiera acercado a lo que eran, pero la realidad era bien distinta y Michael no podía obviarla. Para que su padre volviera a ser el de antes tenía que quererse a sí mismo y eso pasaba por recordar a su esposa como lo que era; el amor de su vida y la persona que siempre estaría junto a él. Michael debía servirle en bandeja de plata el recuerdo perpetuo de su madre.

Estuvo a punto de gritar de alegría al descubrir la estructura del plan, pero pudo contenerse. De haber despertado a su padre todo se hubiera venido abajo. Necesitaba ponerse en contacto con los demás chicos para que estuvieran preparados. Aquella noche le plantarían cara al Señor de las sombras y, si todo salía bien, verían renacer el mundo de la luz. Y lo mejor de todo, su padre y todos los adultos recuperarían los sueños perdidos y los recuerdos olvidados. Sacó el teléfono móvil de bolsillo y abrió la aplicación de mensajería instantánea. Apretó el icono que mostraba el grupo de whatsapp que Pierre había creado y donde se podían poner en contacto todos los chicos que ya habían visitado el mundo de la luz. Pensó un instante el mensaje a escribir y, cuando lo vio claro en su mente, sus dedos comenzaron a teclear de forma frenética.



Tengo un plan. Me voy al mundo de luz con mi padre. Si todo sale bien deberéis hacer lo mismo. Luego os escribo.

Pensó en esperar la respuesta de alguno del grupo, pero no quería dar más explicaciones hasta comprobar si su plan salía bien o se convertía en un auténtico fracaso. Lo peor que podía pasar era perder la vida, pero estaría junto a su padre y eso, por extraño que pudiera parecer, le infundía una tranquilidad ya olvidada. Esta vez abrió el chat con su amigo Bran y escribió otro mensaje. No sabía si habría leído el recientemente mandado al grupo, pero tampoco le interesaba saberlo.

Me voy con mi padre al mundo de luz. Si no regreso en una hora habla con la señora Philips.

Quizá hubiera sido sensato no esperar la respuesta como ya había hecho con el grupo multitudinario, pero Bran era distinto y creía conocerlo muy bien. Tan solo necesitaba la confirmación de una mente prodigiosa que no preguntaría más que lo necesario e imprescindible. Y, a ser posible, ni eso. Sonó un pitido en su móvil y sonrió al leer la contestación de su amigo del alma.

Ok. Ten cuidado.

Ninguna pregunta superflua. Ninguna aclaración sin sentido que pudiera esperar ante la gravedad de la situación. Su amigo poseía una mente maravillosa que, como solía mostrar, iba mucho más allá de lo que cualquier simple mortal podía experimentar. Hasta en las situaciones más triviales podía demostrar que estaba por encima de los demás.

Había llegado el momento y Michael estaba nervioso. No temía por su vida ni por la de su padre porque lo que más le atemorizaba era la reacción de su progenitor. Intuía que, al regresar del mundo de la luz, su padre tan solo recordaría la aventura como si de un sueño se hubiera tratado, pero no tenía muy clara cuál podría ser su reacción nada más viajar para encontrarse en un lugar extraño. No quiso esperar más para descubrirlo por lo que metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y sacó la piedra de color. Estaba tan convencido de su plan de creación espontánea que ni tan siquiera se planteó llevarse la daga para protegerse de los ladrones de sueños. Una de las manos de su padre descansaba alrededor de la fotografía, pero la otra caía inerte sobre el apoyabrazos del sofá. Apretó con fuerza la piedra con una de sus propias manos y agarró la de su padre con la que le quedaba libre. Él ni tan siquiera se inmutó. Michael se acercó un poco más a su padre y le habló al oído.

—Papá, despierta.

Su padre abrió ligeramente los ojos y se incorporó nada más verlo a su lado. Se le veía sobresaltado y en su movimiento soltó la mano de su hijo.

—¿Qué ocurre, Michael? —preguntó visiblemente preocupado—. ¿Te ha pasado algo?

—No, papá. ¿Tengo que preguntarte una cosa?

—Dime, hijo.

Michael sonrió al no oler el aroma dulzón del whisky en su padre. Se le veía tranquilo y centrado por lo que pudo adivinar que no había bebido en las últimas horas. Tan solo se había dejado llevar por la tristeza, pero era un sentimiento que Michael compartía con él y que comprendía muy bien.

—¿Tú confías en mí?

John Gallagher pensó un instante la respuesta correcta. Vio la mirada anhelante de su hijo y sonrió con franqueza.

—Claro que confía en ti. Eres mi hijo.

—Entonces, dame la mano. Vamos a viajar al mundo de la luz.

John miró a su hijo y frunció el ceño. El chico ya le había hablado de aquel lugar donde un ser oscuro se alimentaba de los sueños y los recuerdos de los adultos, pero tan solo lo había visto como una historia inventada y poco más.

—Confío en ti, Michael, pero esto es...

—Por favor, papá. Necesito que estés conmigo en esto. Es importante.

John volvió a fijarse en los ojos de su hijo y vio en ellos una determinación que no había vislumbrado en su interior y que ni él mismo había experimentado. Por alguna extraña razón, supo que detrás de aquellas palabras crípticas había algo más que se le escapaba. No le quedaba otra que confiar en su propio hijo.

—Confío en ti —dijo al fin.

Michael sonrió y tomó de nuevo la mano de su padre. Con la otra le mostró la piedra de color verde al tiempo que su mente viajaba al mundo de la luz, la palma de su mano comenzaba a brillar con fuerza y John Gallagher abrió los ojos como platos al ver la luz que emanaba de la piedra. No tuvo otra que cerrarlos para no sufrir por tanto brillo y, al abrirlos, se encontró en un lugar bien distinto junto a su hijo. John Gallagher era el primer adulto en visitar el mundo de la luz a excepción de las veladoras de sueños. Se encontró frente al lago de los recuerdos y no dejaba de mirar a un lado y a otro. La masa oscura se movía de una forma constante por encima de la superficie del agua y lanzaba los tentáculos de los ladrones de sueños por acá y por allá de una forma aleatoria. Las fauces lograban atrapar uno de los recuerdos y, con la forma de un humano, eran elevados por los aires hasta ser absorbidos por el Señor de las sombras que, con cada sueño perdido o recuerdo olvidado se volvía más y más fuerte.

—¿Qué... qué es todo esto? —preguntó John con voz temblorosa.

—Es el mundo de la luz. El lugar donde van a parar nuestros recuerdos y nuestros sueños.

—¿Y aquella masa oscura es el Señor de las sombras del que me hablaste?

—Sí. Se alimenta de los recuerdos que viven en el lago y esperan a ser recordados.

John se puso en cuclillas como hacía de crío cuando quería pensar en algo y necesitaba concentrarse. Aquella situación podía superarlo, pero quería confiar en su hijo y no era momento para echar a correr hacia ninguna parte cuando sabía que podía ayudar a Michael de alguna forma.

—¿Y esos tentáculos?

—Son los ladrones de sueños. La señora Philips me contó que esas criaturas impidieron que mamá durmiera las últimas noches antes del accidente.

—¿Y eso para qué? —preguntó John algo confundido.

—Mamá conocía a la señora Philips y sabía lo del mundo de la luz. El Señor de las sombras logró que mamá se durmiera conduciendo.

John se puso en pie con los ojos humedecidos y avanzó hacia el lago de los recuerdos. Michael pudo ver cómo el Señor de las sombras se expandía por encima de la superficie del lago

y mandaba a los ladrones de sueños contra su padre. Intentó gritar para avisarle y para decirle que se alejara de allí, pero no pudo articular palabra. Se quedó plantado con la vista fija en su padre y pudo ver cómo él metía los pies en el agua y observaba algo con mucho detenimiento. Cuando el primer tentáculo estaba a unos pocos metros de John, se lanzó al interior del lago y desapareció en las aguas tranquilas y cristalinas. Michael echó a correr hacia allí con el miedo en el cuerpo de quien ha visto a su padre lanzarse a lo desconocido y, cuando estaba a punto de llegar al borde del lago, lo vio emerger con la figura de una mujer en sus brazos. El ladrón de sombras que aguardaba su regreso emitió un chillido agudo y se lanzó a por ellos, pero, a pocos centímetros de él, volvió a gritar y se desintegró en un instante.

Michael dio un paso hacia su padre y fue cuando distinguió a la mujer que este portaba en brazos. No era otra que su madre. El rostro de John era el de la pura felicidad y, cuando la dejó en el suelo y tomó sus manos, se creyó el hombre más afortunado del planeta.

—Vida, te he echado tanto de menos.

—John, solo soy uno de tus recuerdos —dijo ella con voz dulce—. No debes olvidarlo.

—Y eres el recuerdo más bonito que jamás podía haber tenido. Siempre te querré.

—Quiero que sigas con tu vida —comentó el recuerdo de la madre de Michael—. Yo siempre estaré en tu interior y no vas a olvidarme, pero necesito que hagas algo por mí.

—Lo que quieras, mi vida.

—Quiero que vuelvas a ser el hombre del que me enamoré y el padre que estuvo conmigo en todo momento. Deja atrás lo malo. Michael te necesita.

John se giró para ver a su hijo y comprobó que él los contemplaba con los ojos anegados en lágrimas. Supo que lo había hecho todo mal y se le partió el alma. Ella lo entendió y le acarició el rostro con una de sus manos.

—Te quiero, siempre te he querido y siempre te querré.

La imagen de la madre de Michael comenzó a difuminarse y los ladrones de sombras que aguardaban sobre la superficie del lago se lanzaron a por ellos acompañando el ataque con sonoros y agudos chillidos. El recuerdo de la madre de Michael rozó con sus labios los de su padre y comenzó a elevarse. Michael comprobó aterrorizado que el ataque de los tentáculos no se había hecho esperar. Cuando creía que todo estaba perdido, el recuerdo de su madre dio un par de vueltas sobre la cabeza de John y cayó sobre él. Con un fogonazo que brilló en todo el valle se introdujo en la cabeza del hombre que amaba, del dueño de ese recuerdo. La luz arrasó el valle y con ello destruyó los tentáculos. El Señor de las sombras emitió un lastimero quejido y se encogió como si le hubieran cortado un trozo y la masa oscura hubiera disminuido. Michael corrió hacia su padre que había caído de rodillas y sollozaba con rostro de felicidad y, nada más llegar a su lado, se fundió con él en un fuerte abrazo. John lo rodeó con su propio brazo y le dio un beso tierno y sincero en la frente. En él puso todo el amor que sentía por su hijo y, con ese gesto, el Señor de las sombras perdió parte de su poder.

Michael acababa de confirmar que su plan para destruir a la oscuridad podía y debía funcionar. Tenía que regresar a su mundo y desde allí avisar a los demás chicos para que actuaran de la misma forma. Con ello ganarían en dos frentes distintos. Por una parte, el Señor de las sombras vería menguado su poder aunque no lo destruyeran del todo y, por otra, los adultos volverían a soñar y a disfrutar de los recuerdos por lo que la oscuridad no tendría de qué alimentarse y no podría crecer. Había llegado el momento.

—Papá, tenemos que volver.

John se giró y miró a su hijo con orgullo. Aún le costaba admitir todo lo que había visto, pero la felicidad que sentía en su interior era tal que nada podía empañar lo que experimentaba.

—Vamos, hijo. Volvamos a casa.

Michael le dio la mano a su padre, extrajo la piedra del bolsillo y pensó en su hogar. Ambos cerraron los ojos y, cuando los volvieron a abrir, se encontraron sentados en el salón frente al televisor encendido. Michael miró a su padre con cierta preocupación y esperó a ver su reacción temiendo lo peor.

—He tenido un precioso sueño, Michael —reconoció su padre en cuanto lo vio a su lado—. He soñado con tu madre. Ahora sé que lo he hecho todo mal.

—No todo, papá —reconoció Michael que tampoco quería cebarse con su padre.

—No he hecho nada bien. — John comenzó a sollozar a pesar de sentir en su interior la felicidad por el sueño vivido. —Nada.

—Sigues aquí a mi lado y tenemos una segunda oportunidad.

Michael se puso en pie, le dio un beso a su padre y lo dejó allí no sin antes cerciorarse de que la tristeza no lograba empañar la felicidad por haber recuperado el recuerdo del amor de su vida. Lo vio sonreír al tiempo que con los dedos acariciaba el rostro de su madre en la fotografía. Sabía que nunca más volvería a perderlo. Sería un camino duro y, en ocasiones, triste, pero estarían juntos y podrían con todo lo que les pusieran por delante. Subió a su habitación con el ánimo renovado y allí se sentó sobre la cama con el teléfono móvil en las manos. El primer mensaje lo escribió sin pensar.

Ya estoy de vuelta.  
Todo ha salido bien.  
Voy a escribir a los  
demás.

Su amigo no tardó en contestar con un simple «me alegro mucho» con el que le daba a entender que confiaba en que volviera sano y salvo. Sin más dilaciones abrió el chat del grupo de viajeros, como le guastaba llamar a los chicos que habían viajado al mundo de la luz, y leyó las contestaciones a su primer mensaje con algún reparo, muchos deseos de buena suerte y, sobre todo, sinceridad y respeto. Sonrió al recordar que él, un simple chico maltratado y vejado en el instituto, se había convertido en el elegido. Escribió un primer mensaje y esperó las reacciones de los demás viajeros.

Mi plan ha sido un  
éxito. Podemos destruir  
al Señor de las sombras.

En ese momento tuvo un extraño presentimiento. Se puso en pie y se acercó a la ventana desde donde se podía ver la calle y una esquina de la casa de la señora Philips. Salió corriendo al pasillo y entró en la habitación de los trastos, como él la llamaba, y se acercó a la ventana. Desde allí podía ver la gran mansión en su totalidad. Permanecía a oscuras, pero, en el momento en el que estaba a punto de regresar a su habitación, una luz se encendió en lo más alto y pudo ver a la señora Philips asomada a ella. No sonreía, pero, como si supiera lo ocurrido en el mundo de la

luz, asintió con la cabeza y musitó un «gracias» que Michael pudo leer en sus labios. Allí había comenzado todo. Su vida había cambiado y con él la de sus amigos y la de los adultos que podrían volver a soñar. Quizá no fuera algo perceptible como un fogonazo, pero sería un tenue rayo de luz que, poco a poco, iluminaría la vida de un sinnúmero de familias. Todo había empezado en aquel lugar y allí parecía terminar. Pasara lo que pasase, nunca podría olvidar el desván de los sueños perdidos.

## Epílogo

El sol brillaba en lo más alto y Michael no podía creer que se encontrara sentado en el columpio del parque junto a Beth. Ella, tras lo ocurrido en el mundo de la luz, se le había declarado abiertamente e incluso había mostrado algún temor a ser rechazada, cosa que para Michael era impensable. Ahora acudían al instituto cogidos de la mano y le habían demostrado a todos que estaban muy por encima de lo que pensarán los demás. Michael no se había convertido de la noche a la mañana en el chico más popular del instituto, pero, por lo menos, ya no le hacían la vida imposible y podía respirar tranquilo. En eso había tenido mucho que ver el camorrista Rob que, en un abrir y cerrar de ojos, se había transformado en un chico tranquilo y sosegado que solo sacaba a relucir sus músculos cuando se convertía una injusticia en sus dominios. Había dejado de ser el más popular del instituto, pero no le importaba. Lo que había conseguido gracias a Michael era mucho más de lo que cualquier joven podía soñar, una segunda oportunidad. Sin saber muy bien cómo, logró llevar a su padre al mundo de la luz y éste había regresado con una idea muy clara en la cabeza. Estaba comenzando a preparar las vacaciones de verano y quería ir con sus tres hijos a pescar al lago como hacían cuando eran críos. Rob ya no se sentía presionado por él sino todo lo contrario. Su padre le había dado la posibilidad de dejar el fútbol para dedicarse a otra cosa, pero a Rob le encantaba jugar por lo que todos estaban contentos en su casa.

Pero la que más había notado el cambio había sido Beth. La chica, en un alarde de ingenio, logró engañar a su madre para que la acompañara al mundo de la luz y allí se encontró con un sinfín de recuerdos de su vida cuando tan solo la compartía con su hija y nadie se había introducido en ella como una epidemia. Redescubrió muchas imágenes que habían quedado relegadas al olvido y en las que siempre aparecían ella y su hija jugando, riendo y, por encima de todo, queriéndose. No necesito mucho más para descubrir en su interior el valor suficiente que utilizó para echar de su casa al hombre que había abusado de su hija y que les había destrozado la vida. Les costó volver a confiar la una en la otra, pero, varias semanas después, parecían dos amigas dispuestas a todo para estar unidas.

Michael se sentía vivo por primera vez en dos años y todo se lo debía a su padre. John Gallagher había despertado en el sofá del saloncito con una extraña sonrisa en los labios como si la felicidad se hubiera apoderado de él y lo hubiera transformado en un ser distinto y renovado. Al día siguiente, tiró las botellas de whisky y se puso en marcha para buscar trabajo. Tuvo que

alejarse de la zona de confort porque todos lo conocían en el barrio y no le brindaban la oportunidad de demostrar que había cambiado. En la otra punta de la ciudad acudió a una entrevista para trabajar como contable y no tardó en mostrar su valía y en convencer a los propietarios del negocio. Todas las mañanas tenía que levantarse a las seis de la mañana y recorrer media ciudad en autobús para repetir el proceso por la tarde. Pero era feliz y nada le importaba. Cada noche se refugiaba en la cocina acompañado por un libro de cocina que le había regalado su mujer años atrás y cocinaba para su hijo, unos días platos exóticos, otros tradicionales y, en más de una ocasión, platos incomedibles que Michael devoraba como si fuera el mejor de los manjares. No quería volver a ver a su padre destrozado y lo hubiera dado todo para que su vida no volviese a ser lo de antes.

La señora Philips había desaparecido de la noche a la mañana dejando la gran mansión vacía. Michael la recorrió una mañana buscando alguna pista que lo condujera hasta la anciana, pero encontró la casa vacía y sin nada que le ayudara a comprender. Incluso, con la ayuda de una carta perdida, pidió en la oficina de correos la nueva dirección de la señora Philips, pero nada pudo conseguir con su estratagema. Al final, se dio por vencido e intentó asumir que la anciana veladora de sueños había decidido desaparecer ahora que el Señor de las sombras parecía haberse esfumado. A pesar de todo, de vez en cuando, Michael se colaba por la ventana de la gran mansión y subía hasta el desván donde esperaba el milagro de ver de nuevo la puerta que conducía al mundo de la luz. Echaba mucho de menos a su madre y lo hubiera dado todo por verla una vez más.

Pero todo eso había quedado atrás y las clases estaban a punto de concluir para dar paso a las vacaciones de verano. El padre de Michael, para celebrar la llegada del periodo estival y, sobre todo, para demostrar que volvía a ser el de antes, había invitado a todo el vecindario a una de las famosas barbacoas de los Gallagher que llevaban más de dos años sin poder disfrutar. La semana había sido un auténtico calvario para Michael que había tenido que soportar a su padre convertido en un auténtico chef profesional elaborando ensaladas complicadas y perfectos aliños para las carnes que pretendía asar en la barbacoa.

Pero la semana había pasado y el domingo acababa de empezar y con ello el día señalado de la barbacoa de los Gallagher. Michael cogió de la mano a Beth y los dos chicos se subieron en sus bicicletas para regresar a sus casas. Beth quería acicalarse un poco para la fiesta y Michael le había prometido a su padre que lo ayudaría. Se despidió de su novia con un tierno beso y entró en su casa donde olía de maravilla. Encontró a su padre con el ceño fruncido en la cocina y se temió lo peor. Atrás habían quedado los enfrentamientos, pero Michael vivía siempre en tensión para evitar cualquier posible conflicto aunque su padre había cambiado de tal forma que eso parecía imposible.

—¿Qué pasa, papá? ¿Estás enfadado?

—Pues claro. Estaba haciendo la famosa salsa de chile de los Gallagher y he confundido la sal con el azúcar. ¡Qué desastre!

Michael no pudo evitar sonreír al ver que el motivo del enfado de su padre era culinario y no familiar. Suspiró con fuerza y se sentó en uno de los taburetes junto a John.

—¿Dónde has estado?

—Dando un paseo en el parque con Beth.

—¡Ah! Esa chica en muy guapa. Eres igualito a tu padre —comentó John henchido de orgullo—. Yo también me ligué a la chica más bonita del campus.

—¿Mamá?

—Pues claro. Comencé a salir con ella a los diecinueve años y no ha habido otra. Tienes

que portarte bien con ella.

—Claro, papá.

Michael se acercó a la cocina donde borboteaba la salsa con azúcar y se acercó para olerla. El aroma era exquisito, pero sabía que el sabor no lo sería tanto. Frunció el ceño y pensó un instante en lo que su madre hubiera hecho de encontrarse en esa situación. Se volvió hacia su padre que lo miraba con curiosidad.

—¿Ya le has echado el chile a la salsa? —le preguntó al tiempo que abría uno de los armaritos.

—Todavía no.

Michael abrió el frigorífico y sacó un par de pimientos que picó con un cuchillo con la pericia de quien ha aprendido a cocinar con su propia madre. Lo echó todo en la salsa de tomate a la que añadió agua y un buen chorreón de vinagre. El aroma agrio invadió la cocina, pero se disipó en unos segundos.

—¿Qué has hecho?

—Lo que hubiera hecho mamá. Cocina de aprovechamiento. Lo vi en un programa de la tele. Es salsa agridulce.

—¿En serio? —preguntó John con una ceja levantada sin poder explicar cómo su hijo había pasado de ser un tierno infante a un adolescente responsable.

—Sí. Está riquísima. Voy a picar algunas verduras para acompañar.

Estuvieron un buen rato riendo y conversando mientras cocinaban codo con codo hasta que unos golpes en la puerta les anunció la llegada de alguien. Abrieron y se encontraron con los Thompson que, con Bran a la cabeza, aparecieron con un pastel de carne que dejaron sobre la mesa del vestíbulo.

—Espero que os guste. Lo he comprado esta mañana.

Michael miró a su padre y ambos se guiñaron el ojo al mismo tiempo. Los dos sabían que el fuerte de los padres de Bran no era precisamente la cocina y demasiado habían hecho con aparecer en la fiesta con un pastel de carne.

—Vamos al jardín. Ya está todo preparado.

Se sentaron en unas sillas dispuestas por acá y por allá y John se acercó a la barbacoa para prender el fuego. Se le veía nervioso y Michael sabía que estaba preocupado. Ningún vecino había aparecido y temía que nadie lo hiciera. John se había comportado durante dos años como un borracho violento que había abandonado a su propio hijo y la gente no perdonaba con tanta facilidad. Michael se acercó a él, le posó la mano en el hombro y le dio un cariñoso achuchón.

—Vendrán. No te preocupes.

—¿Y si no lo hacen?

—Entonces, explotaremos de tanta comida que has preparado, pero lo haremos contentos y juntos.

John se volvió hacia su hijo y lo miró con el orgullo de quien ha visto crecer a una rosa tras un invierno duro y poco prometedor. Una lágrima resbaló por su mejilla y Michael la retiró con la punta de uno de sus dedos. Le dio un beso a su padre y aprovechó el momento para poner un poco de música en un aparato que llevaba con la familia más de dos décadas.

—Ya veo que la música sigue siendo la de siempre. Espero que la comida esté mejor.

John se volvió a toda prisa al escuchar la voz de Peter Smith, uno de los vecinos de mayor edad que no había faltado a una barbacoa desde que se conocieran. Michael vio cómo su padre apretaba el puño como si su equipo favorito hubiera ganado la Superbowl y se alegró por él. Tras Peter comenzaron a llegar familias enteras a las que llevaban sin ver varios meses, pero que

aceptaron la invitación de John para demostrarle que comprendían que había cambiado por el hecho de haber perdido a su mujer, pero que todo quedaba olvidado y habían pasado página. Uno de los últimos en llegar fue Rob y, para sorpresa de todos, apareció acompañado de sus padres a los que todo el mundo temían por su carácter violento y revanchista. El padre de Rob se acercó a John y le tendió la mano al tiempo que su madre dejaba sobre la mesa de la comida una tarta de zanahoria que ella misma había hecho. Rob, como había hecho su padre, se aproximó a Michael y le dio un golpe en la espalda como saludo acompañado de unas pocas toses y algunas risas.

Beth cruzó la calle acompañada de su madre unos minutos después. Estaba radiante con un vestido azul que Michael nunca había visto y que, con toda seguridad, se habría comprado para la ocasión. Le dio un beso a Michael nada más pisar el jardín y saludó a Rob con un movimiento de cejas. Seguía siendo algo violento el encuentro entre los dos chicos que habían sido novios, pero para Michael tan solo era una anécdota. El chico vio cómo la madre de Beth se acercaba a su padre y comenzaban a charlar de una forma coloquial que le resultaba extraña. Intentó descifrar por qué le parecía raro el encuentro entre los dos adultos hasta que descubrió lo que ocurría. Estaban coqueteando. Michael miró a Beth y le hizo un gesto con la cabeza para que la joven mirara hacia la barbacoa donde la madre de la chica le colocaba a John un par de pelos rebeldes y él la miraba con evidente deseo. Los dos chicos se encogieron de hombros al mismo tiempo y siguieron a lo suyo felices por ver a sus respectivos padres intentando sanar las heridas y pensando en construir un futuro juntos.

Mientras tanto, Bran estaba sentado en una de las sillas sin dejar de mirar el móvil y con cara de tristeza. Michael se acercó a él y se sentó a su lado.

—¿Qué pasa?

—No me escribe. Era más feliz antes.

—¿Te refieres a antes de enamorarte?

—Me refiero a antes de dejar que esto manejara la situación. —Bran, muy sentido él, se puso la mano a la altura del corazón—. Yo siempre he sido un tipo cerebral y ahora, mírame.

—Yo no veo nada raro.

—Como que no. Soy un pelele esperando un mensaje que nunca llegará.

Michael se echó a reír y le pasó el brazo a Bran por encima de los hombros. Él era una de las pocas personas que podían tocar al chico superdotado y se sentía especial por ello. Para él, era la concesión que le demostraba lo importante que era para su mejor amigo que ahora sufría por amor.

A nueve mil kilómetros de distancia, una madre paseaba por las calles de París acompañada por sus dos hijos. Pierre, tras mantener una conversación con su madre días atrás, había decidido entrar en la academia militar para seguir los pasos de su padre. Se habían mudado a una casita en las afueras y su madre había convencido a una señora de unos sesenta años para que la hiciera socia de la cafetería que llevaba regentando desde hacía más de medio siglo. Gracias a sus dotes culinarias y a sus ganas de trabajar, se había hecho un hueco en los corazones y en los estómagos de todos los que vivían en su barrio y ahora era una mujer feliz que tan solo deseaba lo mismo para sus hijos. Tras el viaje al mundo de la luz donde se había reencontrado con los recuerdos olvidados de un amor de película con un militar que se convertiría en el padre de sus hijos, había decidido hablar con los chicos para apoyarlos en todas las decisiones que tomaran. Estaba decidido. Pierre sería militar de carrera y Margery soñaba con ser pediatra. La joven había madurado a una velocidad impredecible y se sentía diez años mayor. A pesar de todo, percibía que había un asunto en su vida que aún no había logrado controlar y eran los deseos de su corazón. En su mente aparecía la imagen de un chico delgado con un cerebro privilegiado que, de

la noche a la mañana, se había convertido en una obsesión. Tenía que decidir lo que quería en su vida y lo que no y, con el móvil en las manos y sentada en uno de los bancos de los Campos Eliseos de París, tomó al fin la decisión que creía correcta y con la que sabía que podía sentirse orgullosa. Abrió la aplicación de mensajería instantánea, entró en el chat que mantenía con Bran y escribió a toda prisa un mensaje que podía cambiar su vida. Suspiró con fuerza y, sin darle más vueltas, apretó el botón de enviar.

A nueve mil kilómetros de distancia, un chico se levantaba de la silla con el móvil en las manos y comenzaba a dar saltos de alegría por el jardín donde todos sus vecinos lo miraban como si estuviera loco y su mejor amigo lo observaba compartiendo su felicidad.

FIN